

Miguel Delibes



# Las guerras de nuestros antepasados



Lectulandia

*Las guerras de nuestros antepasados* es el retrato de Pacífico Pérez, un muchacho hipersensible que por mor de la violencia circundante acaba convirtiéndose en un hombre gratuitamente agresivo, desinhibido y escéptico.

Durante toda la obra, Pacífico, condenado por asesinato, se encuentra internado en un sanatorio penitenciario, donde dialoga con el doctor Burgueño y plantea problemas esenciales sobre la libertad y la responsabilidad humanas.

**Lectulandia**

Miguel Delibes

# **Las guerras de nuestros antepasados**

ePub r1.0

Titivillus 07.11.17

Miguel Delibes, 1975  
Diseño de cubierta: Erwin Bechtold

Editor digital: Titivillus  
ePub base r1.2

---

**más libros en [lectulandia.com](http://lectulandia.com)**

---

## Nota del autor para la presente edición

Si con *Parábola del naufrago* experimenté con el lenguaje, con *Las guerras de nuestros antepasados* abordé una segunda experiencia: la de una novela larga totalmente dialogada. El diálogo se establece entre un condenado a muerte, Pacífico Pérez, y el doctor Burgueño, médico del Sanatorio Penitenciario de Navafría, donde aquél convalece. En principio da la impresión de que una novela dialogada ha de ser pesada; una novela, casi diríamos, agarrotada y aburrida. A mí, por lo menos, la expresión «novela dialogada» me despierta esa sensación. Por eso lo primero que quiero decir es que *Las guerras de nuestros antepasados* es la novela más dinámica, movida y ágil que ha salido de mi pluma, un relato rural, de paisaje cambiante, en el que muevo cuarenta o cincuenta personajes, que si de algo pecan es de exceso de movimiento. Lo del diálogo vino casi obligado en cuanto me consideré maduro para poner voces; experto, por así decirlo, en castellano rural, que practicaba a menudo en mis excursiones al campo. Las declaraciones de Pacífico no sólo son interesantes sino expuestas en una jerga simple, convincente y atractiva.

Soy un escritor que escribe tanto con la vista como con el oído, cosa esta última que facilita mi tarea. Estimo que éste es el dato que mejor define a mis personajes, ya que la manera de hablar dice más de un ser humano que su rostro. Ésta es la razón de que yo use –y tal vez abuse– del tono y del habla de los distintos estamentos sociales, especialmente de los campesinos, cuya riqueza de vocabulario es superior a la de otros sectores. Soy consciente de que este último es un rasgo propiciado por siglos de aislamiento, por lo que no es arriesgado aventurar que no perdurará demasiado tiempo, dado que campo y ciudad conviven hoy, viven unidos y confundidos.

El diálogo de *Las guerras de nuestros antepasados*, antes que el tema de la novela, me animó a realizar una adaptación teatral. A Ramón García Domínguez y a mí nos llevó tiempo el empeño pero quedamos satisfechos. Estrenada en Madrid en 1989, y paseada por toda España, la adaptación resultó un éxito franco y puso de relieve el encanto del lenguaje rural. El papel de Pacífico Pérez, a lo largo de unas cuantas temporadas teatrales, lo desempeñaron indistintamente José Sacristán y Manuel Galiana, tan buenos actores como diferentes. Una cosa curiosa: siendo modélicas ambas interpretaciones, y relatando los dos actores un mismo texto, Galiana necesitó un cuarto de hora más que Sacristán para exponerlo. ¿Qué quiere decir esto? Es complejo, pero en lo principal viene a decir que el idioma rural tiene dos velocidades y que, ya se emplee la corta o la larga, ello no afecta para nada a su calidad. Es un hecho demostrado.

M.D.

Abril de 2008

El enfermo Pacífico Pérez ingresó en el Sanatorio de Navafría en la mañana del 25 de marzo de 1961. Durante el reconocimiento se mostró tímido y reservado, respondiendo a mis preguntas con cortados monosílabos. Tras detenida exploración, descubrí en sus pulmones una fibrosis bilateral, con cavernas tuberculosas ya viejas y, en consecuencia, una propensión obvia a un fallo cardiorrespiratorio. Sentí piedad por él, tanto por su disposición resignada, como por la gravedad de su dolencia. Con los días, este sentimiento inicial derivó hacia la curiosidad al observar su actitud ante los compañeros, taciturna y como distante sin dejar de ser afable. A la legua se advertía que eran mundos opuestos y a la chabacanería y mal gusto de las provocaciones de aquéllos, el muchacho respondía con una sonrisa abierta, sin doblez ni reticencia. También en los interminables coloquios que tenían lugar por las mañanas en el patio y, por las tardes, en la galería de reposo, y que indefectiblemente giraban sobre el pasado o el porvenir de los enfermos, Pacífico Pérez guardaba discreto silencio. Era evidente que para él no existía más que el presente y en este terreno manifestaba su conformidad o su discrepancia, asintiendo o denegando con la cabeza o con expresiones escuetas, eso sí, procurando dulcificar su laconismo con ademanes desproporcionadamente cordiales y una generosa expresión en el semblante. No quería compartir su propio mundo pero tampoco rehuía la convivencia obligada. El muchacho producía la impresión de que todo cuanto le rodeaba le resultaba ajeno y él no era sino una presencia flotante cuya irrupción en este mundo se debía a la pura casualidad.

Pacífico Pérez, de rasgos fisonómicos nobles, era alto y extremadamente flaco. Debido a su timidez, y tal vez a su enfermedad, caminaba ligeramente encorvado. Esto, unido a las entradas prematuras de su cabello y a las gafas de gruesos cristales que, como buen tímido, trataba de acomodar constantemente agarrándolas por la patilla derecha, le imprimían un aire intelectual que desmentían sus ademanes y, en particular, su tono de voz y sus expresiones, decididamente rurales.

A las dos semanas de entrar en el Sanatorio, Pacífico Pérez comenzó la construcción de un pequeño jardín en el ángulo noroeste del patio, resguardado del cierzo por una alta tapia. Apenas disponía de semillas y herramientas, pero merced a su arte y más que nada a su paciencia benedictina, logró convertir aquello en un remanso vegetal que en los atardeceres regaba acarreando agua desde el pilón —en el extremo opuesto del patio— con su plato de aluminio. Los obstáculos parecían estimularle y cada mañana se pasaba largos ratos contemplando los progresos de su obra, arrancando las malas hierbas o explicando a sus compañeros los pormenores de alguna flor o las exigencias del minúsculo semillero. En rigor, era ésta su única distracción, puesto que Pacífico no recibía visitas regularmente. Tan sólo a mediados de abril se presentó en el locutorio una muchacha bastante agraciada acompañada de un niño de poco tiempo. Al salir, el rostro de Pacífico no expresaba la menor emoción, y el muchacho portaba bajo el brazo, sin ningún entusiasmo, media docena de tabletas de chocolate y en la mano derecha una ristra de chorizos.

A través de estos indicios, llegué a la conclusión de que Pacífico era un desplazado, un ser desamparado y fuera de sitio, con lo que mi curiosidad inicial se convirtió en una verdadera obsesión por ayudarlo, puesto que su situación no era envidiable en ningún aspecto. Con este propósito y como primera medida, relegué su reconocimiento semanal al último enfermo de la jornada. De este modo podía retenerle un tiempo en mi despacho, ofrecerle una copita de anís —único licor de que gustaba— y tratar de departir con él en la intimidad. El proceso hasta conseguir una conexión confidencial fue lento y dificultoso. Pacífico observaba una actitud defensiva, basada antes que en la hosquedad en la ambigüedad y los circunloquios. Hablaba del campo como si se refiriese a todo el campo del mundo y cuando decía «mi pueblo», lo decía de una manera impersonal, como si nadie lo habitara. Un día afronté la situación directamente y le pregunté si no tenía familia. Su respuesta fue lacónica: «Qué hacer», dijo, pero no hubo manera de arrancarle una palabra más. En otra ocasión, tal vez más inspirado, le conté la anécdota de mi abuela que sembró calabazas y calabacines en el huerto, en cuadros rayanos, y cuando las plantas florecieron, las abejas fecundaron indistintamente unos y otros y las calabazas nacieron con forma de calabacines y los calabacines con forma de calabazas. Ante mi asombro, la historia desató su entusiasmo y durante largo rato habló de las abejas y sus particularidades y terminó diciendo que él era capaz de catar desnudo una colmena. Aquello me demostró que Pacífico Pérez era naturalmente locuaz pero seguramente la experiencia le había sugerido la reserva como actitud aconsejable para caminar por la vida. Yo aproveché, sin embargo, este resquicio para abrir brecha y por primera vez y durante media hora platicamos sobre temas campesinos. Al día siguiente bajé al pueblo y compré unas semillas de claveles de poeta, alhelíes y margaritas reales, flores, todas ellas, propias de la época. Al entregárselas a Pacífico una semana después para su jardín, advertí que el impacto había sido directo. Mi gesto aventó buena parte de su desconfianza. Comprendió sin duda que mi intención era recta y bienintencionada y, a partir de entonces, nuestras conversaciones, aunque siempre sobre temas banales o genéricos, eran fluidas y llenaban sin violencias el tiempo de que disponíamos. Su primera referencia a un personaje concreto recuerdo que se produjo durante el primer reconocimiento de mayo. La tarde anterior, Soperó, uno de los perdonavidas del grupo, pisoteó hasta cansarse uno de los macizos que Pacífico cultivaba con más amor. El muchacho no le recriminó, ni hizo intención de detenerlo; se limitó a observarlo como si su acción fuese algo natural y hasta esperado. Cuando a la tarde siguiente yo afeé el proceder de Soperó, Pacífico sonrió remotamente y dijo: «Él no tiene la culpa; es peleón como el Bisa». De inmediato le pregunté quién era el Bisa y él respondió: «Ande ¿quién iba a ser? Mi bisabuelo». La mención del Bisa fue como la llave que franqueó definitivamente nuestras relaciones. A partir de ese día, Pacífico no evitaba la referencia a personas particulares, ajenas o de su familia, que en una u otra forma hubieran influido sobre él. Hablaba, como de seres inconciliables, de «los del Otero» y «los del Humán», del Abue, de la Corina, la

abuela Benetilde, la señora Dictrinia y, con una unción y una frecuencia fácilmente advertibles, de «mi tío Paco». Por mi parte yo le contaba igualmente de mis años infantiles en el pueblo y él gustaba de confrontar mis observaciones con sus personales experiencias. De este modo, nuestras pláticas discurrían en un clima de naturalidad y confianza que me llevaron un día a sugerirle la posibilidad de charlar abiertamente de su pasado ante el magnetófono que Agustín Parra, el boticario de Veguillas y antiguo compañero de colegio, acababa de traerme de Canarias. Pacífico me hizo accionar el aparato varias veces y su comentario fue por demás expresivo: «Está bien traído el chisme ese —dijo—; todo lo parla». Sin embargo, no se decidió a acceder inmediatamente a mis pretensiones, pese a asegurarle yo que mientras él no me autorizase «él chisme ese» no diría una palabra. Ante mi encarecimiento, Pacífico se avino a consultar con su tío Paco y una semana más tarde, apenas llegó a reconocimiento, me dijo sin más preámbulos: «Que bueno». «Que bueno ¿qué?», inquirí yo. «Lo de hablar —respondió—, que dice mi tío que bueno.» Así es como pude llevar a cabo las grabaciones que a continuación transcribo. Los textos son fieles, prácticamente literales. Apenas he suprimido de ellos algunas reiteraciones —pocas— y ciertos enrevesados circunloquios que perjudicaban a la claridad del relato. Asimismo he aligerado la palabrería banal de nuestras despedidas y reencuentros por entender que nada significativo añaden a las confidencias de Pacífico Pérez. Fuera de lo apuntado, la transcripción es textual: he respetado incluso los balbuceos y torpezas de expresión que, aun dentro de la locuacidad que Pacífico Pérez llegó a adquirir a lo largo de nuestros coloquios nocturnos, no son ciertamente infrecuentes en su conversación. Los «o sea», «a ver», «qué hacer», «tal cual», «por mayor», «aguarde» y otras locuciones semejantes están ahí no sólo por razones de fidelidad sino como exponente de una manera de ser, de una manifestación del léxico campesino de Castilla que, desgraciadamente, por mor del mimetismo urbano y de la televisión, van desapareciendo. Las charlas se iniciaron el 21 de mayo de 1961 y concluyeron el 27 del mismo mes. Fueron, pues, siete noches consecutivas de diálogo, cuya traducción brindo al lector seguidamente, pidiendo de antemano perdón por los errores a que una deficiente grabación pueda haberme inducido.

DR. BURGUEÑO LÓPEZ

## PRIMERA NOCHE

---

DOCTOR.— Anda, Pacífico, siéntate. Ponte cómodo, no te dé apuro. ¿Quieres otra copita? Sin reparos, hijo. Relájate y vamos a charlar tranquilamente. Nadie nos oye y podemos conversar hasta que te canses. Y cuando te canses, me lo dices y nos vamos a acostar. No tenemos prisa. Ya seguiremos mañana y, si mañana no podemos, otro día. Hay tiempo por delante. Lo único que te pido es que seas sincero, conmigo y contigo mismo. Eso y que hagas un esfuerzo por recordar cosas, incluso pequeños detalles que a ti te parezcan insignificantes. Es decir, detalles que se refieran a personas y hechos de tu vida, empezando por la infancia. En lo que de mí dependa, yo procuraré ayudarte. Bien, para empezar, si no me equivoco, tú eres de un pueblecito de Castilla, Humán del Otero, ¿no es así?

PACÍFICO PÉREZ.— Sí señor, nacido y criado.

DR.— Está bien, ¿y cuál es tu primer recuerdo del pueblo?

P.P.— Bueno, vamos, o sea, me pongo a pensar y, por un ejemplo, yo me recuerdo por un igual del Bisa y de la abuela Benetilde y de Madre y de la casa y de todo. ¡Ande que si no me fuera a recordar!

DR.— Bien, la casa. Has dicho la casa. ¿Cómo era tu casa, Pacífico? ¿Dónde estaba situada? ¿Quiénes vivíais en ella? Todo me interesa.

P.P.— Bueno, vamos, o sea, en realidad no lo sé, doctor. Mi casa era como todas, o sea, distinta.

DR.— ¿Y por qué razón era distinta tu casa, Pacífico?

P.P.— ¡Qué cosas, oiga! Pues porque la casa de cada quien es siempre la casa de cada quien, ¿no?

DR.— Pero ¿qué tenía de particular?

P.P.— Mire, por un ejemplo, doctor, mi casa era de piedra de toba, ¿se da cuenta? O sea, como todas las del pueblo, las del Humán y las del Otero. Pero tenía una galería

de cristales, tal que así, corrida, que no tenían las demás.

DR.— ¿Y qué más cosas había en tu casa?

P.P.— ¿En la trasera?

DR.— En la trasera o donde fuese.

P.P.— Pues, mire, de la parte de atrás, quedaba el ruego, y el pilón, donde cada año, por San Pedro, bañábamos al Bisa. Y orilla del ruego estaba la higuera, donde dicen que llovieron hostias cuando la abuela Benetilde entró en trance al alcanzar la mayoría.

DR.— Perdona, Pacífico, antes hablaste del Humán y del Otero, ¿es que eran caseríos distintos?

P.P.— A ver, doctor, natural. El Otero quedaba arriba, en el cerro, frente por frente del Crestón, ¿comprende? Allí andaban, por un ejemplo, el camposanto y la parroquia. Abajo, orilla el Embustes, o sea, el río, estaba el Humán.

DR.— ¿Cuál era la economía del pueblo? ¿De qué vivía la gente?

P.P.— Ande, según.

DR.— Según ¿qué?

P.P.— Mire, en el vallejo, por mayor, frutales, manzanos en su mayor parte.

DR.— ¿Y qué más?

P.P.— Como haber también había algún ciruelo y algún peral, ¿se da cuenta? Y unas nogalas hermosas, oiga. Pero raro era el año que sazaban.

DR.— ¿Por qué razón, Pacífico?

P.P.— Las heladas, mire. Si la primavera se metía en hielos, se encajonaba el zarzagán entre Las Puertas y cosa perdida; en una noche todo abrasado. La nuez es fruto delicado, oiga.

DR.— ¿Y arriba? ¿Qué había arriba?

P.P.— ¿En los altos?

DR.— Sí, en los altos.

P.P.— Aulagas y moheda para el jabalí, ya ve.

DR.— ¿No se cultivaba nada?

P.P.— Aguarde, de primeras, nada, no señor. Al cabo, Padre metió el tractor en los perdidos y puso en siembra también más de tres mil hectáreas, trigo y cebada,

¿sabe?, cereal. ¡Ande que los del Otero todavía no se lo han perdonado! A Padre, digo.

DR.— ¿Y qué les iba a los del Otero que tu padre sembrase en los perdidos o no?

P.P.— Ande, por los pastos, ¿se da cuenta? Los roturos dejaban al pueblo sin pastos. Para que las cabras comieran, digo.

DR.— ¿No había en tu pueblo alguna industria, alguna destilería, de sidra, por ejemplo, algo que os ayudase a sobrevivir?

P.P.— De eso, nada, no señor. Digo, por todo haber, la miel. O sea, en las vaguadas de la cerviguera y en las breñas, se criaba bien el brezo. Y allí, al amparo de la humedad, pusieron los del pueblo las colmenas, ¿sabe?: hornillos y movilistas.

DR.— Dime, Pacífico, cuando tú saliste del pueblo, ¿quedaba mucha gente allí?

P.P.— Si le digo que cien vecinos, tenga por seguro que exagero. La juventud estaba cansada, oiga; el campo es muy esclavo.

DR.— ¿Y hubo algún momento en que Humán del Otero, por el motivo que fuese, provocase una afluencia extraordinaria de gente?

P.P.— ¿Cómo dice?

DR.— Quiero decir, Pacífico, si tu pueblo tuvo alguna vez más vecinos que cuando tú te fuiste.

P.P.— Ande, eso a poco.

DR.— ¿Cuándo?

P.P.— Mire, desde chaval hasta que me hice mozo, o sea, hasta que me largué, aquello se quedó en la mitad.

DR.— ¿Y antes? ¿Hubo más gente alguna vez?

P.P.— Bueno, vamos, o sea, al decir del Bisa, cuando él era chaval, con lo de las pepitas del arroyo Alija, arriba, en Prádanos, o sea, la Peña Aquilina, vino personal de toda la provincia.

DR.— ¿Pepitas de oro?

P.P.— De oro, sí, señor, tal cual; vamos, eso decían. Lo cierto es que arriba, en Prádanos, todavía andan los cobertizos y los lavaderos orilla el regato. Precisamente allí, doctor, fue donde la Candi me la pegó muchos años después. Pero ése es otro cantar.

DR.— Más adelante hablaremos de eso, Pacífico. No me gustaría que se nos olvidase. Pero dime, esa fiebre del oro a que te refieres ¿duró mucho tiempo?

P.P.— Ya sabe usted lo que son esas cosas, doctor. A mayores, lo que las cuatro pepitas que había. Ni más ni menos.

DR.— Desde entonces, Humán del Otero ¿no volvió a tener fama por nada?

P.P.— Aguarde, oiga, que más todavía que lo del oro fue lo de la abuela Benetilde, ¿se da cuenta? O sea, los trances, que al decir del Abue aquello sí que le dio fama al pueblo, que venían forasteros inclusive de Portugal. Pero lo que pasa, los del Otero empezaron con que la Mística, la abuela Benetilde, digo, era una embaucadora y aquello se acabó como lo del oro.

DR.— Y en vida tuya ¿no recuerdas nada extraordinario que ocurriera en tu pueblo?

P.P.— Nada, no señor. Aquello estaba muerto. De no ser lo del Hibernizo, ya ve. Un capricho de la naturaleza. O sea, un camueso que florecía en noviembre y perdía la hoja en abril; un llevacontrarias, que decía Madre. Por mayor, la cosa sí era chocante, no digo que no, pero fuera de don Patricio y un grupo, gente de estudios, ¿sabe?, nadie se preocupó por el árbol.

DR.— Una cosa, Pacífico ¿por qué molestaba a los del Otero que tu abuela tuviera visiones y vinieran gentes de fuera? Algo dejarían, ¿no?

P.P.— Bueno, usted no les conoce, oiga. A los del Otero, digo. Los del Humán y los del Otero nunca se llevaron bien, de siempre. O sea, como el perro y el gato, ¿comprende? Que por menos de nada se ponían a la greña y armaban una cantea. Al decir del Bisa, eso venía de atrás, las rencillas, digo, de cuando los moros, échele.

DR.— Todo esto es muy interesante, Pacífico, pero me agradecería llevar un orden, empezar por el principio, ¿me entiendes? Vamos a ver si nos centramos un poco. Cuando tú saliste del Humán, ¿quién era en tu casa el jefe de familia?

P.P.— ¿El amo la casa quiere decir?

DR.— Eso quería decir, Pacífico.

P.P.— El Bisa, natural.

DR.— ¿El Bisa?

P.P.— O sea, mi bisabuelo.

DR.— Ya. ¿Crees tú que tu bisabuelo dejó alguna huella en ti?

P.P.— A saber, doctor. Eso nunca se sabe.

DR.— Dime, ¿y cómo era tu bisabuelo? ¿Cómo lo recuerdas?

P.P.— Bueno, yo me recuerdo del Bisa en la silla de ruedas de acá para allá, que no lo

dejaba, oiga. Y, por San Pedro, en el pilón, chapoteando que hay que ver cómo la gozaba el hombre.

D.R.— De las personas que te rodeaban, ¿es el del Bisa el recuerdo más fuerte que guardas?

P.P.— Según, oiga. O sea, también me recuerdo del Abue, con la cara plana, bebiendo del porrón y mirando de lado, como los peces.

DR.— ¿Quién se ocupaba más de ti? ¿El Bisa o el Abue?

P.P.— Parigual, mire. Los dos me contaban historias de cuando sus guerras, ¿sabe? Pero eran tan largas que las más de las veces me quedaba dormido. Que me recuerdo que el Bisa todo se renegaba y le decía al Abue... O sea, le decía una cosa que no está bien que yo se la repita, doctor.

DR.— ¿Qué le decía? Estamos entre hombres, Pacífico; yo no voy a asustarme.

P.P.— Pues decía, verá, decía, a ver si vamos a joderla, Vitálico; este chico no tiene nada entre las piernas.

DR.— ¿Eso decía?

P.P.— Cabalmente.

DR.— ¿Y no te humillaba que tu bisabuelo dijera eso de ti?

P.P.— A decir verdad, no señor. O sea, yo le oía como quien oye llover, oiga. El Bisa hablaba de su guerra y yo, a mayores, nunca me interesé por esos asuntos.

DR.— Pero ¿a qué guerra se refería, hijo?

P.P.— A saber, oiga. Lo cierto es que en casa, empezando por el Bisa y terminando por Padre, todos tenían su guerra, una guerra de qué hablar, ¿comprende? Que luego andaba el tío Teodoro, que al decir del Bisa, así que acabaron las guerras aquí, se largó a las Américas a buscar otra. Pero al tío Teodoro nunca llegué a conocerlo.

DR.— Pero digo yo que tus abuelos, al hablar de sus guerras, mencionarían algún nombre, algún general, alguna batalla, ¿no es así?

P.P.— A ver, doctor, natural. Por ejemplo, al Bisa, el general Moriones y el Duque de la Torre no se le caían de la boca. Por lo que respecta al Abue, ya se sabe, el Abd-el-Krim, y el fuerte de Igueriben, siempre la misma copla. Si le digo mi verdad, doctor, en casa, el único que hablaba de la guerra de verdad, o sea de Brunete, Teruel y esas cosas, era Padre.

DR.— Está bien. Esto ya es entrar en razón, Pacífico. Y el viejo, ¿qué historias te contaba el viejo?, tu bisabuelo quiero decir.

P.P.— ¿Historias? El Bisa sólo contaba una, oiga, siempre la misma, desde que nació. Ya ve, me recuerdo que Madre, al verle con la silla atrás y adelante, haciendo el ruido de los disparos y la corneta, siempre decía: conforme se pone, el mejor día nos va a dar que sentir, dichosa guerra.

DR.— ¿Y recuerdas tú esa historia, Pacífico?

P.P.— Ande que si no la fuera a recordar. En veinte años no le he oído otra cosa, hágase cuenta.

DR.— ¿Podrías repetírmela?

P.P.— Por poder, pero le participo que es muy larga.

DR.— No te preocupes por eso, Pacífico. Nadie nos persigue.

P.P.— Bueno, en realidad, la historia empezaba con el capitán Estévez, la noche que el capitán Estévez le dijo al Bisa que había que meter en cintura a las posiciones del ferrocarril, ¿se da cuenta? O sea, para que me entienda, el enemigo se había atrincherado al abrigo del monte y como el tren subía y bajaba sin nadie que le hostigase, pues eso, no les faltaba de aquí, o sea, de comer, ¿se da cuenta?

DR.— Está claro, Pacífico. Sigue.

P.P.— Entonces, el remedio era cortar la vía, ¿entiende? Y una noche, el Duque de la Torre, que debía ser el jefe, le leyó la cartilla al general Moriones, que el Bisa estaba orilla suya, y dice que le dijo: Morioncitos, tienes que demostrar que los tienes bien puestos, ¿qué necesitas para desalojar a esos piojos de sus posiciones? Entonces, el general le pidió refuerzos. O sea, le dijo: dame 5000 infantes, dos baterías y un escuadrón de a caballo y el jueves que viene estaré en Bilbao, ¿comprende? Conque el Duque cumplió, oiga, que al decir del Bisa, al día siguiente ya andaban en danza los refuerzos, monte abajo, camino del río.

DR.— Está bien, ¿qué ocurrió entonces?

P.P.— Aguarde. Esa misma tarde, al decir del Bisa, se puso a diluviar, ¿sabe?, de forma que él, el sargento Beitia y una partida de soldados, subieron a Ciérgola para alojar al general. Que dice, el Bisa, digo, que allí no quedaba un alma, fuera de una tipa así, más fuerte que la señora Dictrinia, y fue él, el Bisa, digo, y la pidió alojamiento para el general, pero ella quieta parada, como si no fuese con ella, ¿entiende? Y, entonces, fue el Bisa y se lo repitió, pero ella, la mujer, digo, la misma, o sea, chitón. Y en éstas, el Bisa se cabreó, la puso la punta del machete en la barriga y que una habitación para el general, y ella, entonces, que bien, que la segunda puerta a la derecha. ¿Y qué se piensa usted, doctor, que había en la segunda puerta a la derecha?

DR.— ¡Qué sé yo, Pacífico!

P.P.— Pues el váter, para que se entere. Que yo me digo, oiga, que también hace falta sangre fría para una respuesta así.

DR.— Verdaderamente, hijo. ¿Y qué hizo tu bisabuelo?

P.P.— Ya ve, qué iba a hacer el hombre. Sacudirla un moquete y buscar él la habitación. Pero tampoco se piense que escarmentó ella, la tipa, digo, que, a poco, el sargento Beitia la pidió velas y la misma copla, que en la iglesia había. Y, a ver qué remedio, a la iglesia se fueron ellos, que, al decir del Bisa, el sargento quería pegar fuego al pueblo, dese cuenta, que menos mal que el general, muy prudente, le dijo que parase quieto, que no quería excesos, ¿sabe?

DR.— ¿Cuándo sucedió esto, Pacífico?

P.P.— Pues esto ocurría, doctor, si el Bisa no mentía, allá por el año 74, para abril, que ya ha llovido.

DR.— Está bien, continúa.

P.P.— Bueno, pues se llegaron a la ermita, agarraron los cirios y el Bisa apandó además los cepos de las limosnas, que, a su decir, Bilbao andaba al caer y él estaba sin blanca.

DR.— ¿Cogió el dinero de la iglesia el Bisa?

P.P.— Bueno, oiga, no le choque. El Bisa era de los de la uña larga, para que usted se entere. Que, para mí, que la había tomado con las iglesias. Ya ve, era yo todavía un chaval, cuando me habló de subir a Prádanos, ya sabe, donde las pepitas, a coger la estatua de la Virgen Negra que, a su decir, tenía mucho misterio.

DR.— Perdona, Pacífico, no nos dispersemos. Estábamos en Ciérgola, cuando el sargento Beitia y el Bisa cogieron las velas. ¿Qué hicieron luego?

P.P.— Por mayor, dárselas al general, a ver. Y ellos se acostaron arriba, en el sobrado, entre la yerba, que, al decir del Bisa, por aquellas tierras hay un heno bien rico. Conque casi se habían acomodado, cuando empezó el rum-rum, como de ratas, que el Bisa, ¿eres tú, Beitia?, y Beitia, ¿yo?, y, entonces, fue el Bisa, prendió una cerilla y le vio, que, a su decir, no asomaba más que los ojos asustados y la punta de la nariz, todo lo demás cubierto por el heno, ¿se da cuenta? Conque el Bisa no se lo pensó dos veces, oiga, agarró el machete y le espetó sin preguntarle ni cómo se llamaba, que el otro dice que decía, ¡madre, madre!, sin fuerzas, ya ve, hasta que calló la boca. Y, a la mañana, conforme amaneció Dios, el Bisa abrió los postigos y así que vio al muerto que era lampiño, un chaval, le dijo al sargento, pero Beitia, si es un mocoso. Y Beitia, que al decir del Bisa, tenía unos despertares muy atravesados, ni caso, o sea: Déjale estar, Vendiano. La cizaña hay que cortarla a tiempo, ¿se da cuenta?

DR.— ¿Y dices que lo mató a machetazos?

P.P.— A machetazos, tal cual. Pero esto no se lo tome en cuenta al Bisa, o sea, era lo suyo. Ya lo decía él: lo mío es la bayoneta. De forma que ya lo sabe.

DR.— ¿Decía él eso?

P.P.— Así decía, sí señor. Y que era muy sencillo, ¿sabe? O sea, tres dedos debajo del ombligo, ¡cuaj!, bayoneta adentro, media vuelta a la derecha y listo. Que yo, que era chaval entonces, le decía: ¿Y qué, Bisa? Y él explicaba que las tripas escapaban por el ojal a borbotones, tal como el agua de la Toba cuando se abre la compuerta, ¿se da cuenta?

DR.— Ya lo creo, hijo; continúa.

P.P.— Conque el Bisa bajó del pajar con el alba, que, a su decir, las calles ya estaban llenas de soldados chapoteando en el barro, o sea, seguía diluviando. Y conforme descendían a las posiciones, las botas chuac-chuac en los charcos, a ver. Y los cascos del caballo del general, parigual, que dice que iba envuelto en un capotón, el general, digo, sin abrir el pico. Pero así que llegó orilla los parapetos, se empinó en los estribos, y voceó: ¡Soldados! Peleamos por la libertad, peleamos por la Patria y morir por la libertad y por la Patria es la más hermosa muerte. Soldados: ¡Viva la Reina! La arenga, esas cosas, ya sabe. Pero, al decir del Bisa, no pasarían cinco minutos y empezó el jorco, doctor, los cañones y la fusilería, que los caseríos volaban despanzurrados por los obuses a izquierda y derecha, oiga, que era el no parar. Pero como lo del Bisa era el cuchillo, el hombre, a ver, como un chivo en un garaje, tal cual, que, a su decir, tiraba tiros por tirar, o sea, por hacer ruido, sin atinar ni nada. Que dice que no hacía más que pensar, a ver si este maricón de turuta toca a armar bayonetas de una vez, pero que nada. Y, con unas cosas y otras, se le calentó la sangre, al Bisa, digo, se volvió donde el turuta y le voceó: ¡Eh, tú, sietemesino! ¿Es que no piensas tocar a armar bayonetas en toda la mañana? Pero el turuta como si tal cosa; lógico, ¿no?, él esperaba órdenes de arriba.

DR.— ¿Y qué hizo el Bisa?

P.P.— Aguarde. Al decir suyo, el cañoneo arreciaba y el capitán Estévez, con la espada en la mano, no se determinaba. Y, en éstas, el sargento Beitia voceó: ¡Van a acribillarnos vivos! Que oír esto el Bisa y perder la paciencia fue todo uno. Así que se volvió donde el turuta y dio la orden, o sea, le puso la bayoneta en el estómago y le dijo: Toca a armar bayonetas, cacho maricón, o te saco las tripas aquí mismo, ¿se da cuenta? Que la bayoneta era lo suyo, así que el otro, el turuta, digo, agarró el cornetín y dale que te pego.

DR.— ¿Tocó a armar bayonetas?

P.P.— Ande, a ver, por la cuenta que le tenía. Que el Bisa más contento que unas pascuas, natural. Saltó de la trinchera y si te he visto no me acuerdo.

DR.— ¿Saltó él solo?

P.P.— Eso no lo sé, oiga. Digo yo que los demás irían luego. Pero, a su decir, corría sin mirar atrás, regateando, como las lagartijas, para sortear las balas, ¿se da cuenta? Y conforme alcanzó la posición enemiga, ¡cuaj!, bayoneta adentro, tres dedos debajo del ombligo, media vuelta a la derecha y listo, ¿comprende? Así veces y veces, que, a su decir, unos, los enemigos, digo, levantaban los brazos al pincharles, y otros, reviraban los ojos, y aún les había, hágase cuenta, que agarraban el caño del fusil, y hacían por sacarla, la bayoneta, digo, boberías, ya ve usted, que siempre hará más fuerza el que empuja de la parte de fuera, ¿no? De forma que cuando el capitán Estévez se personó en la posición, el Bisa ya se había despachado una docena de ellos. Y los que no, se arrancaban a correr cerviguera arriba y el Bisa tras ellos, al correquetepillo, a ver, que a su decir, entonces tenía buenas piernas, ya ve, conforme se le ve ahora de postrado, y les acuchillaba las espaldas, pero con su ciencia, no crea, o sea, buscándoles el riñón, bien el derecho, bien el izquierdo, que lo prudente, a su decir, en esos casos, es orillar el espinazo, no sea que se te vuelva el arma y te desgracie.

DR.— Continúa, Pacífico.

P.P.— Bien mirado, poco más hubo, doctor. Lo único, que los desgraciados que espetaba se ponían a rodar ladera abajo y, de no enredarse en una carrasca, no paraban hasta el río, natural, conque el agua se iba poniendo roja, y la que escurría por la cárcava, el agua, digo, la de las escorrentías, tal cual. Que, al decir del Bisa, aquello era una bendición. Conque, pinchazo va, pinchazo viene, el Bisa no paró hasta que puso pie en la vía, ¿comprende?, orilla del túnel. Y una vez allí, trepó a un cotarro y voceó: ¡Victoria!, y levantaba el fusil ensangrentado y lleno de mierda, ¿entiende?

DR.— ¿Y así acabó la historia?

P.P.— Bueno, la cosa tuvo su fin de fiesta, no crea. O sea, a la tarde, así que la tropa entró en Galdamés, el general Moriones mandó formar en la plaza, y él mismo, subido al abrevadero, lo dijo, o sea, que la ejemplaridad del soldado Vendiano Pérez, y su valor temerario y su pundonor le hacían acreedor a una medalla, ¿entiende? Y según andaban en éstas, fue, se bajó, y le prendió una cruz en el pecho al Bisa. Luego, el general se puso orilla, y la tropa desfiló delante suyo, que al decir del Bisa, así que el capitán Estévez mandó romper filas, todos vinieron donde él, que todo dios tenía algo que decirle.

DR.— ¿Eso es todo?

P.P.— La historia, sí señor, ahí acaba.

DR.— ¿Es que hay algo más?

P.P.— Bueno, o sea, cuando chaval, el Bisa, así que terminaba, siempre me decía lo mismo.

DR.— ¿Y qué te decía, Pacífico? ¿Qué te decía?

P.P.— Pues, decía, verá usted, decía: y mi abuela tenía un gato con las orejas de trapo y el culito de papel, ¿quieres que te lo cuente otra vez?

DR.— ¿Y qué respondías tú, Pacífico?

P.P.— Pues la verdad, ya ve. O sea, así que aprendí a hablar, que no, que me hacía miedo.

DR.— ¿Quieres decir que antes de aprender a hablar, el Bisa ya te contaba esas historias?

P.P.— Qué hacer, oiga, desde que nací. Y no paró hasta que la Corina, mi hermana, se puso los pantalones.

DR.— ¿Y con qué objeto contaba esas cosas a un niño recién nacido?

P.P.— En realidad, doctor, tanto el Bisa, como el Abue y el Padre lo que querían era que yo fuese un buen soldado así que llegara mi guerra.

DR.— Pero ¿es que a la fuerza tenías tú que hacer otra guerra?

P.P.— Por lo visto, sí señor, eso decían, que yo me recuerdo al Abue: todos tenemos una guerra como todos tenemos una mujer, ¿se da cuenta? O sea, para que usted se entere, cada vez que pasábamos por Telégrafos, donde el Isauro, el Bisa la misma copla: ¡Qué, Isauro! ¿No llegó la guerra de éste? Que el Isauro, a ver, aún no hay noticias, señor Vendiano; ya le avisaré.

DR.— ¡Qué cosas!

P.P.— Pero ¿quiere usted más? Si no había acabado yo de nacer y ya andaban el Bisa y el Abue hurgándome entre las piernas, con que si era mucho o si era poco.

DR.— ¿Y quién te ha contado a ti esas cosas?

P.P.— ¿Contarme? No señor. De eso me recuerdo yo. Como me recuerdo del día que nací o de la tarde que la abuela Benetilde me sacó de pila, lo mismo.

DR.— Escucha, Pacífico, yo quisiera creerte, pero no es posible que te acuerdes del día que naciste. Nadie se acuerda del día que nació. Eso son figuraciones.

P.P.— Ya está usted como la señora Dictrinia.

DR.— ¿Quién era esa señora, Pacífico?

P.P.— ¡Ande, quién iba a ser! La que me cogió, la ministrante.

DR.— ¿Y qué te decía la señora Dictrinia?

P.P.— Mire, lo que usted, tal cual. O sea, que ningún niño al nacer tiene conocimiento.

DR.— ¿Te das cuenta, Pacífico?

P.P.— Pues yo sí tuve conocimiento, doctor, para que lo sepa. Yo me recuerdo, como si lo estuviera viendo, del Bisa y del Abue jugando a los soldados orilla mi cuna, que me traían loco con tanto rumrum, no lo voy a recordar. Y no tendría yo arriba de dos semanas. Ya ve que no hablo por hablar.

DR.— ¿Aceptaba eso la señora Dictrinia?

P.P.— Pues no señor, que éste es el chiste, que figuraciones. Hasta que un día Madre se renegó: ¡Qué porfiada eres, Dictrinia!, ¿a qué ton figuraciones?, que la señora Dictrinia, dale, que había cogido todos los niños del pueblo y que ninguno, o sea, que, al nacer, la imaginación no rige, ¿se da cuenta? Y así todo el tiempo, que, entonces, yo porfié que me recordaba, y la señora Dictrinia lo echó a broma, ¡qué mono este!, y ¿qué había, vamos a ver, qué había?, que yo, ya ve, pues, cosas, señora Dictrinia, y ella, cosas, cosas, ¿qué cosas había, vamos a ver? Que yo, pues ropa blanca y agua y un resplandor... y bichos. Conque, en éstas, la señora Dictrinia se arrancó a reír, pegó un metido a Madre, ¿oyes, Delgadina? ¡Jesús qué criatura!, y ¿no te dio miedo, majo?, que yo, la verdad, doctor, tanto miedo que me quise meter dentro otra vez, y ella, la señora Dictrinia, digo, y ¿por qué no te metiste, embustero?, que yo, ya me rebullía, pero no pude, me arrastraba la corriente.

DR.— La corriente, ¡es curioso!

P.P.— Después de todo, doctor, son cosas que pasan, ¿no? ¿No nacen terneros con dos cabezas? Y, sin ir más lejos, ve ahí tiene usted al Hibernizo, en el Humán, en la finca de mi tío Paco. ¿Quiere usted más? Pues ve ahí está, un manzano como todos ¿no?, y sin embargo, en llegando la primavera se arruga y se pone yerto. O sea, lo contrario de lo que hacen los demás.

DR.— ¿Y daba fruto regularmente el árbol ese?

P.P.— Pues no había de darlo, sí señor, cada año. O sea, para que me entienda, la manzana del Hibernizo es más chica, tal que así, pero conserva el aroma durante años y nunca pudre.

DR.— ¿Y de dónde vino ese árbol?

P.P.— De dónde va a venir, oiga, de la capital, a ver, como todos los renuevos. El caso

es que el tío Paco los plantó, los abonó y uno de ellos, o sea, el Hibernizo, empezó a florecer a contrapelo, ¿se da cuenta?, en noviembre, cuando los demás perdían la hoja.

DR.— ¿Y los frutos?

P.P.— Pues en invierno, en enero o febrero, por más señas, con las heladas y las nieves, a ver. Que no vea competencia por la fruta aquella. O sea, en el pueblo decían que las camuesas del Hibernizo tenían propiedades contra la reuma y los cálculos porque no tenían coco, ¿se da cuenta? Y no vea qué colas en la huerta, a mí tres kilos, a mí cuatro, un jubileo, oiga. Así, hasta que un día apareció un coche negro en la fonda.

DR.— ¿De dónde venía el coche?

P.P.— De Madrid, sí señor, negro, muy capaz. Don Patricio era, al decir de todos, un sabio, ya ve, de la Universidad o eso. Por lo regular venía solo, pero otras veces le acompañaban tres o cuatro, gente joven, ¿sabe?, estudiantes.

DR.— ¿Y qué hacía don Patricio en el pueblo?

P.P.— No paraba, oiga. Usted no lo conoce. ¡Hay que ver las placas que tiró al árbol ese! En invierno y en verano, oiga, que no se cansaba. Que lo mismo le hacía un corto para sacarle los jugos que le arrancaba una yema. O se cogía un puño de tierra de alrededor, a su decir, para analizarlo. ¡Ya le dio que hacer el Hibernizo a don Patricio, ya! ¡Si hasta quería escribir un libro!

DR.— Verdaderamente es un caso insólito.

P.P.— Y aún queda lo más chocante, doctor.

DR.— ¿Qué era lo más chocante?

P.P.— Mis tiritonas, mire.

DR.— ¿Qué tiritonas?

P.P.— ¡Cuáles han de ser! Las mías a cuenta del árbol.

DR.— ¿Te daban tiritonas a ti?

P.P.— Escuche, de que di en pensar en el frío que pasaría el camueso, o sea, entiéndame, desde que me vino la idea, cada año, así que empezaban las heladas fuertes, me entraba una temblequera que para qué. Que usted no lo creerá, doctor, pero Madre y la abuela Benetilde no daban abasto a ponerme mantas y edredones que hasta un tumbillo me metían en la cama, hágase cuenta. Pero en dos días no paraba de tiritar y, al cabo, me levantaba, oiga, me llegaba al huerto de mi tío Paco y las yemas del Hibernizo habían brotado, ¿entiende? Conque un

año y otro la misma historia, de forma que conforme me venía la tiritona, yo le decía a Madre: Madre, el Hibernizo está para echar las yemas. Y a la mañana siguiente, me arrimaba al camueso y ¡tate!

DR.— Un momento, Pacífico: ¿quieres insinuar que tú sentías por el árbol? ¿Que tú experimentabas los fríos del árbol?

P.P.— Bueno, oiga, yo no dije tal. Yo sólo quiero explicarle lo que me sucedía, ¿entiende? Que en la vida ocurren cosas raras, que a todos nos pasa, ¿no? Y como, al parecer, usted se ha interesado por mí, o sea, por las mías, pues ve ahí, se las cuento.

DR.— De acuerdo, Pacífico, no te enfades. ¿Y don Patricio? ¿Nunca le comunicaste a don Patricio lo que te ocurría en relación con el árbol?

P.P.— Nunca, no señor, ¿qué iba a adelantar? Fuera de Madre y la abuela Benetilde nunca supo nadie lo de mis tiritonas; o sea, es ésta la primera vez que lo cuento.

DR.— Está bien, Pacífico. Pero hablas de que te sucedían cosas raras y lo del Hibernizo, con ser verdaderamente notable, es solamente una cosa rara. ¿Es que habían más cosas?

P.P.— Qué hacer sino haberlas, doctor.

DR.— ¿Te importa contármelas?

P.P.— ¡Anda, lo que es por mí! Pero no se las va usted a creer.

DR.— ¿Y eso qué importa, Pacífico? Yo estoy aquí para escucharte. Habla y no te inquietes por lo que yo piense.

P.P.— Bueno, o sea, también estaba lo de las truchas.

DR.— ¿Qué es eso de las truchas, hijo?

P.P.— El Abue, oiga. Las pescaba a cucharilla, las truchas, digo, porque desde que fue soldado tenía mucho tino. Lo del Abue era el tino, ¿se da cuenta?

DR.— ¿Y era pescador de truchas?

P.P.— Y por lo fino, oiga, que lo mismo metía el engaño entre dos piedras, orilla un tronco seco, o bajo las salcinas. Donde le petara.

DR.— ¿Y qué ocurrió?

P.P.— Bueno, un día, siendo chaval, me llevó con él, ¿se da cuenta? Que yo sólo de verle trastear y caminar entre los helechos y los lirios de agua ya la gozaba, ¿no? Bueno, pues de repente, el Abue volvió así la cara, ¡ya está!, me dijo, y yo vi blanquear la trucha bajo el agua, retorciéndose, que me tuve que morder los

labios porque me dolían, ¿sabe? Y así que el Abue la sacó y le rasgó la boca para quitarle los anzuelos y dijo, es maja ¿no?, yo, doctor, ni mirar podía si era maja o no, la verdad, que no aguantaba el dolor de los morros. Así que fui y le dije: ¿y no le duele, Abue?, que él, ¡qué ocurrencias! A los peces no les duelen los anzuelos porque tienen la sangre fría, ¿se da cuenta?

DR.— No te hizo caso, vamos.

P.P.— Como si nada, oiga. Pero yo, cada vez que agarraba una, y la veía sangrar y retorcerse, me tenía que morder los labios, ¿comprende?, de los dolores. Así que aquella noche me acosté con calentura y, a la mañana, tenía unos morros disformes, no vea, de la hinchazón. Y la señora Dictrinia embromándome: Mírale, si parece un negrito, que Madre, a toda prisa, a don Alfaro, o sea, al doctor, y que un poquito de alergia, ¿se da cuenta? Conque la abuela Benetilde me dio de beber el zumo de dos camuesas del Hibernizo y, al día siguiente, tan terne, ya ve qué cosas.

DR.— Disculpa, Pacífico, y no te alborotes por lo que te voy a decir. Tú y yo estamos charlando aquí mientras la gente duerme. Te estás sincerando conmigo y yo te lo agradezco. Pero sería sensible que por las circunstancias en que nos hallamos, la soledad, el silencio, mi atención concentrada, tú dieras en fantasear y tu buena intención y tu sinceridad se las llevara la trampa. ¿Me comprendes? Escúchame y no te alteres, te lo ruego: ¿es cierto lo que me cuentas o lo estás adobando con tu imaginación?

P.P.— Es que si se pone usted así, mejor me callo.

DR.— No se trata de eso, Pacífico. El que tú te calles no va a resolernos nada.

P.P.— A ver, doctor, ¿qué quiere usted que haga?

DR.— Muy sencillo, Pacífico. Reflexionar sobre lo que me has contado y decirme si has exagerado un poco o, por el contrario, es rigurosamente cierto.

P.P.— Lo que le he contado, oiga, es tan verdad como que a estos ojos se los ha de comer la tierra.

DR.— Bien, Pacífico: yo no desconfío de ti. Lo único que temo es que tu imaginación te juegue una mala pasada, ¿entiendes?

P.P.— Es que si no me cree eso, ¿quiere usted decirme qué adelanto contándole lo de la bombilla?

DR.— ¿Qué es eso de la bombilla?

P.P.— Boberías, mire.

DR.— No seas niño, Pacífico. Habla.

P.P.— Pues eso, oiga, o sea, que de chaval, allí en el pueblo, había días que me levantaba de la cama como si tuviera, tal que así, arriba del pecho, una bombilla.

DR.— Pero una bombilla, ¿una lámpara de cristal, quieres decir?

P.P.— Tal cual, oiga, una bombilla en lugar de corazón.

DR.— ¿Por qué tenías esa impresión?

P.P.— ¡Ah!, no me pregunte el porqué, mire. Pero el día que tenía la bombilla dentro todo me acobardaba, que ni a moverme me atrevía por miedo a quebrarla.

DR.— ¿La bombilla?

P.P.— La bombilla, a ver.

DR.— ¿Y qué sucedió con la bombilla?

P.P.— Con ella, o sea, nada. Pero un día que la tenía dentro, la bombilla, vamos, el Bisa me llevó al ruego, orilla la higuera, y me contó la historia de Galdamés.

DR.— ¿No te la había contado nunca?

P.P.— ¿Contármela? ¡Cantidad!, pero con la bombilla dentro, no señor, que ahí está el chiste. De forma que cada vez que decía lo del cuchillo, o sea, la bayoneta, yo pegaba un respingo, ¿comprende? Con lo de la bombilla, oiga, era una pepla, créame, o sea todo se me venía a mí, como un pararrayos, ¿se da cuenta? Que me recuerdo que un día que andaba con ella, la bombilla, digo, pillé al señor Bebel podando los árboles y así que llegué a casa, ya ve, a meter las manos en agua hirviendo, oiga, tal como si me hubieran cortado los dedos, no podía con el dolor.

DR.— ¿Y ahora, Pacífico? ¿Sientes ahora la bombilla en el pecho alguna vez?

P.P.— De qué, no señor. Le estoy hablando de cuando chaval, hace qué sé yo el tiempo.

DR.— Bueno, sigue, te he interrumpido. Tu bisabuelo te contaba la historia de su guerra y tú sentías los pinchazos, ¿no es eso?

P.P.— Pero de qué formas, oiga. Así que cada vez que la mentaba, la bayoneta, digo, yo, un respingo. Conque el Bisa se renegó todo, ¿qué te pasa?, me dijo, que yo, nada, Bisa, a ver, que yo nunca le retrucaba y él, el Bisa, digo, entonces ¿por qué coños respingas así?, que yo, no lo sé, Bisa, será una pulga, ¿se da cuenta? Pero a la noche, o sea, según me iba a acostar, sentí un escozor en la parte, me llegué al váter y oriné sangre, ¿qué le parece?

DR.— ¿No le contaste esto al doctor?

P.P.— Al doctor, no señor. Por mayor a don Prócoro, el cura.

DR.— ¿Al cura? ¿De tu pueblo?

P.P.— De mi pueblo, sí señor.

DR.— ¿Era joven o viejo el cura de tu pueblo?

P.P.— Ni joven, ni viejo. De su tiempo digo yo que sería don Prócoro.

DR.— ¿Y era hombre comprensivo?

P.P.— A saber. Yo me pienso que sí. Lo único, los ojos.

DR.— ¿Qué tenía en los ojos?

P.P.— ¡Qué sé yo, oiga! Como los nervios rotos o qué sé yo, el caso es que se le caían los párpados como si fueran persianas. O sea, para mirarle a uno, don Prócoro, digo, había de echar la cabeza atrás hasta casi desnucarse o sujetárselos con los dedos, o sea, una de dos, que, dicha sea la verdad, eso daba confianza, ya ve, el que no mirara, digo, que en las misiones de los pueblos no vea las colas que se armaban, donde don Prócoro, para confesarse.

DR.— ¿Era un hombre culto don Prócoro?

P.P.— Muy leído y muy prudente, sí señor, sí lo era.

DR.— ¿Y qué te dijo?

P.P.— De primeras, él, don Prócoro, digo, me escuchaba con la boca abierta, ¿comprende? Que yo me digo, doctor, que así como los ciegos dicen que ven con los dedos, no vería él con la boca y por eso la tendría abierta, vamos, digo yo, que no son más que suposiciones. Pero así que acabé, oiga, me dejó cortado, o sea, va y me dice, eso tuyo, Pacífico, parece un caso claro de simpatía, ya ve qué salida.

DR.— El diagnóstico no me parece descabellado, Pacífico. Todo parece indicar que se trata de un caso límite de hipersensibilidad. ¿No volvió a sucederte que después de los relatos del Bisa orinases sangre?

P.P.— Nunca, no señor. Pero, que yo me recuerde, el Bisa no volvió a contarme el sucedido de Galdamés teniendo yo la bombilla dentro.

DR.— Cambiando de conversación, Pacífico, si tu bisabuelo peleó en la guerra carlista, tendría un montón de años, ¿no?

P.P.— Mire, sobre eso no soy quién. En casa, fuera de la Corina de mí, y yo de la Corina, nadie sabía el tiempo de nadie, ¿entiende? Eso sí, a mi tío Paco le oí decir que el Bisa era contemporáneo de Prim. Que yo no sé quién sería ese señor, pero sí le puedo asegurar que en la vida vi una cara tan arrugada, o sea, tan pellejuda, como la del Bisa. Y no le digo cada vez que le bañábamos en el pilón, por San Pedro, oiga, o sea, aunque me esté mal el decirlo, tenía arrugas hasta en

el culo. Que yo me pienso, doctor, que algunos viejos empiezan a descomponerse en vida, que allá vería la cara del Bisa, como sin sangre, talmente del color del cemento, que de no ser por el tajo rojo de la boca, una momia, oiga, como se lo digo.

DR.— Pero su genio, Pacífico, no era precisamente el de una momia.

P.P.— Qué ha de ser, qué va, no señor, ni de lejos. Para reír o regañar, el Bisa parecía un mozo, que me gustaría que lo viera, oiga. O sea, así, en la parte de abajo de la boca, tenía un diente largo y amarillo, ¿se da cuenta?, uno solo, y de que se arrancaba a reír, le asomaba, el diente, digo, y hacía cuej, cuej, cuej, como las gaviotas reidoras de la Charca. Y no le digo cuando se renegaba, oiga, se ponía a desbarrar hasta que se le trababa la lengua al cielo de la boca, ¡hinojoquieterovoyqueaseas!, y disparates así, no quiera saber, que yo me pienso, doctor, o sea, que en sus prisas por decirlo todo, el cerebro se le trascordaba y no había cristiano que le entendiera.

DR.— Por lo que dices, tu bisabuelo debía de ser un tipo.

P.P.— ¡Y que lo diga! Si yo le contara. Mire, ahora me recuerdo cuando le salió la hernia, al Bisa, digo, orilla del ombligo, que don Alfaro, o sea, el doctor, que natural, que a esas edades ya se sabe, de toser y vocear, inclusive de dar de vientre, los tejidos no aguantan, ¿comprende? Bueno, pues al Bisa todo se le volvía echar mano a la faja y soplar contra la mano, o sea sin dejar salir el aire, ¿se da cuenta? Y, en éstas, a reír, como una criatura, cuej, cuej, cuej, ¡es como un globo!, voceaba. Y si me cogía orilla suya, me obligaba a tentar y no vea cosa más disforme, que Madre, no juegue con esas cosas, abuelo, no le vaya a dar qué sentir, que él, el Bisa, digo, tú calla, Delgadina. Y si andaba por allí la señora Dictrinia, tal cual, toca, Dictrinia, que la otra, anda y qué verdad es eso de que cuanto más viejos más pellejos, y, oiga, que empezaban a embromarse, o sea, el uno al otro, hasta que el Bisa la sentaba con él en la silla y se ponía a magrearla, que estás más buena que el pan, Dictrinia, y ella, la señora Dictrinia, digo, a reír y dar voces, ¡suelte, señor Vendiano!, ¿todavía usted con éstas? Una juerga, oiga.

DR.— ¡Vaya con el viejo! Y dime, Pacífico, esa señora Dictrinia, de la que tanto hablas, ¿era de la familia?

P.P.— No señor, la ministrante era, ya se lo dije.

DR.— ¿Y qué hacía en tu casa?

P.P.— Un poco de todo, mire. Por las tardes empujaba la silla del Bisa hasta la fonda, para echar la partida, ¿sabe? O si había que poner una lavativa, una cataplasma o una inyección, pues la señora Dictrinia, ya se sabía. Y si no, pues lo mismo, o sea, a hacer la tertulia a Madre y a la abuela Benetilde, ¿se da cuenta? Para que

me entienda, una amistad pero como de la familia.

DR.— ¿Estaba casada? ¿Tenía hijos?

P.P.— No señor, o sea, sí.

DR.— ¿En qué quedamos, Pacífico?

P.P.— Atienda, la señora Dictrinia tuvo familia, dos hijos, pero cuando moza. Que lo que ella decía, no fue por vicio sino por afán de aprender.

DR.— Aprender ¿qué?

P.P.— Ella hacía de matrona, o sea, cogía niños.

DR.— ¡Ah!

P.P.— La señora Dictrinia decía que ésa era la universidad de los pobres, ¿entiende?

DR.— Una cosa, Pacífico, ¿no es posible que el padre de esas criaturas fuese tu bisabuelo?

P.P.— ¡Ande, por poder! Enredar ya enredaban, ya. Que me recuerdo una vez, conforme era de fuerte la señora Dictrinia, que el Bisa la sentó en la silla, y en éstas se soltó el calzo y no pararon hasta el río. ¡Allí les vería! ¡Como sopas, oiga!

DR.— Ese río que pasa por tu casa ¿era el mismo donde pescaba tu abuelo?

P.P.— Tal cual, sí señor, el Embustes. Y el mismo donde me topé con el Teotista cuando hablaba con su hermana, ¿entiende? Pero este río, para que usted lo comprenda, se forma en el mismo pueblo, o sea, orilla el Molino del Humán.

DR.— Y más arriba ¿no hay río?

P.P.— No lo hay, no señor, o sea, son tres arroyos, lo que hay arriba, digo: el Matayeguas, el Lirón y la Salud.

DR.— ¿Y por qué le decís la Salud?

P.P.— Es hembra, ya ve. Pero da un agua bien rica, allí donde nace. Que no hay estómago en mi pueblo que no haya remediado el agua esa del manantial.

DR.— ¿Los tres arroyos proceden de manantiales?

P.P.— No señor, por mayor el Matayeguas es de escorrentía, de los deshielos, ¿sabe? Pero los tres son serranos, o sea, bajan de la montaña, cada quien por su vallejo y, orilla el Molino del Humán, se juntan. Por eso, sobre el pueblo se alzan dos riscos que les dicen el Crestón y la Peña. Y arriba, orilla el Crestón, está el Otero y, de la parte de abajo, el Humán. Que del Humán, del mismo molino, arranca el Embustes, que da una trucha muy fina, chica pero de buen paladar.

DR.— El Embustes será caudaloso.

P.P.— Tiene fuerza, sí señor. Y, conforme el río corre, el valle abre, natural. Y a un lado y otro están las ringleras de manzanos, y orilla los cárcavos, en las breñas de las cervigueras, es donde pusieron los del pueblo las movilistas y los hornillos. O sea, las dos riquezas del pueblo: la fruta y la miel. ¿Me comprende usted ahora?

DR.— Está claro, Pacífico. Y tu casa ¿dónde quedaba?

P.P.— Pues mi casa, más o menos, doscientos metros aguas abajo, del Molino, digo, o sea, en el Humán.

DR.— ¿Y quién tiene mayor vecindario? ¿El Humán o el Otero?

P.P.— Allá se andan, mire usted. Que si el Humán tiene cincuenta, por un ejemplo, el Otero, cuarenta. Por eso a mi pueblo le dicen Humán del Otero, pero, en realidad, mi pueblo son dos.

DR.— En definitiva, que sois pocos y mal avenidos, ¿no es así?

P.P.— Así es, sí señor, que, por un decir, cuando los del Humán mientan a los del Otero, siempre dicen, esos cabrones, y Dios Padre me perdone. Pero si los del Otero mientan a los del Humán, dicen, esos hijos de perra, ¿entiende? O sea, en la vida se han visto dos pueblos más juntos. ni más descuadrillados.

DR.— Y tu familia, Pacífico, ¿de dónde procedía? ¿Del Humán o del Otero?

P.P.— Para todos los efectos, los Pérez éramos del Humán, nacidos y criados. Pero, la verdad sea dicha, el Bisa era oriundo de Prádanos, el pueblo abandonado, el de las pepitas, ¿se va dando cuenta?

DR.— Al despoblarse, ¿bajó la gente de Prádanos al Humán?

P.P.— Por mayor, no señor. Por mayor, marchaban a la capital. Ahora siempre había alguno, ve ahí tiene usted al Bisa o al señor Escolino, el carpintero.

DR.— Y ése que tú dices, el Abue, el pescador, era tu abuelo, por supuesto, pero ¿era hijo del Bisa o era por parte de madre?

P.P.— Aguarde, doctor, a ver si nos entendemos. Mire, para empezar por el principio, el primero de todos, o sea, como quien dice, el amo la casa, era el Bisa. Detrás venían tres hijos, varones ellos, ¿se da cuenta?, o sea, el tío Teodoro, que se marchó a las Américas, a la guerra del Chaco, y ya no volvió porque decía que de la parte de allá había más campo; el tío Paco, el amo del Hibernizo, con el que yo me entendía, y el Abue, o sea, el abuelo, el marido de la abuela Benetilde, la Mística, que vivía con nosotros y coleccionaba culebras.

DR.— ¿Disecaba culebras tu abuela?

P.P.— Aguarde, que me he expresado mal. No era la abuela, el Abue era el que coleccionaba culebras. Y no eran disecadas sino vivas, que es otra cosa.

DR.— ¿Guardaba tu abuelo culebras vivas?

P.P.— Qué hacer, doctor. El Abue, al decir de los del Humán, fue muy culebrero desde chaval. Que las agarraba con la mano, hágase cuenta, y las metía en los bolsillos y distinguía, con sólo mirarlas, las víboras de las otras. Y a las víboras, las sacaba sin lastimarlas la bolsa de la ponzoña. Y a las de agua, tontos que dicen, las soltaba en el pilón, entre el verdín, donde por San Pedro bañábamos al Bisa. Y si eran de tierra adentro, a la salona, que allí vería, hubo que poner burletes y todo para que no se escabulleran bajo las puertas.

DR.— Pero ¿para qué quería tu abuelo tantas culebras?

P.P.— Nada, oiga, la afición que dicen, un capricho, como don Prócoro coleccionaba sellos, ¿comprende?, por enredar. Pero no vea los miramientos que se gastaba con ellas, que hasta saltamontes las llevaba para comer, ¿sabe? Y pitas, pitas, pitas, tal cual si fueran gallinas. Que las había tamañas, no crea, a poco de metro y medio. Y los animales agradecidos, natural, se empinaban sobre la cola, o se le enroscaban en las piernas, según, o sea para agarrar los bichos de su mano. Que yo digo, doctor, que de tanto coger truchas y culebras, al Abue se le puso como cara de pez, ¿sabe?, toda aplastada, con los ojos amarillos a los lados, que ni mirar de frente podía.

DR.— Y este abuelo es el que te hablaba de la guerra de África, ¿verdad, Pacífico?

P.P.— ¿De África?

DR.— ¿No era él el que te contaba de Abd-el-Krim y del fuerte de Igueriben?

P.P.— ¡Ah!, eso sí, señor.

DR.— Pues entonces.

P.P.— Perdona, ni me daba cuenta.

DR.— ¿Y cuál era la historia de tu abuelo?

P.P.— ¿La del fuerte de Igueriben?, pues ande que menuda odisea.

DR.— ¿Qué historia es ésa, Pacífico? ¿Me la quieres contar?

P.P.— Le advierto, oiga, que si me meto con ella la echamos hasta las tantas.

DR.— ¿Es que estás cansado?

P.P.— ¿Cansado? No señor, de qué.

DR.— ¿Entonces?

P.P.— Mire usted, lo que debió pasar allí, y le estoy hablando de sabe Dios cuándo, es que las cosas andaban mal planeadas desde el principio.

DR.— Eso no ofrece duda, Pacífico.

P.P.— Quiero decirle, que, al decir del Abue, lo que renegó al Abd-el-Krim es que, dos años antes, el general Silvestre lo mandara a hacer puñetas. O sea, eso decían entre ellos, radio macuto, ¿se da cuenta?

DR.— Es posible.

P.P.— Lo cierto es que el Abd-el-Krim llegó a Gorgues y lo primero que dijo fue, hay que acabar con ellos, o sea, con el Abue y el resto de la tropa, ¿usted me comprende?

DR.— Ya. Continúa.

P.P.— Pero las cosas debían andar escachadas de atrás, oiga. Para que se haga usted idea, al comandante Pino le habían quemado vivo en Chentafa. Que, al decir del Abue, lo que a ellos, o sea, a los moros, les enconaba, era que se arrimasen a sus mujeres, ¿entiende? Que lo que decía Flores, o sea, el amigo del Abue: si ellas vienen a guarrearnos, ¿qué vamos a hacer nosotros? Tampoco los cristianos somos de piedra. Y, bien mirado, no le faltaba razón, ¿no le parece a usted? O sea, doctor, que al Abd-el-Krim se le atragantó el desprecio, del general Silvestre, digo, y para acabar de arreglarlo estaba lo de las mujeres, o sea, lo de arrimarse. Y dice, el Abue, digo, que una noche, estando tal que así, vivaqueando en el monte, se le arrimó el teniente Garrido y le dijo: andamos como Lyautey en el 14, en la misma situación. Que el Abue, a ver: Sí, mi teniente. Y, a la mañana, a la hora del rancho, el Abue se llegó donde Flores y el resto de la tropa, y la misma, como cosa suya, ¿se da cuenta?, estamos como Lyautey en el 14. Que, a su decir, del Abue, digo, un tal Rodrigues, que era así como medio moro y un poco sarasa, va y se vuelve y le dice: ¿Y cómo coños estaba Lyautey en el 14? Y el Abue, que otra cosa no, pero pico un rato largo, pues a ver, jodido, ya se sabe, ¿comprende? Y a la noche, ese mismo día, poco antes de que amaneciera Dios, a formar, la corneta, ¿se da cuenta?, que el general... pero yo no sé si lo estoy trabucando todo, doctor...

DR.— Al contrario, Pacífico. Está clarísimo.

P.P.— Bueno, usted disculpe si me expreso mal. El caso es, como le decía, que el general, conforme estaba formada la tropa, va y la parte por mitad, tal que así, y de aquí para allá, a Igueriben, al fuerte, ¿comprende? Los demás, conmigo. Y el Abue y Flores en el grupo de Igueriben, a ver, que, al decir de radio macuto, el Abd-el-Krim rondaba el monte con una partida de guerrilleros. De forma que unos, un-dos, hasta Igueriben, oiga, al fuerte.

DR.— ¿Y llegaron sin novedad?

P.P.— Qué hacer, allí se instalaron. Pero, al decir del Abue, hacía un calor de mil puñetas, en el fuerte, digo, que ni respirar, lo que se dice ni una brizna, ¿se da cuenta? Así que todo el día de Dios tumbado, ni mover un dedo, que aunque magro, el Abue es de mucho traspasar, que en casa, ni calzado, ya ve, todo lo malrotaba con el sudor, o sea, lo quemaba, lo único, llantas. Pero una anocheada, que Dios sabe los días que llevarían encerrados, le dio la idea, o sea, se puso de pies, ¿comprende?, agarró una lente y uno, dos, tres, una nube de ellos, o sea, de moros, monte abajo, ¿se da cuenta? Conque, imagine, a ver, las voces, ¡rifeños, sargento, que vienen!, y el comandante Benítez, ¿son muchos?, que el Abue, también cientos de ellos, o sea, miles, y el otro, el comandante, digo, ¡corneta! Calcule el bochinche, oiga, todos a la carrera, a ver, cada quien a su puesto, que, al decir del Abue, en las vísperas, antes de empezar el zafarrancho, se le ponía una cosa así, sobre la parte, como deseo de orinar, que no es que fuera miedo, entiéndame, sino los nervios, o prisas por determinarse, vaya usted a saber.

DR.— ¿Y atacaron enseguida los rifeños?

P.P.— No señor, de qué, ellos por sus pasos. Que, al decir del Abue, en el cielo apuntaban ya las estrellas, pero era tal el sereno del desierto que se les veía bajar, a los moros, digo, talmente como si fuera día, los unos a pie, los otros a caballo. Conque el comandante Benítez, orilla la ametralladora, no les quitaba ojo, todo se le volvía decir: No tiren mientras yo no dé la orden. Y abajo, en las troneras, digo, los oficiales, la misma copla, natural, nadie haga fuego mientras el comandante no dé la orden, a la espera, ¿se da cuenta? Y los moros calcule, un-dos, un-dos, hacia el fuerte, como guarduños, a ver, a la sorpresa, tapándose con las dunas, que, al decir del Abue, él ya estaba enseñado a las tretas del desierto, cómo las gasta, que no hay nadie y, a lo mejor, miles, oiga, o sea, cercados, y ni se entera uno, ¿comprende?

DR.— La situación debió de ser muy delicada, verdaderamente.

P.P.— Y que lo diga, oiga, no me hubiera gustado a mí estar en su pellejo.

DR.— ¿Y atacaron los moros esa noche?

P.P.— Qué hacer sino atacar, doctor. Al decir del Abue, una vez que cercaron el fuerte, se arrancaron con su chau-chau, que más parecía aquello un corro de locos, oiga. Y él quieto parado, o sea, a verlas venir, con un postillón sobre la parte, que ni respirar le dejaba.

DR.— ¿Y es que el comandante no daba la voz de fuego?

P.P.— Aguarde, no corra tanto. O sea, les dejó arrimar, ¿entiende?, y, a poco, ¡fuego a

discreción, viva España!, que allí vería el jorco, doctor, ta-ca-tá, la ametralladora y la fusilería, que dice, el Abue, digo, que hombres y caballos rodando por la arena, una matanza, oiga. Y el Abue en su elemento, a ver, ¡leña al moro que es de caucho!, por dar ánimos, ¿comprende? Que dice que los disparos hacían luz, que se sacudían a la luz de los disparos, dese cuenta, que aquello era el no parar, que de continuo, como los fuegos artificiales. Y así se tiraron arriba de tres horas, que se dice pronto. Y, según el Abue, él les tumbaba a docenas, los moros, digo, como muñecos, como el pim-pam-pum ese, como de guasa. Y, de repente, dice que le venía la escama y se decía para entre él, ¿no se estarán haciendo los muertos para arrimarse a la puerta a la rastra, como culebras? ¿Se da cuenta? Y entonces, dice que les tomaba la mira, a los que andaban por los suelos, digo, y ta-ca-tá, ta-ca-tá, otra rociada, por si las moscas, por un por si acaso, ¿entiende?, o sea, los remataba. Con que dice que a las dos horas y media, el tubo hervía, que ni agarrarle podía, y todo se le volvía vocear, ¡Rodrigues, cacho marica, ven aquí y refrigera! De los disparos, ¿sabe?, que la refrigeración de la máquina, o sea, la suya propia, ya no bastaba. Imagine, tres horas sin dejarlo, que al decir del Abue, así que el enemigo se retiró, ampollas en las manos, como vejigas, abrasaditas, doctor.

DR.— De modo que los rechazaron.

P.P.— Los rechazaron, sí señor.

DR.— ¿Qué hicieron, entonces?

P.P.— Mire, al decir del Abue, el comandante Benítez, que era más listo que el hambre, dobló la guardia, los piquetes, vamos, por lo que pudiera tronar. Y los que quedaban de francos, hale, a hacer peleles, o sea, muñecos de paja y trapo, ¿se da cuenta?, una treta que se gastaban para empatar al Abd-el-Krim. Que los peleles daban el pego, con los uniformes de los muertos, el gorro y todo, empinados en las troneras, pues, a ver, tan curiosos, como si no hubiera bajas.

DR.— Una estratagema ingeniosa.

P.P.— No digo que no, oiga. Pero lo malo, allí, en el fuerte, digo, eran los víveres, o sea, que no había. Ya ve, agua para cuarenta y ocho horas, tres sacos de harina, un ramo de dátiles, veinte kilos de carne salada y pare usted de contar. Total, lo único en cantidad era el azúcar, ¡cuarenta sacos! Pero lo que yo me digo, doctor, ¿adónde iban con tanto azúcar si luego no podían beber?

DR.— Verdaderamente, hijo.

P.P.— Así que al Abue, según decía, sólo de pensarlo, se le ponían las tripas del revés, ¿entiende? Menos mal que los otros, los moros, digo, ni tiempo les dieron, ¿sabe? O sea, no habían acabado de pinar los peleles y ya andaba el Abd-el-Krim

de vuelta, hostigando, que hasta había cavado trincheras y empujado un mortero a la cotarra. Así que el Abue, que andaba al quite, agarró la ametralladora y le barrió el servicio antes de que disparara el primer obús, que otra cosa no, pero a tino pocos le echarían la pata al Abue, oiga, que me gustaría que le hubiera visto en el río con la cucharilla. Bueno, así que calcule usted la que se armó: pim-pam, pim-pam, dos días enteros a tiro limpio, doctor, ni tiempo para echar un trago, que los heridos, ellos solos, se vaciaron el bidón, natural, ¿no?, por las pérdidas, que según tengo entendido, doctor, una herida de sangre da mucha sed. Pero a la noche, imagine, a ver, quien más, quien menos, todos tronzados. Que el comandante Benítez, dale, es preciso resistir, que mañana o, a todo tirar, pasado, Navarro o Silvestre habrán roto el cerco, ¿se da cuenta de la situación?

DR.— Pero el agua se había terminado, ¿no?

P.P.— ¡No se lo digo! A ver, los heridos, que es cuando el comandante Benítez se puso de pies y les dijo: Los que estamos tiesos beberemos orina con azúcar, dese cuenta, la repugnancia, oiga, aparte, como yo digo, que el remedio no daba para largo, doctor, que ya es sabido que el organismo siempre retiene parte, o sea, del agua, o sea, de la orina, así que llegaría un momento en que no daría más y sanseacabó.

DR.— Un razonamiento pertinente, hijo.

P.P.— ¿Cómo dice?

DR.— Que así es; que te sobra razón, Pacífico.

P.P.— Bueno, pues, con eso y con todo, oiga, el comandante Benítez que objeciones y sugerencias, o sea, consultó a la tropa, que el Abue, el primero, que si cada uno la suya, la orina, digo, que al decir del Abue, como siempre anduvo con mal de mea, o sea cada media hora, se pensaba, mejor me irá. Pero el comandante Benítez que no, a ver, que allí todo era de todos y que todos a orinar en el bidón grande y a cada meada, un vaso de azúcar para añadir poder nutritivo y desbaratar el amoníaco, ¿se da cuenta? Que al decir del Abue, el comandante era muy estricto, y así que acabaron las preguntas, le dijo al sargento Blecua que organizara piquetes para cazar ratas y montase vigilancia orilla el bidón. Y a la mañana, a ver, ya andaban todos comiendo ratas y bebiendo orines, doctor, hágase cuenta.

DR.— Terrible, hijo. Pero dime, ¿cómo salió tu abuelo de ésa?

P.P.— Pues verá. Dice que, al caer la tarde, se empezó a sentir como paqueo lejos, o sea, tiros, ¿me entiende? De primeras, un tiro, luego dos tiros, luego una ráfaga. Conque, al sentirlos, el comandante Benítez dice que les formó en el patio y les dijo: Soldados, el general Silvestre viene por nosotros, estamos salvados, ¡viva

España!, ¿entiende? Que al decir del Abue, el personal lloraba, oiga, o sea, la tropa. Y otros a dar brincos y vivas, natural, que el sargento Blecua inclusive les hizo brindar con la orina, ¡agárrese!, de la alegría, ¿entiende? Pero cuando estaban más así, el paqueo se fue demorando, ahora un poco menos, luego otro poco, hasta que dejó de sentirse y allí no aparecía un alma, ¿entiende? Y, al decir del Abue, entonces empezó lo malo: el hedor, o sea, los muertos. Que a su decir, trascendían y no se podía parar en una legua a la redonda, y, por si fuera poco, las moscas, esas verdes, de la porquería, ¿sabe?, ésas. Y como carroña había por todas partes, tanto daba que soplase el regañón como el levante, lo mismo, y, si no soplaba, peor, mire,apestaba. Que dice que el Abue con un pañuelo en las narices y el Rodrigues, ese que le digo, medio sarasa, estás buena, morita, estás buena, a pellizcarle, bromas, natural, en esos casos lo último perder el humor ¿no le parece? Con que en éstas apareció el telegrafista con lo de rendirse, imagine. Que dice que el comandante Benítez, como si le hubieran mentado a la madre, eso jamás, ¿oyes?, telegrafía, anota, los soldados de Igueriben mueren, pero no se rinden, ¿se da cuenta? Y lo que son las cosas de la vida, oiga, que al decir del Abue, debió de ser un pálpito, que no había amanecido y ya andaba él patas arriba, con una bala en la cabeza, el comandante Benítez, digo, los sesos al aire, y las moscas enseguida, a ver. De forma que el teniente Canseco tomó el mando, ¿sabe? Que al decir del Abue, el teniente Canseco era un tipo de voz catarrosa, muy chistoso él, y de que se hizo cargo, lo primero, que abandonar el fuerte, o sea, salir, ¿entiende?, que el fuerte no guardaba nada y ni sabían siquiera si Annual aguantaba y que cualquier cosa antes que rendirse. O sea, doctor, hablando en plata, a la desesperada, ¿se da cuenta?

DR.— Pero tengo entendido que aquello acabó como el rosario de la aurora, Pacífico. ¿Cómo demonios escapó el abuelo de esa carnicería?

P.P.— Verá. Al decir del Abue, según caía la noche, el teniente Canseco, con veinte hombres, abandonó el fuerte por la puerta principal, ¿entiende?, mientras el sargento Blecua, con el Abue y otra partida se descolgaban por una soga, por la trasera, tal cual nosotros en Góyar, ¿se da cuenta? Y eso les salvó, ya ve, que a los del teniente Canseco, pim-pam, pim-pam, los moros los cazaron como a ratas, una celada, ¿comprende?, y en lo que los moros se cebaban en ellos, creyendo que eran todos, el sargento Blecua y su cuadrilla andaban ya en las lomas de Kert, camino de Annual, donde el general Silvestre.

DR.— Pero ¿no había mucha distancia?

P.P.— Pues, mire, a punto fijo no se lo puedo decir, pero sí debía de haberla, porque tiempo ya les llevó. Pero, al decir del Abue, hacían el camino de noche y de día encamaban como las liebres, escarbando un hoyo orilla una duna, oiga, de forma que no asomaran más que las narices. Como ve, de tretas, aquella gente sabía un

rato largo, más que los moros, si me apura.

DR.— ¿Invirtieron muchos días?

P.P.— Por los cinco o seis andarían, pero, al decir del Abue, la caminata, una fiesta al lado de lo que les esperaba. ¡Menudo desbarajuste!

DR.— ¿Cómo fue aquello?

P.P.— Mire, dice que no hicieron más que poner pie en Annual, aspeados como iban, y ni tiempo de presentarse. O sea, los moros adictos, como les decían, se revuelven y a tiro limpio con ellos, a traición, a ver, que dice el Abue que se le astilló el hombro de tanto moro como mató allí. Pero que no tenía remedio, mire, faltaban cabezas. O sea, un guirigay, los cañonazos, digo, y los tiros y los muertos y los heridos, que no había quien se entendiese, vamos, la desbandada. Que visto cómo se ponían las cosas, cada cual a hacer por él, ¿se da cuenta?, a ver, lógico. Que entonces fue cuando el Abue echó un duro al aire y le dijo a Flores, si sale cara, mando yo, si sale culo, mandas tú. Y dice que salió cara y antes de recoger el duro, ya andaba dando órdenes: Flores, vivo, al interior, a los de la costa los van a cazar como a conejos. Y así fue, oiga, que no quedó uno solo para contarlo. En cambio, el Abue y Flores, después de una semana de penalidades, o sea durmiendo de día y caminando de noche, dieron vista a Melilla. Que dice que allí, en Melilla, más miedo que siete viejas, ¡Silvestre ha muerto! ¡Que viene Abd-el-Krim!, imagine, las voces y las carreras.

DR.— Pero en Melilla no entraron los moros, hijo.

P.P.— Claro que no, doctor, pero eso fue al día siguiente. Que dice que iban calle abajo y una vieja gritó desde una azotea: ¡Barcos, vienen barcos!, ¿se da cuenta? Y era cierto, oiga, venían barcos, o sea, los legionarios, que usted calcule, besos, refrescos, cigarros puros, todo era poco para ellos, a ver, natural, en un caso así. Y de esta manera, el Abue salvó el pellejo.

DR.— Dime una cosa, Pacífico, al Bisa, como tú dices, ¿no le encelaban o le hacían sentirse de menos las hazañas del abuelo?

P.P.— ¿Encelarlo? A santo de qué, no señor, al contrario. Lo del Bisa era la bayoneta, ya lo decía él; lo del Abue la puntería. Eran cosas distintas. O sea, cada cual lo suyo.

DR.— ¿Y no discutían sobre sus actuaciones respectivas? Quiero decir que si no había entre ellos un prurito de eficacia, sobre cuál de las dos maneras de hacer la guerra resultaba más meritoria.

P.P.— Perdone, no le comprendo bien, doctor.

DR.— Escucha, ¿no despreciaba el Bisa al Abue por andar a tiros pudiendo resolver las cosas a la bayoneta?

P.P.— Por mayor, no señor.

DR.— ¿No discutían?

P.P.— Ahora que usted lo dice sí me recuerdo que una tarde porfiaron, o sea, se acaloraron, por si valía más un muerto a bala o un muerto a cuchillo.

DR.— ¿Qué se decían?

P.P.— Pues mire, el Bisa, que sí, o sea que seguramente el Abue con su ametralladora habría matado más personal que él con su bayoneta, que no lo discutía, ¿entiende? Pero, que puestos a ver, los muertos a cuchillo eran otra cosa, y que bien valía un muerto a cuchillo por ciento de los otros.

DR.— ¿Llegaron a un acuerdo?

P.P.— No señor, de qué. Tanto porfiaron que nos bajamos todos al cuartelillo, donde el sargento Metodio.

DR.— ¿Para que actuase de árbitro?

P.P.— Tal cual, sí señor.

DR.— ¿Y cómo falló el sargento?

P.P.— Pues eso, oiga, que en las guerras, aunque estén mal las comparaciones, el muerto a cuchillo representa más, sobre todo por cosa de la moral ¿entiende? O sea, el hombre se dio a razones, que un muerto a cuchillo puede valer una cruz y un muerto a bala no hace al caso en una guerra, ni se lo mira, que se comprende, ¿no es cierto?

DR.— Sin duda. ¿Y qué dijo tu abuelo, Pacífico?

P.P.— Mire, él no dio su brazo a torcer, el Abue, digo. O sea, que cuántos muertos a bala podían valer por un muerto a la bayoneta, ¿comprende? Que lo que decía el sargento Metodio, que así, a ojo, era muy difícil, que había que hacer números, estudiar la situación y echarle tiempo al asunto.

DR.— Bien, Pacífico, me parece que estás cansado.

P.P.— No señor, cansado no. Lo único, el sueño, ya ve. Me va entrando.

DR.— Está bien. ¿Te parece que nos vayamos a dormir y continuemos mañana por la noche?

P.P.— Ande, por mí.

DR.— Entonces mañana te espero a la misma hora, ¿de acuerdo?

P.P.— Lo que usted mande, doctor. Para eso estamos.

## SEGUNDA NOCHE

---

DOCTOR.— Anoche me aclaraste algunos extremos, Pacífico. Pero yo quisiera saber más, llegar al fondo de algunas cuestiones. Una cosa es indudable: tu bisabuelo y tu abuelo fueron unos soldados natos. Creo que sobre este punto no vale la pena insistir. Uno y otro y, por lo que dices, tu tío Teodoro, nacieron para la guerra. Su agresividad ofrece unas manifestaciones primarias, pero concluyentes. Ahora yo quisiera saber si tu padre entraba o no en este coro jupiterino. Es decir, ¿era también tu padre un soldado nato o dominaban en él otras preocupaciones? ¿Encontraba tu padre una liberación en la violencia? ¿Qué dices a esto, Pacífico?

P.P.— Hombre, Padre también tuvo su guerra si es eso lo que quiere saber. Lo que pasa es que luego se metió en labores y se preocupaba más de intereses que de otra cosa.

DR.— ¿Y te contaba también historias de su guerra?

P.P.— Qué hacer, cuando chaval.

DR.— Luego ¿no?

P.P.— A mayores, luego no señor.

DR.— ¿Y por qué razón?

P.P.— Por los intereses que le digo; o sea, los negocios.

DR.— ¿En qué clase de negocios se metió tu padre?

P.P.— Tractores y cosechadoras, amortizarlas, ¿entiende? A Padre le gustaba amortizar más que comer con los dedos, oiga, que me recuerdo que el Agatángelo me decía a cada paso, ten por seguro que tu padre va por el don.

DR.— ¿Quién era el Agatángelo?

P.P.— El hijo del señor Escolino, el carpintero.

DR.— ¿Era del Humán?

P.P.— Del Humán, natural, menuda. Mentarle al Agatángelo a los del Otero era mentarle la bicha.

DR.— ¿Recuerdas alguna historia de la guerra de tu padre?

P.P.— Por mayor, Padre era de pocas palabras. Entiéndame, no contaba las historias como el Bisa y el Abue.

DR.— ¿Cómo las contaba entonces?

P.P.— Bueno, no sé, oiga, a su manera, como a cachos. Hoy un poco y mañana otro poco, ¿entiende?

DR.— De quién se sentía más cerca, ¿del abuelo o del bisabuelo?

P.P.— ¿El qué?

DR.— Tu padre, quiero decir. ¿Prefería la bayoneta o la ametralladora?

P.P.— ¿Padre? Ninguna de las dos cosas, mire. Lo de Padre eran las Laffite, las bombas de mano, digo. O sea, Padre cazaba tanques. Al decir suyo, él cavaba unas trincheras someras, en zig-zag, ¿comprende? Y así que el enemigo se arrimaba, el tanque, digo, ¡zas!, una botella de gasolina, al morro, ¿se da cuenta?, y, a seguido, la Laffite. Dice que no fallaba, que el tanque se prendía en un santiamén.

DR.— ¿Y no le disparaban los de dentro?

P.P.— Ande, pues ahí estaba el chiste. Padre aguantaba, o sea, les dejaba arrimar tanto que la ametralladora no podía bajar, no daba, ¿entiende? Estaba bien discurrido, no crea.

DR.— ¿Y cuál es la historia de tu padre?

P.P.— No había historia, oiga, ¿no se lo digo? Padre sólo contaba eso, o sea, cachos. Lo único que una vez, en Brunete, cazó cuatro tanques él solo y le dieron una medalla.

DR.— ¿Los cazó todos por el procedimiento de la botella?

P.P.— Todos, a ver. La botella y la Laffite, no sabía otro. Pero ese día, a poco le apiolan.

DR.— ¿Qué ocurrió?

P.P.— Mire, le reventó un obús entre las piernas cuando aguardaba otro. Ahí donde le ve, Padre tiene en la corva derecha más de veinticinco esquirlas de metralla, que se dice pronto. Algunas de ellas, oiga, metidas en la caña del hueso, dentro, que ahí empezó el calvario, no vea, cinco años de hospital en hospital. Ya ve, sólo para soldarle este hueso, ve aquí, el de la pantorra, seis meses en Bilbao, con una

pesa de cinco kilos colgando. Y, luego, la herida, de la parte de fuera, que no cerraba, que hasta dijeron de cortársela, la pierna, digo, para acabar de una vez. Y en éstas andaban, cuando se vino al pueblo un día, con permiso, y una tarde que iba así paseando por el borde del arroyo la Salud, resbaló, y se cayó dentro con muletas y todo. ¿Y qué cree usted que pasó? Pues que esa misma noche, ya ve, la herida tenía mejor encarnadura, de forma que, a la mañana siguiente, Padre se aculó de propósito en el río, ¿oye?, en una rasera, y allí anduvo más de una hora dejando que el agua le empapara el vendaje. Con que al día siguiente, tal cual, y al otro, y al otro, y, al cabo de dos semanas, la herida había cicatrizado. ¿Qué le parece?

DR.— Es muy posible, hijo. No se puede dudar de las propiedades curativas de algunas aguas. Pero dime una cosa, ¿pensaba también tu padre que tu guerra no podía tardar?

P.P.— De principio, también, sí señor.

DR.— ¿Y no les dijiste nunca a ninguno que a lo mejor no había más guerras?

P.P.— Por mayor, una vez, doctor. Se lo dije al Bisa, y no quiera saber cómo se puso, oiga, que la guerra estaba en nuestros huevos, y que mientras los hombresuviésemos huevos, y Dios Padre me perdone, pues eso, habría guerras, ya ve qué formas.

DR.— ¿Y qué clase de guerra esperaban para ti? ¿Una guerra civil o una guerra universal? ¿Por dónde y cómo demonios ellos pensaban que pudiera llegar tu guerra?

P.P.— A saber, eso tanto daba. Ellos aguardaban mi guerra, por donde fuese, ¿entiende?, que ellos de políticas, nada, ni leer el periódico, que no es que fueran analfabetos, entiéndame, pero que no les daba por ahí, ya ve.

DR.— ¿Entonces?

P.P.— Mire, para que me entienda, el Bisa, así que llegaba la primavera, se ponía a mirar para los cerros de poniente, que, a su decir, las guerras eran fruto de verano, y se quedaba tal que así, como si la guerra hubiera de venir por la cerviguera abajo, ¿comprende? Y, entonces, me decía: Tu guerra ya no puede demorar, Pacífico. Nunca se estuvo tanto tiempo sin guerras. Y así que le dije que no veía el motivo, el Bisa se arrancó a reír, y que, apañados estaríamos si las guerras necesitasen motivos, ¿entiende? Bueno, pues de ahí no le sacaba usted.

DR.— No lo comprendo bien, hijo.

P.P.— Pues sí señor, está más claro que el agua, ¿no? Por un ejemplo, yo le preguntaba: ¿Cómo son las guerras, Bisa? Y él, no vea, manoteaba arriba y abajo y se

arrancaba con el vaivén de la silla, y que las guerras no son, suceden, ¿se da cuenta? Que yo, pero ¿quién las organiza, Bisa?, y él, tampoco se organizan las guerras, Pacífico; las guerras se lían. Total, hablando en plata, doctor, la guerra se armaba como se puede armar un nublado, porque sí, sin saberse dónde ni por qué. ¿Se da usted cuenta ahora?

DR.— A medias, hijo. Según tú, tus abuelos se limitaban a mirar los cerros de poniente y a preguntar al telegrafista si había llegado tu guerra, nada más, ¿no es eso?

P.P.— Sí y no, doctor, aguarde. El Bisa, el Abue y Padre esperaban mi guerra, o sea, tenían puesta su ilusión en eso, ¿se da cuenta? Por lo demás, hacían lo que podían, para armarla, digo. Ve ahí tiene usted a Padre cuando se llegó a Algeciras, y se asomó al Peñón sólo para llamarles cabrones a los ingleses.

DR.— ¿Hizo eso tu padre?

P.P.— Ande, cómo se lo diría yo.

DR.— ¿Cómo fue eso? Cuéntamelo con un poco de detalle.

P.P.— Pues tal cual, doctor, o sea, a Padre le picó la codicia un día, se llegó a la Sindical, puso las medallas en la mesa y que un crédito agrícola, ¿entiende? Con que a las dos semanas, como éstas, se lo dieron, y fue él y se mercó una cosechadora roja. Entonces dijo: Me largo a la punta de abajo para subir segando toda España, ¿entiende? Y como lo dijo, lo hizo, doctor, que hasta el cabo de tres meses no volvimos a verle el pelo en el pueblo. Y a su decir, en ese tiempo anduvo ofreciéndose al mejor postor, durmiendo en una cuneta y merendando un mendrugo de pan, el hambre, oiga. Y ya se le conocía, no crea, que estaba escurrido y enjuto, que si Padre no perdió diez kilos en esa romería, no perdió ninguno. Conque el Bisa, así que le echó el ojo, bueno, y en sustancia, ¿qué?, y, entonces, fue Padre y volcó la saca en el ruego toda llena de billetes verdes, y a la abuela Benetilde todo se la volvía a decir, o sea, señalando para el dinero, eso es malo, ¿se da cuenta? Que, bien mirado, la abuela Benetilde, desde las bodas de plata del trance, no sabía decir otra cosa. Pero Padre sólo dijo, lo único, ya tengo para amortizar el artefacto, y, para mí, doctor, que ahí le cogió el gusto a eso de amortizar. Pero a lo que iba, oiga, el Bisa, el Abue y Padre empezaron a rondar el porrón, trago va, trago viene, y a Padre se le soltó la lengua y dice que al llegar a Algeciras se le alcanzó, ¿y por qué no me llego al Peñón a provocar a los ingleses? Que dicho y hecho, oiga, agarró el artefacto, se arrimó al agua y ¡cabrones, cabrones, más que cabrones!, ¿se da cuenta? No vea, doctor, conforme lo contaba, el ojo amarillo del Abue brillaba como el cristal y el Bisa porfiaba, ¿es cierto que les dijiste cabrones a los ingleses?, que Padre, a cada rato más implado, natural, y mirando para la peña, no se crea. Que el Bisa, doctor, empezó con el vaivén de la silla, que yo me pensé que le daba algo, ¿y no se

armará la guerra por eso?, y Padre, eso no es cuenta mía, yo sólo sé decirle que puse de mi parte lo que pude. Y el Abue, ¿y aguantaste mucho allí diciéndoles cabrones a los ingleses?, que se le hacía la boca agua, oiga, como lo oye, y Padre, hasta que se armó un corro grande y se me arrimó un agente y que circulase, que si me había vuelto loco, ¿se da cuenta?

DR.— Pero bueno, Pacífico, eso significa que los tuyos excluían de la guerra todo sentido patriótico o heroico, ¿no? Según te expresas, lo único que anhelaban era la guerra por la guerra; la satisfacción de un instinto de agresividad elemental. Así, tu padre, baja a Gibraltar y llama cabrones a los ingleses. Tu tío Teodoro escapa a América porque allí hay más oportunidades. Pero igual podía haberse ido a Oceanía, ¿no?

P.P.— Bien mirado, lo mismo, pienso yo.

DR.— ¿Y cuál era tu reacción ante la gratuidad de sus pretensiones? Supongo que les decepcionarías por completo.

P.P.— No se me alcanza bien lo que quiere decir, oiga.

DR.— Digo que tu pasividad... bueno, el hecho de que tú no te entusiasmaras con sus hazañas y sus proyectos les desilusionaría, ¿no?

P.P.— A ver, doctor. Por más que yo me sabía desde niño diferente de ellos.

DR.— Tú no eras de natural agresivo.

P.P.— No se trata de eso, doctor.

DR.— ¿De qué, entonces?

P.P.— Verá, el Bisa, el Abue y Padre, eran zurdos, mientras yo era diestro, como mi tío Paco.

DR.— ¿Eran zurdos tus abuelos?

P.P.— Y Padre también.

DR.— ¿Y qué tenía eso que ver?

P.P.— Pues no va tener que ver, también tiene usted cada cacho salida. Si ellos eran zurdos y yo diestro es que yo era diferente de ellos, ¿no? Y si a ellos les gustaba una cosa, lo natural es que a mí me gustase la contraria, ¿o no? Cada quien es cada quien, doctor. Todos nacemos marcados, contra eso no hay quien luce.

DR.— Pero vamos a concretar, Pacífico. Cuando tú les decías de niño que sus guerras te asustaban, y, de adolescente, que no veías motivo para tu guerra, ellos, tus abuelos, ¿se resignaban o seguían en sus trece de hacerte un buen soldado?

P.P.— Bueno, a decir verdad, doctor, yo pasé en casa muchas calamidades a cuenta de eso.

DR.— ¿Por no gustarte sus guerras?

P.P.— Eso era lo de menos, para que me entienda. Lo que llevaban peor es que yo penase por ver podar los árboles, o me enojase si robaban la miel a las abejas.

DR.— Les parecías afeminado, ¿no es así?

P.P.— ¡Qué afeminado, oiga! Marica, maricón, y que Dios Padre me perdone, de lo peor, ¿entiende? Mire, ahora me recuerdo la noche que sentí llorar a la higuera las primeras vacaciones que pasé en casa.

DR.— Así que lloraba la higuera, ¿eh, Pacífico?

P.P.— Qué hacer, doctor, como un niño. El Abue la había podado por la mañana y ni la vendó siquiera.

DR.— Y tú ¿qué hiciste?

P.P.— Bajar, a ver, a escondidas, natural. Conque según la estaba vendando los muñones, tal que así, apareció Madre, en chambra, y que qué pintaba allí, ¿comprende? Y lo que ya le dije, curando a la higuera que lloraba, y ella, ¿que lloraba la higuera, criatura? Bueno, ya sabe usted cómo las gastan las mujeres, doctor. Madre me llevó a la cama y no dijo más. O sea, en lo tocante a ella, a Madre, digo, podía andar tranquilo.

DR.— Lo peor sería los abuelos.

P.P.— Calcule, a la mañana me armaron un tribunal orilla el ruego que ni la audiencia, oiga, que el Bisa, lo más flojo, una blasfemia. Y el Abue: ¡Ay, chaval!, ¿puede saberse qué va a ser de ti el día que llegue tu guerra? Que a Padre se le alcanzó decir entonces, será el primero de casa que la pierda. Y no quiera saber, oír esto el Bisa y trascordársele la cabeza fue todo uno. Me agarró por un brazo, me zarandó y eunreshidejopudestagraciado, un rompecabezas, ¿sabe?

DR.— Eso significa que no aceptaban tu sensibilidad.

P.P.— ¡A santo de qué iban a aceptarla, oiga! Ellos eran peleones de natural, o sea, no cejaban, a ver, lo suyo. Pero ¿quiere usted más? Si aún me ensuciaba yo las bragas, que no tendría arriba de dos años, y ya andaba el Bisa malmetiendo al Abue con que si me hiciera hacer gimnasia, que yo siempre fui un poco fifiriche, de constitución, ¿sabe? O que disparase la escopeta orilla la cuna para que me fuera haciendo, o que me arrimara una culebra por ver cómo reaccionaba. Perrerías, como yo digo, que no sabían hacer otra cosa.

DR.— ¿Y cómo reaccionabas, Pacífico?

P.P.— Se va usted a reír, pero la primera vez que el Abue me arrimó una culebra, me entró la temblequera, se me desbarataron los ojos, me puse tieso y Madre tuvo que mandar razón a la señora Dictrinia para que me volviese. A la muerte, oiga. Y lo que son las cosas, doctor, la Corina, hija de un mismo padre y una misma madre, las atusaba el lomo a todo lo largo, a las culebras, digo, como si nada. O sea, desde chavala. Y por San Pedro, cuando el baño del Bisa, la faltaba tiempo para agarrar la cándara y sacar los tontos del pilón. Que me recuerdo que el Bisa siempre decía: Si ella fuese él, otro gallo nos cantara, y el Abue le retrucaba: Paciencia, padre, todo se andará.

DR.— Por lo que veo, tu abuelo era más comprensivo, más optimista, respecto a ti me refiero, claro.

P.P.— Dónde va, sí señor. El Abue no perdía la esperanza. Se agarraba a un clavo ardiendo.

DR.— ¿Qué quieres decir?

P.P.— Ni más ni menos que lo que oye. O sea, el Abue, por conservar la moral, cualquier cosa. ¡Hombre más inquieto! Me gustaría que le conociese, oiga. ¿Querrá usted creer que desde el día que nací no le vi una sola vez sentado en una silla o un tajuelo como Dios manda? Él, no señor, siempre en el palo de arriba o en el camal de la higuera si andábamos en el ruego. Con decirle que la rama tenía, tal que así, el hueco de las cachas del Abue, o sea, la forma, está dicho todo; una manía.

DR.— Y probablemente no sería tan tozudo como el Bisa.

P.P.— Pues es verdad, sí señor, no era tan testarrón, eso es cierto.

DR.— Pero el Bisa era el que cortaba el bacalao, ¿no?

P.P.— A ver, doctor, el Bisa era el amo de la casa, no lo olvide. Que así que dijo, por un ejemplo, de llevarme donde el médico, todo el mundo a callar la boca.

DR.— Al médico, ¿por qué razón al médico?

P.P.— ¡Ande! ¿Y todavía lo pregunta? Pues por lo de la higuera, lo de las abejas y todo lo demás. Que me recuerdo que don Alfaro, conforme nos vio entrar, con toda la sorna, oiga, ¿dónde va el batallón de los Pérez? Que en el pueblo teníamos fama, a ver.

DR.— Pero ¿qué es lo que le dijeron a don Alfaro?

P.P.— Mire usted, de primeras, el Bisa le planteó la cuestión sin miramientos, ¿se da cuenta? O sea, le dijo: Hablando en plata, doctor, ¿cree usted que se puede ser hombre sin nada entre las piernas? Así. Y don Alfaro, a ver, me bajó los

pantalones, me tumbó en la mesa, me anduvo mirando y que bien, ¿comprende?, que respecto a ese punto podían dormir tranquilos.

DR.— ¿Qué dijo el Bisa?

P.P.— Miró para el Abue, ¿entiende?, que para mí que se lo traían preparado. Y el Abue, mire usted doctor, que este chico es blando, y don Alfaro, fuerte no es, pero eso no es ninguna enfermedad. Y el Abue, más que nada, lo que tiene este chico son rarezas, don Alfaro; tiembla si nos ve podar un árbol o se reniega si catamos las colmenas, ¿usted cree que eso es normal? Que allí vería a don Alfaro, el hombre no sabía por dónde salir, por qué registro, y, finalmente, que eso era sensibilidad y por eso no se moría nadie.

DR.— ¿Y el Bisa?

P.P.— Imagine. Se puso bravo y que qué coños podía esperarse de una criatura así el día que llegase su guerra, ¿comprende? Que ellos habían cumplido en las suyas, aunque le estuviera mal el decirlo, pero que le dijera él, don Alfaro, digo, qué iba a hacer en una guerra una criatura que se pasaba el día mirando el humo de los tejados o penaba por las truchas ensartadas.

DR.— ¿Cómo lo encajó don Alfaro?

P.P.— Mal. Ya se lo puede usted imaginar. O sea, que si lo que querían era un hombre de empuje, escuelas y oportunidades no habían de faltarme, que bueno estaba el mundo.

DR.— Un hombre razonable ese don Alfaro.

P.P.— Un médico rural, ya ve.

DR.— ¿Y tus abuelos? ¿Salieron satisfechos?

P.P.— A mayores, no señor, de qué. Pero yo tengo para mí, doctor, que de lo del Krim, o sea, del fusilamiento, tuvo la culpa don Alfaro.

DR.— Perdona, Pacífico. Luego hablaremos de eso. Antes de que se me vaya la idea, ¿qué era eso de que te pasabas el día mirando el humo de los tejados? ¿Es cierto o era una invención del viejo?

P.P.— Bueno, en realidad, a mí me gustaba mirar el humo de las chimeneas en los días calmos, doctor, eso es cierto. ¿Es que hay algo de malo en ello?

DR.— No se trata de eso, Pacífico. Pero dime, ¿por qué razón lo mirabas?

P.P.— Ande, por mirar. ¡Qué cosas!, o sea, por gusto. No se vaya a pensar que llevaba segundas en eso.

DR.— Pero ¿es que salías de propósito a mirar el humo?

P.P.— A ver. Mi tío Paco, desde chaval, me subía al Crestón en los serenos sólo por el gusto de ver alentar las chimeneas, ¿comprende? Y me recuerdo que algunas tardes el tío Paco apuntaba con la cachava para el humo y me decía, decía: La vida es eso, Pacífico. No esperes otra cosa.

DR.— ¿Y subías siempre al Crestón? ¿Qué era eso del Crestón?

P.P.— ¿Otra vez? Una peña grande, disforme, veinte veces el Ayuntamiento, que queda tal que así, orilla la plaza y parece como que fuera a caerse pero que no. Allí, orilla el Crestón, se juntan los tres arroyos, el Matayeguas, el Lirón y la Salud, ¿entiende? Y talmente de esa peña, el Crestón, digo, es desde donde se suicidó el jabalí el año 1957, la víspera de lo de la abuela Benetilde.

DR.— ¡Qué cosas, hijo! ¿De veras se suicidó un jabalí?

P.P.— Ande, cómo se lo diría yo, que no fuimos dos ni tres los que lo vimos. O sea, era el tiempo de la fruta y todo el Humán andaba en la Plaza. Y, en éstas, ¡plaf!, ni gruñidos ni nada, lo único ¡plaf!, al estrellarse el animal contra el cemento, ¿comprende? Que allí vería cómo nos puso a todos de sangre y de mierda.

DR.— ¿Y qué hicisteis? Porque supongo que tampoco en tu pueblo será ése un número habitual.

P.P.— No quiera saber el jorco que se preparó a cuenta del jabalí ese. De primeras, el Agatángelo quería subir donde el Otero, ¿comprende?, o sea que era una broma de ellos, del mocerío de arriba, y las iban a pagar. Pero el Abue que a santo de qué iban a regalarnos esos hijos de perra un animal tan hermoso. Y en éstas andaban cuando llegó el señor Escolino, que era muy montuno él, que se tiraba las horas muertas en el sardón de Cieza, y que nones, que era cosa sabida que las reses, cuando viejas, si no da en dolerles las muelas, rabian o algo peor, ¿entiende? Y como quiera que el bicho aquel, el jabalí, digo, tenía la pelambre entrecana y los remolones careados, todos dimos por buena la explicación, ¿se da cuenta?

DR.— Está bien. Vamos a otra cosa, Pacífico. En varios momentos has mencionado el nombre de tu tío Paco, ¿no? Según tengo entendido, un hombre reflexivo, un poco el paradigma del sentido común. Bien. Dices que tu tío Paco era hermano de tu abuelo, pero que mientras el abuelo era zurdo, el tío Paco era diestro y, en definitiva, no se entendían, ¿es así o no es así?

P.P.— Tal cual, doctor. Allí donde el Abue decía negro, el tío Paco decía blanco. O sea, como el perro y el gato, ¿sabe? Pero, para usted y para mí, lo peor de todo es que entre ellos faltaba de aquí.

DR.— ¿Corazón?

P.P.— Llámelo como quiera. Lo que no había es cariño, y sin cariño, ya se sabe, dos hermanos peor que dos extraños.

DR.— Pero tú sentías preferencia por tu tío Paco, ¿no? Yo pienso que te llevabas mejor con él que con ningún otro miembro de la familia, exceptuando tal vez a tu madre.

P.P.— Y a la abuela Benetilde, mire.

DR.— ¿También querías mucho a tu abuela, Pacífico?

P.P.— Pues no la había de querer, doctor, si no la había más buena. La abuela Benetilde, hilar y callar, ya se sabía. Que desde las bodas de plata del trance ni volvió a abrir el pico, doctor. Lo único, ése es bueno y ése es malo, según la cayera, talmente como en el Juicio Final. Y, por si fuera poco, la abuela Benetilde tenía corona.

DR.— ¿Cómo que tenía corona?

P.P.— Pues eso, lo que oye, oiga, que tenía corona. O sea, como los santos en las estampas.

DR.— ¿Quieres decir que tu abuela andaba por el pueblo con la corona puesta como los hombres con la boina?

P.P.— Aguarde, que tampoco es eso, oiga, no la involucre. La abuela Benetilde tenía corona por días y en algunos sitios, ¿comprende? Por un ejemplo, en la cuadra, a la atardecida, conforme echaba el pienso al ganado.

DR.— Escucha, Pacífico, ¿no habría por casualidad en la cuadra de tu casa un ventano orientado a poniente, donde diera el sol al ocultarse?

P.P.— Sí señor, tal cual, ¿por qué lo sabe?

DR.— Ya ves, Pacífico, pero dejemos eso ahora. Sígueme hablando de la abuela. ¿Cómo empezaron sus trances? ¿En qué consistían?

P.P.— Mire, en punto a eso, doctor, yo sólo puedo hablarle de oídas, ¿entiende? Que los trances de la abuela Benetilde empezaron con la mayoría, ya ve, que por entonces, ni casada, ni nada, o sea, Padre ni había nacido. Pero, al decir del señor Isauro, aquello fue cosa chocante, ya ve, que él jura y perjura que vio la lluvia de hostias alrededor de la higuera y que con las hostias que caían, don Salvador, el que andaba de párroco entonces, que, a su decir, estaba muy encariñado con la causa, dio la comunión a todo el personal, imagine. O sea, al decir del señor Isauro, una muchedumbre, que lo mismo se juntaron mil almas aquella mañana, ¿se da cuenta? Y eso fue una vez, que otros días, a su decir, salían hostias hasta de las flores o de los mismos bolsos de la Mística, siempre en lugares raros, para

que me entienda.

DR.— La Mística era tu abuela, ¿verdad?

P.P.— Sí, señor, ella era, que la Mística le decían por su devoción, que ni cansancio sentía, ni dolor, ni nada. O sea, por un ejemplo, ella caía en trance de madrugada y lo mismo se tiraba de rodillas el día entero, entre guijos, sin lastimarse, ¿comprende?, eso sí, sin dejar de mirar a la higuera, donde la Virgen. Y al decir del señor Isauro, durante el trance, a cada quien le hablaba en su lengua, por un ejemplo, a los franceses en francés y a los portugueses en portugués. Que dice que un día, ya ve, por probar, don Salvador la hizo una consulta en griego y la abuela Benetilde no se piense que se achicó, o sea, le contestó.

DR.— ¿Respondió en griego tu abuela?

P.P.— Talmente, sí señor, vamos, eso dicen, que yo en eso no me meto. Pero, al decir de los del Humán, así que la abuela entraba en trance, hablaba todas las lenguas.

DR.— Y al caer en éxtasis, ¿qué veía?

P.P.— Según, mire. O sea, unas veces, a la Virgen; otras a Nuestro Señor. Pero siempre en la copa la higuera, ¿comprende?, que eso no fallaba. Y, al decir del señor Isauro, si salía Nuestro Señor, los ojos de la abuela Benetilde, que eran negros, se volvían verdes, y si salía María Santísima, azules como el cielo, ¿se da cuenta?

DR.— Y la higuera ¿siempre era la misma?

P.P.— Natural, oiga, la higuera de junto al ruego, la única que hay en el pueblo. Y allí anda, que no es de ayer, imagine, que va para sesenta años del sucedido.

DR.— ¿Eran muy frecuentes las apariciones?

P.P.— Por mayor, según tengo entendido, la Mística sólo recibía los sábados, pero esos días, una peregrinación, oiga, un jubileo, cantidad de personal de todas partes, no vea. Y, al decir del señor Isauro, el día de recibo, a la mañana, con el rocío, ya sabían quién había de ser el aparecido, por el olor. O sea, si era María Santísima, pues eso, trascendía a rosas, y si Nuestro Señor, a jazmín, ¿entiende? Pero por todo el vallejo, ¿eh? Y, conforme se acercaba la hora, pues más fuerte, que hubo día, según dicen, que el olor llegó a la capital.

DR.— ¿Y dónde se metía tanta gente?

P.P.— Ahí está el chiste, doctor, que ni sitio para comer, a ver; cuanto menos para alojarse. O sea, dormían en las cunetas, al raso, o en los pajares, donde cuadrarse, el caso era no perder el mensaje.

DR.— ¿Y hubo mensaje?

P.P.— Pues qué hacer sino haberle, doctor. Una tarde la Virgen Santísima le dijo a la abuela Benetilde: Hija, di a los hombres que no se destruyan, que no se dejen llevar de la codicia, que no me olviden.

DR.— ¿Sólo eso?

P.P.— Que yo sepa... Pero tampoco crea que sirvió de mucho, oiga, que a los cuatro días a poco la matan a ella.

DR.— ¿A la abuela? ¿Quiénes?

P.P.— ¡Quiénes habían de ser!, los malos quererres, los del Otero, los de siempre. Que, al decir del señor Isauro, ¿sabe?, la andaban buscando las vueltas desde que empezó. O sea, ellos, los del Otero, digo, no tragaban que el personal viniera para el Humán, ¿se da cuenta?, por más que de los cuartos que entraban en el pueblo algo les tocaba a ellos. Pues con eso y con todo, no señor, oiga, que la Mística, o sea, la abuela, era una embaucadora y una bruja. Y una noche la quemaron la casa, la descalbraron y la dejaron por muerta. Y menos mal que, a la mañana, el señor Obispo mandó un coche y se llevó a la abuela Benetilde a la capital, la puso en un convento de monjas y allí la tuvo encerrada un año. Y tan pronto regresó al pueblo, el Abue se fijó en ella y a los pocos meses la llevó al altar.

DR.— ¿Y nunca más volvió a sentir tu abuela esas experiencias?

P.P.— A mayores, no señor. Lo único que, al cabo de los veinticinco años del trance, la abuela Benetilde perdió el habla. Ése es bueno, o ése es malo, no había quien la sacase de ahí, ¿entiende? Que lo que yo digo, algo tuvo que pasar por esa cabeza, oiga, para trascordarse así.

DR.— Es curioso.

P.P.— Cosas, ya ve.

DR.— De tu tío Paco, la abuela decía que era bueno, ¿verdad?

P.P.— Sí señor, eso decía, pero no crea que los demás estaban conformes.

DR.— ¿Los demás? ¿Qué decían de tu tío los demás?

P.P.— A saber, mire, para todos los gustos, que según el Abue era un vago, mientras don Prócoro porfiaba que era un poeta. Que me recuerdo que un día le dije, si nunca en la vida hizo un verso el tío, y él, ¿qué importa eso? Ya ve usted qué salida.

DR.— Me interesa tu tío Paco, Pacífico. Háblame un poco de él, por favor.

P.P.— ¿Y qué quiere que le cuente de mi tío Paco, doctor? En realidad, yo me recuerdo de mi tío Paco caminando carretera adelante, con la visera a cuadros, que yo me

pienso que ni para dormir se la sacaba, oiga, muy tieso él, con la cachava en la mano, ¿entiende? Bien mirado, nunca tuvo prisas mi tío Paco, doctor, ni tampoco muchas cosas por hacer, ésta es la verdad.

DR.— ¿Vivió alguna vez con el Bisa?

P.P.— ¿Con el Bisa? Ni por pienso, oiga. Bueno, entiéndame, de chaval digo yo que viviría, que por algo era su hijo, pero desde que yo nací, o sea, desde que me recuerdo, no señor. Que mi tío Paco paraba en su casa, él solo, ¿sabe?, a cosa de medio kilómetro del pueblo, orilla el Embustes, entre las ringleras de manzanos. Y allí vivía, con un par de cabras, media docena de gallinas y dos docenas de pichones blancos. Y, al decir de la gente, le mandaba mensajes con ellos, con los pichones, digo, a una mujer de Córdoba, o sea, que era su novia. Pero, a decir verdad, él nunca hablaba de todo eso.

DR.— ¿Qué edad tenía tu tío cuando dejaste el pueblo?

P.P.— Mire, doctor, esto del tiempo, en mi familia, es muy difícil determinar. Pero mi tío Paco, los setenta y cinco ya no los cumple, eso fijo.

DR.— No es fácil que se case ya.

P.P.— Por eso no, oiga, que en mi pueblo son tardíos, como suele decirse, para bodas y mortajas. Ve ahí tiene usted al Bisa.

DR.— ¿A qué se dedicaba tu tío? ¿Era también labrador?

P.P.— Bueno, mire, en mi pueblo, fuera del señor Del, del señor Edito, del señor Isauro y del señor Escolino, todos son labradores si se pone usted a mirar. O sea, mi tío Paco tenía una hacienda pequeña orilla el Embustes y con ella se apañaba, ¿entiende? Eso sí, arrancar la fruta no se lo pidiera usted a él, no podía, que era como quitarle a un animal sus crías, que no le sacaba usted de ahí, ¿se da cuenta? O sea, cada año apalabraba un par de braceros. Y, en lo tocante al Hibernizo, yo me prestaba, doctor, a ver, que ponía más cuidado. Con todo, fíjese, yo tengo para mí que mi tío Paco era un poco raro, oiga. Por un ejemplo, nunca comía carne; todo lo más legumbres, manzanas y miel. Luego, cada mañana, con la fresca, cogía la trocha la Peña y a beber un buche de agua en ayunas en la fuente la Salud, pero todos los días, oiga, así cayeran chuzos de punta, una rutina. Con que, al cabo, el tío se daba un paseo por las huertas y las hornilleras de Cieza y a cosa de mediodía solía caer por casa con algún menester: mira Vitálico, al Abue, ¿se da cuenta?, que de la parte de Fuentesfiero hay dos manzanos que necesitan apeo. O, por un ejemplo, en la cerviguera, orilla Las Puertas, he visto un jabardo rubio que parece de las movilistas de casa, ¿entiende?, el Abue, natural, que las colmenas de casa eran proindiviso, ¿entiende?, o sea todas de todos, no estaban repartidas. Que el Abue, imagine, de que le oía, a ver, pues agarra una escriña,

Paco, y atrápalo, decía, que mi tío Paco, tú sabes que yo no sé poner preso a nadie, por las abejas, natural, que el Abue, entonces, le llamaba holgazán, le regañaba, pero el tío Paco tan terne, no crea, mira Vitálico, si todos nos azacaneamos, ¿quién va a reparar en las labores por hacer?

DR.— Tu devoción por él, Pacífico, ¿puedes decirme de cuándo provenía? ¿Por qué ese cariño?

P.P.— Qué se yo, qué quiere que le diga. Él, o sea mi tío Paco, era diferente, eso sí. Que los demás jugaban a las guerras orilla mi cuna, o me contaban historias que me hacían miedo, pero él, no, o sea, nunca, ¿entiende? Que le estoy hablando de cuando chaval, cuando mi tío Paco aparecía con unos guijos blancos o un fósil, que de la parte de la Torca hay cientos de ellos, caracoles y conchas, ¿sabe?, fósiles, una infinidad. Bueno, pues qué será el instinto, doctor, que yo, sólo de verle, ya me arrancaba a dar pataletas y a hacer gorgoritos, ¿comprende?, que Madre, al verme de esas trazas: ¡Virgen! ¿Puede saberse, tío, qué le da usted a la criatura?

DR.— Y a medida que crecías ¿no disminuían tu admiración y tu simpatía por él?

P.P.— Al contrario, oiga; si me apura iban a más. Que, por un ejemplo, en los serenos de invierno, me agarraba de la mano y al Crestón, a ver humear las chimeneas. Y así que florecía el Hibernizo, tate, orilla suya, oiga, a ver trajinar a don Patricio en el árbol. Y de que barruntaba la primavera, los días de vacación, ya se sabía, a la Torca Palomera, a rodar fósiles hasta la sima, que no vea, doctor, la profundidad, o sea, el tiempo que tardaban en llegar al agua. A mí me gustaba salir con él, con mi tío Paco, digo, aunque fuera callado, que las más de las veces el hombre iba callado, o sea, sin decir nada. Pero me gustaba verle con la visera y la cachava negra, que lo mismo le servía para espantar un tábano que para aplastar un mato de ortigas, ¿comprende? Y así que fui creciendo, oiga, me pensaba para entre mí que una vara en la mano da autoridad, que, de otro modo, uno no se explica que el tío Paco pudiera acordar a los del Humán con los del Otero, ni en lo del señor Nestorio ni en nada, pues buenos eran. O sea, yo me pienso, oiga, que contra lo que el Bisa pudiera decir, mi tío Paco sabía echarle valor a las cosas y mucho conocimiento, sí señor, que gracias a él me enteré yo de que los árboles sufren, y los ríos hablan y que el humo de las chimeneas era como la vida, que así es ciertamente. Por un ejemplo, doctor, algunas tardes, o sea, camino de la Torca, mi tío Paco iba y se sentaba en los farallones de Peñacarrubia y me enseñaba a distinguir las voces de los tres ríos, ¿entiende?, el Matayeguas, el Lirón y la Salud. Y me decía, decía, el Matayeguas vocea, ¿te fijas?, da como tumbos, que yo, sí, tío, y él, el Lirón es más somero, su voz es más cristalina, ¿oyes?, que yo, sí, tío, y él, el otro, la Salud, es más sentado, no vocea, sólo murmura en las salcinas, que yo, sí, tío. Y usted no lo creerá, doctor,

pero así que callábamos la boca, sentía vocear al Matayeguas, o cantar al Lirón o rutar a la Salud, oiga, que eran talmente como personas platicando.

DR.— ¿Qué más cosas te contaba tu tío, Pacífico?

P.P.— Mire, allí mismo, en los farallones de Peñacarrubia, me enseñó mi tío Paco que los ríos escachan los nublados, o sea, los parten, ya ve qué cosas, que eso es tan cierto como la luz bendita, oiga, o sea, que asomaba uno, un nublado, digo, por el valle del Embustes, de la parte del noroeste, y al llegar donde el Crestón, ya se sabía, oiga, tres nublados más chicos, uno Matayeguas arriba, otro por el vallejo del Lirón y por el de la Salud el otro, tres nublados.

DR.— Es decir, que con tu tío Paco aprendiste más que en la escuela, ¿no es así, Pacífico?

P.P.— Aguarde, oiga, son saberes distintos, que una cosa son los libros y otra la vida, ¿no? Por un ejemplo, uno en la escuela no aprende a mirar, ¿es cierto eso o no es cierto? Bueno, oiga, pues mi tío Paco me enseñó a mirar, que hay cosas que uno tiene delante de las narices y, por lo que sea, no las ve, ¿entiende? Pues a lo que voy, doctor, mi tío Paco me enseñó a mirar. Que por él supe que nuestro pueblo era hermoso, que desde lo alto del Crestón veía los tejados del Humán y, alrededor, las ringleras de manzanos. Y, abajo, en la cuenca, el Embustes, espejeando, ¿entiende? Y las dos cervigueras de robles empinándose a los lados. Y, por cima de todo, las atalayas de las nogalas. Que luego, tal que así, a mano derecha, en la cresta del cerro, andaba el caserío del Otero, de piedra de toba, ¿sabe? Y a un lado, la parroquia, ciega, oiga, como un castillo, y, orilla suya, las tapias del camposanto, ¿se da cuenta?, las que desmontó el Teotista el día de la cantea grande. Y dentro, o sea, asomando, cuatro cipreses negros, que si soplaba el norte se cimbreaban como juncos. O sea, doctor, para que me entienda, yo aprendí a ver eso, y usted lo creerá o no, que es muy libre, pero sólo de verlo yo me sentía como otro, que a días, a saber por qué, hasta me venían las ganas de llorar y todo.

DR.— Está bien, Pacífico, continúa. ¿Qué más aprendiste junto a tu tío Paco?

P.P.— De lo que aprendí orilla suya, de mi tío, digo, le estaría contando una vida y todavía no habría empezado, ya ve.

DR.— ¿Era hombre sensible tu tío?

P.P.— Ande, a la vista está, doctor, por más que él, mi tío Paco, digo, cuando penaba por algo, lo que hacía era callar, ¿entiende? Callar la boca y agarrarse al mango de la cachava con las dos manos como si sintiese vértigos, que eso es lo que hizo la tarde que me contó que el hoyo de la Torca Palomera estaba lleno de muertos.

DR.— ¿Y era cierto eso?

P.P.— Mire, doctor, otra cosa no, pero a mentir mi tío Paco no estaba enseñado. O sea, si lo dijo, así sería. Que me recuerdo que yo andaba rodando lajas orilla la hoya, y escuchando los botes que daban hasta llegar al agua, y, en éstas, le pregunté: ¿quién hizo la Torca, tío?, que él, Dios la hizo, que yo, ¿para bajar al infierno?, y él, y aún más abajo. Pero créame, doctor, que aquel agujero negro imponía, que hasta miedo daba, oiga, y así se lo dije. Que él, entonces, mi tío Paco, digo, salió con que las tierras de mi pueblo eran muy cavernosas y que un día, así me hiciera grande, me subiría a la Peña Aquilina, a ver la gruta Cangueta, toda llena de estalactitas y estalagmitas, porque el agua llevaba chorreando allí medio millón de años, hágase cuenta.

DR.— Ibas a contarme lo de los muertos de la sima, ¿recuerdas, Pacífico?

P.P.— Aguarde, sí señor, es cierto, que de unas cosas me voy a otras, sin darme cuenta. O sea, que a mí aquel hoyo, la Torca, digo, me traía a mal traer, ¿entiende? Así que le dije a mi tío: tío, mida con el reloj lo que tarda esta laja en llegar al agua. Que él lo midió, ¿se da cuenta?, y que cincuenta segundos, que yo, ¿es mucho o poco, tío?, y él, depende de lo que tú llares mucho, o sea, si pesamos la piedra, considerando la acción de la gravedad, o sea, lo que tira la tierra, podríamos saber la profundidad. Así me dijo, ¿comprende? Que yo, por mayor, ya ve, de chaval, ni se me alcanzaba, y no sé a cuento de qué me vino la idea, y le dije, ¿y si tiran a un hombre? Que no vea, doctor, se puso blanco como el papel, mi tío, digo, se agarró fuerte al mango de la cachava y calló la boca. Y yo, a ver, ya sabe usted lo que son los chavales, porfié, ¿y si tiran a un hombre, tío?, que a él, entonces, se le anubló la voz, como si se le pusiera un gargajo así, en la garganta, ¿entiende?, y, ya los tiraron, dijo, que no vea, oiga, tuve que sentarme orilla la olma para no caerme, o sea, de la impresión. Pero al cabo de un rato, dale, que aquello me gustaba y me hacía miedo, que no sé cómo explicarle, o sea, al mismo tiempo, ¿entiende?, y tío, ¿cuándo fue eso?, que él, en la guerra fue, y yo, ¿en la del Bisa?, que él, en la de Padre, en la grande, y yo, ¿tiraron muchos, tío?, que él, también más de un ciento de ellos, y yo, ¿qué hacían, tío?, que él, mi tío Paco, carraspeó, ¿se da cuenta?, o sea, como para quitarse el gargajo de la garganta, y tardó un rato en contestar, no crea, que se quedó mirando fijo para la Peña Aquilina, y, al cabo dijo, ¿y qué querías que hicieran?, llorar, temblar, patalear como si los echaran de bruces al infierno. Y los dos, oiga, candamos el pico con un susto en el cuerpo que no vea, pero ya no le pregunté más hasta que al cabo de dos años, Madre me subió una noche a la Torca a ver volar las ánimas del purgatorio.

DR.— ¿Volaban las ánimas del agujero, Pacífico?

P.P.— Ande, cada año el dos de noviembre, no fallaba. Allá nos vería a todos en procesión, que para eso no se distinguían los del Humán de los del Otero.

DR.— ¿Y qué viste, Pacífico? Cuenta.

P.P.— Fue como raro todo, oiga. Que me recuerdo que aquella noche caían asperezas, tempranas, a ver, pero era tan grande el silencio, oiga, que hasta se las oía enredarse entre las ramas secas de la olma, las asperezas, digo. Conque allá estuvimos todo el vecindario aguardando orilla el agujero hasta la medianoche, doctor, que dar las doce y empezar el chapoteo y el arrastrar de cadenas fue todo uno. Y, en éstas, oiga, sin saber por dónde ni por qué, apareció el polvo de luz en la boca del hoyo, imagine, talmente como si abajo hicieran fuego, doctor, tal cual, que las mujeres a persignarse y a rezar a voces, ¿se da cuenta? Y en poco tiempo, el polvo de luz fue subiendo, subiendo por encima de la olma, una cosa disforme, que todavía me recuerdo, ya ve, que el señor Edito, el carnicero, decía orilla mía, ¿qué saldrá este año? Y así que escapó todo el resplandor, oiga, empezó a ahormarse, ¿entiende?, o sea, a afilarse por arriba y a ensanchar por los bajos, pero cada vez más vivo, ¿comprende?, que Madre temblaba y el señor Edito, es una catedral, decía. Y luego, todos, otra vez, a callar la boca, mirando alelados a lo alto, hasta que el polvo de luz desapareció. Pero no se piense que se metió en el hoyo ni nada, entiéndame, se marchó, que para dónde no lo sé, o sea, para que usted me comprenda, talmente como la niebla cuando levanta.

DR.— Resulta increíble, Pacífico. ¿Y siempre salía una catedral?

P.P.— Ca, no señor. Salían figuras, eso sí. Cada año, una, ¿comprende? O sea, una vez un castillo, otra una Virgen, otra una nogala, que yo me recuerdo la última vez que subí a la Torca, salió un ángel grandísimo, disforme, tocando una trompeta.

DR.— Esto sucedía la noche de ánimas, ¿verdad?

P.P.— Talmente, sí señor. El dos de noviembre por más señas.

DR.— ¿Y no viste salir el polvo de luz del agujero en otras ocasiones?

P.P.— A mí no me diga, oiga. Fuera de la fecha esa, yo no subí de noche a la Torca. Ni creo que en el pueblo subiera nadie.

DR.— ¿Por miedo?

P.P.— Bueno, llámelo como quiera.

DR.— ¿Y el cura, Pacífico? ¿Qué decía el cura?

P.P.— ¿Don Prócoro? ¿Qué quiere que dijese? Que natural, que a cuento de qué tantos aspavientos, que era el fuego de los muertos.

DR.— ¿Los fuegos fatuos?

P.P.— Sí señor, talmente, eso mismo dijo, los fuegos fatuos.

DR.— Después de esa experiencia, ¿volviste alguna vez por la Torca Palomera con tu tío Paco?

P.P.— Qué hacer, cantidad, pero ya no rodaba piedras, oiga. Me daba repeluzno escachar las cabezas de los muertos.

DR.— Otra cosa, Pacífico, ¿comentaste alguna vez con tu tío el espectáculo de la noche de ánimas?

P.P.— Nunca, no señor. Yo sabía que le imponía y callaba la boca. Que en lo tocante a él, mi tío Paco, digo, también callaba la boca cuando algo le acuitaba. Por un ejemplo, si el Bisa o el Abue mentaban sus guerras, él, mi tío Paco, digo, se agarraba al bastón y se les quedaba mirando fijo, pero no decía palabra.

DR.— Y a tus abuelos, Pacífico, ¿les agradaba que te juntases con él, con tu tío Paco quiero decir?

P.P.— Ni por pienso, oiga. Y tenga por seguro que si a mí me mandaron a la ciudad, a estudiar, a él se lo debo.

DR.— Dime. Y antes de ir a la ciudad, ¿no habías estudiado nunca?

P.P.— Qué hacer, sí señor. Cinco años con don Ángel, en la escuela.

DR.— ¿Qué años tenías cuando marchaste?

P.P.— Trece para catorce, o sea, recién cumplidos.

DR.— ¿Y cómo se decidió tu marcha?

P.P.— Ésa es otra, doctor. Que yo tengo para mí que lo determinaron los tres, el Bisa, el Abue y Padre, digo, en el concilio de por las noches, ¿sabe?, cuando yo me acostaba. Que muchas veces, la Corina me decía: ya están los viejos de concilio, ¿se da cuenta? Y yo sentía el rum-rum de la parla por entre las tarimas hasta que me quedaba dormido. Bueno, pues una mañana, doctor, luego de una noche de concilio, así que me levanté, Madre me dijo que para el lunes me largaría al colegio en el coche del Sinclético, ¿entiende? Así que ni tiempo de pensarlo tuve.

DR.— ¿Te agradó la perspectiva?

P.P.— ¿Cómo dice?

DR.— ¿Te atraía la idea de ir a estudiar?

P.P.— Bueno, qué quiere que le diga, oiga, tanto me daba. Lo único avisar al tío Paco. Pero, como andábamos tendiendo las manzanas en las manzaneras, tampoco se piense que fue una cosa del otro mundo.

DR.— ¿Le encontraste allí?

P.P.— A ver, nunca faltaba, oiga. Arrancar la fruta, no la arrancaba, eso no, pero para colocarla era muy estricto, ¿entiende?, que no vea el orden que se gastaba. O sea, de chaval, él me decía, alinéalas en los vasares sin golpearlas, Pacífico, de otro modo se dañan y la manzana hasta que pudre, sufre, ¿entiende? Que yo, natural, ponía todo el cuidado. Y él, dale, las de la broza en la piel son las reinetas; las verde-doncellas son más brillantes, y éstas amarillas con el culo en forma de corazón son las camuesas, hijo. A las manzanas has de aprender a conocerlas por la cara y por el culo, tal que a las personas, me decía. Y así se iban las tardes, doctor, colocando manzanas en los vasares y platicando, que no vea el aroma tan rico que había allí, en las manzanas. Parece como que alimentase, oiga. Que lo crea o no, para mí, mi pueblo, así, de lejos, es ese olor, o sea, el olor de las manzanas. Que, por un ejemplo, el día que ando así, como acuitado, cierro los ojos, doy en pensar en aquel olor y entonces parece como que me volviera el ánimo, ¿se da cuenta?

DR.— Bien, Pacífico, ¿y cómo le dijiste a tu tío que marchabas a la ciudad?

P.P.— Mire. Así que me dijo Madre que el Bisa y el Abue habían determinado, vamos, esa tarde, yo me llegué donde él, donde mi tío Paco, digo, y se lo dije: Tío, el lunes marchó al colegio con el Sinclético, ¿entiende? Que él se sorprendió, natural, ¿a la ciudad?, que yo, a la ciudad, tío, los abuelos lo han determinado para que no me junte con usted. Y él, de primeras, calló la boca, o sea, mayormente no dijo nada, pero así que me despedí, oiga, la maldita manía, o sea, me puso la cachava entre los pies y cogí una liebre, que yo, ¡tío, jolín!, ¿entiende?, o sea, me renegué todo, que él, el tío, digo, con el registro de siempre: de ahí no puedes pasar, Pacífico, tenlo presente.

DR.— Pero ¿es que tu tío te ponía la cachava entre los pies a menudo?

P.P.— A ver, o sea, no, doctor, algunas veces. Que así que yo me renegaba, él la misma copla, de ahí no puedes pasar, Pacífico, tenlo presente. Que yo, doctor, para qué le voy a decir otra cosa, ni le comprendía ni nada, o sea, no lo entendí hasta la tarde que ocurrió lo del Teotista.

DR.— Y, una vez en el colegio, ¿no volviste a frecuentar al tío Paco? ¿No le veías durante las vacaciones?

P.P.— Qué hacer, eso sí, doctor, a escondidas de los abuelos, ¿entiende? Que ahora me recuerdo de la primera vez que regresé al pueblo para la Navidad. ¡Menuda expectación, oiga! El Bisa con el vaivén de la silla y el Abue en el palo del taburete, que ninguno me quitaba ojo, oiga. Que el Bisa, así que entré, ni tiempo de besar a Madre, doctor, ¿qué? Y yo quieto parado, ¿sabe?, sin rechistar, y todos aguardando, que ya, por salir del paso, o sea por disimular, les dije, ¿es cierto lo

que dice el Sinclético, que la Elio ha tenido cachorros? Que Padre, dos tuvo, la Miaja y el Krim, que ellos les ponían a los perros nombres de cuando sus guerras, ¿se da cuenta? Y en éstas, otra vez a callar la boca y a mirarme fijo, digo yo que por ver si allá, en la ciudad, digo, había hecho algún progreso, ¿entiende? Pero ni por cuanto hay se me alcanzaba por dónde arrancar, oiga, hasta que de repente me vino así la idea, que ni sé cómo, y yo, ¿sabe usted, Bisa, que una vez hubo en el mundo una guerra que duró cien años?, le dije. Que allá vería, el Bisa tosió, que medio se ahogaba, se atragantó todo, eso no es posible, que yo, Bisa, se lo juro, viene en los libros, y él entonces se volvió al Abue, ¿oíste, Vitálico?, y el Abue dobló la cabeza para mirarme, que se relamía, oiga, ¡cien años a tiro limpio!, y yo, bueno, no había tiros entonces, Abue, y el Bisa a voces, ¿entiende?, ¡a machetazos, eso es lo mío! Y a todo esto, Madre y la abuela Benetilde se persignaban, ¡válgame Dios!, y el Bisa chillaba moviendo la silla, ¡me gusta ese colegio!, un corro de locos, ¿se da cuenta?

DR.— Con seguridad, ninguna noticia hubiese halagado más a tus abuelos, ¿no es cierto, Pacífico?

P.P.— Eso me pienso yo, doctor, que ellos me miraban como si acabara de regresar de la guerra esa, ¿entiende? Pero el caso es que también a mí me gustó darles el pego, oiga, las cosas como son. Que no habían acabado de salir para echar la partida y yo andaba ya camino de la casa de mi tío Paco.

DR.— ¿Para sorprenderle también?

P.P.— Tal cual, ésa era mi intención.

DR.— ¿Y se sorprendió?

P.P.— Quia, no señor, se conoce que tenía noticia. O sea, así que le dije, ¿sabe usted, tío, que una vez hubo una guerra que duró cien años?, él me dijo: Hace muchísimo tiempo de eso, Pacífico; entonces las armas mataban menos y había que estar más rato para hacer el cupo, ¿entiende? Y yo fui entonces el que me quedé parado, oiga, ¿el cupo, tío?, y él, a ver, hijo, las guerras donde no se mata el cupo ni siquiera vienen en la Historia. Así me dijo, ¿se da cuenta?

DR.— Y en ese primer encuentro, después de tu experiencia ciudadana, ¿ya no pudiste hablar nada más con tu tío Paco?

P.P.— Qué hacer, faltaría más; o sea, él me preguntó si no había aprendido más que eso, que fui yo, entonces, y le conté lo de la pelota china y los zancos y las guerras de preguntas que armábamos en la clase, o sea, unos contra otros, para hacernos caer, ¿entiende? Y él decía que sí con la cabeza, y así que acabé, me dijo, ya veo que no perdiste el tiempo, ¿comprende? Y, en éstas, le solté lo otro, o sea, una ocurrencia que de tiempo tenía yo entre ceja y ceja, doctor, así que le dije: Tío,

¿es que en la vida hay que ir siempre contra alguien? Pero no crea que el tío Paco retrucó enseguida, no señor, que al tío le gustaba reflexionar antes de hablar, así que dio unos golpecitos con la cachava, y al cabo me dijo, eso se llama competir, y se quedó mirando al fuego, ¿entiende? Y usted no lo creerá, doctor, pero ni por ésas me aclaraba, pero como soy muy testarrón, o sea, de natural, le dije, ¿y es que no se puede vivir sin competir, tío?, ¿no podemos ir todos juntos a alguna parte?, y él se acuitó, se agarró a la cachava y dijo, eso todavía no se ha inventado, ¿comprende? Y usted no lo creerá, pero esa misma tarde, así que me arranqué a andar, volvió a ponerme la cachava entre los pies, mi tío Paco, digo, y yo volví a agarrar una liebre que a poco me eslomo.

DR.— Ciertamente tu tío utilizaba una pedagogía singular. Dime una cosa, ¿permaneciste mucho tiempo en el colegio?

P.P.— Sí, bueno, no, o sea, tres años para cuatro. Pero con poco provecho, ¿sabe?, las cosas como son. De primeras con lo de los lentes y luego con lo de la raíz cuadrada, la verdad es que no me pintó aquello.

DR.— ¿Qué fue lo de los lentes?

P.P.— Pues eso, oiga, ponérmelos. O sea, yo no veía el encerado, para que se entere, y entonces fue don Alfaro y me dijo, este chico necesita gafas.

DR.— Eso es frecuente. Yo también uso gafas desde niño y eso no ha supuesto para mí ninguna dificultad.

P.P.— No digo que no, doctor, pero no quiera saber la que se armó en casa a cuenta de los lentes. Que al Bisa todo se le volvía decir: ¿Visteis en vuestras guerras algún soldado con lentes?, y el Abue y Padre, que no, natural, que sólo en la Sanidad y la Intendencia, calcule.

DR.— ¿Te pusieron al fin las gafas?

P.P.— Qué hacer, doctor, a ver qué remedio. Pero con seis meses de retraso, ¿entiende?, que para entonces no veía yo a un cura en un montón de nieve, como suele decirse. Y en la escuela ya andaban a vueltas con lo de la raíz cuadrada, que es una cosa esa, doctor, que a mí siempre se me atragantó.

DR.— ¿Es que no te entraban las Matemáticas?

P.P.— Aguarde, de la Historia y la Gramática no tengo queja, la verdad. Y si me apura, tampoco de la Aritmética, doctor, lo de sumar, restar, multiplicar y dividir. Que yo me echaba las cuentas por las manzanas y, mal que bien, me arreglaba. Pero con eso de la raíz cuadrada, las manzanas no casan, ¿entiende? Porque, ¿dónde las pone usted? Y hoy por una cosa y mañana por otra, empecé a dejarme y me rezagué, y así que murió Madre, a poco de suicidarse la abuela Benetilde, yo

tenía los diecisiete cumplidos y andaba en el tercer curso, o sea, retrasado. Pero esto entre usted y yo, ¿entiende?, que a la Candi, la chica con la que hablaba, la hice creer que tenía el grado.

DR.— ¿No le decías la verdad a tu novia?

P.P.— Sobre este particular, no señor, cualquiera, pues buena era. La Candi, para que usted se entere, quería arreglar el mundo y eso de los saberes de cada quien lo llevaba muy en cuenta. Ya ve, todavía me recuerdo que, a poco de conocernos, ella me dijo que todos los pardillos tenían los ojos atónitos y que los míos eran distintos, ¿comprende? Que yo, que sí, ya ve qué iba a decirla, pero para entre mí pensaba que sería por lo de los lentes.

DR.— Otro asunto, Pacífico. Una vez que te pusiste gafas, ¿renunciaron tus abuelos a sus planes de hacerte un guerrero? ¿Admitían que, llegada tu guerra, pudieras hacerla de sanitario o intendente?

P.P.— A mayores no se lo pregunté, doctor, pero me malicio que no. Ellos, los abuelos, digo, pensarían: Será el primer guerrero con lentes, ¿comprende? Vamos, digo yo, todo son figuraciones, usted ya sabe cómo las gastaban.

DR.— Pero podrías deducirlo de su actitud, de sus conversaciones, de su comportamiento contigo.

P.P.— No me recuerdo, oiga, la verdad. Lo único, la cantea.

DR.— ¿Qué cantea?

P.P.— Cuál va a ser, doctor, la grande, la cantea con los del Otero, cuando lo de la traída de aguas.

DR.— ¿Qué ocurrió?

P.P.— Bueno, pues eso, oiga, o sea los del Otero, con eso de que el agua no podía correr monte arriba, se quedaron a verlas venir, ¿entiende? Que ellos no tragaban que a ellos no les tocara y a nosotros sí, y que una cantea, ya ve usted, como si eso pudiera resolver algo. Conque el Teotista, arriba, y el Agatángelo, abajo, no vea usted lo a pecho que se lo tomaron. Y el señor Del, muerto de miedo, natural, poniendo tableros en los cristales y dándome la murga, Pacífico, ¿no podrías llevar razón a tu tío? No está bien que paguemos justos por pecadores, ¿comprende?

DR.— Pero ¿es que tu tío Paco solía mediar en las pedreas?

P.P.— No es eso, oiga. No puedo contarle todo al mismo tiempo, compréndalo. O sea, lo del señor Del, lo del señor Nestorio, para que lo entienda, es cuenta aparte. Él, el señor Nestorio, digo, tenía el negocio a mitad de la trocha, entre el Humán y el

Otero, o sea, promediado. Y los del Otero y los del Humán, dale, cada uno de un lado, usted es de los nuestros, señor Nestorio, ¿entiende?, porfiaban, los dos. Pero él no se podía dividir, a ver, que lo que el señor Nestorio hacía era mirar por lo suyo, natural, que lo que él decía: Yo soy de todos, zagales, el comercio no pelea, ¿comprende? Pero a buena parte iba, ni el Teotista ni el Agatángelo se daban a razones, y venga, defínase, coño, aquí nadie puede jugar a dos palos, o sea, le apretaban, ¿se da cuenta? Que el otro, ni a retrucar se determinaba, natural, que a cada cantea no vea el quebranto de tejas y cristales, un terremoto, oiga. Por más que luego, también las paces se firmaban allí, las cosas como son, y él se resarcía con las consumiciones, o sea, el gasto.

DR.— Es decir, que el señor Nestorio era neutral.

P.P.— Mire, talmente, eso mismo decía el Bisa, con esas palabras. Pero luego, al enterarse de que no le habían dejado un cristal sano, se arrancaba a reír y que las bofetadas siempre fueron para los neutrales y que la culpa era suya por no definirse. Pero el señor Nestorio, que si quieres, oiga, no daba su brazo a torcer.

DR.— ¿Y se resolvió el pleito?

P.P.— A eso iba, doctor. O sea, una tarde que el Agatángelo y el Teotista andaban a la greña, que si tú estás conmigo, que si estás contra mí, se presentó mi tío Paco. Y el Teotista, en buena hora llega, señor Paco, y mi tío, ¿qué es lo que ocurre aquí? Resumiendo, oiga, el Teotista y el Agatángelo le informaron y mi tío Paco, de primeras, calló la boca, y, al rato, levantó la cachava y señaló, primero para el Crestón y luego para el vallejo, o sea, donde el Humán y, a cabo, dijo: El Nestorio no tiene por qué enredarse con unos ni con otros; ni es del Humán, ni es del Otero. Que el Teotista, oiga, con mucha sorna, ésta sí que es buena, pues ¿de dónde es entonces?, y mi tío Paco, tan terne, oiga, de Del, que está en el medio. Pero con todo el temple, oiga.

DR.— Una solución salomónica la de tu tío.

P.P.— Perdona, ¿cómo dice?

DR.— No me hagas caso, Pacífico. ¿Y valió de algo la sentencia de tu tío Paco?

P.P.— Pues no va a valer, natural. Que a mi tío, allá en el pueblo, le respetaban, oiga, aunque luego anduvieran por detrás diciendo perrerías.

DR.— Pero ¿quedaron conformes o no quedaron conformes el Teotista y el Agatángelo?

P.P.— Bueno, vamos, o sea, de primeras, a ver, razón no le falta, por mi tío Paco, ¿comprende? Y, desde entonces, el señor Nestorio se quedó para los restos con el señor Del y la taberna como zona neutral, tierra de nadie, que dicen, ¿entiende?

Por más que luego, en las canteas, siempre le tocaba algo.

DR.— Le quedaría agradecido a tu tío, ¿no es así?

P.P.— Imagine. Tenga en cuenta que la taberna del señor Del es el lugar de alterne de mi pueblo, o sea, no hay boda ni bautizo que no se celebre allí. Y cosa chusca, oiga, la plaza aparte, era allí, donde el señor Del, el único sitio del pueblo donde las mozas del Otero se avenían a bailar con los del Humán y viceversa. Y casualmente fue allí donde yo empecé a hablar con la Candi, o sea, en la boda del difunto Parmenio Marrero, durante el refresco.

DR.— Me temo que nos estamos yendo por las ramas, Pacífico. Entiéndeme, no es que no me interese lo que me cuentas, pero, en lo posible, me gustaría llevar un orden. Si no me equivoco, estábamos en la pedrea con los del Otero, con motivo de la traída de aguas, y, sin darnos cuenta, nos hemos ido a hablar del señor Nestorio, que será un personaje curioso, no lo dudo, pero de momento no hace al caso. ¿Me comprendes?

P.P.— Qué hacer sino comprenderle, doctor, pero ¿qué quiere que yo le haga? Si me arranco a hablar de una cosa y usted me sale con otra, o sea, me interrumpe, me desvío, a ver, lógico, ¿no?

DR.— Me parece que te estás poniendo nervioso, Pacífico.

P.P.— ¿Nervioso yo?

DR.— Bueno, te impacientas, que para el caso es lo mismo. ¿Por qué no dejamos la conversación para mañana?

P.P.— Mire, por mí...

DR.— ¿No te importa?

P.P.— Ande, ¿a santo de qué había de importarme?

DR.— Entonces, de acuerdo, Pacífico. Mañana volveremos a reunirnos aquí después de la cena. Pero no me olvides lo de la pedrea. Y ten en cuenta que si hablamos de la pedrea es en relación con los abuelos y el pleito de las gafas. ¿Entendido?

P.P.— Qué hacer, doctor, si no entenderlo.

DR.— Pues, entonces, hasta mañana, Pacífico; que descanses.

P.P.— Hasta mañana. Buenas noches, doctor.

## TERCERA NOCHE

DOCTOR.— Bien, Pacífico, si no recuerdo mal anoche interrumpimos la conversación en el asunto de la traída de aguas. Es decir, el hecho de que el agua no subiera al Otero originó una pedrea con los del Humán, ¿no es así?

P.P.— Cabal, sí señor.

DR.— Bueno, háblame de ello.

P.P.— ¿De la cantea?

DR.— Exactamente, de la cantea.

P.P.— Bueno, o sea, yo me enteré por el señor Del.

DR.— ¿Te informó el señor Del de la pedrea?

P.P.— Tal cual, doctor. Yo pasaba casualmente por allí, por la taberna, digo, y me lo dijo. O sea, me dijo que mandara razón a mi tío Paco, que la cantea de aquella tarde iba a dejar memoria.

DR.— ¿Y bajaste?

P.P.— Bajé, a ver, pero no fui donde mi tío Paco, sino a casa.

DR.— ¿Por qué razón no fuiste donde tu tío?

P.P.— Mire, liadas las cosas como estaban, era bobería, ¿no comprende?

DR.— Tú sabrás; y en casa, ¿qué hiciste?

P.P.— Lo de siempre, ya ve. Me llegué donde el ruego, que allí andaban el Abue y el Bisa bajo la higuera.

DR.— ¿Les dijiste algo?

P.P.— ¿Yo?, no señor. Ellos a mí.

DR.— ¿Y qué te dijeron, Pacífico?

P.P.— Pues mire, por mayor, que si iba a ir a la tarde a la cantea. Que yo me hice de nuevas, oiga, ¿es que hay cantea?, y el Abue, ¡puñeta, pues no ha de haberla! ¿Ahora te desayunas?

DR.— ¿Por qué te ríes, Pacífico?

P.P.— Nada, ya ve, las cosas. O sea, por el gusto de porfiar, yo fui y les dije que no me petaban las canteas. Que allá vería al Abue, si a tu edad no te petan las canteas, ¿quieres decirme qué harás el día que seas soldado? Y yo echándolo a barato, oiga, es por los lentes, Abue, me los pueden escachar. Y, entonces, el Bisa empezó con el vaivén de la silla y me voceó: ¡Peor es que te escachen la cabeza, gandul!; has de ir a la cantea si no quieres que se nos caiga la cara de vergüenza.

D.R.— Es decir, que por primera vez manifestaste en casa tu espíritu pacifista, ¿no es así?

P.P.— A saber. Llámelo como quiera.

DR.— ¿Y qué le respondiste al Bisa?

P.P.— Verá, le dije, está bien, Bisa, iré a la cantea sólo por no hacerles de menos. O sea, para que usted lo entienda, doctor, yo prefería la cantea en la cerviguera a la guerra en casa.

DR.— Lo comprendo perfectamente, Pacífico. ¿Y cómo se desarrolló la pedrea?

P.P.— Mire, por lo común, las canteas terminaban mal para nosotros, para los del Humán, quiero decir. Ésa es la derecha.

DR.— ¿Erais menos peleones, quizá?

P.P.— No se trata de eso, oiga, que a peleones allá nos andaríamos. Lo que pasa es que ellos, los del Otero, digo, andaban arriba, ¿entiende?, y los del Humán, abajo. Luego, por si fuera poco, los hielos cuarteaban el Crestón, la roca, ¿sabe?, de forma, que ellos, los del Otero, tenían munición en abundancia, mientras nosotros, si quita usted la casajera del Matayeguas, allá abajo, a desmano, no teníamos de qué. Además, ellos, tenían los contrafuertes de la parroquia y las tapias del camposanto para aguantar, ¿comprende? Y si se echaban para adelante, la pimpollada y el talud de la casa de don Alfaro. Y en el peor de los casos, oiga, o sea, si las cosas les venían mal dadas, ellos, los del Otero, digo, lo mismo desmontaban las rocas del alto y las echaban a rodar monte abajo, que no vea, no paraban hasta la plaza, arrollándolo todo.

DR.— La topografía les favorecía, vamos.

P.P.— Y de qué modo, oiga. Pero aquel día, el Agatángelo se había aprendido la lección, ¿entiende? O sea, de mañana, ordenó apilar guijos todo lo largo de la

cerviguera, montones de guijos, ¿se da cuenta? Así que, conforme empezamos, canto va, canto viene, el Teotista y su cuadrilla, los del Otero, vamos, se fueron arrugando y no pararon hasta ponerse al abrigo del camposanto.

DR.— Y tú, Pacífico, ¿intervenías de una manera activa?

P.P.— Aguarde, doctor. Nosotros, como le digo, dale que le das, que había que verle al Agatángelo despacharse con la honda, oiga, cantos como huevos de gallina y ni vérselos en el aire. Que yo a su lado, del Agatángelo, digo, pues a ver, hacía lo que podía, ¿entiende?, que la verdad es que nunca me dio por ahí. Pero el Agatángelo, así que me vio desenvolverse, me dijo, tú no tiraste muchos cantos en tu vida, ¿verdad, Pacífico?, que yo, doctor, a ver, es la primera vez que tiro cantos, y él, el Agatángelo, digo, ya se conoce, ¿por qué no me los alargas a mí que aguantaríamos más?

DR.— Y dejaste de tirar piedras para buscárselas al Agatángelo, ¿no es eso?

P.P.— Tal cual, sí señor. O sea, yo le alargaba guijos bien pulidos para la honda y me tapaba con los pimpollos. Que él, allá le vería, ¡rendíos, cacho cabrones!, a voces, oiga. Y los otros, los del Otero, tal cual, ¡subid si os atrevéis, hijos de perra!, el Teotista, ¿se da cuenta? Pero trepábamos tan aprisa que yo brincaba de pino en pino para no rezagarme, oiga. Así que ellos, los del Otero, digo, ni tiempo de levantar las peñas. Que entonces es cuando empezaron con las tapias del camposanto, a desarmarlas, digo, que el Agatángelo, loco, ¿seréis capaces de dejar los muertos al relente? Pero ellos ni caso, o sea, agarraban las piedras más gruesas, ¿comprende?, y las echaban a rodar, que había que andar con ojo, oiga, que allá se iban ladera abajo, dando tumbos, arrancando de cuajo los pimpollos tiernos. Y así las cosas, doctor, era bobería avanzar, o sea, imposible, ¿entiende? Que por el aquel del prurito todavía seguimos canteándonos una hora larga, hasta que el Teotista y el Agatángelo se cansaron, sacaron pañuelos blancos y que las paces. Y conforme ellos se iban a firmarlas, las paces, digo, yo agarré la trocha y me bajé para casa. Que me recuerdo que iba pensando, así para entre mí, ¿y para esto tres descalabrados y tantos destrozos?

DR.— El Bisa te estaría esperando, ¿no es así, Pacífico?

P.P.— Allí mismo, oiga, a la puerta.

DR.— Se sentiría orgulloso.

P.P.— ¿Orgulloso? ¡Me río yo! O sea, así que me vio, de primeras, que si anduve en la cantea, que yo, que sí, a ver, natural, pero él salió entonces con lo de las tapias del cementerio, con que si no habían respetado ni a los muertos, que yo, es cierto eso, Bisa, y él, ¿tiraste muchos cantos, Pacífico?, que yo, la verdad, oiga, alguno tiré, Bisa, pero no acertaba. Y el Bisa se iba renegando, ¿comprende usted?, y así

que le dije que había ayudado más que otros, que le alargaba al Agatángelo guijos del tamaño de reinetas, para que los tirase con la honda, se puso como loco, que allí le vería.

DR.— ¿No le agradó tu comportamiento?

P.P.— ¿Agradarle dice? ¡No quiera usted saber la que preparó, oiga! ¡Vitálico, Felicísimo!, voceaba, y no paraba con la silla, que el Abue y Padre acobardados, a ver, y él, el Bisa, digo, blanco como la pared, me señalaba con el dedo, ése, decía, por mí, ¿se da cuenta?, ¡ése ha ido a la cantea con los suministros! Y, en éstas, oiga, se le torció la boca, y empezó a desbarrar: esestocoirmoaguelarras-inhersamagarneelsilfu, o sea, la copla de siempre.

DR.— Su decepción significa que, pese a los lentes, aún pensaba en ti como un futuro héroe.

P.P.— A saber lo que pensaba. Lo único cierto es que me la guardó, oiga, y, a las primeras de cambio, se tomó la revancha. ¿Qué dirá que se le alcanzó al viejo, doctor?

DR.— ¿Qué, Pacífico?

P.P.— Pues arrimarme un cigarro a un mazo de cohetes el día de la fiesta.

DR.— ¿Y te reventó en las manos?

P.P.— ¡Mire!

DR.— ¡Qué barbaridad!

P.P.— Eso digo yo, oiga, qué barbaridad. Y don Alfaro preocupado, a ver, que eso de las quemaduras no es el qué, es el cuánto, decía, y el chico está de cuidado. Y allí, en la cama, me tiré casi un mes, que se dice pronto, que de principio no parecía, pero luego las bubas se me enconaron y la eché larga.

DR.— ¿Y qué hacía el Bisa mientras tanto?

P.P.— Incordiar, ya ve, que no salía de allí, de la alcoba, digo. A veces pienso para entre mí que si armó esta avería fue por tenerme una temporada orilla suya y darme la murga con sus guerras.

DR.— ¿Volvió a hablarte de sus guerras?

P.P.— Ande, todo el tiempo, oiga, sin dejarlo.

DR.— ¿Y qué te decía?

P.P.— Nada nuevo, mire, lo de siempre, que esta vez le dio por las cicatrices, ¿sabe? O sea, me decía, esto tuyo no es nada, Pacífico, ¿se da cuenta? Y, entonces, se

arremangaba el pantalón y me enseñaba la herida de la corva, mira, decía, una cuchillada en Murrieta; luego se abría la camisa y un balazo de Sodupe, ¿entiende?, y así todo el tiempo. Que yo desganado, oiga, que las bubas me escocían y me sabía las cicatrices del Bisa de memoria, ya ve, de bañarle cada año en el pilón.

DR.— ¿Y no volvió a aludir a la pedrea?

P.P.— A mayores, no señor, no la mentaba; o sea, directamente.

DR.— Indirectamente ¿sí?

P.P.— Bueno, oiga, entiéndame. Él buscaba quitarme el miedo, ¿comprende? Que yo, al Bisa, le veía venir de lejos y lo que quería ahora era quitarle importancia a la bayoneta.

DR.— ¿Cómo importancia? ¿No querrás decir crueldad?

P.P.— Para el caso tanto da, doctor, vamos, creo yo. El Bisa iba a sacarme el susto del cuerpo, para que me entienda. Que él decía, por un ejemplo, tú no debes pensarte, Pacífico, que la bayoneta sea carnicera. O sea, talmente lo contrario de lo que me había dicho antaño, ¿comprende?

DR.— Un cambio de táctica, vamos.

P.P.— Llámelo como quiera. El caso es que el Bisa lo echaba ahora a barato. O sea, él me decía, decía, la bayoneta es poco más que una inyección de la señora Dictrinia, Pacífico, ¿oyes?, un ojalito. Ahora, si otra cosa es tu gusto, tú puedes hacer que salte la mierda. ¿Comprende usted lo que le quiero decir?

DR.— A gusto del consumidor, vamos.

P.P.— Más o menos, doctor.

DR.— ¿Y tú? ¿Qué le respondías tú?

P.P.— Pues se lo puede usted imaginar, doctor, sí, Bisa, que no salía de ahí, a ver, para que callase la boca, que con las calenturas ya tenía bastante. Pero una tarde, según parlaba, se me fijó un dolor tal que así, o sea, sobre la parte, que luego me volvió, y Madre fue entonces y me puso faja, que no vea las bromas cuando la mili, a cuenta de ella.

DR.— Y ese dolor que te dio ¿tenía alguna relación con las alusiones del Bisa a la bayoneta, es decir, por simpatía, como te dijo el cura una vez, o era cosa aparte?

P.P.— No señor. Yo me pienso que fuera un aire, pero a saber. Lo único cierto es que desde entonces, cada vez que agarro frío, me vuelve, ¿oye? Que no quiera saber lo que pené a cuenta de eso, cuando la chica con la que hablaba me subía a

Prádanos, a quitarme los prejuicios.

DR.— ¿Es que tu novia trataba de quitarte los prejuicios, Pacífico?

P.P.— Ande, puede decirse que no hacía otra cosa. Bueno, para que me entienda, ella, la Candi, decía que habíamos heredado una sociedad hipócrita y que había que cambiarla de arriba abajo. Eso decía. Pero eso fue después, que para entonces la abuela Benetilde ya se había colgado y la Corina, o sea, mi hermana, era el ama de la casa.

DR.— Ahí quería yo ir a parar, Pacífico. ¿Cómo fue para colgarse tu abuela? ¿No era una mujer muy religiosa que incluso había vivido una experiencia mística?

P.P.— ¿Qué quiere? Las cosas, ya ve. Pero algo debió de trascordarle la cabeza, oiga. Vamos, eso pienso yo, que ni don Prócoro, el cura, le negó tierra sagrada, ni nada.

DR.— Pero, dime, Pacífico, algo diría la abuela para justificar su determinación, ¿no?

P.P.— Bien mirado, la abuela Benetilde, desde las bodas del trance, no decía ni pío, doctor. Si es caso, de Pascuas a Ramos, ése es bueno o ése es malo, y pare usted de contar. Los que decían pestes de ella eran los del Otero, que ni uno solo, fíjese usted bien, ni uno solo, o sea, ni por casualidad, asistió al entierro.

DR.— ¿Y puede saberse qué es lo que decían de ella?

P.P.— Pues mire, para que se entere, lo más flojo, que era una bruja y que había que joderse con la mística esa, y que Dios Padre me perdone.

DR.— ¿Y el cura? ¿No salió el cura al paso de esas infamias?

P.P.— Qué hacer, sí señor. A don Prócoro no se le puede culpar. Allí le vería en el funeral, oiga, que la carne era débil y que a la hermana Benetilde la habíamos ido suicidando todos un poco cada día durante cincuenta años. Y que si eso era fraternidad cristiana que bajase Dios y lo viese.

DR.— ¿Eso dijo?

P.P.— Tal cual, oiga.

DR.— Y ella, la abuela, quiero decir, ¿no dejó tampoco una nota explicando su decisión?

P.P.— No, o sea, sí, doctor, pero a su manera, entiéndame. Que, para mí, que la abuela Benetilde lo hizo aposta, con retraso para que no pudiéramos impedirlo, ¿se da cuenta? Que a mí no hay quien me saque de la cabeza, oiga, que a la abuela la dio la idea el jabalí, ya ve, que el propio don Alfaro lo dijo, que el suicidio era por demás contagioso.

DR.— Pero ¿de qué jabalí hablas, Pacífico?

P.P.— Ande, de cuál ha de ser, doctor, del que se echó del Crestón abajo porque le dolían las muelas, de ése. Si el propio Abue lo decía, ya ve, que a la abuela ni se la hubiera alcanzado la idea de no ser por el jabalí.

DR.— Pero la abuela no andaba bien de la cabeza, por lo que dices.

P.P.— Mire, eso no, doctor, o sea, la abuela Benetilde andaba bien o andaba mal, según. Por un decir, ella, la abuela Benetilde, digo, desde las bodas del trance, entraba y salía y hacía sus labores como si tal cosa. Lo único, ve ahí, que callaba la boca, que yo, sólo de verla, me pensaba, ya está la abuela Benetilde reflexionando.

DR.— ¿Quieres decir que la abuela daba la impresión de que pensaba?

P.P.— Ande, de que pensaba, bien seguro puede estar, doctor.

DR.— ¿Por qué no me cuentas este episodio con un poco de coherencia, Pacífico? Tal vez pueda servirnos.

P.P.— ¿Cuál? ¿Lo de la abuela?

DR.— Sí, lo de la abuela. El suicidio.

P.P.— Mire, doctor, para que lo entienda, tal noche como hoy se echó el jabalí del Crestón abajo, ¿verdad? Bueno, pues tal día como mañana desaparecía de casa la abuela Benetilde. Usted me dirá si una cosa no va a tener relación con la otra.

DR.— ¿No discutió con su marido, o con el Bisa, o con alguien?

P.P.— Nada, oiga, a ese respecto bien tranquilo puede estar. Lo único, fíjese, que ese día el Krim se comió los huevos crudos por primera vez.

DR.— El Krim era un perro, ¿verdad?

P.P.— El del Abue, por aquel entonces, sí señor. El hijo de la Elio, hermano de la Miaja por más señas.

DR.— Está bien, sigue, Pacífico.

P.P.— Pues eso, oiga, que se hicieron unas cuatro de la tarde y la abuela sin aparecer. Y la Corina, mi hermana, dale, hace un rato andaba ahí, orilla el ruego, mirando pasar el agua. Conque registramos la huerta y nada. Que ya Padre envió razón, y Martín, el cartero, lo pregonó en el Otero y en el Humán, la desaparición, ¿sabe? En cuanto al sargento Metodio, imagine, un hombre de su experiencia, raro, muy raro, decía. Que Padre, le advierto sargento que mi madre, desde las bodas del trance, andaba como trascordada. Y al sargento Metodio todo se le volvía decir, raro, muy raro. Pero a la hora ya estaba con las instrucciones, no crea. O sea, que armar tres grupos, uno con el señor Escolino, que era muy montuno él, miraría

los sardones de la Peña Aquilina para abajo, o sea, toda la parte de Peñacarrubia, Las Puertas y Fuentefierro, inclusive Prádanos y los lavaderos, ¿se da cuenta?; el otro, con el Agatángelo, rastrearía los cuatro ríos, o sea el Matayeguas, el Lirón, la Salud y el Embustes, a más de la charca del Páramo, donde las gaviotas reidoras; y el último, o sea, el del sargento Metodio, miraría toda la parte de los desfiladeros y los farallones de la Peña, ¿entiende?

DR.— ¿Y lo hicieron así?

P.P.— Tal cual, oiga, que no quedó mato por registrar. Pero pasó una semana y nadie daba razón, que, en éstas, fue cuando los del Otero empezaron con lo de hay que joderse con la mística esa, ya sabe. Conque, el mismo día que concluyó la octava, el sargento Metodio se llegó donde el Abue, se le cuadró y le dijo: Le acompaño en el sentimiento, señor Vitálico, dela por muerta.

DR.— ¿Y cómo se aclaró lo del suicidio?

P.P.— Por una carta, sí señor, una carta de las Américas. O sea, la carta la mandaba el tío Teodoro y dentro del sobre venía otro sobre más chico y un papel, ¿se da cuenta? Y allí, en el papel, decía el tío Teodoro, ve ahí os mando la carta que me envía la Benetilde para que os la haga llegar, que no decía más.

DR.— Y la abuela, ¿qué decía en su carta?

P.P.— Lo explicaba, ¿entiende? O sea, decía: «Os escribo estas cuatro letras para deciros que me cuelgo de la olma de la Torca porque sois malos. Y me cuelgo por los pies porque por el pescuezo me da miedo el ahogarme». Eso decía.

DR.— ¿Y a quién iba dirigido el sobre, Pacífico?

P.P.— Ande, al Abue, su marido, natural.

DR.— ¿Y cómo reaccionasteis vosotros?

P.P.— Por mayor, cada uno a su manera. Que a Madre, por un ejemplo, la dio el telele y la Corina tuvo que arrearle un par de moquetas para volverla. En cuanto al Abue, pues mire, habrá que subir, decía, que Padre, ¿sin dar parte?, y el Bisa se cabreó y que a quién coños íbamos a dar parte. Así que a la tarde, armamos la procesión y andando.

DR.— ¿También subiste tú?

P.P.— Yo el primero, mire. O sea, el Bisa me dijo: venga, tú, holgazán, empuja. Y yo agarré la silla y adelante. Pero en la varga la Cantera ya iba echando los bofes, oiga, que el Bisa pesaba como un muerto, que ya es sabido que la edad pesa. Y en la trocha la Puntilla no podía ni con mi alma, que las ruedas tropezaban en los guijos, y menos mal que se arrimó Padre y me echó una mano. Y todavía me

recuerdo, dese cuenta, que de la parte de poniente relampagueaba vivo y, conforme coronamos la varga, ya vi el colgajo sobre la hoya, oiga, o sea, el cadáver, que los alimoches, las baribañuelas que dicen, danzando alrededor, que ni levantar podían, de ahótas, ¿entiende?, que menuda tragantona.

DR.— ¿Recuperaríais el cadáver?

P.P.— Qué hacer, doctor, pero eso del cadáver es un decir, que de la abuela Benetilde no quedaba más que el esqueleto y unos pocos pelos, ¿entiende? Y no vea el hedor, oiga, atufaba. Que me recuerdo que el Abue se anudó un pañuelo por la cara y dijo, ¿sabe qué dijo?

DR.— ¿Qué, Pacífico?

P.P.— Pues que llevaba razón Flores, ya sabe, el de su guerra, cuando decía que la mujer tenía peor pudrir que el hombre. Ya ve qué cosas.

DR.— ¿Y cómo regresasteis?

P.P.— Ya ve. El Abue y Padre armaron unas angarillas con dos ramas de la olma y allí colocaron a la difunta. Pero con unas cosas y otras se nos hicieron las tantas, oiga, que me recuerdo que en la trocha la Puntilla se nos echó la noche encima y caminábamos a la luz de los relámpagos. Luego, en casa, dejamos a la abuela Benetilde en el ruego, al sereno, y el Bisa pidió un porrón, lo levantó y dijo: Por la difunta, la única mujer que he conocido con algo entre las piernas. Y lo vació de un trago, oiga, sin respirar.

DR.— ¿Así que brindó por la muerta tu abuelo?

P.P.— El Bisa, oiga, no trabuque las cosas.

DR.— Disculpa, Pacífico, yo me entiendo. Dime, ¿qué edad tendrías tú cuando ocurrieron estas cosas?

P.P.— Mire, eso se lo puedo decir fijo, o sea, diecisiete para dieciocho. Pero con toda seguridad, oiga, que Madre no se llevó ni cuatro meses con la abuela y el día que murió Madre, o sea, de víspera, cumplí yo los dieciocho y ya no volví por la capital hasta lo de la mili.

DR.— ¿Y de qué murió tu madre, Pacífico?

P.P.— No me lo pregunte, pero para mí que algo malo debió ser, doctor. Que don Alfaro ni lo mentaba pero a cada rato andaba de cuchicheos con la señora Dictrinia por lo de las inyecciones, ¿entiende? Yo tengo para entre mí que Madre andaba escachada por dentro.

DR.— ¿Qué síntomas tenía?

P.P.— ¿Cómo dice?

DR.— ¿Qué cuadro presentaba? ¿Qué le dolía?

P.P.— De primeras, la mujer empezó con algo de flato y molestias de vientre, ¿sabe? O sea, los vómitos vinieron luego. Y como estaba tan descarnada que ni se le sentía andar, pues tuvo que encamarse, lógico. Que a todo esto no hacía ni la cuarentena de lo de la abuela Benetilde, hágase cuenta, que al decir de la señora Dictrinia fue la desgracia la que despertó al bicho.

DR.— ¿Qué os decía don Alfaro?

P.P.— Como decir, nada, ¿comprende usted? Pero el primer día yo salí tras él y le vi darle las inyecciones a la señora Dictrinia, que ella las guardó aprisa y corriendo en el pecho, ¿oye?, y que si la venían dolores fuertes le pusiera «eso», que mejor evitar una carnicería, ¿entiende? Así le dijo.

DR.— ¿Sufrió grandes dolores tu madre?

P.P.— Pues no señor, que ahí está el detalle. O sea, usted ya conoce esta jodida manera de ser mía, y que Dios Padre me perdone, ¿no? Bueno, pues desde que le oí a don Alfaro mentar el dolor, yo ya andaba aguardándolo. Pero que lo aguardaba por la puerta, doctor, como a una persona humana, una cosa rara. El caso es que me había hecho a la idea de que Madre no podía morir sin dolor y, a cada paso, le decía: Madre, ¿la duele?, y ella siempre la misma: Estoy bien, Pacífico, mañana me levantaré.

DR.— ¿Duró mucho la agonía de tu madre?

P.P.— Encamada sí la echó larga, la verdad. Pero no quedó privada ni nada, con todo el conocimiento, ¿sabe? Y la Corina, por entretenerla, cada noche le daba el parte. Por un ejemplo, la decía, el Krim volvió a merendarse los huevos, Madre, ¿comprende? Y cosas así.

DR.— Ya veo que el Krim os traía de cabeza.

P.P.— Es que no era para menos, doctor, que era un caso chusco el de ese animal, que si no se ve no se cree. Que no se piense que él iba por los huevos por lo derecho, no señor. O sea, de que oía el cocorocó de la gallina ya ponía las orejas tiesas, pero disimulaba, ¿entiende?, que yo no le quitaba ojo y, de primeras, levantaba la pata orilla la higuera y haraganeaba de aquí para allá, como si no fuese con él. Y cuando creía que nadie le veía, entraba en la cuadra, brincaba al pesebre y comía los huevos cascándoles uno por uno, que hasta mentira parece. Luego, conforme los despachaba, se llegaba al pilón y hacía que bebía, ¿se da cuenta?, pero, en realidad, lo que hacía era restregarse el pringue, lavarse los berretes, para que lo entienda.

DR.— Y tu madre se desazonaba, naturalmente.

P.P.— No lo crea, oiga. Madre estaba ya para poco. La mujer sí decía, ¿cómo se habrá enviciado así?, pero lo decía por decir, o sea, por rutina. Bien mirado, el que el Krim se merendase los huevos poco podía hacerla penar ya, compéndalo.

DR.— Y a todo esto, ¿qué hacían tus abuelos?

P.P.— Ya ve usted qué van a hacer, doctor. El mal no tenía remedio, ¿no?, así que cada vez que Madre me decía mañana me levantaré, el Bisa decía que nones con la cabeza. En cuanto al Abue, se lo puede usted figurar, todo el día de Dios aculado en el palo del taburete, como un mico. Y luego le decía al Bisa por las noches: ¿Por qué será, padre, que las mujeres se mueren todas sin quedar una? Ya ve usted qué salida.

DR.— ¿Así que la acompañaron durante la enfermedad?

P.P.— Sí, señor, en ese sentido todo lo que se diga es poco. Que me recuerdo que el día que falleció mi difunta madre, o sea, la víspera, ella perdió la vista y dijo: Un día más, señor Vendiano, ya se hace noche. Y al Bisa le dio una risa tan apretada que casi se le salta el diente: ¿Estás en tus cabales, Delgadina? No es que se haga noche, mujer, es que las estás doblando. Pero con todo el cariño, oiga, no crea usted que por faltarle. Y lo que son las cosas, doctor, esa misma noche, o sea, con el alba, murió Madre, que sólo dijo: Estoy cansada. Me voy con la Benetilde, ¿oye? Y la diñó.

DR.— ¿Cómo reaccionaste tú, Pacífico?

P.P.— A decir verdad, doctor, a mí aquello me incomodó, o sea, que muriera sin que la vinieran antes los dolores, ¿entiende? Así que me llegué donde la señora Dictrinia y se lo planté. Y me indispuse con ella y con don Alfaro, porque mal que le pese, ellos me habían engañado.

DR.— No hay tal, Pacífico. El médico cumplió con su deber. No te dijo, esto va a ser así. En realidad, a ti no te dijo nada. Simplemente previno una posibilidad.

P.P.— Don Alfaro, para que se entere, le dio a la señora Dictrinia unas inyecciones para los dolores y ella las guardó en el seno, ¿se da cuenta? Pero luego los dolores no vinieron y Madre se murió sin avisar.

DR.— Entiéndeme, Pacífico. Ante un tumor, como seguramente padecía tu madre, los dolores pueden presentarse o no. La Medicina no es una ciencia matemática, hijo. Y el diagnóstico no puede determinar con certeza si va a haber dolores o no va a haberlos. El médico recetó un calmante con mucho sentido. Si luego no hizo falta, mejor para todos.

P.P.— Según se mire, doctor. O sea, yo no lo veo así.

DR.— En fin, Pacífico, es preferible que dejemos eso. Dime otra cosa: yo supongo que las muertes consecutivas de tu abuela y de tu madre te dejarían muy postrado. Dada tu sensibilidad enfermiza te sumirían en una gran amargura, ¿no fue así?

P.P.— Pues no lo crea, doctor. Puede decirse que yo ya estaba enseñado.

DR.— ¿Pretendes hacerme creer que no sentiste dolor con la muerte de tu madre?

P.P.— Bueno, entiéndame, dolor, sí, natural, no iba a sentirlo, o sea, tanto a una como a otra las echaba en falta.

DR.— Pero un dolor grande, como un vacío en el mundo, ¿no llegaste a experimentar?

P.P.— Pues a mayores, no señor, ya ve. O sea, sí pené por ellas, natural, pero tampoco una pena del otro jueves, no se crea.

DR.— Pero ¿más o menos que cuando veías podar los árboles?

P.P.— Aguarde, oiga, eran cosas distintas. Lo de los árboles fue de chaval, que me escocían los dedos y todo, ¿entiende?, talmente como si me los hubieran cortado.

DR.— ¿Quieres decir que a los dieciocho años te habías curtido? ¿No sentías ya la bombilla dentro del pecho?

P.P.— No señor. Para entonces ni me recordaba de la bombilla.

DR.— ¿Tampoco sentías frío cuando el Hibernizo echaba las yemas?

P.P.— Tampoco, no señor. Ya le digo que todo eso fue cuando chaval.

DR.— ¿Y en qué momento crees tú que sobrevino el cambio?

P.P.— Digo yo que sería al hacerme hombre, pero a punto fijo no lo sé.

DR.— Pero ¿tú crees, Pacífico, que hacerse hombre consiste en no sentir dolor a la muerte de la madre?

P.P.— Bueno, oiga, que tampoco es eso, no la lée. O sea, yo sí sentí la muerte de Madre, sólo faltaría. Pero más que su muerte, ya ve, me renegaba que don Alfaro y la señora Dictrinia me hubiesen engañado.

DR.— Está bien, Pacífico, vamos a otro asunto. La desaparición, prácticamente simultánea, de las mujeres de la casa, produciría una transformación profunda en la vida de la familia, ¿no es así? ¿Puedes decirme qué ocurrió en tu casa las primeras semanas a raíz de la muerte de tu madre?

P.P.— ¡Huy, Virgen!, la guerra.

DR.— ¿Cómo la guerra?

P.P.— Algo parecido a eso, oiga. Hágase cuenta que todavía estaba Madre de cuerpo

presente y ya andaba el Bisa dando órdenes. O sea, tú, Corina, te ocuparás de la casa, ya tienes edad; tú, Pacífico, a trabajar, que de escuela ya tienes bastante, ¿se da cuenta? Que luego nos mandó aviar a todos para ir a enterrar a Madre, pero él no crea que subió, que siempre decía, yo, al Otero, si no me suben, no subo.

DR.— ¿Cómo es posible que tu bisabuelo llevara las cosas hasta ese extremo? ¿Es que en toda la vida no subió al Otero ni una sola vez?

P.P.— Bueno, vamos, o sea, que yo sepa, doctor, si quita la noche que fusilamos al Krim, nunca jamás he visto al Bisa en el Otero, ¿entiende? Pero tampoco se piense que fuera sólo cosa de él.

DR.— ¿Es que los demás hacían lo mismo?

P.P.— Mire, doctor, para que me entienda, los del Otero y los del Humán, los del Humán y los del Otero, no se podían ver ni en pintura. O sea, parecía que se habían jurado la vida. Pero ¿quiere usted más? ¡Si hasta don Prócoro tuvo que binar para que unos y otros no se quedaran los domingos sin misa, hágase cuenta! Y lo mismo con los sermones, oiga, que tanto daba que el cura dijera que debíamos amarnos los unos a los otros, ¿entiende? Que ahora me recuerdo de la vez que a don Prócoro se le ocurrió decir desde el púlpito que todos éramos hermanos de todos porque todos éramos hijos de un mismo Padre, allá vería, o sea, el Teotista, desde el coro, a voces, ¡menos de los del Humán!, ¿comprende? Y a la salida, dese cuenta, le zamarreó y todo al cura, el Teotista, digo, y le dijo, ¿sabe usted lo que le dijo?

DR.— ¿Qué, Pacífico?

P.P.— Pues le dijo, oiga, que si volvía a mentar a los de abajo como hermanos suyos le arrimaba un par de hostias que le iba a recordar de por vida. ¿Cree usted que ésas son maneras, con un religioso además?

DR.— ¿Y no consiguió don Prócoro suavizar esa tensión?

P.P.— ¡De qué, doctor, impedido además como estaba! Ya ve usted qué podía hacer el hombre.

DR.— Pero ¿es que estaba impedido?

P.P.— Pues natural, oiga, no se haga de nuevas. Tenía lo de los ojos. O sea, si miraba, paraba las manos porque tenía que sujetarlos. Y si movía las manos, no miraba, una de dos. Y para convencer a la gente de mi pueblo, desengañese, se necesitan los ojos y las manos, y aun así.

DR.— Volviendo a lo de antes, Pacífico, ¿se las tuvieron tiasas tus abuelos? ¿No subieron al Otero a dar tierra a tu madre?

P.P.— Por mayor, el Abue, sí, oiga, pero el Bisa no subió, no señor. Ya le digo que al Bisa sólo le he visto arriba cuando lo del Krim. Y para eso de madrugada, que no había un alma en el barrio.

DR.— ¿Y qué sucedió después?

P.P.— ¿Después? ¿Cuándo?

DR.— Después del entierro.

P.P.— Pues eso, oiga, la guerra. De que bajamos del Castro, o sea, del camposanto, nos encontramos al Bisa en la trasera, con la guerrera puesta, tocando la corneta sin dejarlo.

DR.— Pero ¿qué guerrera y qué corneta eran esas que llevaba, Pacífico?

P.P.— ¡Ande! ¿Cuáles iban a ser?, las de sus guerras. O sea, en lo que faltamos de casa, él, el Bisa, digo, lo alborotó todo, ¿entiende?, lo puso todo patas arriba.

DR.— ¿Y qué es lo que pretendía?

P.P.— A saber. Él decía, nos hemos quedado solos y hay que hacer vida de hombres.

DR.— ¿Y en qué consistía esa vida?

P.P.— Mire, por mayor, en hacer la instrucción por las mañanas en la huerta, ¿entiende? Que conforme amanecía Dios, ya andaba él tocando la diana, y todos aprisa y corriendo a ponernos los cuatro trapos viejos de cuando sus guerras. Que a mí, su casaca azul, me venía holgada, ¿entiende?, la suya de Galdamés, la del Bisa, digo, que yo siempre fui tirando a fifiriche, se conoce que desde chaval andaba del pecho. Pero me la ponía, qué remedio, y allí nos vería usted al Abue, a Padre y a mí, cada uno de unas trazas, con la escopeta al hombro. Y él, orilla el ruego, dando órdenes y tocando la corneta, oiga, que se ponía morado, que me recuerdo que Padre le decía, la hernia, abuelo, y él, deja la hernia quieta, ¡a la bayoneta! Y cada quien amagaba con la escopeta a los manzanos, ¿se da cuenta? Y el Bisa se calentaba, y, sobre el hombro ¡arm!, media vuelta a la derecha ¡arm!, presenten ¡arm!, no vea qué energía. Conque así pasábamos el tiempo, oiga, que yo, a decir verdad, me caía de sueño. Y al cabo de una hora, el Bisa voceaba, ¡rompan filas!, ¿entiende?, que, entonces, el Abue y Padre se iban para casa, pero yo había de sentarme con él en el ruego para la Teórica.

DR.— ¡Qué tipo tan original! ¿Y duró mucho esa situación?

P.P.— Ande, por él hubiera durado una vida, ya ve, menudo era. Menos mal que la Corina se encampanó y le puso un día las peras a cuarto.

DR.— ¿Se le enfrentó tu hermana al viejo?

P.P.— Cómo se lo diría yo, doctor, pero tampoco le choque, que la Corina desde chavala tuvo mucho carácter. Lo que pasa es que se lo guardó mientras la abuela Benetilde y Madre estuvieron en casa, ¿entiende? Pero un día le picó el genio, que yo me pienso que se hartaría de tanto pitido, natural, y fue y se asomó a la ventana y le voceó: ¡Bisa, o deja usted tranquila la corneta o tendré que tomar una determinación!

DR.— Pero ¿se lo dijo así?

P.P.— Así se lo dijo, con todo el aplomo, como lo está usted oyendo.

DR.— ¿Y qué contestó él?

P.P.— Calcule, al viejo aquello no le entraba en la cabeza, imagine una vida sin que nadie le retrucase. Conque, ¿qué dices tú, gandula?, a mi hermana, ¿entiende? Que ella, la Corina, ya lo ha oído, que deje quieta la corneta que esto no es la guerra y todos vamos a dar en locos. Conque al Bisa se le reviraron los ojos, agarró la corneta y pegó tres pitidos, ¡arrestadla!, voceaba, pero el Abue y Padre quietos parados, oiga, ni ademán, achicaditos, que, en éstas, al Bisa se le trascordó la cabeza, se le enredó la lengua y empezó a disparatar, ¡megocaenpusutadrema!

DR.— Y ahí se acabó el patriarcado.

P.P.— ¿Eh?

DR.— Digo que a partir de ese momento cambiaría la situación. El Bisa dejó de ser el amo de la casa y tu hermana tomó las riendas, ¿no es así?

P.P.— Bueno, sí, o sea, no, doctor, no se piense que el viejo cedió enseguida. A decir verdad, se pusieron a la greña, a ver quién podía más, ¿entiende? Y a la mañana siguiente, conforme el Bisa empezó a tocar diana, la Corina agarró la silla y la puso en el terraplén, orilla el pilón, de cara al río, le metió un palo entre las ruedas y le dijo: si se mueve, la paga, así que escoja, que no vea los sapos y culebras que echó por aquella boca, el Bisa, digo. Pero de que aprendió a sacar el palo sin irse al río, que a todo se enseña uno, volvió a la corneta y a los malos modos. Y entonces fue cuando la Corina montó una polea en el camal de la higuera y allí colgaba la silla con el viejo dentro todo el tiempo que hiciera falta. Y mano de santo, oiga.

DR.— Ya tenía agallas tu hermana, ya.

P.P.— No lo sabe usted bien, menuda era.

DR.— Puede decirse entonces que la pelea con tu hermana y ese retorno nostálgico a la instrucción militar fue la última manifestación castrense de tu bisabuelo, ¿no es así, Pacífico?

P.P.— Perdone, no le comprendo bien, doctor.

DR.— Quiero decir que el viejo, después de la muerte de tu madre, no volvió a levantar la voz, ¿o sí?

P.P.— Bueno, o sea, a mi hermana la cogió miedo, ¿entiende?, a la Corina. Pero él seguía siendo el mismo. Ve ahí cómo mandó fusilar al Krim.

DR.— Pero ¿eso fue antes de morir tu madre o después de que tu hermana colgase al viejo de la higuera?

P.P.— Entremedias, doctor.

DR.— Cuéntame eso, anda.

P.P.— En realidad, o sea, bien mirado, poco tiene que contar, oiga. Que yo me pienso que con eso de la corneta y los uniformes, al Bisa, al Abue y a Padre se les calentó la sangre y así pasó lo que pasó.

DR.—Puede que tengas razón. Pero dime, ¿cómo fue lo del perro?

P.P.— Lo de siempre, por no variar. O sea, una mañana, la Corina se llegó al ruego y que no podía con ese perro, que otra vez se había comido los huevos y que había que tomar una determinación. Que entonces fue cuando al Bisa se le alcanzó, pero al momento, oiga, que allá en su batallón, a todo el que cogía lo que no era suyo, se le ejecutaba en el acto, ¿comprende?, que a mí enseguida se me vino a las mientes el asunto de la ermita de Galdamés, lo de los cepos, ¿oye?, pero callé la boca, por tener la fiesta en paz. Pero el Abue, imagine, según estaba el horno, la agarró al vuelo, ¿por qué no le fusilamos?, preguntó, y Padre, de seguida, yo estoy a la orden, dijo. Y de esta manera, tan a lo bobo, como suele decirse, sentenciamos al animal.

DR.— ¿Y le fusilasteis pronto?

P.P.— Esa madrugada, ya ve, que no había día más cerca.

DR.— ¿Cómo hicisteis?

P.P.— Bueno, vamos, o sea, el Bisa, el Abue y Padre se aviaron con las ropas de cuando sus guerras, con medallas y todo, ¿entiende? Y yo les miraba hacer, pero en éstas, el Bisa se vino orilla mía y me dijo: Venga, Pacífico, llama al perro y vamos para arriba. Que yo le llamé, a ver, y allí vería al animalito, tan dócilmente, cómo iba a imaginarse él. Y el Bisa, andando, que yo, ¿al Otero, Bisa?, y él, al Otero; para lo único que sirve el Otero es para matar a un perro. Y para arriba tiramos, oiga, los cuatro, o sea, los cinco, que había una luna grande como un ruego, y me recuerdo que el Krim, amarrado a la silla del Bisa, sólo hacía que gañir, y el Abue y Padre, ya ve, a los lados, escoltándole, como si se

tratase de una persona humana. Y conforme llegamos al camposanto, el Abue dijo que amarrara al perro a la cancela, y allí vería al animalito, gañía como un alma en pena, oiga, qué será el instinto. Pero cuando fui a vendarle los ojos, que si quieres, por más que lo intenté él se arrancaba el trapo con la pezuña, que ya le dije al Bisa, Bisa, no para quieto, y el Bisa a reír, cuej, cuej, cuej, déjale estar, eso es que los tiene bien puestos, ¿entiende?

DR.— Una escena terrible, hijo.

P.P.— Tenía usted que haberla visto: la luna arriba, el animal orilla la tapia, los cuatro cipreses detrás, y de la parte de acá, a cosa de diez pasos, tal que así, los tres, el Bisa, el Abue y Padre, digo, con las escopetas, apuntando. Conque, conforme me aparté yo, el animal a llorar, a ver, tiraba de la sogá, o sea, para que usted me entienda, hacía por arrimarse. Y entonces fue cuando el Abue le dijo al Bisa que tenía el mando, y el Bisa que él no daba la orden porque quería disparar, y ellos, o sea, los otros, que también querían disparar, y, de repente, al Bisa se le alcanzó, pues que dé la orden el mozo, por mí, ¿se da cuenta?, que, bien mirado, yo estaba de más allí, doctor.

DR.— ¿Y no te resististe?

P.P.— Qué hacer si no resistirme, natural, pero él, es fácil, mira, primero dices «apunten», luego «disparen» y, al cabo de un rato, «¡fuego!», ¿oyes? Pero yo porfiaba, oiga, que lo iba a hacer mal y que por qué no habían de arreglarse solos, pero que nones, el Bisa, dale, y ¿por qué has de hacerlo mal? Mira que es desconfiada esta criatura. Así es que, quieras que no, me pusieron orilla de ellos, el Bisa me hizo una seña y yo, «apunten», que ni me salía la voz del cuerpo, oiga, y los tres la escopeta al hombro, o sea, aculataron. Y el Bisa, entonces, «¡vivo!», que yo, «disparen», y el Bisa, «venga», que yo, a ver, «¡fuego!», que cerré los ojos y me tapé los oídos, pero con eso y con todo, oiga, menudo estampido.

DR.— ¿Y murió el perro?

P.P.— Aguarde. Así que los abrí, los ojos, digo, me vi al animal, caído de lado, todo lleno de sangre pero con la cabeza tiesa, ¿se da cuenta?, babeando, y unos ojos, que no vea usted aquellos ojos, doctor, como si dijera para entre él, ¿a qué ton este castigo? Pero el Bisa ni me dejó parar, me dio la escopeta y ¡pégale el tiro de gracia, anda!, que yo, ¿yo?, y el Bisa, tú, a ver, te corresponde, que yo temblaba como una hoja, oiga, y el Abue, sé hombre, y Padre, tumbale de una condenada vez, me achuchaban, ¿entiende?, que yo arrocinado, la verdad, que el animalito miraba de unas formas que quitaba las voluntades. Pero no se piense que ellos cejaban, doctor, dale, acaba con él, cumple, ¿se da cuenta? Que la luna los ponía amarillos y talmente parecían fantasmas, que hasta sentí miedo de ellos, se lo

juro, así que agarré la escopeta, se la fijé al Krim en el pecho, cerré los ojos y disparé, los dos caños a un tiempo, ¿comprende?, que el culatazo fue tan grandísimo que me sentó en las lajas, como lo oye, y ellos, ¡bien, Pacífico!, ¡ya eres un hombre! Pero yo, a decir verdad, apenas si les oía, oiga, que andaba ya vomitando orilla las tapias del camposanto.

DR.— ¿Y qué hicisteis con el Krim?

P.P.— Le enterramos, a ver. Pero luego, según bajábamos la trocha, en el recodo, nos salió la pareja y nos dio el alto, que el Bisa, somos gentes de paz. Metodio, el sargento, ¿es el señor Vendiano?, y el Bisa, que a ver. Conque el sargento: ¿Qué clase de alboroto armaban ahí arriba, si ha habido tiros y todo?, y el Bisa, no era más que un perro, sargento, un jodío perro que no hacíamos vida de él. Y el sargento, muy atento, para otra vez, váyanse a un kilómetro del pueblo; yo no quito ni pongo, es la ley, que el Bisa, a la orden, mi sargento, por eso no vamos a regañar.

DR.— ¿Y no le sancionaron?

P.P.— Quia, no señor, que lo que el Abue decía a Padre, desengáñate, Felicísimo, el dinero es muy amable.

DR.— ¿Es que tu padre tenía ya dinero por entonces?

P.P.— Bueno, entiéndame, él decía que un buen pasar, pero ya tenía cuartos, ya.

DR.— ¿Muchos?

P.P.— Mire, para que se haga una idea, Padre iba para cinco años que no bajaba a Algeciras. Que, a su decir, la última vez que les dijo cabrones, y Dios Padre me perdone, a los ingleses, le tuvieron tres días en un calabozo a pan y agua. Pero para aquellas fechas Padre tenía ya la cosechadora roja, la amarilla y el Fordson, o sea, el tractor, había roturado los páramos de Cieza y andaba en amortizar la cosechadora azul.

DR.— Las tierras de los altos, ¿eran tuyas?

P.P.— Comunales eran, para que lo entienda, pero llegó a un concierto con el Ayuntamiento.

DR.— ¿Y no le pusieron trabas los del Patrimonio por lo de las cabras?

P.P.— Mire usted, los del Patrimonio eran partidarios de que en los altos, preferible pastos, ¿entiende? Pero Padre porfió que para pastos sobraba con las laderas, y que arriba nada como patata y cereal. Y, a decir verdad, no sé cómo se las ingenió pero se salió con la suya, ya ve.

DR.— Los páramos no habían sido labrados nunca, ¿verdad?

P.P.— Nunca, no señor. Pero él los labró, ¿comprende? Que hay que ver la cantidad de horas que Padre le echó, entre despedregar, desenraizar los enhebrós y, luego, con los roturos.

DR.— Y, en confianza, ¿qué crees tú que perseguía tu padre, Pacífico?

P.P.— Ande, eso mismo quisiera saber yo. Porque para vivir teníamos, ¿se da cuenta? Pero Padre, por mayor, no hablaba de eso. En realidad, hablaba poco de todo, Padre, que con eso de amortizar, se olvidó hasta de su guerra, oiga. Que no sé si me explico, doctor, pero lo de amortizar era como un vicio para él, o sea, si no tenía de qué, parece como que no anduviera a gusto. Y ya ve, primero, la cosechadora roja, luego el Fordson, luego la cosechadora amarilla, y así siempre, no crea, que Padre trabajaba como un yunque. Y cuanto más tenía, más quería, oiga, que ésta es la derecha.

DR.— Pero ¿tú qué piensas al respecto, Pacífico? ¿Le movía a tu padre la vanidad de medrar socialmente, o buscaba la fortuna o, simplemente, le tentaba la avaricia?

P.P.— A saber, doctor, eso nunca se sabe, pero yo tengo para mí que a Padre le gustaba amortizar como a otros el vino o el tabaco, o séase por vicio.

DR.— Una cosa, Pacífico, al morir tu madre, tú empezaste a trabajar ¿no es cierto? ¿Te pusiste con tu padre o te orientaste por otros derroteros?

P.P.— Bueno, depende. Pero, por si quiere saberlo, yo, lo primero de todo, fui catador.

DR.— ¿Catador?

P.P.— Catador de colmenas, sí señor, ¿es que no lo había oído usted nunca?

DR.— ¿Y cómo es que te hiciste catador?

P.P.— Por afición, ya ve usted. O sea, a mí desde chaval me llevaban los demonios que los del pueblo robasen a las abejas.

DR.— ¿Es que en tu pueblo robaban a las abejas?

P.P.— En mi pueblo y en lo que no es mi pueblo, ande, no se haga ahora de nuevas. ¿O es que se piensa usted que en alguna parte las abejas trabajan para el vecindario? Pues no señor, las abejas trabajan para ellas. Pero llega el personal, las quita la miel y las pone al hambre, ¿se da cuenta? Y luego, que si les muerden. Pues no les han de morder, como yo digo, los animalitos defienden lo que es suyo, natural.

DR.— Ahora te entiendo, Pacífico. Lo que no comprendo es cómo podías ser catador sin robar a las abejas.

P.P.— Aguarde, oiga, que hay maneras y maneras. Que entre entrar a saco en la

colmena y tener sus miramientos, hay una distancia, vamos, me parece a mí. Hay que distinguir, o sea, respetar.

DR.— De acuerdo, Pacífico. ¿Y cómo fue para dedicarte a ese quehacer?

P.P.— Hablando en plata, doctor, la cosa vino rodada. Mire usted, el año que murió mi difunta madre, llegó el tiempo de catar las colmenas y allí no aparecían las carillas ni el humeón, vivos ni muertos. Que el Abue, dale: se nos va a pasar el tiempo, ¿entiende?, que es cosa sabida, oiga, si quieres miel, por San Andrés, si quieres cera, por las Candelas. O sea, cada día tiene su afán. Y el caso es que, por aquellos entonces, a mí ya me gustaban las abejas, que mi tío Paco, desde chaval, me tenía enseñado, ¿comprende?, que si los jabardos, que si la enjambrazón, que si las tetas de maestra, o sea, a mayores, aquello no era nuevo para mí. Y luego, doctor, me renegaba que el vecindario asaltara las colmenas, ¿sabe?, que eso es lo que hacían, asaltarlas, pero con antifaz y todo, oiga, que es lo que yo me digo, doctor, que el que obra por derecho no tiene por qué taparse la cara. Conque, con estas cosas, a mí me daba por pensar para entre mí, si yo lo hiciera, lo haría de otra manera. Así es que el año que falleció mi difunta madre, según vi a la Corina con ese sofoco, que ni las carillas ni el humeón aparecían, me llegué donde el Abue y se lo dije, o sea, le dije, deje tranquilos los trebejos, yo subiré, que él, ¿a pelo?, y yo, a pelo, tampoco van a comerme, ¿se da cuenta? Con que a pelo subí, oiga, que me llegué a las escorrentías de Cieza, donde los dujos y las movilistas de casa y, sin más, me arremangué, que el Abue, ¿será capaz?, a distancia, ¿entiende?, y antes de destapar la primera, las colmenas, digo, ya estaba platicando con ellas, o sea, con las abejas.

DR.— ¿Que hablabas tú con las abejas?

P.P.— Qué hacer, doctor.

DR.— ¿Y qué les decías, Pacífico? ¿Qué les decías?

P.P.— Según, mire, que eso era lo de menos, cosas. O sea talmente como le hablaría a un perro. Que, en esos casos, lo que uno diga, doctor, no tiene importancia, ¿sabe? Lo que importa es el tono, que ellas comprendan por el tono que uno es de casa y no está allí para saquearlas.

DR.— ¿Y te salió bien la cosa?

P.P.— Pues no me había de salir, natural. Y allí vería usted al Bisa desde el camino, ¡te van a poner la cara como a un Santo Cristo!, ¿comprende? Pero qué habían de poner. Yo a lo mío, esto para ti, esto para mí, y si había tres panales, pues arramblaba con uno, pero nada más con uno, ¿entiende? Y como estaba buena tarde, que el otoño siempre fue quedo y soleado en mi pueblo, y corrió la voz, o sea, que andaba catando sin humeón ni carilla, no vea, empezó a juntarse

personal, que si la señora Dictrinia, que si don Alfaro, que si el señor Escolino, que si don Prócoro, que si el Teotista, que si mi tío Paco, ¡sabe Dios el gentío que se juntó allí, oiga! Y todos la misma: ¿a pelo?, ¿sin carilla ni guantes?, y el Bisa, doctor, más ancho que largo, que tengo para mí que es la primera vez en la vida que le di un gusto, ya ve, cosa más fácil. Pero todos, abajo, se hacían de cruces y, al cabo de qué sé yo el tiempo, oiga, bajé donde ellos con las gamellas a rebosar. Y el Bisa no hacía más que mirarme los ojos, y las manos, y el pescuezo, y ni se le hincha ni nada, decía, que yo, no me mordieron, Bisa, y el Abue, no te lo creo, la abeja es el animal más traicionero, que yo, no hay tal, Abue, a la vista está. Y en éstas, mi tío Paco levantó el bastón y dijo: La abeja respeta a quien la respeta, ¿entiende?, que todos se encogieron de hombros, a ver, como si dijeran, ya está éste con sus filosofías.

DR.— ¿Y así fue como te dedicaste a catar colmenas?

P.P.— Aguarde, doctor, no vaya tan aprisa, así es como empecé. Pero ya sabe usted cómo las gastan en los pueblos. Así que corrió la voz de que yo catava a pelo, para qué le voy a contar, eso no es posible, eso sí es posible, la discordia, el cuento de siempre, y cada vez más personal detrás mío. Y los unos que si tenía diabetes y las abejas no me mordían porque la sangre daba mal gusto, y los otros a olerme los brazos, que si me había untado de dedeté, y los del Humán, que nones, o sea, ni una cosa ni otra, y los del Otero que sí, la porfía, ¿entiende? Que yo tengo para mí, doctor, que si don Prócoro no terciaba con sus buenos oficios terminamos en otra cantea. Ya se sabe, las envidias de los pueblos.

DR.— Pero al fin se convencieron, ¿no?

P.P.— Bueno, vamos, o sea, una tarde, antes de subir, tuve que restregarme en el río con estropajo y jabón porque entre unos y otros, los del Humán y los del Otero, se habían cruzado apuestas.

DR.— ¿Y qué?

P.P.— ¿Qué?, pues que ganaron los del Humán, natural. Que entonces el Teotista agarró un cabreo del demonio y que eso también lo hago yo, ¿comprende?

DR.— ¿Y lo hizo?

P.P.— ¡Quite usted de ahí! Si nos hizo subir a todo el vecindario orilla la Hornillera la Peña, sudando la gota gorda, total para nada. Que el Teotista tuvo la mala ocurrencia de llevar la burra y no quiera saber cómo la pusieron.

DR.— ¿Las abejas?

P.P.— Ande, ¿quién había de ser?

DR.— Y a él, ¿no?

P.P.— Algo le tocó también, lógico. Pero la burra, oiga, que era nueva, no vea, una cosa mala, toda se tortoleaba, que, como suele decirse, el animal no podía con una libra de humo.

DR.— Y el Teotista te la guardó, ¿no es así?

P.P.— Hombre, mire usted, renegado sí estaba, pero por la cuenta que le tenía calló la boca.

DR.— Entonces advertirían que lo tuyo era un don especial.

P.P.— Pues, a ver, no digo que no. Pero a raíz de la discordia no paré quieto un día hasta que llegaron las nieves, oiga. ¡Madre, qué otoño me dieron!: Pacífico, majo, ¿no te importa echar un vistazo a la hornillera de Punta Puntilla? Pacífico, majo, va para dos años que no cato los dujos de Peñacarrubia, arrímate una mañana por allí, haz el favor. Los del Humán y los del Otero, los unos y los otros, que era el no parar.

DR.— Y tú ¿les atendías?

P.P.— Mire, si podía hacer por ellos y por las abejas, a mí poco me costaba, ¿no? Pero así, con unas cosas y otras, hasta de fuera del pueblo me llamaban. Que en el Humán hay uno que cata a pelo, se decían. Y bajaban a buscarme, inclusive de Pozuelo y Quintana Ortega. Y usted no lo creerá, pero cada vez más personal detrás mío. ¡Huy la leche!, ya hace falta valor, ¡anda y que si un día las da por morder a todas de golpe!, esas cosas, ¿entiende? Y yo de acá para allá, que como un dominguillo me traían.

DR.— ¿Y no trataron otros de imitarte?

P.P.— Alguno salía, a ver, eso siempre. Ahí tiene al Emigdio, el veterinario de Quintana, que empezaba a hablar con la Corina, o sea, mi hermana. Bueno, pues ése, se me arrima un día y va y me dice: ¿Es cierto que hablas a las abejas?, que yo, a ver, es cierto. Y él, ¿qué les dices, si no es mala pregunta?, que yo, la verdad, oiga, eso no cuenta, pero háblales con cariño. Conque al domingo siguiente, que bajó donde mi hermana, se puso a hacer la prueba con las movilistas del señor Del, ¿entiende?, y no le miento, casi se había arrimado a la primera y ya le habían puesto la cara como un mapa. ¡Madre, qué cara!

DR.— Así que te quedaste solo, ¿eh, Pacífico? ¡Menudo negocio!

P.P.— Ya está usted como Padre, ¡menudo negocio! Pero ¿es que no pueden ustedes pensar en otra cosa que en el dinero?

DR.— Me he expresado mal, Pacífico, disculpa. Me refería a la falta de competencia y a la ventaja que supone el que la miel fuese una actividad de temporada, del otoño si no te he entendido mal.

P.P.— Eso se cree usted. Desde fuera todo se ve muy bonito. Pero el negocio de la miel, si quiere llevarse como Dios manda, es muy esclavo. O sea, para el verano, por San Pedro ya tiene uno que andar con la escriña detrás de los enjambres nuevos. Y luego, en el invierno, poner cuidado, para que el tasugo y el picorrelincho no se las coman, ¿se da cuenta?

DR.— ¿El picorrelincho?

P.P.— A ver, el picorrelincho, el pájaro ese que horada los árboles. ¿Es que no le ha visto usted nunca?

DR.— ¿El pico-carpintero?

P.P.— Ése, vamos, digo yo que será el mismo. Bueno, pues el pájaro ése no lo hay más goloso, ya ve usted. Que así que llega el invierno y la abeja se aletarga, horada los hornillos y se la come, a ella y a la miel. Son listos esos pájaros, no crea. ¿A que no ve usted un agujero en un hornillo de medio abajo?

DR.— ¿Es que está arriba la miel?

P.P.— Y las abejas, a ver, natural, y él lo sabe.

DR.— Dime, Pacífico. Y para coger los enjambres nuevos, ¿también te avisaban a ti?

P.P.— Por mayor, mire usted, a raíz de la discordia, y aunque me esté mal el decirlo, no se daba un paso en las colmenas del término sin contar conmigo. O sea, que las vea el Pacífico, lo que diga el Pacífico, ¿entiende? No salíamos de ahí. Que las más de las veces por rutina, no crea. Ve ahí tiene usted lo de los jabardos. La abeja nueva ya es sabido que no pica, bueno...

DR.— ¿No pica, Pacífico? ¿Y por qué razón?

P.P.— Por qué razón, dice. Ande, y ¿a cuento de qué va a picar si no está maliciada? Lo que ocurre, para que usted me entienda, es que a unos y a otros les acobarda eso de volcar la escriña en el trapo, ¿no?, con los bichos en montón, que mosconeán y se alborotan, que es una cosa que impone, no lo niego. Pero ya ve qué ciencia va a tener eso, oiga, si no es más que apilarlas, las abejas, digo, a un palmo de los aviaderos y ellas mismas se meten dentro.

DR.— Cambiando de conversación, Pacífico, antes, cuando yo hablé del negocio, me dijiste que ya estaba como tu padre, ¿es que tu padre trató de explotar profesionalmente tus dotes de catador?

P.P.— Tal cual, doctor.

DR.— ¿Y cómo lo orientaba? ¿Qué te decía?

P.P.— Bueno, o sea, a mayores, él, Padre, digo, me dijo un día: ¿A cómo llevas por

dujo? ¿Y por hornillo? Porque ya es sabido que el dujo da poco y malo y el hornillo, mucho y bueno. Pero a mí me pilló de nuevas, la verdad y, ¿desde cuándo se cobran en el Humán los favores?, le dije, y él, ¿es que trabajas de balde con la exposición que tiene? La porfía, ¿se da cuenta? Conque Padre, va y me dice: Nadie en el mundo echa hoy una mano de gratis, Pacífico, has de poner precio, que yo todavía le retruqué, no me haga reír, Padre, que se le quite de la cabeza, y él, entonces, oiga, fue y me soltó la fresca, menuda, que me dejó parado.

DR.— Pero ¿qué es lo que te dijo, Pacífico?

P.P.— Bueno, vamos, o sea, de primeras va y me dice: Sangra o te sangrarán, Pacífico, no hay otra alternativa, ¿entiende? Que yo, pero Padre, si esto es por pasar el rato, que él entonces se amoscó y me lo soltó, o sea, me dijo: ¡Qué bonito!, el padre todo el día de Dios aperreado y tú a manteles puestos a comer la sopa boba. ¿Qué le parece?

DR.— Muy duro, en efecto, Pacífico. ¿Y fue ésta la primera vez que tu padre te reprochó el que no aportaras dinero a casa?

P.P.— Si no me recuerdo mal, la primera, sí señor... Aguarde... sí, bien digo, la primera.

DR.— ¿Te indujo esto a poner precio como catador o buscarte otro quehacer?

P.P.— Pues mire, para no mentir, le diré que las dos cosas, doctor.

DR.— ¿Y cuál fue tu segundo trabajo?

P.P.— Como quien dice, granjero, ya ve. O sea, le dije a Padre que me montara un gallinero moderno, ¿entiende?, con ponederos automáticos y todo.

DR.— ¿Es que sentías afición por las gallinas?

P.P.— Afición, lo que se dice afición, no señor. Pero me interesaban los bichos esos.

DR.— ¿Y en qué sentido te interesaban? Porque dada tu manera de ser, el aspecto económico hay que descartarlo, ¿no?

P.P.— Me llamaban la atención, ¡qué sé yo! ¿No ha reparado usted que en el mundo no hay animales más tristes y aburridos que las gallinas?

DR.— Pues no, la verdad, nunca me había fijado en ello, Pacífico, pero bien pensado, no te falta razón. ¿Y te puso tu padre el gallinero?

P.P.— Dicho y hecho, oiga. A los tres meses justos, Quinidio, el barruco de Quintana, cubría aguas.

DR.— Y el gallinero ¿era grande, quiero decir, concebido como negocio o un simple

entretenimiento?

P.P.— Grande, oiga, muy capaz, ya ve, para dos mil gallinas. Allí le vería, todo encalado, puertas y ventanas verdes, orilla el Matayeguas. Muy curioso quedó, sí señor. Que el Emigdio quería empezar sin más, ¿entiende?, pero lo que yo le dije a Padre, o sea, como yo ya entraba en Caja, que dejarlo para después de la mili.

DR.— El Emigdio era el novio de tu hermana, ¿verdad? ¿Y qué tenía él que ver con el gallinero?

P.P.— Bueno, el Emigdio era veterinario, ¿no? Y un día me dijo: Oye ¿me dejarás meter mano ahí, verdad?, las gallinas son mi vocación. Que yo, oiga, por conocer sus intenciones, o sea, por saber cómo las gastaba, le pregunté si es que se pensaba casar con mi hermana. Y él, entonces, tuvo una salida que así, de pronto, me dejó cortado, oiga, que va y me dice, tu hermana está buena y tu padre tiene cuartos, ¿qué más va uno a pedir? Ya ve qué formas.

DR.— Es decir que te confesó paladinamente que se proponía colgar el sombrero, ¿no es así?

P.P.— Así es, sí señor, pero después de todo fue con la verdad por delante; no como otros.

DR.— Y tu hermana, ¿le ponía cara?

P.P.— ¿Cara dice? La Corina, mi hermana, estaba como alelada, oiga. Tal como lo oye, alelada. O sea, cada vez que él, el Emigdio, digo, bajaba de Quintana, ella volvía a casa como traspuesta. Así que un día la dije: ¿Tanto te gusta?, y allí la vería, puso los ojos en blanco, y me dijo: Tanto que si un día me pide que sea madre no acertaré a negarme.

DR.— ¡Vaya con tu hermana, Pacífico! Pero a lo que íbamos, ¿empezaste enseguida con el gallinero?

P.P.— Ese invierno, nada, o sea, lo dejamos secar, que a mí, como le digo, me tocaba entrar en Caja.

DR.— ¿Así que te fuiste a la mili, entonces?

P.P.— A ver, mire, me presenté.

DR.— Los abuelos estarían satisfechos, ¿no?

P.P.— Calcule, como unas castañuelas, que en casa no se hablaba de otra cosa.

DR.— ¿Y tu padre, Pacífico? ¿Participaba también de su entusiasmo?

P.P.— Pues, no señor, ésta es la verdad. Padre ya andaba por aquellos entonces como raro, ¿entiende? Como con prisas. No le preocupaba su guerra, no señor, ni, si

me apura, la mía. Él andaba a lo suyo, con las amortizaciones y los roturos. Y luego lo del gallinero, oiga, que todo se le juntaba. Así que me decía, no demorarás mucho, ¿verdad Pacífico?, que yo, doctor, calcule, Padre, si por mí fuera, ya andaba de vuelta, y él, el caso es que te vendrá bien pero ahora me hace mal tercio que te largues. Pero esto me lo decía cuando Bisa y el Abue no podían oírnos, ¿se da cuenta?

DR.— ¿Y no te fue bien allá?

P.P.— Bueno, en realidad, mire, ni me pintó bien ni me pintó mal, ésta es la derecha. Que aquello sí que fue llegar y besar el santo.

DR.— Pues ¿qué ocurrió, Pacífico?

P.P.— Qué va a ocurrir, que me dieron inútil, eso ocurrió. Pero de que me echaron la vista encima, oiga, que no tardaron ni tampoco cinco minutos.

DR.— Nunca me hablaste de esto, Pacífico. ¿Y cómo fue para darte inútil?

P.P.— Fácil, doctor, no vea cosa más fácil. O sea, yo, conforme me vi en aquel barullo, que había mocerío hasta de Bilbao, dese cuenta, no sabía ni qué hacer. Pero llegó el sargento y nos puso en filas y a reconocimiento, ¿entiende?, que no vea usted la juerga que se armó a cuenta de mi faja. Conque fui pasando uno por uno, que digo yo que serían doctores, oiga, y todos, sin dejar uno, así que llegaba yo, a mover la cabeza, que yo me decía para entre mí, debo andar podrido por dentro, ¿comprende? Y así de una cola a la otra, doctor. Y, en éstas, el sargento nos formó en el patio para lo de la ropa, vamos, eso decían. Conque se llegó orilla mía, el sargento, digo, y, ¡Pacífico Pérez!, que yo, a ver, ¡servidor!, y él, muchacho, tú ya estás cumplido, que yo, ¿tan pronto?, y él, tienes tres vías de agua: cegato, estrecho de pecho y los pulmones agujereados, que yo, ¿es cierto eso?, y él, el sargento, digo, puso una cara así, como de guasa, y va y me dice: ¿Sabes para lo que estás tú? Para cogerte con unas pinzas y tirarte con cuidado a la basura. Que no vea, oiga, la juerga que se armó a cuenta mía, que yo, ya ve qué pintaba allí, agarré la cartilla y a la calle. Y esa misma tarde, Padre y yo nos volvimos al pueblo en el coche del Sinclético.

DR.— ¡Caramba! Para los tuyos sería aquello una decepción tremenda.

P.P.— Tampoco se crea que tanto, doctor. O sea, yo había quedado con Padre donde el Ciromarino, en el bar, ¿sabe?, donde se juntan todos los del pueblo. Y según me presenté y le dije que me habían dado inútil, que tenía tres vías de agua, así, de primeras, sí le picó el amor propio, que eso no puede ser, ¿comprende?, pero a seguido se me quedó mirando fijo y me dijo, dice: ¿Sabes lo que te digo, Pacífico?, que peores cosas hay y el día que llegue tu guerra nadie te quita de ir de voluntario. Eso me dijo.

DR.— Pero ¿y los abuelos?

P.P.— Eso me pensaba yo, oiga, pero Padre les toreó bien, no crea, que el Bisa andaba aguardando, y ¿qué?, que Padre, tan terne, oiga, nada, abuelo, el general dijo que el chico ya estaba enseñado. Y el Bisa, allá vería, más orondo que un pavo real.

DR.— Aprovecharías para ponerte en cura entonces, ¿no, Pacífico?

P.P.— ¿En cura? ¿En cura de qué, doctor?

DR.— Del pecho, digo yo.

P.P.— ¡A santo de qué, oiga! O sea, Padre, en jamás de los jamases me preguntó cuáles eran las vías de agua.

DR.— Está bien, Pacífico. Así es que empezaste sin más a trabajar. Iniciaste tus actividades de avicultor, ¿no es eso?

P.P.— Tal cual, sí señor.

DR.— ¿Y cómo te fue?

P.P.— Hombre, las gallinas eran majas, ¿no?, todas blancas, muy ponedoras, eso sí. A mayores, no estaba de queja.

DR.— ¿Y tu cuñado?

P.P.— ¿El Emigdio, dice? Pues ya se lo puede usted imaginar, enseguida se metió por medio. Pero no se piense usted que se conformaba con echarlas el pienso y recoger los huevos, no señor. El Emigdio era hombre de estudios, ¿entiende? Y así que le dije un día que las gallinas eran unos bichos muy tristes, se le alcanzó lo del vino, o sea, ponerles vino en el pienso.

DR.— Pero ¿vino? ¿Vino de mesa?

P.P.— Vino, sí señor, vino de granel, de a cinco pesetas litro, de donde el señor Del. Que al Emigdio todo se le volvía decir, el que está contento, trabaja más a gusto, ¿comprende?

DR.— ¿Y las echasteis vino?

P.P.— Qué hacer, sí señor, pero, de primeras, sólo a las del primero. Y así que hicimos cuentas, un veinte por ciento de aumento en las puestas, ¿qué le parece? Que había que oír a mi futuro cuñado, doctor, ¡esto es la revolución avícola!, ¿comprende? Y luego, la risa, oiga, que andaban las gallinas todo el día de Dios cacareando y haciendo esos, alegres, ¿eh?, pero no jumás, doctor, que rara era la que agarraba una cogorza como Dios manda.

DR.— En vista del éxito, le pondrías vino a las demás, ¿no?

P.P.— Natural, doctor. Vino y otras cosas, que el Emigdio andaba siempre tramando algo, no vea cabeza inquieta. Y un día me dijo, ¿sabes lo que pienso, Pacífico?, que yo, ¿qué?, porque él tenía estudios de la especialidad, ¿sabe?, el Emigdio, digo. Y él, pues que poniendo salvados en lugar de pienso y añadiendo enzimas para la digestión, ahorraríamos dinero.

DR.— ¿Y llegó a ensayarlo?

P.P.— ¡Cómo se lo diría yo! Y con éxito, oiga. Que tenía cabeza el Emigdio, no crea. Un poco alocada, pero tenía cabeza. Porque no me niegue que la cosa estaba bien traída, doctor: por un lado, buscaba la economía y, por otro, aumentaba el rendimiento. O sea, sustancia por las dos partes.

DR.— Y a todo esto, ¿qué decía tu padre?

P.P.— Padre andaba a lo suyo, doctor. Él recogía las liquidaciones a fin de mes y ni chistaba. ¿Qué iba a decir? Yo a veces me pienso que el Emigdio y yo hubiéramos llegado lejos si no le planto, ¿comprende?, que el Emigdio, ideas, como para parar un tren, que era un hervidero, oiga, lo único frenarle. O sea, luego de lo de las enzimas, va una tarde y me dice: Has de convencer a tu padre para que ponga una tenada con borregos orilla el gallinero. ¿Y qué dirá usted que se pensaba? ¡Criarlos con gallinaza!, dese cuenta, que lo que él decía, que en el extranjero había un tipo que criaba vacas con urea y que como la gallinaza era rica en nitrógeno, pues podía ser la misma cosa, ¿qué le parece?

DR.— Que no comprendo cómo le dejaste solo, Pacífico.

P.P.— Mire, eso no. A la fuerza ahorcan.

DR.— ¿Qué te forzó a dejarle?

P.P.— La Candi, oiga. Ella se presentó ese verano en el pueblo. Y yo no sé lo que me dio la chavala esa que desde el primer día me llevó en el pico.

DR.— Este episodio de tu vida me parece muy significativo, Pacífico.

P.P.— Ande, claro, bien seguro puede estar.

DR.— Por eso me gustaría que me hablaras de él con algún detenimiento.

P.P.— Mire, si es por eso, mejor lo dejamos para mañana. El asunto ese está pero que muy liado, oiga.

DR.— Creo que es una decisión sensata, Pacífico. Así que, si no hay contraorden, mañana aquí a la hora de siempre, ¿de acuerdo?

P.P.—De acuerdo, sí señor.

## CUARTA NOCHE

---

DOCTOR.— Buenas noches, Pacífico. Ponte cómodo, anda. Ahí tienes el anís, ya te lo he servido. Si no recuerdo mal, anoche interrumpimos tu historia con la llegada al pueblo de la Candi, ¿no es así? Yo sé muy poco de esta chica, Pacífico. En realidad, aparte de que durante cuatro meses sostuvisteis relaciones íntimas y que, aunque indirectamente, fue la causa de tu infortunio, yo ignoro todo de ella. Para empezar, desconozco la razón por la que se presentó de repente en tu pueblo. ¿Me lo quieres explicar?

P.P.— Muy sencillo, doctor. Ella, la Candi, era hija del señor Bebel, el del Otero, o sea hermana del Teotista.

DR.— Que era hermana del Teotista ya lo sabía, Pacífico. Pero ésa es una razón más para que viviera en el pueblo, no para que apareciera de pronto en él. ¿Dónde anduvo metida la Candi hasta que tú la conociste?

P.P.— En la capital; paraba donde unas tías.

DR.— Pero su padre... mejor dicho, la muchacha, no iba nunca por el pueblo a ver al señor... ¿cómo has dicho que se llama?

P.P.— Bebel.

DR.— Pues eso, al señor Bebel.

P.P.— Atienda, doctor, el señor Bebel, o sea, su padre, se desentendió de ella, de la Candi, digo, al enviudar, ¿comprende? Entonces se hicieron cargo unas tías por parte de madre. Pero el señor Bebel sí iba por la capital a ver a la chica, qué hacer, o sea, de cuando en cuando.

DR.— Está bien. Entonces tú conoces a la Candi a los veintiún años cuando ella llega al pueblo por primera vez, ¿no es esto?

P.P.— Pues sí, o sea, no, doctor, que yo conocía a la Candi cuando era así, de chavala, en la escuela. Pero a esas edades ya se sabe, las chavalas, una raza aparte, que ni las mirábamos a la cara.

DR.— ¿A qué edad se ausentó entonces?

P.P.— Pues mire usted, ella marchó del pueblo para empezar el grado, de forma que a los diez.

DR.— ¿Y no fue entonces cuando tú te fuiste también a la ciudad?

P.P.— A mayores, no señor. Tenga usted en cuenta que yo me largué a los trece y que la Candi es más vieja que yo.

DR.— ¿Es mayor que tú la Candi?

P.P.— Ande, claro, dos años y tres meses. Por un ejemplo, ella nació en enero y yo en abril.

DR.— Es decir, que cuando ella regresa al pueblo tiene veintitrés años y tú veintiuno.

P.P.— Así es, sí señor.

DR.— Y en la capital, ¿qué había hecho ella en la capital?

P.P.— Estudiar, oiga. La Candi tenía estudios.

DR.— ¿De qué especialidad?

P.P.— Eso sí que no puedo decírselo. O sea, no lo sé. Ahora, se ponía a hablar y un libro abierto, oiga, las cosas como son.

DR.— ¿Y cómo fue para intimar con ella?

P.P.— En realidad, doctor, darme de ojo así que llegó al pueblo.

DR.— ¿Tan guapa era?

P.P.— Bueno, más que eso, oiga. O sea, era, ¿cómo le diría yo?, como llamativa, ¿entiende? Calcule, con pantalones, el pelo a lo chico y una bufanda que la colgaba hasta las corvas, pues a ver, en el pueblo, un alboroto. Y luego, no soltaba el cigarro ni por cuanto hay.

DR.— Y allí, en el pueblo, ¿a qué se dedicaba?

P.P.— A pasear, oiga, no hay cosa más cierta. Todo el día pindongueando, de acá para allá, que lo mismo se la tropezaba uno en el poyo de la fonda, aguardando al coche de línea, que a la sombra de una nogala leyendo un libro. Para ella no había reglas.

DR.— Y al encontraros, ¿qué os decíais?

P.P.— De primeras, nada, ya ve, o sea, adiós y adiós. Pero ella, doctor, la Candi, digo, tenía unas formas de mirar que no vea, descarada ella, ¿entiende? O sea, como yo digo, la contraria que don Prócoro, que no bajaba la pestaña ni por cuanto hay.

DR.— Sostenía la mirada, vamos.

P.P.— Y de qué modo, doctor, que me recuerdo que yo pensaba para entre mí, ésta se deja. ¡Y vaya si se dejaba, oiga! Si sigo con ella, seguro que me empieza, fijo.

DR.— ¿Advertiste enseguida que era una mujer fácil?

P.P.— Mire, doctor, a decir verdad, de que la puse la vista encima.

DR.— Y a hablar, lo que se dice a hablar, ¿cuándo empezasteis?

P.P.— Por mayor no alcanzaría a las dos semanas. Eche cuentas, si ella llegó al pueblo un veintiocho de mayo, para el nueve de junio ya andábamos liados. Talmente en la boda del Parmenio Marrero, durante el refresco.

DR.— ¿Cómo fue, Pacífico?

P.P.— Bueno, vamos, o sea, usted ya sabe cómo las gastan en los pueblos, las bodas, digo, las juergas que se traen, ¿no? Pues eso, andábamos en el refresco y todo el que bailaba con ella, la Candi, digo, tenía algo que decir. Ya sabe, que si se arrimaba, que si debajo la blusa no llevaba nada, o sea, hablando en plata, iba suelta, esas cosas. Pero como la Candi estaba rica, oiga, que eso no hay quien lo niegue, pues, a ver, tenía cola, por más que luego nadie quedaba conforme, ¿entiende?, que ésa es otra, que era muy testarrona, que mandaba ella, que no se dejaba llevar, ya sabe.

DR.— Total, que echaste un baile con ella.

P.P.— ¡Quia, no señor!, no es por ahí, que yo siempre he sido muy retraído para estas cosas del baile.

DR.— ¿Entonces?

P.P.— Pues, nada, yo estaba tal que así, sentado orilla del Agatángelo, en la trasera del señor Del, tomándome un vermú tan ricamente, y, en éstas, se me arrima ella, me agarra por un brazo y va y me dice: Llévame a dar un garbeo, tú; estoy de sudor y de música hasta los cojones.

DR.— ¿Dijo cojones, Pacífico? ¿Estás seguro?

P.P.— Como lo está oyendo, doctor, tal cual. Que a mí así, de primeras, también me chocó, la verdad, ¿había oído bien? Pero luego, en fuerza de escuchárselo, acabé enseñado a ello, natural.

DR.— Pero ¿es que decía eso habitualmente?

P.P.— Qué hacer, a cada rato, doctor, continuamente. Y otras cosas peores, no crea. ¡Anda, y que menudo pico se gastaba! Ya ve usted, para decir el Agatángelo que el Teotista, a su lado, un oblato misionero, ¡cómo sería, digo yo!

DR.— ¿Significa eso que tenía mal carácter?

P.P.— No señor, que va, que ella era así, o sea, que tenía la boca caliente, no hay más. Que inclusive cuando la daba cariñosa, la misma copla, de cada dos palabras, una por lo menos, un disparate, eso fijo.

DR.— Está bien, hijo, continúa.

P.P.— Pues eso, doctor. Me dijo, llévame a dar un garbeo, y lo otro, ya sabe. Que yo, acobardado, oiga, que ni sabía por dónde me andaba. Que me dice en ese momento que a tirarnos del Crestón abajo, y de cabeza. O sea, yo no sé qué tenía aquella chavala que imponía, ya ve, que le cachifollaba a uno con sólo mirarle, no tenía remedio. Conque, a mayores, agarramos la carretera y nos llegamos al pretil de la Salud, que ya era noche ciega...

DR.— ¿De qué fue de lo primero que hablasteis, Pacífico?

P.P.— Bueno, querrá decir ella, doctor, que, bien mirado, sólo hablaba ella, ¿entiende?

DR.— ¿Y qué decía? ¿Cómo entrasteis en conversación? Esto me parece interesante.

P.P.— Pues mire, a decir verdad, me habló de los del pueblo, ¿comprende? Que me recuerdo que ella me dijo que el personal de los pueblos tenía el mirar plano, que si me había fijado en ello, ¿se da cuenta? Y yo, que natural, de no ver más que campo, y ella, que mis ojos eran distintos, que digo yo que sería por los lentes, que otra cosa, no, doctor, ¿no le parece?

DR.— Y eso te halagó, naturalmente.

P.P.— Pues me gustó oírlo, oiga, a qué voy a decir lo contrario. Y el caso es que ella seguía, dale que le das, ¿comprende?, que a mí no se me alcanzaba nada, doctor, o sea, iba como alelado, ni abrir el pico, y para que no se pensara que era medio inocente, la solté eso, o sea, que tenía el grado, ¿entiende?, que la Candi, oiga, que eso no necesitaba aclararlo.

DR.— Ya veo que te entró con habilidad. Continúa, Pacífico, por favor.

P.P.— Ande, ya una vez así, platicamos, a ver. Que ella, que a qué me dedicaba, y yo, la verdad, doctor, que a catador y granjero, que ella, que estaría orgulloso de figurar entre las fuerzas productivas, algo así, ¿comprende?, pero con retintín, oiga. Y con unas cosas y otras, nos llegamos orilla la Salud, y la Candi que a sentarnos, ¿se da cuenta? Conque nos recostamos en el pretil, oiga, y ella calló la boca, y entonces yo, por salir del paso, la dije que si había reparado que los ríos hablaban como las personas, que el Matayeguas voceaba y la Salud rutaba y el Lirón cantaba como una mujer, ¿se da cuenta? Que ella, que muy poético, y yo, doctor, por hacerme de valer, que don Prócoro decía de mi tío Paco que era un poeta,

que ella, que qué cosas, que don Prócoro y todos los curas no decían más que sandeces y que después de inventarse el psiquiatra, los curas a esconder. Ya ve usted qué tendrá que ver una cosa con la otra.

DR.— ¿Y cómo terminó aquello?

P.P.— Terminar, pues no corre usted poco, doctor.

DR.— Quiero decir esa tarde.

P.P.— Aguarde, verá. Llevábamos así un rato, uno orilla del otro, y en éstas, la Candi, sin más, sin decir por qué ni por qué no, me pasó el brazo por detrás, o sea por los hombros, y me pegó un beso de película.

DR.— ¿Te besó ella?

P.P.— Tal cual, oiga, no me lo invento, pero con todo el desparpajo, no crea, que no me soltaba, no vea usted beso ansioso. Que yo, no sé si andaba constipado o me cogió de sorpresa o qué, que por las narices no respiraba y por la boca no me dejaba ella, o sea, que me ahogaba, oiga, que lo pasé mal, que me decía para entre mí, aquí la palmas, Pacífico. Y para más, los lentes ¿se da cuenta?, menuda, se me hincaban tal que así, arriba de la nariz, que no vea qué dolor. Así que yo quería apartarla, oiga, a la Candi, digo, pero como si nos hubieran encolado, tal cual, no había de qué. Que cuando ella lo dejó, si no estaba privado poco me faltaba, se lo juro. Y todavía la Candi que si me había gustado.

DR.— Le dirías la verdad.

P.P.— Pues, no señor, ya ve, no la dije la verdad, que éste es el chiste. O sea, conforme reaccioné un poco que sí, que me había gustado, dese cuenta. Que yo me pienso, doctor, que ahí me perdí.

DR.— ¿Por qué razón crees eso?

P.P.— ¡Qué cosas, oiga! Por todo lo que vino luego. O sea, si yo le digo entonces que no, que no me había gustado, aquí paz y después gloria, ¿entiende?, cruz y raya, sanseacabó.

DR.— ¿Qué más, Pacífico?

P.P.— Mire, ya en este plan, en la confianza, digo, la Candi me preguntó si era la primera vez que una mujer me besaba así.

DR.— ¿Y mentiste también?

P.P.— No señor, esta vez la dije la pura verdad, que la primera.

DR.— ¿Qué más te preguntó?

P.P.— Bueno, ella me preguntó, o sea, me dijo, que qué pensaba yo de que una mujer tomara la iniciativa, ¿comprende? Si me pensaba por eso que fuese una puta, y Dios Padre me perdone.

DR.— ¿Qué le dijiste tú?

P.P.— Ande, la verdad, doctor, que eso va en caracteres, ¿entiende? Pero ella, la Candi, digo, puso el disco, doctor, que se arrancó y no lo dejaba, menudo pico, oiga.

DR.— ¿Y qué es lo que decía, Pacífico?

P.P.— De todo, oiga, que yo en la luna, mire. Sólo me recuerdo, lo único, del complejo de Edipo, se dice así, ¿no es cierto? Pues eso, oiga, con el complejo de Edipo a vueltas, que si el complejo de Edipo, como había demostrado no sé qué señor, ¿entiende?, era cosa de las sociedades patriarcales, que yo me pensé en Moisés, oiga, para recordarme, ¿entiende? Y que, por tanto, había que echarlas abajo cuanto antes, esas sociedades, digo.

DR.— ¿No sería Freud el que lo demostró?

P.P.— ¡Tal cual! Ese mismo dijo, sí señor, ¿cómo lo imaginó?

DR.— ¿Sabes que tienes una memoria envidiable, Pacífico?

P.P.— Bueno, oiga, de retentiva no me quejo, ya lo decía don Ángel. Lo malo mío son las entendederas.

DR.— ¿Y por qué no has de acabar el grado ahora que tienes tiempo?

P.P.— Ve ahí, doctor. Eso es para hablarlo despacio, ¿no le parece? Ahora vamos a dejarlo.

DR.— Como quieras, Pacífico. Volvamos a lo nuestro. De modo que la primera vez que estuvisteis juntos, la Candi te habló de Freud y del complejo de Edipo, ¿no es así?

P.P.— Talmente, sí señor, de eso me habló. De primeras, ¿se da cuenta? O sea, luego me habló más veces. Bien mirado, doctor, no paraba de hablar de ellos y de otros que no me recuerdo ahora. Que yo, de principio, por aquello de no pasar por ignorante, candé el pico, ¿entiende? Pero de que me informé, o sea, en la enciclopedia del Ayuntamiento, se lo dije, la dije, que yo sepa, aquí, en el Humán, no hay de eso, ¿entiende? Que ella, la Candi, a reír, doctor, que se partía el pecho a reír, oiga, que decía, eres conmovedor, Pacífico, para ti lo que no existe en tu pueblo no existe en el mundo.

DR.— ¿Eso te decía?

P.P.— Eso, sí señor, y otras cosas de las que no me recuerdo. La Candi era una chavala

instruida, ya se lo he dicho.

DR.— Pero a ti, Pacífico, ¿te interesaban esas conversaciones?

P.P.— A mayores, doctor, yo no la comprendía, ésa es la derecha. O sea, lo que me aprovechaba era lo otro ¿entiende?, lo que sacaba en limpio. Que a mí, salir con la Candi me petaba y me acobardaba, no sé si me explico, las dos cosas, ¿se da cuenta? O sea, si me petaba es porque estaba rica, y por verla fumar de negro, y por las uñas pintadas de azul que llevaba, que era una cosa chocante ésa, ¿entiende? Pero luego, me acobardaba lo que decía, las cosas de los libros, ¿sabe?, o sea, que se burlara de mí. Total, cuatro días, como quien dice, que, al cabo, nos enredamos y ni me fijaba en eso.

DR.— ¿Que os enredasteis? ¿Quieres decir que entablasteis relaciones carnales?

P.P.— Eso es, sí señor.

DR.— ¿Allí en el pueblo?

P.P.— Bueno, como quien dice.

DR.— Pero ¿os veáis en el pueblo o no os veáis en el pueblo?

P.P.— Sí, doctor, o sea, no.

DR.— ¿En qué quedamos, Pacífico? ¿Os citabais tal vez en el gallinero?

P.P.— Ni por pienso, oiga, eso de ninguna manera.

DR.— ¿Dónde entonces?

P.P.— En Prádanos, para que lo sepa. De primeras, en Prádanos.

DR.— ¿En el pueblo abandonado?

P.P.— Tal cual, sí señor, donde los lavaderos, en el pueblo del Bisa. O sea, a raíz de la boda del Parmenio Marrero, yo la hablé a la Candi de Prádanos, ¿comprende? Que la dije la verdad, que era un pueblo en ruinas pero que debió de vivir gente de fuste allí, en tiempos, claro. O sea, que tenía palacios con escudos y arcos en las puertas y una ermita de mucho mérito.

DR.— ¿Hay una iglesia interesante en Prádanos?

P.P.— Qué hacer, doctor, monumento nacional. Lo malo es que no haya una mala trocha para subir donde ella, ¿entiende? Que el obispo y los americanos esos anduvieron de picadillo, a ver quién se la llevaba, pero, al cabo, allí se quedó. Ya ve usted por dónde iban a bajarla.

DR.— Bueno, dime, ¿le agradó a la Candi la idea de veros en Prádanos?

P.P.— Natural, oiga. Que, a su decir, de chavala anduvo en subir a Prádanos docenas de veces y, por lo que fuera, nunca se le logró. Así que, a la tarde, agarramos la trocha de Fuentefierro, atravesamos el monte y a las dos horas andábamos en el pueblo.

DR.— ¿Qué impresión la hizo?

P.P.— ¿A la Candi? Buena, oiga. De primeras, se quedó como sin habla, que todo la chocaba, las casas vacías, con los escudos, las camberas recubiertas de madre selvas, la ermita y el cementerio, oiga, que de las ortigas, ni se veía una cruz. Pero, por mayor, doctor, el silencio, ya ve, que si quita los tábanos y las ruciniegas, que zumbaban, y un mirlo de cuando en cuando, no se sentía un ruido allí. Ya le digo, doctor, que caminar por las camberas aquellas, entre las ruinas, era totalmente como entrar en una iglesia, del respeto, ¿sabe?

DR.— Bueno, dime, una vez allí ¿qué hicisteis?

P.P.— Aguarde, doctor, o sea, luego de mirar arriba y abajo, nos llegamos a la plaza del pilón, un abrevadero, ¿sabe?, que allí nos sentamos, a la sombra de una acacia, frente por frente del Palacio, que la Candi no le quitaba ojo, ¿entiende?, o sea, miraba los tres escudos y las balconadas de hierro, y lo que son las cosas, oiga, un chusco había metido dos hornillos en la ventana, ve qué idea, que hoy día parece que lo que no es provechoso, no cuenta. Bueno, conque allí sentados, orilla el abrevadero, que hacía un sol de justicia, dejamos pasar el tiempo, y un grillo dale, tal que así, doctor, al pie nuestro, que gracias a él se conocía el silencio, ya ve qué cosas, que para mí un pueblo sin gritos de chavales ni ladridos de perros, ni es pueblo ni cosa que se le parezca.

DR.— Está bien visto, Pacífico.

P.P.— Pues eso, oiga, nada, sólo el grillo, que ni al mirlo se le sentía ya. Y la Candi venga de mirar, que la cogió modorra con el Palacio, que así, en un esquinazo, las piedras se habían venido abajo, ¿entiende?, o sea, asomaba una escalera angosta, de caracol que dicen, y ella empezó a restregarse los ojos, oiga, como si soñara, ¿sabe? Con que se puso de pies, se arrimó allí y, luego, volvió orilla mía, y va y me dice: ¡joder, qué maravilla, chico!

DR.— ¿También decía eso, Pacífico?

P.P.— Qué hacer, doctor. Ella decía de todo, que hablaba peor que un carretero, se lo digo yo, que me pongo a mirar y no hay mala palabra que no se la ocurriera. Y como las soltaba así, ¿comprende?, con el cigarro en la boca y entrecerrando los ojos, imponía, la verdad. Que dice usted de enfadarse. De eso nada, ya ve. ¡Pero si, inclusive cuando se ponía cariñosa, no sabía orillarlas!

DR.— ¿Cuáles, Pacífico?

P.P.— Cuáles van a ser, doctor, las malas palabras.

DR.— ¿Por qué te ríes, Pacífico? ¿Puede saberse en qué estás pensando?

P.P.— Boberías, doctor, no me haga caso.

DR.— Pero en algo pensabas, ¿no?

P.P.— Bueno, o sea, me recordaba, que ella, conforme andábamos así, por un decir, engolosinados, me decía putito, gilipollas y mi inmaduro cabroncete, ya ve que retahíla.

DR.— ¡Válgame Dios! Y tú ¿qué hacías?

P.P.— En esos momentos, nada, ya ve, reír y darme el lote. O sea, si lo que quiere usted saber es si la regañaba, de eso, nada, doctor. Yo iba tras lo que iba, ¿no? Y después de todo, ella jugaba con las cartas boca arriba, ¿entiende?, que, por un ejemplo, conforme a sus planes, todo el que tuviera que ver con ella, ya sabía que iba para cabrón, y que Dios Padre me perdone.

DR.— Pues ¿cuáles eran sus planes, Pacífico, si no es indiscreción?

P.P.— Ande, ¿por qué ha de serlo? La Candi, para que lo sepa, tenía en el pensamiento armar una comunidad campesina y fundar una escuela, ¿se da cuenta? Que la comunidad, por un decir, estaría compuesta por hombres y mujeres jóvenes, pero sin prejuicios, ¿entiende?, o sea, sin escrúpulos. De forma que cada chavala pudiera estar con todos los hombres y viceversa, oiga, todas las combinaciones, sin que nadie tuviera derecho a cabrearse. Por lo demás, lo que ella decía, todos arrimarían el hombro y comerían de los frutos de la tierra. No sé si me explico, oiga.

DR.— Está claro, Pacífico. ¿Y dónde pretendía establecer esa comunidad?

P.P.— Eso sí que no lo sé, oiga, que nunca lo dijo. Pero a lo que iba, doctor, si la Candi pensaba así, todo el que tuviera que ver con ella, más pronto o más tarde terminaría con los cuernos, ¿no? De forma que la comunidad esa, o como se llame, era una fábrica de cabritos, que ella no engañaba a nadie o engañaba a todos, según. Pero por lo que a mí respecta, oiga, tampoco llevaba razón en ofenderme si me decía cabroncete, ¿no me comprende?

DR.— Comprendo tu razonamiento, Pacífico. Pero oye una cosa: antes me dijiste que la Candi «en principio» pensaba eso, ¿quieres decir que luego cambió de opinión?

P.P.— Bueno, ella era un poco veleta en este punto, doctor. Y si hoy decía blanco, mañana decía negro, no podía uno fiarse. Que, por un ejemplo, algunos días, así que andábamos más encendidos, ella me decía: tú y yo, putito, nos iremos juntos muy lejos en busca de una sociedad más pura. O sea, ella tenía la pichicharra de

que al mundo lo escachaba el progreso, ¿entiende?

DR.— ¿Y nunca te dijo la Candi adónde pensaba llevarte?

P.P.— Tampoco determinaba, no señor. O sea, era un poco veleta la Candi, ya le digo, que lo mismo mentaba al Asia que al África, según la viniera a pelo. Pero lo que se dice determinar, nunca determinaba.

DR.— Está bien. Perdona, Pacífico. Estábamos en Prádanos mirando la escalera de caracol, ¿recuerdas?, y la Candi se acercó a ti y te dijo: ¡Joder, qué maravilla! ¿Qué sucedió después?

P.P.— Lo dijo más veces, oiga.

DR.— ¿Dijo más veces ¡joder, qué maravilla!?

P.P.— Muchas veces, doctor, todo el tiempo. Que miraba los huertecitos malrotados por las zarzadoras y las salgueras, y lo decía. O metía las muñecas en el agua del abrevadero, y lo decía. O miraba la placa donde decía «Calle Mayor» y volvía a decirlo. O se quedaba un rato callada, escuchando el silencio, y la misma, doctor, ¡joder, qué maravilla! Que todo era maravilla para ella, como yo digo, oiga, por demás.

DR.— Pero, por lo que dices, parecía una muchacha sensible, Pacífico, a pesar de sus expresiones.

P.P.— Ande, ¿le he dicho yo lo contrario?

DR.— No, por supuesto, discúlpame. Continúa.

P.P.— Bueno, doctor, el caso es que hacía bochorno allí aquella tarde, en Prádanos, ¿sabe?, y el sol picaba lo suyo. Y, en éstas, luego de andar de acá para allá como dominguillos, fue ella y, sin saber por qué ni por qué no, se sacó la blusa por la cabeza, luego se quitó los pantalones, y se quedó en cueros vivos, oiga, lo único, los playeros, que no vea carnes más ricas, prietas y blancas, como las de las reinetas. Que a mí, a ver, la cabeza se me trascordó, lógico, allí la vería, de puntillas entre las ruinas, los brazos en cruz, como si tal cosa, oiga, que va y me dice: así hemos de volver a vivir, Pacífico, como Adán y Eva en el Paraíso, ¡desnúdate!

DR.— ¡Qué fogosidad! ¿Sin más preámbulos?

P.P.— Nada, oiga. Y con todo el imperio, ¿entiende?, que ella las gastaba así. Y de que yo me arrimé a una zarza, por vergüenza, a ver, ella, a voces, riendo, ¡un esclavo de las convenciones sociales, putito, eso es lo que tú eres!, ¿se da cuenta?

DR.— Pero obedeciste.

P.P.— ¡Cómo se lo diría yo! Pero no vea las calamidades con la faja, oiga, que si no me daba diez vueltas no me daba ninguna. ¡Dichosa faja! Y, luego, para esconderla en el zarzal.

DR.— ¿Y te quedaste desnudo?

P.P.— Aguarde, oiga, me saqué los pantalones y la camisa. Que un servidor, ya usted lo habrá advertido, siempre ha sido un poco pechilibre, o sea, la espina me arma tal que así, entre las tetillas, como una punta, ¿no?, de forma que me dejé la elástica y los calzoncillos. Que no vea la Candi, oiga, así que me vio, nunca podrás liberarte de tus estrechas estructuras mentales, grandísimo gilipollas. A guasearse, ¿entiende? Pero yo ya andaba encendido, doctor, y me arranqué tras ella y conforme llegamos al pilón, ella se metió dentro, ¿comprende?, y me salpicaba, y a reír, que el agua la escurría por la canal de los pechos, ¿sabe?, y yo me ponía loco, natural, pero así que intenté arrimarme, ella brincó una tapia, y yo detrás, ¿entiende?, que yo creo que ni las manos puse, oiga. Conque ella brincó la tapia del otro lado, de la parte del huerto, y la emprendió a correr cambera abajo, ¿se da cuenta?, y reía, que no paraba de reír, que el eco del monte repetía su risa y era aún peor, doctor, que yo, ¡aguarda, Candi!, y ella a reír, ¡reprimido, reprimido, reprimido!, me voceaba, y reía, no vea usted qué risas, que me descomponía, oiga, que yo ni la veía ya, que iba ciego, al bulto, como suele decirse, ¿entiende? Pero que si quieres, oiga, así anduvimos, brincando tapias y corriendo entre las ruinas, qué sé yo el tiempo, que yo, ¡aguarda, Candi!, que ni la voz me parecía mía, ya ve usted, de lo ronca, y ella, ¡reprimido, reprimido, reprimido!, y la risa, y el eco, ¿se da cuenta? Aquello era para volverse loco, doctor, como un mal sueño, o sea, bueno, de los de lo verás pero no lo catarás, para que me entienda. Que, en éstas, apareció encima una tapia, la Candi, digo, con una vara de fresno en la mano, toda desnuda, imagine, tan viva, o sea, entre las cosas muertas, oiga, que yo, ¡aguarda, Candi!, a voces, casi lloraba. Y otra vez a la carrera, oiga, por las callejas de guijos, o en la plaza, dando vuelta a las acacias, ¡reprimido, reprimido, reprimido!, ¿se da cuenta?, como quien dice, jugando al escondite. Pero ella resollaba ya, doctor, y yo, para qué voy a decirle, ni podía con mi alma, que ésa es otra. Y, en éstas, la Candi brincó sobre las ruinas del Palacio y la emprendió escalera de caracol arriba y yo detrás, doctor, ciego, natural, y, conforme alcanzamos la salona, donde el balcón de los hornillos, allá vería, toda desvencijada, se arrancó una torcaz con un aleteo del demonio, y ella se asustó, o sea, se volvió, y entonces la atrapé, ¿entiende?, que ella reía, y resollaba, que ni hablar podía, y allí mismo, doctor, entre la palomina y las telarañas... pues eso.

DR.— ¡Vaya, hijo! Sí que fue una conquista laboriosa.

P.P.— Calcule.

DR.— ¿Y cambiaron algo las cosas con la posesión?

P.P.— ¿Cómo dice?

DR.— Quiero decir que si después de lo de la salona continuaron las cosas como estaban.

P.P.— Más o menos, doctor. La Candi era así. Ella siempre decía, hay que volver a los placeres sencillos, ¿se da cuenta?

DR.— ¡Caramba, no tan sencillos, Pacífico!

P.P.— Bueno, oiga, eso según se mire, ¿no?

DR.— Eso creo yo, hijo. Y dime, después de apagar tu fiebre, ¿no consideraste el problema con mayor serenidad?

P.P.— Pues mire, por mayor, así que acabamos, nos acodamos los dos, uno orilla del otro, en el balcón, cara al cerro Las Lástimas, al pie de la peña Aquilina, ¿se da cuenta? Y ella miraba los montes azules, o los vencejos alrededor de la torre la iglesia, o las hazas amarillas entre las hayas, o las ruinas al pie y, al cabo, me daba de codo y me decía: Esto es paz, putito, y lo demás son leches.

DR.— Cada vez me sorprende más, hijo, la sensibilidad de la Candi para la belleza y su grosera manera de expresarla. ¿No crees tú que la Candi se falseaba, quiero decir, que se esforzaba por aparentar algo distinto de lo que era?

P.P.— A saber, doctor.

DR.— Está bien, Pacífico. ¿Qué le dijiste tú?

P.P.— A decir verdad, yo no estaba para mirar la paz ni para mirar nada ¿entiende? O sea, que entre la ventana y el hueco la escalera se armaba una corriente del demonio y yo notaba el vientre y echaba en falta la faja ¿sabe? Pero candé el pico, a ver, cualquiera. De forma que allá anduvimos, al relente, hasta que cayó el sol. Que luego, cuando bajamos, yo no podía con los pinchazos, oiga, pero ni andar, como se lo digo. Y, en éstas, según íbamos por la cambera, entre dos luces, fue ella y me dijo, un momento, y sin más, doctor, o sea, orilla mía, se acuclilló y se puso a orinar, que yo, ni palabra, natural, pero debí arrugar el morro, el caso es que ella, conforme se levantaba, me dijo: Esconderse para satisfacer una necesidad natural es un repugnante prejuicio pequeño-burgués. Y con esta historia, oiga, así que la apretaba una necesidad, se acuclillaba y hala, como si nada, como si yo no estuviera presente, ¿comprende?

DR.— Y a ti te desagradaba, claro.

P.P.— Hombre, mire, uno no está enseñado a esas cosas.

DR.— Está bien, Pacífico. Supongo que después de la experiencia inicial, volveríais por Prádanos a menudo.

P.P.— A decir verdad, cada tarde, doctor. O sea, apenas comidos, arriba, ¿entiende? Y allí nos quedábamos hasta las tantas.

DR.— ¿Y repetía cada tarde el juego del primer día?

P.P.— ¡Quia, no señor!, cambiaba. Con la Candi siempre salía algún quehacer, ¿entiende? Que lo mismo tomábamos el sol, que registrábamos la escuela o los arcones de Palacio, según. Y, por un ejemplo, si nos metíamos en la escuela, la echábamos larga, que ella a curiosear los cuadernos de los chavales, o sea, las cartas que escribían a sus padres, de hace qué sé yo el tiempo, ¿comprende?, que lo mismo se habían largado a la capital que a Bilbao o a Alemania, ¿se da cuenta? Y si en Palacio, tal cual, oiga, que ella con todo daba, que no dejaba títere en su sitio, como suele decirse.

DR.— Pero ¿forzabais las puertas?

P.P.— No señor, allí, de diez años a esta parte, todo está abierto. En Prádanos no hay ladrones, oiga. Ya ve la misma iglesia, pues de par en par. Que me recuerdo una tarde, debajo la torre de las campanas, donde el reloj, ¿sabe usted con lo que fuimos a dar?

DR.— ¿Con qué, Pacífico?

P.P.— Con las andas, ya ve.

DR.— ¿Qué andas?

P.P.— Pues ¿qué andas han de ser?, las del ataúd, mire. Donde entierran en los pueblos a los muertos.

DR.— Pero ¿es que a todos los entierran en el mismo ataúd?

P.P.— Aguarde, oiga, los llevan al camposanto en ese ataúd, ¿comprende? Una vez en el camposanto, los sacan, los echan en la hoya y a otra cosa.

DR.— Pero ¿quieres decir que a los muertos los enterraban sin caja?

P.P.— Ande, a ver, pues ¿qué se ha creído usted que es la vida de los pueblos?

DR.— Bueno, sigue, hijo, sigue.

P.P.— Con que dimos con las andas en una habitación llena de telarañas y nidos de golondrina, ¿sabe? Y allí vería a la Candi, oiga, ¿no habrá un muerto dentro?, que yo, ¿de qué?, mira, y quité la tapa, ¿entiende? Y de un lado, decía, vería, decía: «Y aquí acaba el placer de los injustos». Y la Candi a reír, por no variar, y de los justos, mira tú, que yo la dije, ¿es que no crees en la otra vida?, y ella

venga de reír, putito, yo no creo más que en lo que veo, ¿se da cuenta?

DR.— Es perfectamente consecuente con su manera de ser, Pacífico.

P.P.— Lo será, doctor, yo en eso no me meto.

DR.— Pero dime, ¿es que después del primer día, vuestras visitas a Prádanos no tenían más que una finalidad, digamos, arqueológica?

P.P.— A saber con qué se come eso, doctor.

DR.— Entiéndeme, Pacífico, te pregunto si os pasabais las tardes descubriendo reliquias o hacíais algo más.

P.P.— ¡Qué cosas tiene, doctor! Claro que lo hacíamos, todo, natural, pues a eso subíamos. Lo que pasa es que la Candi, en este sentido, siempre andaba tramando algo.

DR.— Pero tramando, ¿qué?

P.P.— Ande, según, doctor. Ella era caprichosa para estas cosas, oiga, o sea, lo mismo agarraba un sombrero de segador o unas albarcas y aparecía, de repente, en pelotas en un balcón con ellos puestos, ¿entiende? Que, por un ejemplo, no se me olvidará la tarde que sacó de Palacio una capa, negra de un lado y roja del otro, toda apolillada, y arrancó a correr cambera abajo, con ella en los hombros, la capa, digo, ¿comprende? Que, conforme corría, enseñaba las cachas, primero la una y luego la otra, ¿se da cuenta? Y a mí estas cosas, doctor, no sé si porque era nuevo o qué, me ponían loco, la verdad.

DR.— ¿Y os reuníais siempre en la salona del Palacio?

P.P.— Ni por pienso, oiga, ¡buena era ella! O sea, cada día en un sitio. La Candi era muy libertina, doctor, que siempre andaba con la pichicharra de que había que buscar sensaciones nuevas.

DR.— ¿Eso decía? ¿Y las buscaba?

P.P.— ¡Cómo se lo diría yo! ¿A que no adivina lo que se la alcanzó una tarde que se conoce que me vio más encendido que de costumbre?

DR.— ¿Qué, Pacífico?

P.P.— Tumbarse en un mato de ortigas, tal como lo oye, doctor. Que se retorció como una culebra, natural, de los picores. Y, vamos, putito, no me desaires, decía, que yo, calcule, ciego, a ver, al mismo infierno hubiera bajado.

DR.— ¡Qué barbaridad!

P.P.— Pero siempre, oiga, no crea que una vez ni dos. Que otro día, me recuerdo, en una

zarzamora, hágase cargo, que salimos hechos unos harneros. Y yo, todavía, con la elástica, pero imagine ella, en cueros, con las carnes tan tiernas que tenía.

DR.— Pero esa mujer era una masoquista, Pacífico.

P.P.— ¡Qué sé yo lo que sería, doctor! Ansiosa, desde luego, sobre este particular, un rato largo. Pero ella decía que tenía la obligación moral de liberarme.

DR.— ¿Es posible que hablara de obligaciones morales?

P.P.— ¡Ande! ¿Pues qué se figura? Ella, a su decir, hacía estas cosas para liberarme, ¿entiende? Pero a mí no me la daba, que la gustaba eso más que comer con los dedos. Y el caso es que yo pensaba para entre mí: ya se cansará de inventar, pero ¡que se lo ha creído usted! O sea, después de las ortigas, y la zarzamora, y las gallogas de la cerviguera y todo lo habido y por haber, ¿qué dirá que se la alcanzó?

DR.— Tú dirás, Pacífico.

P.P.— Acostarnos en el ataúd de las andas, imagine.

DR.— ¿Es posible?

P.P.— ¿Que si es posible, dice? Eso es tan cierto, doctor, como la luz bendita. Que no vea las calamidades que pasamos. Una penitencia, oiga, tan angosto. Y la Candi, putito, gocemos del placer de los injustos, ¿se da cuenta? Y, mal que bien, nos arreglamos.

DR.— Pero me resulta inadmisibile, Pacífico, que tú te avinieras a complacerla en todos sus caprichos, por irreverentes que fueran.

P.P.— ¡Ande y qué remedio! Aquella mujer me tenía encoñado, doctor. Ésa es la derecha.

DR.— Y tú ¿no sentías miedo o remordimientos de tamaño desorden?

P.P.— A ratos, sí, doctor, luego, cuando bajábamos.

DR.— Es decir, que tenías conciencia del exceso.

P.P.— Sí señor, aquello era por demás.

DR.— ¿Experimentabas hastío tal vez?

P.P.— Bueno, vamos, o sea, según bajaba me sentía como quebrantado, ¿entiende?, como con mugre. Que siempre la misma, o sea, me decía para entre mí, no vuelvo con ella. Inclusive una noche, me llegué donde don Prócoro a confesarme, ¿se da cuenta? Y allí mismo, en la rectoría, le empecé a contar. Y no lo querrá usted creer, pero conforme me desahogaba, me sentía mejor. Y él, don

Prócoro, digo, tan asustado estaba, que en una de éstas se llevó los dedos a los ojos para mirarme, y lo que yo le dije, si abre usted los ojos, cando yo el pico. Que él, muy prudente, se quedó con los ojos cerrados hasta el final.

DR.— ¿Y dejaste, a partir de ahí, a la Candi?

P.P.— No pude, oiga. Fue verla al día siguiente, y a Prádanos otra vez. Pero ciego, ¿entiende?

DR.— ¿No volviste a ver a don Prócoro?

P.P.— Tres días más tarde, doctor, o sea, a la noche.

DR.— ¿Y qué?

P.P.— Pues me recuerdo que me dijo que mi arrepentimiento sin propósito de enmienda no tenía ningún valor, ya sabe.

DR.— ¿Y es que tú no lo tenías?

P.P.— ¿Propósito de enmienda, dice? ¡Claro que lo tenía, doctor, cada noche! Pero, a la mañana, ver a la Candi y perderlo era todo uno.

DR.— Y después de estar con ella, volvías a experimentar conciencia de pecado, ¿no es así?

P.P.— Así es, talmente, como usted dice.

DR.— Y la Candi, ¿le dijiste algo a la Candi de tus entrevistas con don Prócoro?

P.P.— Ni palabra, oiga, buena era. Dese cuenta la que hubiera preparado si voy y la digo: Don Prócoro me libera más que tú, ¿se da cuenta? Yo no podía decirla una cosa así, compréndalo. Lo mismo me saca los ojos.

DR.— Me hago cargo, hijo, pero volvamos al asunto. Aparte de registrar arcones y de quererlos, ¿qué hacíais en Prádanos, un pueblo abandonado, un día tras otro?

P.P.— Ande, cosas, nunca faltaba qué hacer, no crea. Ella estaba por los placeres sencillos, ¿entiende? Y mirábamos nidos tardíos o cogíamos flores o espliego, que me recuerdo que ella se ponía una ramita en el pelo, de espliego, digo. Y, si andábamos en trance, otras dos en los sobacos y otra, tal que así, en la canal de los pechos, ¿sabe? ¡Qué sé yo! No faltaban entretenimientos, ya ve, que algunas tardes la Candi subía una pelota y jugábamos al tepeté en el ábside de la iglesia.

DR.— ¿Qué es eso del tepeté, Pacífico?

P.P.— Tontunas, doctor, un juego de chavales.

DR.— ¿En qué consiste?

P.P.— Pues, mire, en realidad, nada, doctor. O sea, coge usted la pelota y la tira contra la pared, ¿se da cuenta? Conque, así que bota, la vuelve usted a coger y va diciendo:

*A la una,  
sin hablar,  
sin reír,  
sin mover,  
con un pie,  
con otro pie,  
con una mano,  
con la otra mano.  
Al tepeté,  
atrás y adelante,  
a la redondita,  
¡y mi abuelita!*

Tontunas, ya ve, para pasar el rato, que conforme bota la pelota en la pared, digo, uno calla la boca si es sin hablar, o se pone serio, si es sin reír, o a pipiricojo, si es con un pie, y si no obedece pierde, ¿entiende? Ya sabe, tontunas.

DR.— ¿Y siempre jugabais a lo mismo?

P.P.— ¡Quia!, no señor. Otros días jugábamos a la tanga, o saltábamos a la comba. Pero, mayormente, comíamos piñones tostados, tumbados al sol, en la pradera, mientras platicábamos, o sea, abriéndoles con una navaja.

DR.— ¿De qué platicabais, Pacífico?

P.P.— Ande, pues de las cosas; de la vida y así.

DR.— Pero, concretamente, ¿cuáles solían ser vuestros temas de conversación?

P.P.— Pues no sé, oiga. De los prejuicios sí me recuerdo que hablábamos a menudo. Que los prejuicios la traían a ella a mal traer, esto es cierto. Que me recuerdo que me decía todo el tiempo: No hay tipos con más prejuicios a cuestras que mi padre y mi hermano Teotista.

DR.— Así es que acusaba a su familia de retrógrada.

P.P.— Bueno, yo no he dicho tal, doctor. Si es caso al Teotista sí le tenía entre ceja y ceja.

DR.— ¿Qué decía del Teotista?

P.P.— Decía, verá, decía: fíjate si será bestia el Teotista que si un día nos pillara así, sería capaz de matarte.

DR.— A ver, a ver, esto es importante, Pacífico, ¿te anunció la Candi que su hermano sería capaz de matarte si te sorprendía con ella?

P.P.— ¿Anunciarlo, dice?, tampoco se ponga usted así. Ella dijo eso, como decía otras cosas, como decía, por un ejemplo, que el mejor hombre de más de cuarenta debería estar ahorcado.

DR.— No confiaba en la madurez, vamos.

P.P.— Bueno, eso era para ella lo peor de lo peor, para que me entienda. O sea, la Candi decía que mientras no desaparecieran los viejos hijos de puta, y Dios Padre me perdone, el mundo no tendría arreglo.

DR.— Y los viejos hijos de puta, ¿eran los de cuarenta?

P.P.— De ahí para arriba, doctor.

DR.— Estamos apañados. ¿Y en qué sentido quería arreglar el mundo la Candi, Pacífico? ¿Qué piensas tú de ello?

P.P.— En todos, oiga; por mayor, en todos, así como suena. O sea, empezando por el asunto de la jodienda, eso lo primero, ¿entiende? Mire, a ella, a la Candi, digo, la renegaba ser mujer. A ver si me explico, no es que la renegase ser mujer, sino que las mujeres, como ella decía, fueran un cero a la izquierda, ¿entiende?

DR.— Perfectamente, Pacífico.

P.P.— Bueno, pues eso. Entonces ella decía que, durante miles y millones de años, las mujeres, ni contar con ellas, ¿sabe?, o sea, de esclavas del hombre. Que el hombre, firmando un papel, tate, ya tenía una esclava, ¿se da cuenta? Y el hombre, para que me entienda, se aprovechaba de ella, pero no en el sentido de meterla mano, entiéndame, que no era ése el caso, al contrario, o sea que el hombre, a cambio de darla de comer, tenía madre, querida y criada, todo en una pieza, ¿comprende?

DR.— Eso pensaba, ¿eh? ¿Y a quién atribuía esa situación?

P.P.— Ande, pues a los mayores de cuarenta, y a los curas, y a la sociedad. A todos.

DR.— La Candi, con toda seguridad, aludiría a la mujer-objeto, ¿no?

P.P.— Talmente, sí señor, así decía, la mujer-objeto y... aguarde, su función cofisi... cofisi... si lo diré.

DR.— ¿Cosificadora?

P.P.— Eso es, cosificadora, tal cual, doctor.

DR.— Está bien, Pacífico. Y tú ¿argumentabas algo tú? ¿La hacías alguna observación?

P.P.— A mayores, no señor, ya ve qué le iba a decir un pelado como yo. Lo único, oiga, cuando decía eso, o sea, lo de la mujer-objeto, yo la miraba para las uñas pintadas de azul, y pensaba para entre mí, pues ella se pinta como los objetos, ¿entiende? Pero no decía nada, no señor, menuda, ella era gustosa de ser diferente de los demás.

DR.— ¿Por lo que pensaba?

P.P.— Por lo que pensaba y por lo que decía, oiga. Que me recuerdo, una mañana, paseando orilla del Embustes, se quedó tal que así, mirando para el Hibernizo, agarrotado, ya ve, entre todos los manzanos cargados de fruto, y va y me dice: Yo quiero hacer lo que ese árbol; lo contrario de lo que hacen los demás. O sea, más claro, agua, doctor.

DR.— Hay un punto que me interesa especialmente, Pacífico. A lo largo de tus relaciones con la Candi, salvo en el aspecto sexual, observo en ti una actividad receptiva, de pura sumisión. No la regañas, no la contrarías, no muestras iniciativas, callas. ¿Es que nunca aspiraste a liberarte de su tutela, Pacífico? ¿Te agradaba sentirte dominado, o, por el contrario, intentaste alguna vez establecer tus relaciones con la Candi en un plano de igualdad?

P.P.— A qué ton, doctor. Ella me tenía encoñado, ya se lo he dicho.

DR.— Está bien, Pacífico, eso ya lo sé; eso es evidente. Pero me refiero a un terreno teórico, o dialéctico, o como lo quieras llamar. Pongo por caso, ¿nunca se te ocurrió a ti, a la vista de su mala lengua, soltar una palabrota más gruesa que las tuyas, sencillamente para tomarle la delantera o, digamos, para achicarla?

P.P.— Hablando en plata, doctor, más gordas no creo que las hubiera en el diccionario, eso para empezar. Pero ahora que lo dice, sí me recuerdo una vez, a poco de conocernos, solté un pecado, ¿sabe?, uno por mayor pero me salió con poco brío, ¿sabe?, la falta de costumbre, como sin ganas, y no acabé de decirlo, oiga, y ya estaba ella riendo, que es mejor que no digas esas cosas, putito, que no sabes, que te caen lo mismo que a un Cristo un par de pistolas, ¿comprende? Y una y no más, doctor, que a raíz de aquello candé el pico, a ver, por la cuenta que me tenía.

DR.— Y, palabras aparte, ¿no montaste nunca un número de fuerza o de destreza, con ánimo de deslumbrarla, de afirmar tu personalidad, de decir «aquí estoy yo»?

P.P.— Por mayor, no me recuerdo, doctor, como no fuera lo de los hornillos de Palacio.

DR.— ¿Qué fue eso?

P.P.— Nada de particular, mire, que un día me dio por ahí, agarré una escalera, y medio en cueros como estaba, caté uno, un hornillo, digo. Pero no fue por

envalentonarme, oiga, fue por curiosidad, que haría a poco diez años que no se miraban aquellos hornillos, hágase cuenta.

DR.— ¿Y cómo reaccionó la Candi?

P.P.— Pues ahora que lo pienso, oiga, sí la picó el amor propio, tiene usted razón. O sea, conforme bajé con el panal, ella me dijo, ¿es que no muerden esos bichos, tú?, que yo, la verdad, doctor, a lo que estaba enseñado, a ver, cuanto más desamparado vayas, mejor, Candi, ¿entiende? Y fue ella, entonces, y se subió donde el otro hornillo, pero en pelotas, oiga, por mayor con unas ligas verdes que había agarrado donde la maestra, orilla la escuela. Y yo no sé qué maña se dio, doctor, que no había arrimado la mano al aviadero y ya la habían mordido dos, una en cada pezón, que también es casualidad, que ni de encargo, como yo digo.

DR.— Pero eso la imbuiría un respeto, una cierta admiración hacia ti, ¿no?

P.P.— ¡Que se ha creído usted eso, doctor!, menuda. No quiera saber cómo se puso, la de blasfemias y palabrotas, que a mí, a ver, de hijoputa para arriba; que no había por dónde cogerme, oiga. O sea, lo de ponerme moños, nada. Al contrario, si me apura. Que yo empecé con remedios y contemplaciones y fue peor.

DR.— No comprendo tu actitud, sinceramente, Pacífico.

P.P.— Pues, compréndala, oiga. Yo lo que no quería era que la Candi se cabrease, pero por nada del mundo, ¿sabe? Que a mí aquella mujer, por las artes que fuese, que yo en eso no me meto, me tenía encoñado, doctor, y yo, sin ella, no era nada, un trapo, como quien dice. Y ya es sabido que si uno necesita de otro, el otro abusa, natural, es ley de vida, o sea, se aprovecha. Y a la Candi, a ver, oiga, no había quién la sacara de la cabeza que me había liberado y que yo la pagaba de esas maneras, o sea, con las abejas.

DR.— ¿Pero ella decía siempre que te había liberado por el sexo?

P.P.— Por el sexo, tal cual, sí señor, eso decía. Que yo, agradecido, natural.

DR.— Y tú ¿crees de verdad que ella te liberó?

P.P.— Ése es otro cantar, mire. Porque yo, qué quiere que le diga, desde la boda del Parmenio Marrero, ni una a derechas, que no pensaba más que en la hora de juntarnos, ésa es la verdad, o sea, en hacerlo, que ni me recordaba de las colmenas, ni del gallinero, ni de nada de nada.

DR.— Es cierto, Pacífico, ¿quién atendía el gallinero en esa época?

P.P.— El Emigdio, mire, quién iba a ser, mi futuro cuñado. Por aquellos entonces, la Corina y él habían formalizado y él bajaba de Quintana cada tarde. Un buen rapaz el Emigdio ese, ya ve, que conforme era la Corina de calentona, de no ser

por él, la cosa hubiera acabado en una barriga, eso fijo. Pero él, el Emigdio, digo, la respetaba, y ¿sabe usted por qué?

DR.— ¿Por qué, Pacífico?

P.P.— Pues, mire, en primer lugar porque era una persona decente y, en segundo, porque tenía la cabeza en otra cosa.

DR.— ¿Rendía cuentas directamente a tu padre?

P.P.— Quia, no señor, me las rendía a mí. Y luego iba yo y se las rendía a Padre. Pero como Padre andaba afanado con los roturos de los altos, ni se enteraba, o sea, sólo las cuentas. Y como las cuentas marchaban, pues ve ahí, Padre como unas pascuas. Lo único, la avaricia, ya ve, que a cada rato me decía: Pacífico, aviva, esto del gallinero puede ser una mina, ¿comprende?

DR.— Le vencía la codicia, vamos.

P.P.— Como a cada quien, doctor, ni más ni menos, que yo me pienso que tocante a este punto todos somos parejos. Ve, ahí tiene usted a la Candi, distinta de los demás, me río yo, ¿qué pasó la tarde que subimos a los lavaderos?

DR.— ¿Qué pasó, Pacífico?

P.P.— Los lavaderos de oro, digo, orilla la Peña Aquilina.

DR.— Sí, ya sé, hijo. Pero ¿qué es lo que pasó?

P.P.— Lo de siempre, por no variar, mire. Yo le hablé a la Candi una tarde de los lavaderos, ¿entiende?, de que los cárcavos de la Peña Aquilina arrastraban el agua de los deshielos y en la Mesa del Brezo armaban el arroyo Alija, ¿no? Bueno, pues la dije eso y que en el arroyo, de la parte la Mesa, aparecieron pepitas de oro hace qué sé yo el tiempo, cuando el Bisa era chaval, y que todavía andaban en pie los lavaderos y las artesas, ¿se da cuenta? Bien, pues a la Candi la faltó tiempo, que a subir. Y allí nos vería monte arriba, un julio, a unas cinco de la tarde, que se le hacían a uno los sesos agua, doctor. Conque, así que la Candi se puso a mirar las artesas y los cendales, para cribar el mineral, que hágase usted cuenta cómo estarían, de la herrumbre, digo, yo metí los pies en el arroyo y me puse a levantar cantos, ¿entiende?, o sea, por ver si agarraba algún cangrejo. Y, andaba en éstas, oiga, y una cosa que brilla, muy chica, que no abultaría lo que una lenteja, doctor, no era mayor, y ¡una pepita!, voceé. Conque allí vería a la Candi, el brinco que pegó, ¡es mía!, que yo no dije lo contrario, oiga, pero se vino a mí como una furia y me zamarreó, que yo pensé para entre mí que era cosa de juego, a ver, y la apuñé, la pepita, digo, y no te la doy, que ella, ¡es mía, es mía!, ni hablar me dejaba. Oiga, y qué a pechos no se lo tomaría, que serían los nervios, de otro modo no se explica, que ¡dámela o te pego una hostia!, así,

por dos veces, que yo, toma, guárdatela, a ver, ya ve qué me iba ni qué me venía, natural, se la di. Pero que no me esperaba yo una cosa así de la Candi, se lo digo como lo siento. ¿Y querrá usted creer, doctor, que a raíz de la pepita ni una sola tarde dejamos de subir a los lavaderos?

DR.— ¿A buscar oro?

P.P.— ¡De qué, doctor, si allí no había más que guijos!

DR.— ¿Qué hacíais entonces?

P.P.— Ella sí, doctor. Ella removi6 la cascajera de arriba abajo, no vea qué afán. Que de la punta la Peña Aquilina a los lavaderos no dejó un canto en su sitio, como lo oye, que yo, ya ve qué plan, me tumbaba orilla un cobertizo, y a aguardar a que se cansara.

DR.— ¿Y encontró algo?

P.P.— Pero qué iba a encontrar, oiga, si no las había.

DR.— ¿Se disgustó la Candi por su fracaso?

P.P.— Mire usted, la Candi, para esas fechas, ya no estaba a lo que estaba, ¿entiende? O sea, andaba como rara, que las yerbas esas no podían hacerla bien.

DR.— ¿Qué yerbas?

P.P.— Las que fumaba, mire.

DR.— Pero ¿es que fumaba yerbas la Candi?

P.P.— Mediado el verano la dio por ahí, ya ve.

DR.— Pero ¿qué yerbas eran ésas?

P.P.— Pues unas yerbas silvestres, que se criaban donde los farallones de la Peña, ¿sabe?, entre las grietas, en el mismo mantillo. Pero no se piense que las descubrió ella. Esas yerbas, para que lo sepa, se usaban en mi pueblo desde tiempo, desde que yo era chaval, como remedio para el dolor de muelas, ¿entiende? Que la señora Dictrinia preparaba una cocción y nos hacía enjuagar la boca con ella, pero siempre nos advertía lo mismo: no lo tragues, majo, que te puede hacer mal, escupe. ¿Se da cuenta?

DR.— ¿Y cómo le dio a la Candi por fumarlas?

P.P.— Mire usted, la Candi, por mayor, ya conocía las propiedades de las yerbas esas. Pero, un día, subiendo a los farallones, agarró una brazada y allí en Prádanos, en la ventana la escuela, las puso a secar. Conque, una semana después, la vi que tiraba de papel y liaba un pito que no vea soltura, oiga, y yo, ¿qué fumas ahí?,

que ella, de costumbre fumaba de negro, liado, ¿sabe?, que a días no la bastaba con dos paquetes. Bueno, conque me mira tal que así, y son las yerbas de la Peña, por probar, que yo, a ver si te hacen mal, y ella, a reír, no mires tanto por la vida, Pacífico, ¿se da cuenta? Y así empezó, a lo bobo, que a raíz de aquello, raro el día que no echaba un pito de éstos, en Prádanos, luego de enredar un rato.

DR.— ¿Y qué efectos le causaba? ¿Notaste en ella alguna alteración mientras fumaba las yerbas o al acabar el cigarrillo?

P.P.— Sí, claro, entiéndame, no es que brincase de alegría, ni que bailase en una pata, eso no. O sea, de primeras, se quedaba como amurriada, ¿entiende?, así como traspuesta. Pero, luego, se la ponían los ojos blancos y sonreía a tirones, ¿sabe?, tal cual los críos al soltar la teta, que inclusive se me hacía a mí que babeaba un poco. Y, en éstas, oiga, se tumbaba en la pradera y a restregarse las espaldas, y a reír, que yo, ¿qué es lo que ves, Candi?, y ella volvía los ojos, blancos, oiga, como emperzados, ¿entiende?, y no es por ver sino por dejar de ver por lo que lo hago, ya ve qué salida, que yo, ¿es que te ciegan las yerbas, Candi?, a ver, y ella volvía a sonreír a tirones, oiga, como amagos, ¿sabe?, y al cabo de un rato, no es que me cieguen, putito, dejo de ver lo que no me gusta ver, el sucio mundo, la basura, los carcamales, ¿se da cuenta?

DR.— ¿Y no llegó a decirte lo que veía?

P.P.— Por mayor no acababa de explicarse, no señor.

DR.— ¿Fumaba esas yerbas con frecuencia?

P.P.— Mire, ya le digo, a raíz de eso, hasta que rompimos, yo no sé si lo dejaría algún día.

DR.— ¿No trató de iniciarte a ti en el vicio?

P.P.— Eso no, ya ve, no porfiaba. Tan sólo un día, por mayor, di dos chupadas a un pito. No se me olvida, oiga, fue la tarde que volvieron ellos.

DR.— ¿Quiénes volvieron, Pacífico?

P.P.— ¿No le digo? Ellos, los del pueblo, el vecindario.

DR.— ¿Que volvieron a Prádanos, a sus casas?

P.P.— Talmente, sí señor.

DR.— ¿Quieres decir que volvieron todos?

P.P.— Todos no sé, oiga, pero personal ya había. No vea las risas y chirigotas que se gastaban. ¡Menudas voces!

DR.— No entiendo nada, Pacífico, te lo aseguro.

P.P.— Pues no tiene mucho que entender, doctor. O sea, yo andaba tras la Candi, enredando, como de costumbre. Y orilla la plaza la atrapé, o sea, la cogí. Conque empezamos a arrullarnos y, en éstas, las ventanas, y las callejas, y las puertas, se llenaron de gente, ¿no? Y todos venga de parlotear y de reír, ¿se da cuenta ahora?

DR.— Pero ¿de dónde salieron? ¿No estaba el pueblo desierto cuando llegasteis?

P.P.— Cuando llegamos, sí señor, a ver, vacío, como siempre. Pero luego, no, que para mí que estaban aviándose, o sea, dentro de las casas.

DR.— ¿Aviándose?

P.P.— Qué hacer, doctor. Ellas, las mujeres, con las sayas negras y el pañuelo a la cabeza. Y ellos, o sea, los hombres, con las boinas y los trajes de pana y las camisas blancas, como de fiesta. Y luego los chavales, no vea, nos hicieron corro y nos tiraban buscapiés, menuda juerga se traían.

DR.— ¿A cuenta vuestra?

P.P.— A cuenta nuestra, natural, ya ve, la Candi en pelotas y un servidor en paños menores, ¿para qué querían más?

DR.— Pero ¿no verías visiones, Pacífico? ¿No sería todo efecto de las fumadas?

P.P.— Anda y qué tendrá que ver una cosa con la otra. A mí las fumadas me dejaron mal gusto de boca, para que lo sepa, pero ése es otro cantar. Y si quiere que le diga más, en el balcón de Palacio, acodado en la baranda, estaba un señor de edad, bien presentado él, con la capa roja y negra apolillada, y perilla y bigote.

DR.— ¿Y qué hacía allí, qué decía?

P.P.— Mayormente bajaba y subía la cabeza, como diciendo, para entre él, lo que hay que aguantar. Y en la misma esquina, ¿sabe?, tal que así, donde la escalera de caracol, andaban los civiles, oiga, la pareja. Pero que ni hicieron por nosotros, ni nada. Lo único, se daban de codo y a reír, talmente como los demás.

DR.— En fin, Pacífico, si tú lo dices habrá que creerte. ¿Cuál fue tu reacción ante una cosa así? ¿Qué hiciste?

P.P.— Ya ve qué iba a hacer. La emprendí a correr y no paré hasta la fuente Peralta.

DR.— ¿Y la Candi?

P.P.— La Candi apareció luego, con la ropa, o sea, al cabo de media hora. Pero tan terne, no crea. Que lo que yo la dije, doctor, ni amarrado vuelvo a subir a este pueblo. Y ella a reír, ¿es que nos van a comer?

DR.— Y ella, la Candi, ¿había visto lo mismo que tú?

P.P.— Al detalle no lo sé, doctor, ni tampoco se lo pregunté. Pero si ella decía que no nos iban a comer, es porque había visto a alguien, ¿no?

DR.— No lo sé, Pacífico. No me parece una argumentación convincente. ¿Y es cierto que no volviste a subir a Prádanos?

P.P.— Desde esa tarde, no he vuelto a pisar el pueblo aquel, doctor.

DR.— ¿Qué hicisteis? ¿Dónde os veíais?

P.P.— Ya ve, dábamos paseos. Unas tardes a la Torca, otras a la Charca del páramo, según. Pero, por mayor, a la pobeda del Embustes, a la vera del río.

DR.— Estaba ya avanzado el verano, ¿no es cierto?

P.P.— A ver, oiga, como quien dice andábamos en septiembre. O sea, los árboles estaban cuajados de manzanas, que no vea aroma más rico. Daba gloria andar por el campo aquellos días, doctor.

DR.— ¿Y no se alteraron vuestras costumbres?

P.P.— ¿Cómo dice?

DR.— Que si hacíais la misma vida que antes.

P.P.— La misma, sí señor, por no variar.

DR.— Pero el río, las riberas del río, ¿no estaban más frecuentadas que Prádanos?

P.P.— Ande, eso a poco.

DR.— ¿Y no temíais que os sorprendieran?

P.P.— Mire, la Candi era muy determinada, ¿sabe? Y allí, en la pobeda, entre las mimbreras, al abrigo se estaba tan ricamente.

DR.— Pero ¿no podía presentarse de improviso algún pescador, tu abuelo, por ejemplo?

P.P.— No señor, eso no. La veda de la trucha, para que lo sepa, empieza en mi pueblo por la Virgen de agosto. Y luego, el Embustes trae un agua muy recia y muy fría, así que, por mayor, tampoco es cangrejero. De modo que de eso, nada.

DR.— Y la Candi, ¿no hablaba de que había que marchar del pueblo?

P.P.— Ella siempre dijo que para octubre.

DR.— ¿Y seguía en la idea de irse contigo?

P.P.— Pues no sé qué le diga. Ella, por aquellos entonces, hablaba otra vez de la comunidad.

DR.— ¿Y no contaba contigo para eso?

P.P.— No señor, para la comunidad no contaba conmigo.

DR.— ¿No proyectabais un futuro común, un futuro para los dos?

P.P.— Mayormente, no señor. O sea, mientras la Candi no quedó preñada ni lo mentó.

DR.— ¿Y cuándo se enteró la Candi de que estaba encinta?

P.P.— Si no me recuerdo mal, doctor, una semana antes de ocurrir lo del Teotista. El tres de septiembre por más señas.

DR.— Y entonces, ¿qué dijo?

P.P.— De primeras quería estropear la criatura, el fruto, ¿entiende? O sea, que un hijo jodía todos sus planes y que si la señora Dictrinia sabía de eso.

DR.— ¿De prácticas abortivas?

P.P.— Eso, talmente, sí señor. O sea, de don Alfaro no se fiaba, que ella, la Candi, digo, decía de él que era un meapilas.

DR.— Luego cambió de parecer, ¿no es así?

P.P.— Al día siguiente, mire.

DR.— ¿Qué pensó entonces?

P.P.— Según me dijo, casarse conmigo y alumbrar la criatura.

DR.— Y tú, ¿qué respondiste?

P.P.— Que calma, a ver. Que me lo pensaría.

DR.— ¿Cómo lo encajó ella?

P.P.— Mal. ¡Como una loba, oiga! Me soltó dos moquetes y me puso la cara de arañones que no vea. Hecho un harnero me dejó.

DR.— Esto, según dices, era poco antes de ocurrir lo del Teotista, ¿verdad?

P.P.— Seis días antes, sí señor.

DR.— Puede saberse, Pacífico, por qué no aceptaste su proposición. ¿Es que te abrumaba la responsabilidad del hijo?

P.P.— Por la criatura, no señor, de qué. Pero estaba lo otro, oiga, o sea, lo de cabrón, compréndalo, que no era cosa de broma, que ella misma lo advertía.

DR.— Ya.

P.P.— Por lo demás, yo me pienso que cada quién ha de cargar con sus responsabilidades. Es de ley.

DR.— Está bien, Pacífico. Y dime, ¿no hay ningún otro aspecto de la Candi que te parezca relevante y que hayas omitido?

P.P.— Perdona, no le comprendo bien, doctor.

DR.— Digo que si hay algo más sobre la Candi que no hayas contado.

P.P.— Bueno, así, cosa de monta, yo me pienso que no, doctor. O sea, luego está lo de la visita, ¿no?, pero para entonces ya andaba yo en Góyar, que ya había ocurrido todo.

DR.— De eso hablaremos más tarde, Pacífico. Ahora únicamente quisiera saber si en esos días, en los últimos días sobre todo, una vez que la Candi decidió respetar a la criatura, no sucedió nada que autorice a pensar que ella quería presionarte para que aceptases la solución del matrimonio, ¿me comprendes?

P.P.— De sobras, oiga.

DR.— ¿Y no recuerdas nada?

P.P.— Al respecto, nada, no señor.

DR.— Está bien. Continúa.

P.P.— Bueno, vamos, o sea, una tarde, estando así, tal que usted y yo ahora, apareció el Teotista, eso ya lo sabe.

DR.— No te fíes de lo que sé, Pacífico. Ahora lo que deseo es que me cuentes todo, hasta lo que sé, con el mayor número de pormenores.

P.P.— Pues, eso, doctor, apareció el Teotista.

DR.— ¿Y dónde estabais vosotros?

P.P.— En la braña, tal que así, sentados en la hierba, como de costumbre.

DR.— ¿Desnudos?

P.P.— Bueno, ella, la Candi, digo, sí señor, desnuda andaba. En lo que a un servidor respecta, tenía la elástica y los calzoncillos puestos.

DR.— Perdona la indiscreción, ¿qué hacíais en ese momento, Pacífico?

P.P.— Nada, oiga, como lo oye, o sea, estábamos sentados al sol tranquilamente, mondando piñones.

DR.— Piñones tostados, ¿no es así?

P.P.— Tostados, sí señor, de esos que tienen una raja por medio; que se abren con una navaja.

DR.— Es decir, que tú tenías la navaja en la mano.

P.P.— Sí señor, en la mano. Y la Candi, tal cual.

DR.— Una cosa, Pacífico, ¿te fijaste si la Candi se sorprendió al ver aparecer a su hermano?

P.P.— Natural, oiga, o sea, ella se tapó las tetas con un brazo, tal que así, y con la otra mano, bueno, ya sabe.

DR.— ¿Y no dijo nada? Por favor, Pacífico, trata de recordar exactamente sus palabras.

P.P.— Sí, señor. Ella fue y dijo, dice: ¿Qué pintas tú aquí, Teo? Eso dijo.

DR.— ¿Nada más?

P.P.— Que yo me recuerde, nada más, no señor.

DR.— ¿Y tú crees que su actitud de asombro era sincera, quiero decir que se sorprendió de verdad?

P.P.— A ver, doctor.

DR.— ¿Por qué sabes que no era todo una comedia?

P.P.— Ella, la Candi, digo, se tapó, oiga. ¡Ah, ya! Usted se malicia que la Candi y el Teotista, el Teotista y la Candi, andaban a la uva, ¿no es eso, doctor?

DR.— Mira, Pacífico. Lo que yo piense ahora carece de importancia. Lo fundamental es esclarecer la verdad. ¿Crees que la sorpresa de la Candi fue sincera?

P.P.— Yo me pienso que sí, doctor.

DR.— A otra cosa. Háblame ahora del Teotista. ¿Qué cara tenía cuando llegó?

P.P.— Bueno, vamos, o sea, alterado sí parecía.

DR.— Pero ¿verdaderamente furioso?

P.P.— Yo me pienso que sí, doctor, no era para menos.

DR.— Tú prescinde de la situación, Pacífico, y del carácter habitual del Teotista, te lo ruego, ¿estaba verdaderamente fuera de sí esa tarde?

P.P.— A saber, doctor, yo le diría que sí, pero se pone usted de unas formas.

DR.— ¿Y cómo apareció? ¿No sentisteis ruido?

P.P.— Ruido, no señor. Él entró en la braña a lo zorro, o sea, apartando con el palo unas salgueras. Y, entonces, le vimos.

DR.— ¿Así que llevaba un palo en la mano?

P.P.— Una garrocha, sí señor, o sea, tal que así, en la mano derecha.

DR.— ¿Y qué dijo?

P.P.— De primeras, nada.

DR.— Es decir, que habló antes la Candi.

P.P.— Así es, sí señor, primero dijo la Candi: ¿Qué pintas tú aquí, Teo?

DR.— Y él, ¿qué respondió él? Pon mucho cuidado en recordarlo, Pacífico.

P.P.— Bueno, él dijo, el Teotista, digo, esto ya me lo tenía yo mamado, cacho zorra, liada con el sietemesino este del Humán. Eso dijo, ni más ni menos.

DR.— ¿Seguro que nada más?

P.P.— Nada más, no señor.

DR.— ¿No enarboló entonces la garrocha?

P.P.— No señor, a mayores nos miraba, primero a ella y luego a mí. Pero calló la boca.

DR.— ¿Y tú, qué hacías mientras?

P.P.— Ya ve, mondar piñones.

DR.— ¿Sin mirarle?

P.P.— Sí señor; le miraba y dejaba de mirarle. A ratos.

DR.— ¿Sentado en el suelo?

P.P.— A ver, tal como estaba, doctor.

DR.— ¿Y cuándo te incorporaste?

P.P.— Una vez que él, el Teotista, digo, se arrimó.

DR.— ¿A ti o a su hermana?

P.P.— A mí, o sea, a los dos, doctor, estábamos el uno orilla del otro.

DR.— Y una vez que tú te pusiste de pie, Pacífico, ¿no levantó el palo el Teotista con ánimo de golpearte?

P.P.— Ya está usted como el abogado, oiga.

DR.— Contesta, por favor, ¿lo levantó o no lo levantó?

P.P.— No señor, de qué. Él, el Teotista, digo, se quedó quieto parado, mirándome.

DR.— Y tú, ¿qué sentías tú en ese momento, Pacífico?

- P.P.— Frío, ya ve. Con unas cosas y otras se había levantado el relente y yo había escondido la faja debajo de las mimbreras.
- DR.— Está bien, dejemos eso aparte, Pacífico. En tu fuero interno ¿qué sentías? ¿Odio, cólera, confusión, vergüenza...? ¿Qué?
- P.P.— Vergüenza, no señor, imagine. Después de cuatro meses yo estaba enseñado a andar en calzoncillos por el campo.
- DR.— ¿Qué sentiste, entonces?
- P.P.— Que yo sepa, nada, doctor.
- DR.— Pero estarías ofuscado, digo yo.
- P.P.— No señor, le digo a usted que no estaba ofuscado. Lo único, que echaba en falta la faja.
- DR.— Está bien, de acuerdo. ¿Qué hiciste entonces?
- P.P.— Pues conforme me puse de pies, tenía tal que así la navajilla en la mano derecha y le tiré un viaje, ¿se da cuenta?, al Teotista, digo.
- DR.— ¿Qué hizo el Teotista ante tu agresión?
- P.P.— No hizo nada, oiga, ni tiempo le dio. O sea, soltó la garrocha y se llevó las manos al vientre, natural, donde le había pinchado, y dijo: Me ha matado. Luego se cayó al suelo, hecho un gurrño, meneó un poco las piernas y se quedó quieto.
- DR.— Atiende, Pacífico, ¿no era tu navaja un juguete, quiero decir un instrumento apropiado para abrir piñones y poco más?
- P.P.— Ande, a ver, si no tendría ni cuatro dedos de hoja. Todo eran cachas.
- DR.— ¿Y cómo te explicas entonces que bastase un solo golpe para matar a un muchacho fornido como era el Teotista?
- P.P.— Mire, doctor, en estas cosas nunca se sabe. Es lo que yo digo, cuestión de suerte.
- DR.— Pero al agredirle con una arma tan inocente, es evidente que tú no pretendías matarle. Esto es, el hecho de que muriese fue pura fatalidad. Es desproporcionado el daño con los medios puestos en juego, ¿no lo crees tú así?
- P.P.— Puede que fuera así, doctor, si usted lo dice. Ahora, cuando yo le espeté, al Teotista, digo, yo iba a por él, doctor, las cosas como son.
- DR.— ¿Y no sería el afán de deslumbrar a la Candi, de desquitarte de anteriores humillaciones, lo que te empujó al homicidio?
- P.P.— Eso no, doctor. De la Candi yo sacaba lo que quería. No necesitaba más.

DR.— Pero, en cualquier caso, Pacífico, supongo que, tras tu pronto, te apresurarías a auxiliar al Teotista, ¿no?

P.P.— Está usted muy equivocado, doctor. Lo mío no fue un pronto, ya se lo dije así al abogado.

DR.— Como quieras llamarlo, Pacífico. ¿Auxiliaste o no auxiliaste al Teotista después de apuñalarle?

P.P.— ¿Yo?, no señor.

DR.— ¿Qué hiciste, entonces?

P.P.— Pues, mire, me recuerdo que aparté a la Candi, que me andaba zarandeando, voceando que le había matado, ¿se da cuenta?, cogí, me llegué donde las mimbreras y me puse tranquilamente la faja. Luego me vestí y me llegué al cuartelillo, donde el sargento Metodio, y se lo dije, o sea, le dije, sargento, he matado al Teotista, me doy preso, ¿comprende?

DR.— Comprendo, Pacífico, pero ¿es posible que te marcharas de allí sin mirar siquiera el cuerpo de tu víctima?

P.P.— Eso no, doctor, mirarle sí le miré, al Teotista, digo. La Candi le había aflojado el pantalón, ¿se da cuenta?, y en el vientre, conforme se mira a mano derecha, tenía un ojalito negro. Pero que ni sangraba ni nada, oiga.

DR.— ¿Y no hiciste entonces ademán de ayudar a la Candi?

P.P.— No, señor.

DR.— ¿Y ella qué hacía?

P.P.— Lloraba, doctor.

DR.— Lloraba, ¿eh?, ¿y no te acusaba?

P.P.— Sí y no, oiga, o sea, ella, la Candi, digo, decía, le has matado, Pacífico, ¿se da cuenta?

DR.— ¿No te dijo entonces putito, cabroncete, ni ninguno de esos apelativos que solía aplicarte?

P.P.— Entonces, no señor. Me dijo Pacífico a secas.

DR.— ¿A qué lo atribuyes?

P.P.— Yo tengo para mí, doctor, que lo de la barriga la cambió a la Candi de arriba abajo, ya ve.

DR.— ¿Quieres decir que hasta se olvidó de arreglar el mundo?

P.P.— Más o menos, doctor. ¡Si quería casarse!, ya se lo he dicho.

DR.— Está bien, Pacífico. Creo que hemos llegado a un punto en que necesitas más que nunca serenidad y claridad de juicio. Pienso, incluso, que este interrogatorio final ha sido apresurado y, en consecuencia, tus respuestas hay que ponerlas en tela de juicio. En fin, no se pueden hacer así las cosas. Vete a descansar y mañana continuaremos charlando. Hasta mañana, hijo.

## QUINTA NOCHE

---

DOCTOR.— Hola, Pacífico. Acomódate por ahí, anda. ¿Cómo te encuentras? ¿Sabes que en todo el día no he hecho otra cosa que darle vueltas a lo que me contaste anoche? No puedo remediarlo. Se me antoja todo muy extraño, hijo, la verdad. Yo quiero pensar que a última hora estabas fatigado, porque, por más que me esfuerzo, no me casan las piezas del rompecabezas. ¿Cómo es posible, por ejemplo, que tú, aquella vez que el Bisa te contó tan a lo vivo la historia de Galdamés, orinases sangre, y luego puedas matar a un hombre en frío, sin sentir un estremecimiento? No es admisible, Pacífico, compréndelo. El hecho de que orinases sangre revela un fuerte shock, y este shock responde a un temperamento hipersensible. Sin embargo, tú insistes en que mataste al Teotista porque sí, sin otra razón. Es decir, él no te provocó, no te amenazó, incluso después de apuñalarlo, no le prestaste auxilio. Yo no puedo digerir esto, hijo. Quiero pensar que anoche estabas cansado, respondías sin reflexionar o, por las razones que fueran, me ocultaste parte de la verdad. Vamos a ver, Pacífico, y, por favor, no contestes a la ligera, ¿es cierto que cuando tú agrediste al Teotista, él no te había provocado?

P.P.— Es cierto, sí señor.

DR.— ¿Estarías dispuesto a jurarlo?

P.P.— Como la luz bendita, oiga, que no le engaño.

DR.— Escúchame, Pacífico y ten en cuenta que esta pregunta es sumamente delicada: tu novia te había dicho en Prádanos una vez que si el Teotista os encontraba en la forma que os encontré, sería capaz de matarte. Esto es cierto, ¿verdad? Bueno, ¿puedes tú afirmar categóricamente que en el momento de agredirle, no operó en ti, aunque fuera en el subconsciente, el temor de esta amenaza?

P.P.— Si quiere que le diga la verdad, doctor, para entonces ni me recordaba que el Teotista me hubiese jurado la vida.

DR.— Bien, pero al margen de tu cerebro, ¿no pudo operar ahí un automatismo de

defensa?

P.P.— Qué sé yo. No entiendo de eso, oiga.

DR.— Pero ¿qué sentiste al pinchar al Teotista?

P.P.— Que era fácil, mire.

DR.— ¿Nada más?

P.P.— Bueno y que era blando. Más blando de lo que yo me imaginaba, doctor.

DR.— Ya estamos en las mismas, Pacífico. ¿Cómo voy yo a creer que al matar a un hombre todo lo que se te ocurre pensar es que es fácil y blando?

P.P.— Ande, yo no le obligo. Puede usted pensar lo que guste, mire. Yo sólo le digo cómo fue.

DR.— Pero, entiéndeme. Yo quisiera saber cómo te entró en la cabeza la idea de matarle.

P.P.— Bueno, oiga, bien mirado, yo tampoco dije que me entrara en la cabeza. O sea, yo lo hice, eso sí, sin que me costara trabajo, ¿entiende?

DR.— Pues, no, no lo entiendo, Pacífico. No entiendo que porque sí se hiera a un semejante. No entiendo que después de herirle no se le preste ayuda. Y lo entiendo menos en tu caso, un ser enfermizamente sensible, que vomita porque dispara contra un perro o le duelen los dedos cuando ve podar un árbol.

P.P.— Eso no, oiga. Para entonces, el que olivasen los árboles o no me traía sin cuidado. Lo otro fue de chaval.

DR.— Una cosa, Pacífico. Aunque no le echases una mano, algún arrepentimiento sí sentirías luego, ¿verdad?

P.P.— A mayores, ninguno, no señor.

DR.— ¿Tan rematadamente malo te parecía el Teotista?

P.P.— Hombre, como dañino sí era dañino el Teotista, a qué vamos a negarlo. Pero eso no hace al caso, oiga. O sea, talmente me hubiera pasado con otro.

DR.— Y, al presentarte en el cuartel y confesar tu crimen al sargento Metodio, ¿tampoco lamentaste el hecho?

P.P.— Tampoco, no señor.

DR.— ¿Supone eso que en ningún momento sentiste conciencia de pecado?

P.P.— Pues, no señor. No la sentí, ésta es la pura verdad.

DR.— Pero, ¿cómo te explicas que unas semanas antes la sintieras por tus excesos carnales y no la experimentaras después de matar a un hombre?

P.P.— Ve ahí, doctor. Las cosas.

DR.— Escucha, Pacífico, ¿no es el «no matarás» un precepto del Decálogo lo mismo que el «no fornicarás»?

P.P.— A decir verdad, sí señor, lleva usted razón.

DR.— Pues entonces.

P.P.— Son dos cosas aparte, mire.

DR.— ¿Cómo aparte?

P.P.— Se pone usted como el abogado, oiga, igual de testarrón. A mayores, uno tiene que decir que se asustó, que le ayudó y que se arrepintió, aunque no sea cierto.

DR.— No es eso, Pacífico. No me enredes. En tu conducta hay hechos que no concuerdan. Mejor dicho, que se dan de cachetes. Esto es lo que me gustaría aclarar. Por eso quiero que me digas la verdad.

P.P.— Eso hago, oiga, pero usted se sube a la parra.

DR.— Discúlpame, Pacífico, si me excito. A veces me obstino en que mis deseos se ajusten a la realidad y si no es así me desazono, ¿comprendes? Pero no hay mala intención en ello. Me crees, ¿verdad?

P.P.— Si usted lo dice.

DR.— Bien, vamos a concretar: tú te presentaste al sargento y le confesaste tu crimen. ¿Qué sucedió después?

P.P.— Bueno, de primeras, el sargento Metodio lo echó a barato, o sea, no se lo creía.

DR.— ¿Tenía buen concepto de ti?

P.P.— Eso por un lado, oiga. Luego estaba lo de Padre y los abuelos, amigaba bien con ellos.

DR.— ¿Y cómo se convenció de que era cierto?

P.P.— De que yo porfié, ¿se da cuenta? Así que porfié mandó una pareja al río y encontraron el cadáver. Y a la tarde, o sea, esa misma noche, subió don Lucio, el forense de Quintana, y le autopsió. Al Teotista, digo.

DR.— ¿Qué dijo el forense?

P.P.— Pues que sí, que había muerto de la navajada, o sea que yo le había matado. ¡Ya ve usted qué novedad!

DR.— ¿Y te encerraron entonces?

P.P.— Por mayor, el sargento Metodio demoró unas horas. O sea, hasta la madrugada no me puso a disposición judicial. Que el caso era que el Bisa, el Abue, Padre y todos los de casa pudieran despedirse, ¿se da cuenta?

DR.— ¿Allí, en el cuartelillo?

P.P.— A ver, oiga, en el cuartelillo.

DR.— ¿Y fueron?

P.P.— Qué hacer, no van a ir. Pero de uno en uno, ¿entiende?, que eso lo puso el sargento por condición.

DR.— ¿Y quién llegó primero?

P.P.— El Bisa, ya ve.

DR.— ¿Iba afectado el Bisa?

P.P.— ¿Afectado dice? Quia, no señor. El Bisa parecía contento.

DR.— ¿Contento?

P.P.— Contento iba, sí señor.

DR.— ¿Y por qué razón?

P.P.— Mire, la razón pregúntesela a él.

DR.— Pero ¿qué te dijo?

P.P.— Pues mire, de primeras, me dijo que así aprenderían los del Otero, ¿entiende? Luego que, por los síntomas, lo mío iba a ser también la bayoneta. Que según decía esto se puso a reír y a bailar la silla, que allí le vería, oiga. ¡Como un niño!

DR.— ¿Y el Abue? Cuenta, ¿qué te dijo el Abue?

P.P.— Que mal, bueno, o sea, que bien, ¿entiende? Pero que debía haber aguardado a que abriesen la veda.

DR.— ¿La veda?

P.P.— La veda, sí señor. O sea, que el matar hombres como el matar jabalíes había que hacerlo a su tiempo. Que uno mata un jabalí en enero y le dan un premio, pero le mata en julio y lo mismo pena por ello, ¿comprende? Pues con los hombres, parejo. Uno los mata en la guerra y una medalla, pero los mata en la paz y una temporada a la sombra.

DR.— ¿Quién más fue a verte?

P.P.— Todos, doctor, o sea, los de casa. El sargento sólo permitía familia, ¿sabe?

DR.— ¿La Candi, no?

P.P.— Ella, no señor.

DR.— ¿Ni te mandó una carta ni nada?

P.P.— Nada, oiga. En lo que no me trasladaron a Góyar, no supe de ella. De la Candi, digo.

DR.— ¿Y tu padre? ¿Cuál fue la reacción de tu padre?

P.P.— Padre, por mayor, andaba cachifollado. Por el gallinero más que otra cosa, ¿entiende? O sea, él, Padre, digo, me dijo que volviera pronto, que el negocio quedaba desamparado y que estas cosas necesitan el ojo del amo.

DR.— ¿No te habló del Emigdio?

P.P.— Qué hacer, sí señor. Inclusive me dijo que andaba metido en unos cruces de perdigones con gallinas de Guinea, ¿sabe? Pero no crea usted que Padre era de los que se entusiasmaba mucho con esas cosas, o sea, con los inventos.

DR.— ¿No te habló de pagarte un abogado?

P.P.— No señor, eso ni lo mentó.

DR.— ¿No aludió para nada a tu defensa?

P.P.— Para nada, doctor. El único que miró por mí sobre ese particular fue mi tío Paco.

DR.— ¿Qué es lo que te dijo tu tío?

P.P.— Pues eso, oiga, que contara con él para lo del abogado.

DR.— ¿Aceptaste tú?

P.P.— Mire, yo ya le anticipé que no se molestara, pero él que no era molestia eso, que era de ley, ¿entiende? Luego fue cuando me salió con lo otro.

DR.— ¿Qué era lo otro?

P.P.— Pues lo de siempre, oiga, que no me preocupase, que de ahí no podía pasar. Que según me lo dijo se me vino a las mientes lo de la cachava, ¿se da cuenta?

DR.— ¿Qué cachava, Pacífico?

P.P.— ¡Otra!, ¿qué cachava va a ser? Pues la suya, la de mi tío Paco, ¿no? La que me enredaba entre las piernas cuando yo era chaval. ¿Es que no se recuerda?

DR.— No sé, hijo. No veo la relación entre una cosa y otra.

P.P.— ¿Que no la ve? Está más claro que el agua, oiga. Que de ahí no podía pasar, o sea, que eso era lo último. El colmo, como quien dice.

DR.— Pero ¿la cárcel?

P.P.— La cárcel, a ver.

DR.— ¿Sugería tu tío que ya no podías caer más bajo?

P.P.— Tal cual, doctor.

DR.— ¿Y estaba contento por ello? ¿Crees tú que sufría al verte en situación semejante?

P.P.— Bueno, o sea, cara de viernes sí tenía el hombre.

DR.— Pero vamos a cuentas, Pacífico; si tu tío decía que habías llegado a lo más bajo, querría decir, imagino yo, que habías caído en la abyección, en lo peor, ¿no es cierto?

P.P.— Pues, no señor. Yo me pienso que no iba por ahí. Ya ve lo que son las cosas.

DR.— ¿Y en qué te fundas?

P.P.— Mire, conforme mi tío Paco me dijo en el cuartelillo, de ahí no puedes pasar, yo la cogí al vuelo, ¿entiende? O sea, me fui a lo de la cachava, lo que me hacía de chaval.

DR.— ¿Y cómo lo interpretabas? ¿Qué es lo que entendías tú?

P.P.— Pues eso, oiga, que ya no podía hacerme más daño.

DR.— ¿Qué quieres decir con eso de que ya no podías hacerte más daño?

P.P.— A ver si me explico, oiga. O sea, la taledada, como quien dice, ya no había quien me la quitase, ¿entiende? Ya me la había pegado. Bueno, pues, entonces, a vivir, ya estaba.

DR.— Lo siento. Mi interpretación me parece más correcta.

P.P.— Mire que es usted testarrón, oiga. Lo que es no querer entender las cosas. Mi tío Paco, para que se entere, quería decir que ya podía quedarme tranquilo.

DR.— ¿En la cárcel?

P.P.— En la cárcel, talmente, eso mismo, de ahí no podía pasar.

DR.— Pero, bueno, esto no dejan de ser suposiciones tuyas, Pacífico.

P.P.— Que no señor, que lo dijo bien claro. O sea, así que me dijo, mi tío Paco, digo, de ahí no puedes pasar, yo le pregunté: ¿Aunque el Bisa disponga otra cosa? y él, aunque el Bisa disponga otra cosa. Que yo, ¿aunque la Candi vaya tras mío?, y

él, aunque la Candi vaya tras tuyo. Que yo, ¿aunque haya una cantea con los del Otero?, y él, aunque haya una cantea con los del Otero. Que yo, ¿aunque llegue mi guerra, tío?, y él, con toda la flema: Así llegue tu guerra, Pacífico, de ahí no puedes pasar. Ya ve, más claro, agua.

DR.— Pero era una filosofía extraña la de tu tío, ¿no?

P.P.— Extraña, ¿a santo de qué?

DR.— Tú me dirás, Pacífico. Por esa regla de tres, la cárcel era la libertad.

P.P.— Más o menos, eso es lo que él me vino a decir, oiga.

DR.— ¿Te dijo él que la cárcel era la libertad?

P.P.— Pues algo parecido a eso.

DR.— Concreta. ¿Qué es lo que te dijo, Pacífico?

P.P.— A mayores no me recuerdo bien, doctor.

DR.— Pero, según esa teoría, ¿para qué te pagaba un abogado?

P.P.— Para que me hicieran justicia, oiga.

DR.— De acuerdo con sus ideas tanto daba que te hicieran justicia como que no, ¿no?

P.P.— No señor. Para él la justicia era lo primero, doctor. Lo que pasa es que él no creía en la justicia.

DR.— ¿No creía en la justicia y te pagaba un abogado?

P.P.— No me líe, doctor. Él me dijo una vez en la Torca, mi tío Paco, digo, que prefería morir antes que juzgar a un hombre; así me lo dijo.

DR.— Pero alguien tiene que hacerlo, hijo, ¿no lo comprendes?

P.P.— Por eso el tío me pagaba un abogado, oiga.

DR.— Está bien, Pacífico, tú ganas. Tampoco creo que estos bizantinismos vayan a llevarnos a ninguna parte. Vamos a dejarlo. Al concluir las despedidas, ¿qué hizo contigo el sargento Metodio?

P.P.— Me empaquetó, mire. Y a la mañana me mandó con dos números a la ciudad, donde el señor juez de instrucción. Y de ahí me pasaron a la Provincial.

DR.— ¿Qué impresión te hizo ver caer el rastrillo detrás de ti?

P.P.— Bien, oiga, o sea, me dije para entre mí: ya puedes vivir tranquilo, Pacífico.

DR.— ¿Te dio sensación de seguridad el rastrillo?

P.P.— Talmente, sí señor.

DR.— ¿No pensaste en los tuyos? Hay penados que dicen que entrar en la cárcel es lo mismo que ahogarse, es decir, en un minuto pasa por la cabeza todo lo que uno ha vivido. ¿No te sucedió algo parecido?

P.P.— A mayores, no señor. Recordarme de ellos, de los míos, digo, eso sí. Pero lo otro, no señor.

DR.— ¿Los recordabas con pena?

P.P.— Bueno, vamos, o sea, yo me recuerdo que me dije para entre mí, ahí os quedáis, ¿comprende? Nada más.

DR.— Pero ¿dijiste «ahí os quedáis» contento de no quedarte tú?

P.P.— Tal cual, sí señor, así fue.

DR.— Si en ese momento te hubieran dicho: Pacífico, hala, puedes regresar al pueblo, ¿hubieras vuelto con gusto?

P.P.— No, señor.

DR.— ¿Por miedo, quizás?

P.P.— Por miedo, talmente, sí señor.

DR.— Pero ¿no eran más peligrosos los tipos que encontraste dentro, en la prisión quiero decir, que los que había fuera?

P.P.— Ni por pienso, doctor. A mayores, un poco ignorantes, pero malos no eran, de ninguna manera, los del penal, digo.

DR.— Bien. Cuéntame de tu primera experiencia carcelaria.

P.P.— Ande, ¿y qué le voy a contar?

DR.— Pues eso, lo que hacías, con quién te relacionabas, cómo se desarrolló el juicio, esas cosas.

P.P.— Mire, de primeras me metieron en una celda. O sea, según se va, tal que así, a mano izquierda, orilla el centro de vigilancia. Allí me tiré dos semanas.

DR.— ¿Solo?

P.P.— De primeras, solo, sí señor, aunque podía haber otro, que luego vino.

DR.— ¿Metieron otro recluso en tu celda?

P.P.— Qué hacer, a los tres días. Un chico rubio, fino él, ¿sabe? Me recuerdo que se llamaba Bernardo, pero los otros, los del patio, le decían Pocholo. Y, a ver, tantas

horas juntos, acabamos platicando.

DR.— ¿Y de qué hablabais, Pacífico?

P.P.— El Bernardo me enseñaba, ¿entiende? O sea, por un ejemplo, los mandos que los sacaba por los rombos del uniforme. Tres rombos, el director; dos, el subdirector, y uno, el jefe de servicio, ¿se da cuenta? Y con los oficiales, tal cual, sólo que en ángulos. Y luego, la corneta, los toques, digo, que si diana, que si fagina, que si paseo, que si retreta. Esas cosas, ya sabe. O sea me enseñaba, que bien mirado, yo andaba allí como un chivo en un garaje.

DR.— Te fue útil la amistad con Bernardo, vamos.

P.P.— Qué hacer, sí señor. O sea, el Bernardo fue el que me dijo al salir de jueces la primera vez: No gastes fuelle con los abogados, tanto da. El fiscal te pedirá diez, el abogado, uno y, a fin de cuentas, el juez te pondrá cinco. Así son las cosas. Da lo mismo que hables o que no hables.

DR.— ¿Y resultó así?

P.P.— Más o menos, doctor.

DR.— ¿Y por qué penaba el Bernardo ese?

P.P.— Eso sí que no lo sé, oiga. A su decir, le habían enchiquerado por error.

DR.— Ya. ¿Y estuvisteis mucho tiempo juntos?

P.P.— Por mayor, ocho o diez días, ya ve. Pero a última hora terminamos regañando.

DR.— ¿Por qué razón regañasteis?

P.P.— ¿Y qué quiere usted que le diga, doctor? El Bernardo ese me resultó de los de la acera de enfrente, un marimarica, ¿entiende? O sea, una noche me salió con que tenía frío, que me metiera con él en la cama, y en vista de que no, él brincó a la mía. Total, que como yo no quería chivarme al boqueras, terminé echándome del petate abajo, ¿oye?, y allí de pies, de espaldas a la pared, me pasé la noche, hasta que sonó la diana, que, al final, no podía ni con mi alma. Esto era lo peor de la trena, oiga, la mariconería, que se comprende, a ver, hombres solos. Pero, mire, lo que yo le digo, si el Pocholo ese da con el Patita, en lugar de conmigo, otro gallo le cantara, eso fijo.

DR.— ¿Quién era el Patita?

P.P.— Uno de Góyar; un compañero de sala.

DR.— Bueno, no corras tanto, Pacífico. Vayamos por partes. Háblame del abogado. ¿Cómo enfocó tu caso? ¿Cuándo se presentó a verte?

P.P.— Día más, día menos, a la semana de mi ingreso. Que me recuerdo la primera vez, oiga, el boqueras, ¡Pacífico Pérez, a jueces!, que yo de nuevas, a ver, que ni sabía de qué iba, natural. Conque el boqueras me abrió la puerta y me acompañó al locutorio. Y allí, del otro lado de la reja, andaba el abogado, no vea qué cacho ejemplar, alto como un varal, un poco así, cargado de espaldas, y unos lentes como los míos. Y tan pronto me vio, oiga, me hizo sentar, muy atento, eso sí, pero, luego, no vea, lo que él decía iba a misa y no se le ocurriera a usted contrariarle.

DR.— ¿Qué quieres decir?

P.P.— Pues eso, oiga, que él armó las cosas a su gusto, así tenían que ser. O sea, el Teotista era un criminal que me había provocado porque no quería que hablase con su hermana, ¿comprende? De modo que andaba tras mío con una garrocha por todas partes. Y conforme dio conmigo, yo anduve más listo y le gané por la mano, que en lo que él, el Teotista digo, levantaba la garrocha yo le rajé con la navaja de los piñones, o sea, me adelanté...

DR.— ¿Y no hiciste constar...?

P.P.— Aguarde, claro que quería hacer constar, pero no se piense usted que me dejaba. Que era abrir la boca y «escucha, tú», ¿entiende?, siempre el mismo registro, que parecía que era él y no yo el que había espetado al Teotista. Para que se entere, él ya la había urdido, la historia, digo, y quería que yo me la aprendiese de memoria para soltarla tal cual en la Audiencia, delante de los jueces.

DR.— ¿Y en qué basó tu defensa?

P.P.— ¿No le digo? El Teotista no era gustoso de que hablase con la Candi. De forma que me había jurado la vida y andaba buscándome para darme con un palo detrás de las orejas. Así que, a su decir, la Candi y yo teníamos que vernos a escondidas por causa suya. Pero una tarde nos pilló amartelados orilla del río y me faltó delante de ella, ¿entiende?, me dijo sietemesino. Y yo, entonces, le rogué que se diera a razones, pero él, el Teotista, la emprendió con ella y la puso de puta para arriba y que Dios Padre me perdone. O sea, que, al decir del abogado, yo intenté apaciguar al Teotista, pero de que enarboló la estaca, yo vi que iba por mí, ¿se da cuenta?, y entonces me ofusqué, perdí la cabeza y le rajé. O sea, legítima defensa mía y de mi novia, ¿entiende?, y que a la misma vista del arma, la Sala, que así le decía él, el abogado, digo, a los jueces, podía comprobar que yo no había tratado de hacer un daño tan grandísimo como el que hice. O sea, que si le maté, al Teotista, digo, fue por casualidad, ¿comprende? Que yo le quería decir que no, que no era así, pero él ni caso, oiga, el abogado, digo, «escucha tú», no había manera, sólo lo suyo.

DR.— ¿Qué ocurrió en el juicio, Pacífico?

P.P.— Mire, de primeras, o sea, de mañana, el boqueras ya me advirtió que me pusiera buena ropa, ¿comprende? Y a las nueve menos cinco en punto me recogió una pareja y me llevó allá, me sentaron en un tajuelo y a aguardar. Y conforme aparecieron los jueces y el presidente voceó: ¡Audiencia pública!, empezó a entrar personal y se puso aquello de bote en bote, que no cabía un alfiler, oiga, que sólo los del pueblo llenaban cantidad.

DR.— ¿Cómo te sentías en ese momento, Pacífico? ¿Estabas tranquilo?

P.P.— Tranquilo, sí señor, mire.

DR.— ¿Y cómo se desarrollaron las cosas?

P.P.— Bueno, vamos, o sea, de principio, el Presidente muy atento, que cuál era mi nombre, y cuáles mis apellidos, y si había estado procesado alguna vez, ya sabe.

DR.— ¿Y el ministerio fiscal?

P.P.— ¡Ande, que ésa es otra! O sea, el señor ése que usted dice empezó a hacerme preguntas, ¿entiende?, pero de que le vi la intención, candé el pico. ¡Ya ve usted qué hubiera adelantado llevándole la contraria!

DR.— Pero ¿cuál era la posición del ministerio fiscal?

P.P.— Mire usted, entre lo que dijo y lo que dejó de decir, lo que se pensaba aquel señor es que yo al Teotista le había jurado la vida, ¿entiende?, y que lo de los piñones me lo inventé para tener la navaja siempre a mano y poder montarme la coartada. Que yo era un zascandil, un vago sin oficio ni beneficio y que había actuado con abuso de confianza y alevosía.

DR.— ¿Te lo dijo así?

P.P.— Más o menos, así lo dijo, sí señor.

DR.— Te pondrías nervioso.

P.P.— ¿Nervioso? ¿A cuento de qué iba a ponerme nervioso?

DR.— Dime, ¿y el abogado? ¿Cuál fue la intervención del abogado?

P.P.— Ya ve usted. La misma pero a su cuento.

DR.— ¿Qué quieres decir con eso de «a su cuento»?

P.P.— Bueno, o sea, me preguntaba para que yo dijera sí o no, ¿comprende?, tal como a él le convenía.

DR.— ¿Y qué hiciste tú?

P.P.— La contraria, a ver. Decir «no» donde él quería que dijera «sí» y viceversa.

DR.— Pero de ese modo le desbaratarías la defensa, ¿no?

P.P.— A ver, eso dijo él, el abogado, digo.

DR.— ¿Y el Presidente?

P.P.— Mire, de que el abogado se renegó y empezó a alborotar los papeles, parece como que le picó la curiosidad al hombre, y que me dejase hablar, que hasta se llevó una mano a la oreja y todo para oírme mejor.

DR.— ¿Y qué dijiste tú?

P.P.— La verdad, oiga. O sea, que ni el señor cojo que había hablado de principio, ni el otro, el alto, el de los lentes, o sea, el abogado, llevaban razón. Bueno, pues no quiera saber el alboroto que se armó por tan poco, que el Presidente no daba abasto a sonar la esquila.

DR.— Y una vez que se restableció el orden, lo echaste todo rodar, ¿no es eso?

P.P.— ¿A rodar? De qué, no señor. Lo que pasa es que ellos enzarzaron, el abogado y el cojo, quiero decir, que el uno voceaba que si yo había confesado no había nada que oponer, y el otro, que nones, que se suspendiera el juicio y que examen pericial médico, que lo que yo había hecho oponiéndome a la defensa demostraba de sobras que yo estaba de la chaveta.

DR.— ¿Accedió la Sala a interrumpir el juicio?

P.P.— Qué hacer, sí señor, muy atentos, que sí.

DR.— ¿Y al examen médico?

P.P.— También, sí señor.

DR.— ¿Y cómo te fue?

P.P.— Mire, no me puedo quejar. O sea, nombraron dos peritos, ¿comprende?, el doctor Raimundo Peñuelas y don Luis María Cárdenas, pero al doctor Peñuelas casi no lo vi el pelo, andaba muy escachado el hombre.

DR.— ¿Enfermo?

P.P.— Bueno, delicado, ya me entiende.

DR.— ¿Y el doctor Cárdenas?

P.P.— Ése, no señor. Don Luis María lo tomó muy a pecho, que ni a sol ni a sombra me dejaba. Él a toda costa quería demostrar que yo estaba chalado. Por mi bien, ¿comprende?, no es que le culpe, que su intención era buena, pero hasta cuando yo me reía o me quitaba un rato los lentes, él untaba. Que, a su decir, por una cosa de ésas se puede saber, ya ve.

DR.— ¿Si estás perturbado?

P.P.— Eso decía él.

DR.— Bueno, ése es un dato; el examen fisonómico es un dato. Pero las conclusiones se sacan del conjunto de todos datos. Te harían muchas preguntas, ¿no es cierto?

P.P.— Mire, por preguntar no quedaría. Don Luis María me preguntó hasta por la madre que me parió.

DR.— La herencia es un factor considerable, Pacífico. ¿No te hicieron también contar tu vida?

P.P.— Eso lo primero, oiga.

DR.— ¿Y fuiste sincero?

P.P.— A ver.

DR.— ¿Le contaste al perito que te acordabas del día que naciste?

P.P.— Eso, no señor.

DR.— ¿Por qué lo omitiste?

P.P.— No se lo hubiera creído, oiga. Nadie se lo cree. ¿Para qué iba a perder el tiempo?

DR.— Muy mal, Pacífico. ¿Le dijiste que cuando veías podar un árbol te dolían, hasta no poderlo resistir, los dedos de la mano?

P.P.— No señor. Eso tampoco.

DR.— ¿Y que a veces sentías llorar a la higuera en el corral?

P.P.— De eso, nada, doctor. O sea, yo me maliciaba que si mentaba esas cosas, don Luis María acabaría diciendo que estaba chalado.

DR.— ¡Pues de eso se trataba, Pacífico! ¿Qué clase de sinceridad es la tuya que omities todo lo que pueda dar sentido al informe?

P.P.— No se altere, oiga. Yo sabía que no estaba chalado y...

DR.— Tú no puedes saber si estás loco o no estás loco.

P.P.— ¿Es cierto eso, doctor? ¿Puedo yo estar chalado sin saberlo?

DR.— Escucha, Pacífico. Desde el momento en que el Tribunal decide someterte a dictamen médico, tú, moralmente, no puedes decidir esto cuento y esto callo. Debes contar todo lo que recuerdes a fin de facilitar un diagnóstico preciso, ¿me comprendes?

P.P.— A eso voy, oiga. Si yo a don Luis María no le dije ciertas cosas, fue al objeto de

no dar lugar a un equívoco.

DR.— Pero, entiéndeme, Pacífico. Es él, el propio don Luis María, quien a la vista de los datos que le suministres debe determinar tu estado, no tú. Pero para eso necesita tener a mano los resultados de todas sus pesquisas. Ahora, si tú le niegas tu concurso, u omites algo, le desorientas y las conclusiones no son válidas, ¿me comprendes? ¿Por qué me miras así? ¿Qué te pasa?

P.P.— Mire usted, si algo siento es el haber hablado de más ahora.

DR.— No es eso, Pacífico. No tiene por qué pesarte. Yo te he dicho que sin tu consentimiento no diré una palabra y lo cumpliré. Puedes estar tranquilo. Yo no te engaño.

P.P.— Pero ¿de veras se piensa usted, doctor, que yo esté chalado?

DR.— Escucha, Pacífico: una inestabilidad emocional, provocada por lo que sea, no significa que estés chalado. En el mundo hay millones de desequilibrados psíquicos adaptados a la vida diaria.

P.P.— Pero yo no estoy chalado, doctor, se lo juro por mi madre.

DR.— Naturalmente que no, Pacífico. ¿Digo yo lo contrario?

P.P.— Se lo piensa y basta.

DR.— ¿Quién te dice que yo piense que estás perturbado?

P.P.— Bueno, vamos, o sea, usted se piensa que si yo le cuento a don Luis María lo que le he contado a usted, él hubiera dicho que yo estaba chalado.

DR.— Yo no he dicho tal cosa, Pacífico. Únicamente digo que en un peritaje médico no debe haber reticencias.

P.P.— Mire, doctor, si yo suelto el mirlo entonces, me hubieran dicho que estaba chalado. Y usted sabe como yo que eso no es cierto.

DR.— ¿Y quién me dice a mí, Pacífico, que, siendo como eres, un hombre aparentemente controlado, no padeces anomalías de la personalidad, o alucinaciones, o ideas delirantes, o cualquier otro padecimiento que atenúe o anule tu responsabilidad?

P.P.— Se lo digo yo y basta.

DR.— En tal caso no hay más que hablar, Pacífico. Eres muy testarudo. Esas anomalías frecuentemente se presentan embozadas, de forma que el paciente es el último en enterarse. Pongo por caso, ¿no te preguntó el doctor si oías voces de personas extrañas o desconocidas?

P.P.— Qué hacer, sí señor. Claro que me lo preguntó.

DR.— ¿Te das cuenta?

P.P.— Ahora que me recuerdo, me preguntaba cosas chuscas don Luis María, oiga. ¿Qué dirá que me dijo un día?

DR.— ¿Qué?

P.P.— Que si me costaba orinar delante de gente, ya ve.

DR.— ¿De qué te ríes, Pacífico? ¿Qué le dijiste?

P.P.— Ya ve qué le voy a decir. Que si estaban muy orilla mía, o sea, mirando, que sí, a ver, que no salía. ¡Ande, que buena juerga nos trajimos a cuenta de eso!

DR.— ¿Y puedes decirme, Pacífico, qué es lo que más le interesó de todo lo que le contaste?

P.P.— Lo de la abuela Benetilde, oiga. O sea, él quería saber si en la familia había más casos.

DR.— ¿De suicidas?

P.P.— De suicidas, sí señor.

DR.— ¿Le dijiste lo de la corona?

P.P.— No señor. Por mayor, la corona ni la menté.

DR.— ¿Y que tu bisabuelo os hizo fusilar a un perro y dirigía la instrucción todas las mañanas?

P.P.— Eso, sí señor.

DR.— ¿Y no le chocó?

P.P.— De primeras, según se lo dije, ya lo creo. Pero de que le conté que en el Humán decían que el Bisa ya no cumplía los cien, lo echó a barato.

DR.— ¿Lo echó a barato?

P.P.— Bueno, ya me entiende. Que debilidad senil.

DR.— Ya.

P.P.— Los viejos, más o menos, por un ejemplo, están todos trascordados. Eso vino a decir, ¿sabe?

DR.— Ya. En resumidas cuentas que el informe fue negativo: No estabas perturbado.

P.P.— No lo estaba; no señor.

DR.— ¿Y cómo te enteraste?

P.P.— Por un propio, ¿entiende? O sea, una mañana me llamaron a jueces, y un mandado me dijo que no, que la Sala no se había tragado lo de loco. Y que, por tanto, volverían a juzgarme.

DR.— ¿Y qué?

P.P.— Bien, ya ve. Todo fue como la primera vez, lo único con menos personal, que de todo se cansa uno, oiga.

DR.— ¿Apoyaste esta vez al abogado?

P.P.— ¿A cuento de qué había de apoyarle? Yo dije mí verdad, ¿entiende? Pero no se piense que él porfió mucho. O sea, luego del desengaño, tampoco crea que puso empeño.

DR.— Y te cayeron doce años y un día, ¿no es eso?

P.P.— Talmente, sí señor. Doce años y un día.

DR.— ¿No se te vino el mundo abajo al oírlo?

P.P.— ¡A santo de qué! No señor.

DR.— Está bien. ¿Dónde empezaste a cumplir?

P.P.— Allí mismo, en la Provincial, pero la idea era llevarme a un penal luego, ¿comprende?

DR.— Y al penal, ¿llegaron a trasladarte?

P.P.— No llegaron, no señor. Antes vino lo del vómito.

DR.— ¿Cómo fue?

P.P.— La cosa más tonta, oiga. O sea, una noche, según me metí en el petate, que ni náuseas ni nada, me vino así, la arcada, digo, y luego otra, y lo puse todo perdido. Pero en un momento, oiga.

DR.— Y era sangre, ¿verdad?

P.P.— Sangre era, sí señor, que menudo brinco pegó el boqueras al verlo.

DR.— ¿Y otra vez al médico?

P.P.— Natural, ya ve. De primeras al de la cárcel, pero que no. Y a la mañana, agarramos un coche y al hospital.

DR.— ¿Un coche? Te gustaría ir en coche, ¿eh, Pacífico?

P.P.— Pues no lo crea, oiga; se me iba la cabeza.

DR.— ¿Y quién te acompañaba? ¿No sentiste deseos de escapar?

P.P.— ¡Qué cosas tiene! ¿Dónde iba a ir que más valiera?

DR.— ¡Qué sé yo! Al pueblo.

P.P.— Ande, pues sí que pintaba yo mucho en el pueblo.

DR.— Quien dice al pueblo dice a otro sitio, Pacífico, caramba. Lo que quiero saber es si sentiste deseos de largarte, de recuperar la libertad.

P.P.— Pero, ¿qué libertad, doctor?

DR.— ¡Qué libertad va a ser, hombre! La de las personas que veías por la calle; la de los seres normales.

P.P.— ¿Y de veras se cree usted, oiga, que éstos tenían más libertad que yo?

DR.— Está bien, Pacífico, tú ganas. Así que fuiste al hospital, ¿qué te dijo el médico?

P.P.— Bueno, me tomó la calentura, me miró el pecho, me echó los rayos, de todo. Conque, al acabar, cogió y me mandó donde otro.

DR.— ¿Para hacerte análisis?

P.P.— Tal cual, sí señor. Que me sacaron sangre y me hicieron escupir y orinar en un tubo. Que no salía, oiga, que no se lo creerá pero tuvieron que soltar el grifo y dejarme solo.

DR.— Resumiendo, Pacífico, después de estas exploraciones te declararon enfermo, ¿no es así?

P.P.— A ver, del pecho. Dijeron que estaba del pecho. O sea, el médico mandó razón al director y el boqueras me lo dijo, o sea me dijo que me llevarían a un Sanatorio Penitenciario. Y así es cómo fui a dar en Góyar.

DR.— Desde tu ingreso en la Provincial hasta tu traslado al Sanatorio, ¿qué tiempo transcurrió?

P.P.— Mire, eso no tiene pierde, doctor. Yo maté al Teotista un nueve de septiembre, ¿no? Pues el diez por la noche, andaba ya en la Provincial. Y tal día como el diecisiete de agosto del año siguiente salía para Góyar. Así que eche cuentas.

DR.— Y durante todo ese tiempo, ¿sostuviste correspondencia con los tuyos? ¿Recibiste cartas de tu pueblo?

P.P.— Por mayor, una de don Prócoro y otra de la señora Dictrinia. Por ellos me enteré de que la Corina y el Emigdio se habían leído y de que yo había sido padre, ya ve.

DR.— ¿Es que de tu casa no te escribían?

P.P.— Mire usted, es más fácil que se venga abajo el pueblo entero que el Bisa o Padre, por un ejemplo, agarren una pluma. Y no es que sean analfabetos, no señor, que no les da por ahí.

DR.— ¿Tampoco fueron a verte?

P.P.— Tampoco, no señor. Fuera aparte de mi tío Paco, que estuvo una vez.

DR.— ¿Te gustaría, no es verdad?

P.P.— Hombre, siempre se agradece.

DR.— ¿Y qué te contó?

P.P.— Pues mire, me recuerdo que me dijo que mi futuro cuñado, o sea, el Emigdio, había dado en ponerles lentes a las gallinas.

DR.— ¿Lentes?

P.P.— Como lo oye, así me dijo. Y que le pintaba bien y que Padre estaba contento. Y también me dijo, que esto ya lo sabía yo por la señora Dictrinia, que la Candi había dado a luz un chaval y le había puesto Pacífico, ya ve.

DR.— ¿Qué impresión te hizo saberte padre?

P.P.— Bien, ¿se da cuenta?, natural. Que como hacía nueve meses que lo estaba aguardando, tampoco se piense que fue una cosa del otro jueves.

DR.— ¿Y la Candi? ¿Es que no fue a verte la Candi?

P.P.— Mientras no pasé a Góyar, no señor. Una vez en Góyar, sí, una tarde me llamaron al locutorio y era ella, la Candi, digo, con la criatura, como debe ser.

DR.— ¿Qué edad tendría tu hijo entonces?

P.P.— Cabalmente cinco meses para seis, doctor. Pero ya decía papá, no crea, y se mamaba el fole.

DR.— ¿Hablabas tu hijo a los cinco meses, Pacífico?

P.P.— Aguarde, oiga, no vaya tan aprisa. El chaval no decía más que papá; eso sí, todo el tiempo, que no paraba.

DR.— Le habría enseñado ella.

P.P.— Se conoce.

DR.— Hablando con sinceridad, Pacífico, ¿no te emocionaste?

P.P.— A mayores, no señor. A mí, doctor, la verdad por delante, no se me quitaba del

pensamiento lo de cabrón. Que yo llevaba lo de cabrón, y que Dios Padre me perdone, clavado así, en la sesera, ¿me comprende?

DR.— Pero ¿cómo estaba ella? ¿No la encontraste cambiada?

P.P.— Cambiada, ya lo creo, como más fuerte. Que en viéndola con el chaval colgado de la teta no parecía ella, la de Prádanos, digo.

DR.— Me refería más bien al interior, Pacífico. ¿Qué te decía? ¿De qué hablaba?

P.P.— Bueno, se puede usted imaginar, con la criatura a vueltas, de las mamadas, de que hacía esto y lo otro, ya sabe. Que el señor Bebel, el padre de ella, que a raíz de lo del Teotista la quiso moler los huesos, ahora, con la criatura en casa, andaba que no sabía dónde ponerla.

DR.— ¿Y de sus planes? ¿No te habló de sus planes?

P.P.— ¿Del casorio, dice? Qué hacer, oiga. Me dijo de casarnos en la misma cárcel, que lo que yo la dije: La criatura no merece un padre preso.

DR.— ¿Qué te contestó ella?

P.P.— Que más valía tener un padre preso que no tenerlo. Y puede que llevara razón, no digo que no. Pero, oiga, es que lo de cabrón no podía sacármelo de la cabeza, se lo digo como lo siento.

DR.— La dijiste que no, entonces.

P.P.— Más o menos, oiga. O sea, que aguardara, que me lo pensaría.

DR.— ¿Y qué dijo ella?

P.P.— Pues eso, ya ve qué iba a decir, que si doce años y un día. Que lo que yo le dije, que hay mil maneras de atar la burra y dejarla suelta.

DR.— ¿Aceptó la Candi?

P.P.— A decir verdad, acabó con las lágrimas.

DR.— ¿Lloró?

P.P.— Y de qué maneras, oiga, menudo hipo.

DR.— ¿Y no te enterneciste?

P.P.— Si se refiere a que la dijera que bueno, a la boda, digo, no señor.

DR.— ¿Ni la criatura te ablandó? ¿Qué sentías cuando el niño decía papá?

P.P.— Por mayor, pena, ya ve.

DR.— ¿Y por qué razón sentías pena?

P.P.— De siempre me dieron pena los niños de pecho, doctor, a saber por qué. Cuánto más el mío, ya ve, en la situación que yo andaba.

DR.— ¿Qué más te dijo la Candi?

P.P.— Pues no me recuerdo bien, doctor. Lo único que me llevó unos chorizos y unos bollos de los de casa.

DR.— Y del Bisa y del Abue, ¿no te dijo nada?

P.P.— Que estaban buenos y que el Emigdio vivía ahora con ellos, o sea, en la casa. ¡Ah, sí! Ahora que me recuerdo, también me dijo que se le habían muerto las gallinas a mi cuñado, que yo la dije: ¿las de los lentes?, y ella, ¿a qué ton las de los lentes?, todas, se conoce que ha sido la peste.

DR.— ¿Así que no llegaste a ninguna conclusión con ella?

P.P.— Que aguardaríamos, nada más.

DR.— Está bien. Andábamos con lo de tu traslado a Góyar. ¿Quién te condujo allá?

P.P.— Una pareja.

DR.— ¿Por carretera?

P.P.— No señor, por ferrocarril.

DR.— ¿Qué impresión te produjo el nuevo domicilio?

P.P.— Bien, mire. O sea, con eso de que andábamos del pecho, parece como que había otra consideración. Que a mí, de primeras, me pusieron en una sala con otros cuatro, todos bacilíferos, ¿sabe? Y como el penal, o sea, el sanatorio, era un castillo, la sala era como redonda, de la forma del cubo, y los petates, todo alrededor. Conque desde allí, casi veíamos el cielo, ¿entiende?, que no había más que un ventano enrejado a dos metros del suelo. Pero por las tardes, desde la galería, podíamos mirar el pueblo a capricho, y la sierra, que, al decir de los compañeros, detrás quedaba Madrid. O sea, que, por mayor, no andábamos de queja.

DR.— ¿Te gustó más que la Provincial?

P.P.— Eso a poco, doctor. Por lo menos estábamos en el campo, mire, que a días, si salía el norte, inclusive se sentían las esquilas del ganado.

DR.— ¿Te acomodaste pronto?

P.P.— Pronto, qué hacer, era una vida tranquila, ¿comprende? Que la tarde que ingresé, con lo del plante de los retretes, pensé para entre mí, menudo avispero, pero no.

DR.— ¿Qué fue eso del plante de los retretes, Pacífico?

P.P.— La casualidad, ya ve. O sea, el día de mi ingreso andaban cabreados, los reclusos, digo, con las comidas, ¿sabe? Y empezaron arriba y abajo con las tapas de los váteres, que menudo estruendo, oiga, que más parecía aquello una chatarrería. Y el oficial y los boqueras de un lado a otro, que ni sabían dónde acudir. Y allá vería a don Avelino, calma, muchachos, calma, pero que nada, oiga, tal como si les hablara a las mismísimas piedras.

DR.— ¿Les decía «muchachos» el oficial a los reclusos?

P.P.— Talmente, oiga. No vea hombre más considerado ni más prudente que el don Avelino ese. Y no piense que fuese un canene, que era un hombrón como un castillo, pero las gastaba así.

DR.— ¿Y eran frecuentes esas algaradas?

P.P.— Que no señor. La casualidad, ya ve. Ingresar y tropezar con él, el plante, digo. La casualidad.

DR.— ¿Y te llevaron inmediatamente a la celda?

P.P.— Bueno, bien mirado, allí contaban por salas, doctor. La mía era la de San José.

DR.— ¿Te metieron en la Sala de San José, entonces?

P.P.— Talmente, sí señor. El mismo don Avelino me llevó allí. Y una vez en la sala hizo las presentaciones, con don Santiago, ¿se da cuenta?, que en el penal le decían todos don Santiago, el único que llevaba don, que los otros eran Patita, el Capullo y el Buque. Y a un servidor le decían Seminarista, que todavía no sé quién me bautizó, ya ve. Pero desde el primer día, ¿eh?

DR.— ¿Y qué te dijo don Santiago?

P.P.— Pues mire usted, así, de primeras, me dio los parabienes y, al cabo, se puso de plática con don Avelino. Por lo del plante, ¿entiende? O sea, don Avelino le pidió que terciase, o sea, que les hablara a los reclusos. Y que si lo hacía, él, don Avelino, digo, se interesaría por el rancho, y que era mejor así, porque si las cosas iban más arriba, se les caería el pelo a todos empezando por los reclusos. Y viéndoles así, platicar, cualquiera diría que don Santiago era el jefe, oiga, que no vea qué aplomo. Que a la legua se veía que era de gente bien, doctor, no vea qué presencia, que yo, la verdad, verle y recordarme de mi tío Paco fue todo uno.

DR.— ¿Por la autoridad?

P.P.— Tal cual, oiga, por el aplomo, que don Avelino le pedía que terciase como a un igual, o sea, un superior. Y don Santiago no se achicaba, no señor, que luego de mucho porfiar, que sí, que bueno, que les hablaría, pero que las comidas eran una vergüenza y aquello tenía que cambiar. Conque don Avelino que conforme, que

lo dejase de su mano, que él respondía, ¿entiende?, pero que por mantener el principio de autoridad encerraría unos días en la celda de castigo al Capullo y a un tal Morris, de la Sala de San Vicente, o sea, los más alborotadores, que yo pensaba, para entre mí, don Santiago va a decirle que nones, pero sólo dijo, Capullo, ve con él, ¿se da cuenta?, sin más, que el otro, el Capullo, digo, ni rechistó, agarró el portante y se largó con el boqueras.

DR.— Y al marchar don Avelino, ¿te habló don Santiago?

P.P.— No señor. Se tumbó en el petate y se puso a leer un libro, lo mismo que si estuviera solo.

DR.— Tú ¿qué hiciste?

P.P.— Ya ve qué podía hacer. Me quedé allí quieto parado, sentado en el petate, hasta que se me arrimó el Buque.

DR.— ¿Quién era el Buque?

P.P.— Otro de la sala; uno que tenía un ojo tal que así, un poco revirado y a ratos se le quedaba blanco.

DR.— ¿Qué te dijo?

P.P.— Me preguntó si había visto una carroza a la puerta.

DR.— ¿Una carroza?

P.P.— Ya ve, manías. Pero yo, de primeras, que no, que no había ninguna carroza a la puerta, ¿entiende? Y él, que allí tenía que andar. Que no quiera saber, la echamos larga. Hasta que me enteré que el Buque decía carrozas a los entierros. O sea, para que se entere, en el patio, orilla la enfermería, estaba el depósito, y como allí, en el penal, digo, andábamos todos del pecho, raro era el día sin defunciones. Que, por las tardes, según estábamos así en la galería, llegaba a lo mejor el carro negro y pasábamos el rato viendo sacar al muerto y con los ayes de los familiares, ¿se da cuenta? Pero el Buque, dale, que era su carroza y que le aguardaba a él, todas las tardes la misma copla, que ya, en fuerza de oírsele, nadie se molestaba en llevarle la contraria. Por eso a mí, de que llegué, que si había una carroza a la puerta, imagine, que yo, de nuevas, a ver, ¿de qué?, y él dale, toda la santa tarde, oiga, que era muy testarrón y muy ignorante el Buque ese, el más ignorante de la sala, dónde va, que ¿qué dirá usted que se le alcanzó una noche?

DR.— ¿Qué, Pacífico?

P.P.— Que quién era San José, por la sala, dese cuenta. Que yo: El padre de Cristo fue, para que callase la boca, natural. Pero él la cogió modorra: ¿Es Dios San José? Y

así todo el rato, oiga, que en la vida he visto un tipo más ignorante que el Buque, se lo juro.

DR.— Y ese Buque ¿tenía alguna relación con don Santiago?

P.P.— Ande, quien más, quien menos, todos los de la sala teníamos relación con don Santiago.

DR.— ¿En qué sentido?

P.P.— Bueno, le servíamos.

DR.— ¿Y qué clase de servicios le prestabais?

P.P.— Pues hoy una cosa y mañana otra, de todo, doctor. Por un decir, desde cepillarle el tabardo y lavarle la ropa hasta hacerle de taxi.

DR.— ¿De taxi?

P.P.— De taxi, sí señor. Para bajarle al patio o sacarle a la galería, natural. O sea, a esa hora, uno, el que fuese, cualquiera, se llegaba donde él y le decía: Hay taxi, don Santiago. Y él lo cogía o no lo cogía, conforme le cuadrara.

DR.— Pero ¿cómo lo cogía? ¿Qué taxi podía coger en el penal?

P.P.— Aguarde, doctor, allí le decíamos taxi a las costillas, para que lo sepa. O sea, bajábamos a don Santiago a cuestras, como a los chicos. Él decía, don Santiago, digo, que estaba muy enfermo y no podía fatigarse, ¿comprende? Y unas veces nos daba un duro por el servicio y otras no nos daba nada, según.

DR.— Pero ¿hacíais eso por miedo?

P.P.— Que no señor, gustosos de servirle.

DR.— ¿Puede saberse qué clase de ser era ese don Santiago?

P.P.— Ya le digo que don Santiago era un hombre con autoridad. Que el mismo Vegas, el boqueras, reconocía que era un hombre competente, ya ve.

DR.— Háblame de él, Pacífico.

P.P.— ¿Del Vegas?

DR.— De don Santiago, hombre. ¿Por qué estaba allí?

P.P.— Andaba también del pecho.

DR.— Digo preso. ¿Por qué delito estaba encerrado?

P.P.— Mire, don Santiago tenía cuartos, o sea más de treinta millones en Inglaterra. Que al decir de radio petate, don Santiago hizo una estafa y se largó al extranjero a

darse la vida padre. Pero un día van y le dicen que iban a condenar a otro por esa estafa, o sea, a un inocente, justos por pecadores como suele decirse. Y entonces don Santiago, de que se enteró, agarró un avión y a Madrid: El autor de esa estafa soy yo, dicen que dijo. Y el juez, de primeras, los cuartos, vengan, que él, don Santiago, digo, eso sí que no, ¿se da cuenta? O sea, él dejó bien guardados los cuartos y si vino es para que no penase por él un inocente.

DR.— Esa historia no se la cree un niño, Pacífico.

P.P.— Mire, por mí... yo no digo nada, pero de aquí ya tenía, desde luego.

DR.— ¿Y en qué notabais que tenía «de aquí»? ¿En que pagaba un duro por el taxi?

P.P.— No señor, eso es lo de menos. Pero a don Santiago, para empezar, le servían las comidas de un bar del pueblo, un camarero vestido de blanco, un día sí y otro también. ¿Cree usted que eso no cuesta?

DR.— ¿Pues no organizó él el plante de los retretes? ¿Qué le iba a don Santiago que dieran buen rancho o mal rancho?

P.P.— ¡Qué ideas tiene usted, doctor! Por humanidad, a ver, ni más ni menos. Por humanidad.

DR.— ¿Y cabalgaba también por humanidad a lomos de sus compañeros enfermos?

P.P.— Mire, doctor, no trabuque las cosas. Él, don Santiago, digo, andaba muy cogido, pero que muy. O sea, tosía todo el tiempo. Que el día que se encontraba mejor, bien que despachaba el taxi, no hacía falta decírselo. Don Santiago tenía corazón, se lo digo yo. O sea, miraba por los demás. Y en la galería y en el patio, no vea, don Santiago por aquí, don Santiago por allá. El no parar, oiga. Todo dios a pedirle consejo. Que era ingeniero, no se piense que fuese un cualquiera.

DR.— Y con el director y los mandos, ¿se llevaba bien?

P.P.— Qué hacer, alternaba.

DR.— ¿Qué quieres decir con eso de que alternaba?

P.P.— Bueno, vamos, o sea, le guardaban consideración, ¿entiende? Que para bajar a tomar un café donde el director o la jefatura de servicios, no crea que necesitaba de recomendaciones. Ya se sabe, doctor, el dinero es muy amable.

DR.— ¿Recibía don Santiago muchas visitas?

P.P.— Sí señor, a menudo, de una mujer.

DR.— ¿Por qué sabes que era una mujer?

P.P.— Ande, algunos la vieron. Por ejemplo, el Capullo. Además, no hacía falta verla,

que conforme volvía a la sala, olía a perfume que tiraba para atrás. Don Santiago, digo.

DR.— ¿Y se veían en el locutorio?

P.P.— No señor, no. En el taller, orilla del economato, de la parte de atrás, a solas.

DR.— Está bien, Pacífico. Y en el trato ordinario ¿había alguna diferencia entre el que recibía don Santiago y el que recibíais los demás?

P.P.— A mayores, no señor. La disciplina era la disciplina, ¿comprende? O sea, un horario igual para todos. Lo único, el tapiz, la luz, ya sabe, esas cosillas.

DR.— ¿A qué cosillas te refieres, Pacífico?

P.P.— Bueno, ya me entiende, alguna ventaja había de tener. O sea, por un ejemplo, el petate de don Santiago no era un petate, ¿entiende?; era una cama completa, con su cabecera y sus pieceras. Y por cima de ella tenía un tapiz rojo, con flores y pájaros, que, al decir de Patita, se lo trajo la mujer. Y luego, orilla el petate, el pie de cama, la mesita de noche y una luz para leer. No le faltaba detalle, no señor, o sea, se puede decir que a todo confort.

DR.— Y vosotros, ¿no teníais tapices?

P.P.— ¿De qué, doctor? Las piedras y las escurriduras de la humedad, eso teníamos.

DR.— Pero estaríais todos juntos, ¿no?

P.P.— Natural, oiga. Pero como la cama de don Santiago quedaba promediada, o sea, en el medio, con los tapices y eso parecíamos Dios y todos los santos.

DR.— ¿Y qué clase de libros leía don Santiago?

P.P.— Mire, de todo. Mayormente tampoco se piense que reparé en ello.

DR.— ¿De dónde los sacaba?

P.P.— Ande, unos de la biblioteca y otros, la mujer. Luego don Santiago los donaba para la prisión. Y el maestro decía, éste vale y éste no vale, según. O sea, él decía sí o no, lo que podíamos leer, digo.

DR.— Otra cosa. ¿Cómo caíste entre tus compañeros, Pacífico?

P.P.— Bien, ya sabe usted lo que son estas cosas. O sea, la primera noche, el Buque me puso una rata en la cama, la quintada, natural, que bichos de esos había allí cantidad. Y a la otra noche, me metió para dentro las patas del petate y, conforme me tumbé, me caí de morros. La costumbre, ¿entiende? Pero mayormente yo no tenía queja de los compañeros.

DR.— Cuenta, ¿qué vida hacías allí?

P.P.— ¿Qué quiere que le diga? Ordenada, ya ve. O sea, los bacilíferos llevábamos trato especial. Que, por un ejemplo, si a usted no le petaba, inclusive no se levantaba para comer. Rebajados de servicio, ¿comprende? En cuanto a lo de formar, lo único a la retreta, a la noche, para el recuento por salas. Por lo demás, entrábamos y salíamos, y por las tardes, a la galería, al sol, la gloria bendita.

DR.— ¿Quieres decir que no os cerraban la sala?

P.P.— Por las noches, sí señor, qué hacer, trancaban, natural. Pero por el día, ya ve, con aquellos cacho muros, ¿dónde íbamos a ir? Que es lo que yo me digo, oiga, que los antiguos, o sea, los que hicieron aquel castillo ya podían dormir tranquilos, ya. Que las paredes aquellas si no medían tres metros, de gruesas, digo, no medían ninguno. Así que a ver, entrar y salir a capricho. Y si llovía, pues por los corredores, ya se sabía. Y si levantaba, al patio, a echar un partido.

DR.— Pero a ti lo que más te agradaba era el reposo de la galería, según dices.

P.P.— Por sabido, ande. A mí y a todos.

DR.— ¿Y qué es lo que hacíais allí?

P.P.— Por mayor, mirar y platicar.

DR.— Pero, mirar ¿qué?, Pacífico.

P.P.— Ande, pues a los del pueblo, afanando. ¡Menudo mirador teníamos! O sea, la tarde que no había defunción, pues a la plaza, a los rebaños, o las pinadas, o las cervigueras. No crea usted que faltaban sitios donde mirar, no.

DR.— ¿Y nunca sentiste envidia, Pacífico, de ver a la gente trajinando por las calles del pueblo?

P.P.— A decir verdad, no señor, al contrario. Cada vez que les echaba la vista encima, me decía para entre mí: De buena te has librado, Pacífico.

DR.— ¿Pensabas en tu bisabuelo cuando decías eso?

P.P.— Bueno, oiga, en el Bisa, y en el Abue, y en mi guerra, y en los del Otero, y en la Candi, y en Padre, y en todo Cristo pensaba, ¿no comprende?

DR.— Fuera del penal ¿te sentías amenazado, entonces?

P.P.— Pues no había de sentirme, natural.

DR.— ¿Te encontrabas más seguro dentro?

P.P.— Qué hacer, doctor, ni comparar.

DR.— ¿Es que no te parecían más peligrosos el Buque, el Capullo y toda esa ralea que te rodeaba?

P.P.— ¡Quia, no señor, ni por asomo!

DR.— ¿Piensas, tal vez, que eran unas víctimas?

P.P.— Talmente, sí señor, eso pienso.

DR.— ¿Don Santiago, incluso?

P.P.— Bueno, ése era harina de otro costal.

DR.— ¿Qué idea tienes acerca de don Santiago?

P.P.— Bueno, don Santiago jugó con la baraja que le enseñaron, doctor. No tenía otra, ¿entiende?

DR.— Y cuando veías los pinos, y las laderas y la gente yendo y viniendo, ¿no te acordabas de tu pueblo?

P.P.— Qué hacer si no recordarme, sí señor. Me recordaba del Crestón, y del Hibernizo, y de la Torca y del Embustes. Que me quedaba, es un decir, mirando para los robles de la cerviguera y me pensaba que andaba en mi pueblo y era talmente como si estuviera allá, ¿comprende?, pero talmente. Y otra tarde me decía, por un ejemplo, hoy voy a subir donde aquella peña. Y con la imaginación, pues eso, subía. Que me agarraba una trocha y dale que le das hasta llegar arriba. Sin nadie que me incomodase, ¿entiende? O sea, yo me paraba aquí o allá, con la imaginación, claro, a echar un trago, o a descabezar una siesta, o a escuchar las esquilas de las vacas, o a lo que fuera gustoso, tanto daba. Conque entre subir y bajar, doctor, demoraba dos o tres horas, que algunas tardes se me hacían las tantas. Y, al cabo, a la noche, a ver, tan despernado como si hubiera hecho el viaje de verdad, ¿se da cuenta? Que me tumbaba en el petate, me arrebujaba en la manta y a dormir tan ricamente. Y es lo que yo digo, doctor, lo que uno imagine es, mayormente, como si lo viviera. O sea, que es tontuna afanarse.

DR.— ¿Así que en el penal dormías a gusto?

P.P.— Como un leño, oiga.

DR.— ¿No extrañabas la presencia de tus compañeros?

P.P.— Pues, no señor. Pero nada de nada, ¿eh? Que dicen que el Buque roncaba y don Santiago tosía sin dejarlo. Pues yo, ni enterarme. Lo único, Patita.

DR.— ¿Qué le ocurría al Patita?

P.P.— La murga que si se dormía o dejaba de dormirse.

DR.— Pero ¿qué era eso?

P.P.— Manías, ya ve. Cosas de la edad. Que lo mismo daba en decir que quería saber

cuándo se hacía noche, que cuándo se quedaba dormido.

DR.— ¿Es que no distinguía el día de la noche?

P.P.— No es por ahí, no señor. O sea, para que me entienda, conforme se ponía el sol, Patita ya empezaba: de día, de día, de día... En la galería, ¿se da cuenta? Y, de golpe, o sea, en un momento, decía, de noche, ya es de noche, ¿cuándo se ha hecho de noche? Todas las tardes la misma copla.

DR.— ¿Quieres decir que Patita quería separar el instante en que el día da paso a las tinieblas?

P.P.— Talmente, así era, sí señor.

DR.— Pero eso no es posible.

P.P.— Eso me pensaba yo, doctor. Pero una tarde, va y me dice: Seminarista, ya sé cuándo el día se hace noche. Que yo: ¿Sí?, por seguirle la corriente, a ver. Y él, sí, que yo, ¿cuándo?, y él, así que prenden las luces de la enfermería, ¿se da cuenta? O sea, para que me comprenda, según prendían abajo, el patio se ponía más negro, ¿no?, natural. Bueno, pues él para qué quería más, Patita, digo, don Santiago, ya sé cuándo se hace noche, ya sólo me falta saber cuándo me quedo dormido, voceaba.

DR.— ¿Es decir, que el Patita quería separar también la vigilia del sueño?

P.P.— Bueno, él quería darse cuenta del momento en que se dormía. No sé si me explico.

DR.— En una palabra, darse cuenta de que ya no se daba cuenta.

P.P.— Más o menos, doctor.

DR.— ¡Menudo problema!

P.P.— Calcule.

DR.— ¿Y qué hacía?

P.P.— Ya ve, despertarnos a todos, que, por un ejemplo, a la media noche, voceaba: ¡Por un poco! Que don Santiago, ¿ocurre algo, Patita? Y Patita, ya estaba casi, don Santiago, pero me he despertado. Y allí vería al Capullo, ¿no puedes callar la boca, tú?, que era muy nervioso el Capullo, oiga, que en todo el día hacía otra cosa que chascarse los huesos de los dedos, ¿sabe? Y, al decir de Patita, de la celda volvió peor.

DR.— ¿De la celda de castigo?

P.P.— De la celda, sí señor. Cuando aquello de lo del plante.

DR.— ¿Tan mala era?

P.P.— No es eso, oiga. Lo que pasa es que se tiró trece días encerrado con un muerto.

DR.— ¿Con un muerto?

P.P.— Un muerto, a ver, el Morris, de la Sala de San Vicente. O sea, al decir del propio Capullo, el Morris las dobló a los dos días de encerrarle, que le vino el pujo y se quedó. Pero el Capullo candó el pico.

DR.— ¿Quieres decir que estuvo dos semanas en la celda junto al cadáver sin decir nada?

P.P.— Así es, sí señor.

DR.— Pero ¿con qué objeto hizo eso?

P.P.— Ande, para comer ración doble.

DR.— ¿Era escasa la comida, Pacífico?

P.P.— Mire, sobre ese particular yo no soy voto, doctor. Yo me conformo con lo que me echen. Desde chaval fui de poco comer, la verdad, que hay que ver el calvario que pasó mi difunta madre a cuenta de eso.

DR.— Pero ¿y los otros?

P.P.— Por lo que respecta a don Santiago no había problema, ya lo sabe. O sea, le subían la comida del pueblo. Pero el Capullo sí era muy hambrón, doctor. A cada rato andaba en la parada para ver lo que caía. Muy goloso era, sí señor.

DR.— ¿En la parada?

P.P.— De taxi, quiero decir.

DR.— ¡Ah, ya!

P.P.— Y cada vez que caía una propina, a él le faltaba tiempo para ir donde el economato a mercarse un paquete de galletas o una libra de chocolate. El caso era llenar la andorga, como yo digo.

DR.— ¿Y qué pensaba el Capullo? ¿Hablabais alguna vez de vuestro pasado?

P.P.— Ande, natural, muchas veces. Allí encerrados ya ve de qué íbamos a hablar.

DR.— ¿Y por qué condenaron al Capullo, Pacífico?

P.P.— Por asesinato, ya ve.

DR.— ¿Te importa contarme el caso?

P.P.— No señor, ¿por qué había de importarme? Pero le participo que la culpa fue de la

Isabelita.

DR.— ¿Qué Isabelita?

P.P.— La novia de él, o sea, la querida; del Capullo, digo.

DR.— ¿Es que tenía una novia?

P.P.— Aguarde. Él estaba liado con una viuda que le decían la Isabelita, ¿entiende?

DR.— Ya.

P.P.— Bueno, pues, en éstas, el Capullo se puso de aquí, del pecho, ¿comprende?, y le mandaron a un sanatorio de pobres. Nueve meses, no se piense que dos ni tres. Así que cuando regresó, se la encontró con otro, casada por la Iglesia, la Isabelita, digo, un peón caminero de la parte de Lugo.

DR.— ¿Y no se conformó?

P.P.— Natural, doctor, menudo era. Él quería a la Isabelita, que sólo de mentarla se le caían las lágrimas, que no es aquello de hablar por hablar.

DR.— Está bien. Sigue.

P.P.— Pues eso, volvió y se la encontró casada con el caminero. Que lo que él decía, el Capullo, digo, que él no tenía nada contra el caminero, lo único que le había birlado a la Isabelita. Conque, conforme regresó, se fue donde ella y se lo propuso. Pero ella, la Isabelita, que nones, que ella era una mujer honrada y que lo pasado, pasado. Entonces, el Capullo porfió, y ella, la Isabelita, que se largase, que él, el caminero, o sea, su marido, ¿entiende?, era muy celoso y andaría al caer. Que era mejor que no les encontrara juntos porque, de lo contrario, no respondía, ¿se da cuenta?

DR.— Y no se fue.

P.P.— Un momento. Se fue, qué hacer, el Capullo, digo. Pero entonces dio en pensar en la manera de conquistar a la Isabelita, o sea la llevaba bollos y golosinas, que dice que por aquellos años se pasaba mucha hambre, pero que nada, la Isabelita, por lo que fuese, que yo en eso no me meto, ya no estaba por él. Y lo que pasa, doctor, el Capullo se puso medio loco, a ver, con los desdenes, que, bien mirado, oiga, tenía derecho, que él había sido primero, pero el caminero andaba por medio, y no había nada que hacer.

DR.— Y entonces decidió suprimirlo.

P.P.— Tal cual, doctor, le juró la vida. O sea, dio en imaginar la mejor manera de despacharle, ¿entiende? Que dice que por aquellos entonces, el Miguel, o sea, el caminero, andaba en la ribera cavando hoyas para una plantación. Así que, de

vísperas, el Capullo se llegó a la ribera con el alba, sólo por ver si las hoyas estaban hechas, que él, de primeras, ya se pensó en enterrarle en una de ellas. O sea, que, como suele decirse, había cavado su sepultura, el caminero, digo. Así que, ese mismo día, según cayó el sol, el Capullo agarró la bici, un saco, dos cuerdas, una horca y un pañolón de esos de liar ropa y le aguardó orilla un molino abandonado, ¿sabe?, en el camino de regreso. Que dice que cuando le sintió venir cantando, tan ajeno, al caminero, digo, se le puso como un postillón arriba del pecho, que ni respirar le dejaba. Y un comezón por las manos que no vea. Así que el Capullo salió al camino con la horca y, conforme pasaba el otro, le voceó, ¡para! Que el caminero, a ver, paró, por no atropellarle, ¿sabe? Y según tenía agarrado así el manillar y un pie en el suelo, fue el Capullo y le arrimó una mano de palos detrás de las orejas hasta que le dejó privado. Que, entonces, a su decir, le arrastró tras el molino, ¿se da cuenta? y luego quitó de allí la bici por si venía alguien, natural. Pero como vio que el otro, o sea, el caminero, todavía rebullía, agarró la horca y se la hincó en el pescuezo lo menos diez veces, como si fuera un acerico, oiga. Todo por la Isabelita, hágase cuenta.

DR.— Sigue, hijo, sigue.

P.P.— Bueno, conque, a su decir, como todavía había luz, el Capullo fue y escondió al muerto en una pila de leña, orilla el molino, mientras él descabezaba una siesta en el granero, ¿entiende? Luego, así que cerró la noche, volvió orilla la leña, sacó al muerto, le amarró las rodillas contra el vientre y lo metió en el saco. Que así y todo, al decir del Capullo, no podía con él, con una mano sólo en el manillar, dese cuenta, y hubo de aferrar el saco por fuera, echárselo a las espaldas y atárselo a la frente con el pañolón, que dice que aquel hombre pesaba como un tonel. Conque de estas trazas fue y se montó en la bicicleta, ¿sabe?, que todo se tortoleaba, como un toro en la plaza, natural, de un lado a otro. Y así se llegó a la ribera, donde las hoyas, que ya era noche ciega, y en una de ellas metió el saco, el pañuelo y todo y lo enterró, ¿se da cuenta?

DR.— ¿Y cómo le descubrieron?

P.P.— Ella, ya ve. O sea, después de eso, él se fue donde ella, la Isabelita, digo. Y ya te estás largando que el Miguel andará al caer, dice que le dijo. Pero el Capullo, a ver, descuida, ése ya no viene, y ella, lárgate o voceo. Que, en éstas, al Capullo se le puso la cabeza como volada, que dice que ni regía, agarró a la Isabelita y la forzó. Pero ella, conforme el Capullo se largó, en vista de que el otro no venía, se llegó donde la guardia y dio cuenta. Y al día siguiente, las pesquisas, natural, ¿dónde andaba el Miguel?, pues en la ribera. Y a la ribera se fueron todos y esa hoyita está cubierta, ¿se da cuenta? Total, que en cinco minutos levantaron la tierra y dieron con él.

DR.— ¿Qué condena le salió al Capullo?

P.P.— Ésa es otra, doctor. Veinticinco años por lo del caminero, artículo 406, ¿se da cuenta?, como el mío. Seis por lo de la Isabelita. Y por si fuera poco, otra pena por enterramiento ilegal. ¿No le parece que esto ya es ensañarse?

DR.— La ley es la ley, Pacífico.

P.P.— Y que lo diga, doctor, pero yo me pienso que esto de enterrar a un muerto debería ser una atenuante.

DR.— Con los muertos también rige la ley, hijo. Para enterrar a un muerto hacen falta una serie de requisitos.

P.P.— Mire, a mí siempre me enseñaron que enterrar a los muertos era una obra de misericordia, ¿sabe? Pues ve ahí, para el Capullo eso no rige: otro delito. O sea, las cosas son según se las mire.

DR.— Como quieras, Pacífico. Esta discusión no tiene objeto. El Capullo enterró al caminero no por piedad sino por borrar las huellas de su crimen. Su propósito no era hacer una obra de misericordia sino burlar la ley. Como verás, hay una notable diferencia. Pero vamos a dejar esto. ¿Dónde sosteníais estas conversaciones?

P.P.— Donde se terciase, mire. En la galería, o en el patio, o en la misma sala el día que nos daba la vagancia y nos quedábamos en el petate. Según.

DR.— Y el Patita y el Buque, ¿contaban también lo suyo?

P.P.— Qué hacer, sí señor, todos.

DR.— ¿Don Santiago inclusive?

P.P.— Por mayor, don Santiago no hablaba de sus cosas, no señor. O sea, lo suyo lo conocíamos por fuera aparte. Pero él escuchaba y daba consejos, ¿entiende?, que se sabía el Código de memoria. De usted para mí, a don Santiago le decíamos el Cerebro, pero a él, don Santiago por aquí, don Santiago por allá, no lo sabía.

DR.— ¿Y por qué esas diferencias?

P.P.— Por respeto, ya ve. A don Santiago nadie quería faltarle.

DR.— ¿Y tú, Pacífico? ¿Contabas tú lo del Teotista?

P.P.— A ver qué remedio.

DR.— ¿Y qué decían tus compañeros?

P.P.— ¿Quiere la verdad?

DR.— Naturalmente, Pacífico.

P.P.— Pues que dejara quieto al Teotista y contase lo de la Candi.

DR.— ¿Es que contaste también tus relaciones con la Candi?

P.P.— Una tarde solté el mirlo, ya ve, que ni cuenta me di, y conté lo de Prádanos, cuando ella corría desnuda por las camberas. Y luego, cuando quise dar marcha atrás, ya no era el caso.

DR.— ¿Por qué?

P.P.— Aquello les gustaba más que comer con los dedos, doctor, no quiera saber, que había días que Patita me hacía referir tres veces la misma historia.

DR.— ¿Era el Patita ese el más mujeriego de todos?

P.P.— Mire, sobre este particular, yo me pienso que por un igual. O sea, a todos les gustaban, las mujeres, digo. Que el Buque, hasta ponía el ojo en blanco y rebuznaba cuando yo contaba lo de Prádanos, hágase cuenta. Pero las cosas como son, doctor, Patita, si estaba allí, entre rejas, digo, era por hombre, ya ve, eso sí, por demasiado hombre, como él decía.

DR.— ¿Abusó de alguna mujer?

P.P.— ¡Quia, no señor! Un hombre intentó abusar de él, que es distinto.

DR.— ¿Un hombre?

P.P.— Un hombre, sí señor; el Juan José Viñat, por más señas.

DR.— ¿Te importa que dejemos esto para mañana, Pacífico? Ando un poco resfriado y voy a meterme en cama.

P.P.— ¿Es que está usted enfermo?

DR.— No es eso, Pacífico. Unas décimas, cosa de poco.

P.P.— Haberlo dicho, oiga, y lo dejamos antes.

DR.— No te preocupes, hijo. Con una copa de coñac y una aspirina, mañana como nuevo.

## SEXTA NOCHE

---

PACÍFICO PÉREZ.— Buenas noches, doctor. ¿Está usted bien?

DR.— Bien, Pacífico.

P.P.— ¿Se le pasó?

DR.— Ya se pasó, gracias.

P.P.— Mire que, si no, lo dejamos para mañana.

DR.— No es necesario, hijo. Estoy perfectamente. Anda, siéntate... ¿Recuerdas lo que hablamos ayer?

P.P.— Ande que si no lo fuera a recordar.

DR.— Empezabas a contarme del Patita, de su hombría.

P.P.— Así es, sí señor.

DR.— Que un hombre intentó abusar de él, ¿recuerdas, Pacífico?

P.P.— Sí, señor, el Juan José Viñat.

DR.— ¿Quién era ese sujeto?

P.P.— Un compañero. De Patita, digo.

DR.— Compañero ¿de qué?

P.P.— De tajo, mire. Andaban en una dehesa. En Extremadura.

DR.— ¿En qué trabajaban?

P.P.— Pues eso, oiga, en una dehesa; de gañanes.

DR.— Pero ¿llevaban tiempo allí los dos?

P.P.— Mire, si llevaban tiempo o no, eso sí que no puedo decírselo. Lo único que una noche una vaca se puso de parto y se acostaron en el establo, uno orilla del otro, el Patita y el Juan José Viñat. Así empieza la historia que yo me sé.

DR.— ¿Para asistirle?

P.P.— Digo yo que sería para asistirle, doctor. Ya ve para qué, si no.

DR.— ¿Y qué ocurrió?

P.P.— Bueno, al decir del Patita, él se quedó traspuesto conforme se acomodó en la paja.

DR.— Ya.

P.P.— O sea, que dice que al rato despertó porque el otro, el Juan José Viñat, digo, le estaba tentando tal que así, en las partes, ¿entiende?

DR.— Ya.

P.P.— Conque Patita, de que despertó, dice que le dijo, para quieto, tú, ¿entiende? Pero el Juan José Viñat dice que se pegó a él y fue Patita, entonces, y se puso de pies de un brinco.

DR.— Sigue.

P.P.— Pues, según parece, oiga, el Juan José Viñat ese tenía unos lentes tamaños, tres veces los míos, de gruesos, digo, que, al decir de Patita, como culos de vaso ¿sabe? O sea, el Juan José Viñat era cegato.

DR.— Ése es un detalle insignificante, sigue.

P.P.— ¿Insignificante, dice? ¡Que se lo ha creído usted! Si a Patita le cayeron veinte años fue por los lentes.

DR.— ¿Por los lentes le condenaron a veinte años?

P.P.— Tal como lo oye, sí señor, que eso fue lo que le perdió. Que si se los puso, que si se los dejó de poner, ya sabe. Que, al decir de los jueces, el Juan José Viñat sin los lentes era un hombre perdido, o sea, no podía valerse, ¿se da cuenta?

DR.— Está bien. El Patita se incorporó. Continúa.

P.P.— Pues eso, que se iba a echar un buche de agua. O sea, salió a la cocina, que estaba orilla la cuadra, ¿comprende? Que dice que serían sobre las tres de la madrugada.

DR.— Ya.

P.P.— Conque el Juan José Viñat se quedó en la cuadra aguardando. Y, en éstas, fue Patita, agarró una reja de arado y volvió donde el otro, como si nada.

DR.— ¿A la cuadra?

P.P.— A ver, a la cuadra, sí señor. Que el Juan José Viñat fue verle y a sacarle el faldón de la camisa, que, al decir de Patita, andaba encendido. Pero lo que es la vida,

oiga. Con unas cosas y otras, el Juan José Viñat se había quitado los lentes y los había puesto orilla un pesebre, ¿entiende? Que esto fue lo que perdió a Patita.

DR.— Le atacó sin las gafas, ¿no es eso?

P.P.— Tal cual, doctor. Le arreó con la reja en la cabeza. Y así que cayó, le siguió sacudiendo con ella sin duelo. Que al decir de los jueces murió, el Juan José Viñat, digo, de hemorragia cerebral traumática.

DR.— ¡Vaya por Dios!

P.P.— Conque una vez que le despachó, salió al zaguán, orilla la escalera, y llamó al amo, ¿sabe?, le voceó: ¡Don Félix, baje! Y conforme bajó don Félix, se llegaron a la cuadra, le mostró el cadáver y se lo dijo, le dijo: Don Félix, he matado al Juan José Viñat por maricón; avise a la guardia civil, ¿se da cuenta?

DR.— ¿No intentó huir?

P.P.— ¡De qué, doctor! ¿No le estoy diciendo que él mismo pidió al amo que mandara razón al cuartelillo?

DR.— Y así y todo ¿le salieron veinte años?

P.P.— Veinte, oiga. Artículo 406, o sea, homicidio con alevosía, por lo de los lentes, natural. Que lo que yo digo, doctor, ¿qué lo mismo le hubiera dado a Patita atizarle con la reja con los lentes puestos? Pues, no señor, alevosía, ya ve. Así son las cosas. Que lo que don Santiago decía, oiga: Tú no eres un criminal, Patita. Tú eres un justiciero.

DR.— ¿Decía eso don Santiago?

P.P.— Qué hacer, doctor. Al decir de don Santiago, un hombre que mata a otro por defender su hombría no debiera ser culpado. O séase, oiga, que las leyes hacen a los maricones.

DR.— ¿De veras crees tú eso, Pacífico?

P.P.— Mire, yo no entro ni salgo, don Santiago lo decía. Y en el caso del Buque, parejo, doctor. Que el Buque no era un criminal, era un justiciero, ¿se da cuenta?

DR.— Pero, hijo, ¿también el Buque estuvo a punto de ser violado?

P.P.— No es eso, no señor, no es por ahí. Lo del Buque es otro cuento, a ver si me explico. O sea, lo que decía don Santiago es que ni el Buque ni Patita eran culpables, ¿sabe? Pero eso no quita para que lo del uno y lo del otro fueran cosas distintas.

DR.— ¿Y qué fue lo del Buque, Pacífico?

P.P.— De primeras, nada, doctor, cosas de chicos, o sea, travesuras.

DR.— Pero ¿qué es lo que hizo?

P.P.— Mire, a mí no hay quien me saque de la cabeza, doctor, que el Buque padecía eso que en mi pueblo le dicen «mal de muertos», ¿sabe? Si no, ¿a qué ton lo de la carroza que le aguardaba, por los entierros? Una manía.

DR.— ¿Quieres decir que sufría necrofilia?

P.P.— Algo así me pienso yo que sería, sí señor.

DR.— Pero cuenta, ¿qué es lo que hizo el Buque?

P.P.— Pues eso, doctor. De principio, se juntó con una partida de mangantes, y por las noches saltaban las tapias del camposanto y robaban las cruces y las cadena de las tumbas, para venderlas como chatarra. Cosas de chicos.

DR.— ¿Tú crees?

P.P.— Ande, como lo otro, oiga. Que de unas cosas pasaron a otras. O sea, una vez que arramblaron con todo, se le alcanzó al Buque mandar uno de la pandilla a los duelos para ver a los muertos. O sea, las cosas con las que les metían en el ataúd, ¿no? Que ya se puede usted imaginar, unas veces era una sortija, otras unos pendientes, o los mismos zapatos o el traje del difunto, a saber. Y, a la noche, tal cual, saltaban las tapias y apandaban con ello. Que el Buque no tiene mucho de aquí, oiga, que para mí el más ignorante de todos, dónde va. Conque así un día y otro día, conforme es de testarrón, hasta que una noche les aguardaron, ¿no?, o sea, les pusieron de cebo un collar de perlas falsas, y ellos, ciegos, a ver, que les agarraron con las manos en la masa, como suele decirse.

DR.— ¿Era muy joven el Buque cuando le prendieron?

P.P.— Cuando empezó con éstas, dieciocho años, usted dirá, un chaval, que luego, no, o sea, cuando el collar, veintitrés, que ya estaba casado y todo. Que al Buque, le ve usted así, y lo que menos, un tísico. ¡Menuda envergadura, oiga! Yo, a su lado, un canene.

DR.— ¿Le pusieron a la sombra?

P.P.— Quince años le cayeron.

DR.— ¿Y cómo te explicas que un profanador de tumbas le pareciera a don Santiago un justiciero?

P.P.— Un momento, oiga, que no es por ahí. O sea, el Buque, con redención, amnistías y esas cosas, a los seis andaba en la calle. Que luego vino lo de la otra, lo gordo, como yo digo, lo de la Catalina.

DR.— ¿Qué fue?

P.P.— Pues eso, la mujer. A los cinco años de andar enchiquerado fue a verle al penal, ella, ¿entiende?, y le dijo, con toda la cara, que estaba preñada.

DR.— ¿Le confesó que estaba encinta de otro?

P.P.— Que no señor, ahí está el chiste. Le dijo que aguardaba un hijo suyo, o sea, del Buque, de antes de enchiquerarle. Que el Buque, si será ignorante, se lo creyó.

DR.— ¿Que se creyó el Buque que al cabo de cinco años su mujer estaba encinta de él?

P.P.— ¡Que sí señor, que usted no le conoce! Que el Buque ese ni estaba maliciado ni nada. Un ignorante, eso es lo que era. Que, aunque me esté mal el decirlo, ni quitarse los mocos sabía.

DR.— Me parece demasiado, Pacífico.

P.P.— Como quiera, mire. Yo le juro por la luz bendita que en Góyar todavía se pensaba que el hijo que aguardaba la Catalina, o sea, la barriga, era suyo.

DR.— Está bien. Continúa.

P.P.— Conque así que salió del penal, se llegó donde ella. Y la Catalina con muchas zalemas que qué bien que hubiera llegado a tiempo, o sea, le engatusó. Y al cabo, que el hombre que estaba en la cocina con ella, el Francisco Rincón, digo, paraba allí, de huésped, en lo que él estuviera encerrado. Que el Buque, oiga, ni sospechar, que no vea hombre más infeliz. Y a la noche, según se llegó donde su hermana, que si había visto a la zorra de su mujer, ¿comprende?, a las claras. Que el otro, así, de primeras, se la quiso espetar, el Buque, digo, pero de que la otra, o sea, su hermana, porfió, él se volvió para casa. Y dice que en la puerta la alcoba había, tal que así, un montante de cristal y él se empinó en un taburete, y los vio amartelados en la cama, a la Catalina y su huésped, ¿entiende? O sea, entonces se dio cuenta el Buque que su hermana llevaba razón, agarró un cañivete, arreó una patada a la puerta y adentro. Que dice que el Francisco Rincón se tembló al verle oiga, natural, y salió a la calle dando voces, en calzoncillos, hágase cuenta. Pero que ella, la Catalina, se le echó a los pies todo lo larga que era, oiga, que para mí no hay más hombre que tú, dice que le decía, ya ve, a buena hora. Pero el Buque esta vez no tragó, ¿de qué?, que dice que ni reparó en la barriga ni nada, natural, con el sofoco, y conforme es de corpulento, oiga, agarró a la Catalina por los pelos, la levantó en vilo y la arrimó una mano de puñaladas con el canivete que la dejó tiesa.

DR.— ¿Y la criatura?

P.P.— A eso voy, que a la Catalina la autopsiaron, a ver. Y llevaba dentro una criatura de ocho meses ya, imagine, muerta también. Pero lo que el Buque decía, oiga,

que qué más quisiera él que haber salvado a la criatura.

DR.— Ese tipo de delitos, Pacífico, están previstos y penados por el Código.

P.P.— ¡Qué me va usted a decir! Parricidio y aborto. Veintitrés años y ocho meses, más accesorias, dese cuenta.

DR.— En resumidas cuentas, que en la Sala de San José, la pena más leve era la tuya.

P.P.— Así era, sí señor. Pero ésa no era cuenta. O sea, Patita cumplía para el verano.

DR.— Al empezar a hablar de vuestros respectivos delitos, ¿qué tiempo llevabas en Góyar?

P.P.— ¡Qué cosas tiene, doctor! Desde que entré, todos los días, ¿entiende? Puede decirse que no hablábamos de otra cosa.

DR.— Y la visita de la Candi, ¿fue al poco tiempo?

P.P.— Mire, eche cuentas. Yo ingresé allí, en Góyar, un diecisiete de agosto. Y la Candi vino con el chaval, si no me equivoco, para octubre. Que me recuerdo que en la galería ya se conocía el relente.

DR.— Por supuesto, para entonces tú ya tenías noticia de las hazañas de tus compañeros.

P.P.— Qué hacer.

DR.— Y a pesar de todas esas atrocidades que te contaban, ¿no sentiste deseos de irte tranquilamente al pueblo con tu hijo?

P.P.— ¿Tranquilamente, dice? Pues, no señor. Si me apura, menos.

DR.— ¿Por qué razón menos?

P.P.— Ande, por eso. ¿Quién me decía a mí, oiga, que si salía, no iba a tropezarme con un Juan José Viñat, o un caminero, o una Catalina, que me hicieran la santísima?

DR.— Pero, Pacífico, pienso yo que peor sería encontrarte con un Capullo que te enterrase en una hoyo, o con un Patita que te rompiera la crisma con la reja de un arado o con un Buque que te cosiera a puñaladas, ¿no? Vamos, creo yo.

P.P.— Por eso, oiga. Lo de salir, mayormente, no crea usted que me tentaba.

DR.— Pero si pensabas de esta manera, ¿puedes aclararme por qué participaste en la evasión de Góyar?

P.P.— Mire, doctor, de eso más vale no hablar.

DR.— ¿Por qué, Pacífico? Yo no voy a decir una palabra, ya lo sabes.

P.P.— No es eso, doctor.

DR.— ¿Qué es, entonces?

P.P.— Bueno, vamos, o sea, mi tío Paco me recordaba siempre en sus cartas que de ahí no podía pasar.

DR.— ¿Te escribía entonces tu tío Paco?

P.P.— Qué hacer, doctor. A menudo. De que ingresé en Góyar, todos los meses. No fallaba.

DR.— Bien. Habla.

P.P.— ¿Qué quiere que le diga, oiga? Pues que me llevé un desengaño de órdago. Ni más, ni menos.

DR.— ¿Con tu tío Paco?

P.P.— A qué ton, doctor. Conforme me habló don Santiago.

DR.— A ver si nos entendemos, Pacífico. ¿Qué quieres decir con eso de que te habló don Santiago?

P.P.— Mire, yo lo que no quiero es perjudicar a nadie.

DR.— Pacífico, aquí estamos conversando entre dos amigos. Es decir, nadie va a saber por mí nada que tú no quieras que sepan.

P.P.— Si usted lo dice...

DR.— Ése ha sido nuestro acuerdo, ¿no?

P.P.— Sí señor, talmente así me dijo.

DR.— ¿Entonces?

P.P.— Mire, la verdad por delante, doctor. Yo lo último que pensaba era largarme del penal. O sea, no entraba en mis cálculos, para que lo sepa.

DR.— ¿Por qué cambiaste de parecer?

P.P.— La mala suerte, ya ve.

DR.— ¿En qué consistió la mala suerte?

P.P.— Bueno, o sea, la tarde que estuvo en Góyar la Candi, los otros andaban en la galería, para que se entere. Que yo pensaba para entre mí, qué sol más rico me estoy perdiendo. Conque la Candi me dejó unos chorizos y unos bollos de los de casa y yo me llegué a la sala y los puse en la taquilla, para la noche, ¿se da cuenta? Bueno, pues luego de la retreta, así que el boqueras nos trancó la puerta,

yo me arrimé al petate del Capullo, que era el más hambrón de todos, y le dije: Levanta, ha llegado la intendencia. Para darle un chorizo y unos bollos, ¿se da cuenta?, o sea, no iba con segundas, que ésa era mi intención. Y fui y tiré de la manta, o sea, le destapé, pero el Capullo no estaba allí, oiga.

DR.— ¿Qué quieres decir?

P.P.— Lo que oye, doctor, no estaba. Que había allí un rejujo de ropas y una caja, sólo eso, pero el Capullo, no. Que todos a mirarme como si me hubiera ciscado en su madre, no vea. Que todavía me recuerdo del ojo blanco del Buque, oiga, que no lo creerá, doctor, pero yo me las temblaba.

DR.— ¿Y con qué finalidad dejaron allí el rejujo de ropas y la caja?

P.P.— Para hacer bulto, mire. O sea, que si el boqueras asomaba por la mirilla, se pensara que dormíamos.

DR.— ¿Y tú qué hiciste?

P.P.— Me quedé quieto parado, doctor, ya ve qué iba a hacer. Y entonces Patita y el Buque se volvieron para don Santiago, que andaba leyendo un libro como de costumbre. Y, en éstas, don Santiago levantó los ojos y dio en mirarme que no paraba, oiga, que yo, la verdad, mientras él me miraba, don Santiago, digo, ni mover un dedo me atrevía.

DR.— ¿Y no te dijo nada?

P.P.— Al cabo de qué sé yo el tiempo.

DR.— ¿Qué te dijo?

P.P.— Pues me dijo, va y me dice: Acuéstate y cierra el pico, Seminarista. El Capullo está topeando. Mañana hablaremos. Sólo eso, ¿entiende?

DR.— ¿No te dio más explicaciones?

P.P.— Por el momento, no señor. Que yo tapé el petate del Capullo aprisa y corriendo y me metí en el mío, más acobardado que otro poco. Que no pude pegar ojo en toda la noche, como lo oye.

DR.— ¿Y cuándo te habló, al fin, don Santiago?

P.P.— A la mañana. O sea, me llevó así a un aparte y me dijo que preparaban una evasión y que si yo quería sustituir al Honorable, que el Honorable ya se había fugado, ¿se da cuenta?

DR.— ¿Quién era el Honorable?

P.P.— El otro, el de antes de mí, ¿sabe?, el que yo sustituí en la sala.

DR.— ¿Se había fugado realmente?

P.P.— No señor, era una manera de decir. El Honorable la había palmado.

DR.— Ya. ¿Qué le respondiste a don Santiago?

P.P.— Imagine, que a mí me pilló de nuevas, o sea, que no, que yo estaba a gusto allí, que no lo tomase a desprecio.

DR.— ¿Y él?

P.P.— ¡Huy, don Santiago, menudo pico se gastaba!, que nadie iba a obligarme si ése era mi deseo, ¿comprende? Pero que si en la vida había pensado en hacer algo por los demás, y yo, entonces, me recordé de mi tío Paco y que ése no era el caso, que si había que echar una mano, pues gustoso. Que entonces, don Santiago, me tomó por la palabra; nadie va a pedirte más, me dijo. Y ya ve, en ésas quedamos.

DR.— Es decir, te pusiste de acuerdo con ellos.

P.P.— Aguarde, para arrimar el hombro, sí señor. Pero que yo me quedaría allí, en el penal. Ése fue el trato. Que entonces don Santiago me dijo, ¿cuándo quieres empezar a topear?, que yo, cuando usted mande, don Santiago. Total, que a la tarde ya andaba yo metido en el agujero.

DR.— ¿Un agujero? ¿En el suelo?

P.P.— En el suelo, no señor. ¡Qué cosas tiene usted! Hubiéramos ido a parar al economato. El agujero le hacíamos en el muro, ¿se da cuenta? Todo a lo largo, de la parte adentro del torreón. O sea, tal que así, a la derecha, quedaban los váteres. Y del otro lado, conforme se sale al corredor, entre nuestra sala y la de San Vicente, quedaba el despacho del boqueras, para vigilar las escaleras que llevaban al patio del castillo, ¿entiende ahora?

DR.— Más o menos, Pacífico.

P.P.— Quiero decirle que entre medias del agujero y del boqueras, quedaba la sala, la nuestra digo, la de San José, de forma que malamente podía oírnos.

DR.— ¿Y cómo horadabais el túnel? ¿A lo ancho del muro?

P.P.— ¿Cómo a lo ancho? No le digo, todo a lo largo. O sea, entre medias de nuestra sala y los váteres había un muro disforme, de lo menos tres metros, de grueso, digo, que de largo ya tendría ocho o diez. Bueno, pues la idea de don Santiago era horadar esos ocho o diez metros, quitar una piedra del torreón y largarse por ahí. ¿Me comprende?

DR.— No muy bien, hijo.

P.P.— Es fácil, ¿tiene usted un lápiz a mano?

DR.— Toma.

P.P.— Yo no sé dibujar, ¿sabe? Pero esto iba así y el torreón, ve ahí. O sea, éstos eran los váteres. Y entre medias, tal que así, corría el muro. Bueno, pues en este muro, talmente en la dirección que va, hacíamos el agujero. Que lo que don Santiago quería era llegar al rincón este y quitar la piedra. Talmente donde el torreón se separa de los váteres.

DR.— Ahora me hago una idea, Pacífico. Pero ¿cómo demonios os las arreglabais para perforar la piedra?

P.P.— La piedra no la perforábamos, no señor. La quitábamos.

DR.— Pero ¿el muro?

P.P.— El muro no era todo piedra, aviados estaríamos. O sea, entre piedra y piedra llevaba un macizo de hormigón, mazacote, ¿comprende? Y ahí es donde rascábamos.

DR.— ¿Y cómo empezasteis el túnel? ¿Cómo es que no se veía la boca desde la sala?

P.P.— No señor, de qué. Ellos, de principio, Patita y los otros, levantaron una piedra orilla el petate de don Santiago, debajo del tapiz. Y así que hubo hueco dentro, la empujábamos, la piedra, digo, y, luego, conforme entraba el topo, la volvíamos a poner, ¿se da cuenta? Que ni aun quitando el tapiz se reparaba en ella, no se veía.

DR.— Así y todo, el hormigón es duro de pelar.

P.P.— ¡Y que lo diga! Pero ¿qué echa usted que llevaban el día que don Santiago me habló?

DR.— ¿Que llevaban dónde, hijo?

P.P.— Afanando en el túnel, digo.

DR.— ¡Qué sé yo! Meses.

P.P.— Y más de un año también. Que empezaron por San Pedro, de forma que, día más, día menos, un año y dos meses cuando yo ingresé.

DR.— ¿Y qué utensilios empleabais?

P.P.— Mire, por mayor, los rabos de las cucharas y dos cuchillos. Allí no había otra herramienta.

DR.— ¿Nada más?

P.P.— Bueno, teníamos también una barra de hierro, ¿sabe? Pero de noche, en la

completa, no se utilizaba. Lo único, de día, cuando armaban barullo en el patio.

DR.— ¿De dónde sacaron una barra de hierro?

P.P.— Eso no me lo pregunte porque no lo sé, doctor.

DR.— Así que cuando tú te incorporaste, el túnel iba ya muy avanzado.

P.P.— Qué hacer, más de seis metros. Y don Santiago calculaba siete y medio, con piedra y todo. O sea, de perforar, poco más del metro, que don Santiago siempre decía: Para año nuevo con la música a otra parte. Y mire si lo cumplió.

DR.— Lo que no me entra en la cabeza, Pacífico, es cómo pudiste convivir durante dos meses con tus compañeros sin sospechar que preparaban una fuga. ¿O es que en ese tiempo dejaron de trabajar?

P.P.— Dejaron, sí señor, a ver, que luego me lo dijo don Santiago. O sea, únicamente topeaban de día. A la noche, paraban. Que ellos no querían comprometerse mientras no supieran que yo no era un chivato, ¿entiende? Ya ve usted, la noche que me tropecé con la ropa y la caja en el petate del Capullo era la segunda que topeaban desde que yo llegué.

DR.— ¿Cómo organizabais el trabajo? ¿Por turnos?

P.P.— Por turnos, sí señor. Don Santiago lo tenía todo pensado. O sea, a las ocho, después del desayuno, entraba el primero. A la una, luego del almuerzo, el segundo. Y a las ocho, después de la retreta, el tercero. Que el que entraba el último, luego de la retreta, digo, se tiraba doce horas metido en el agujero, que se dice pronto, doctor.

DR.— ¿Y por qué no hacíais un turno más?

P.P.— Por precaución, mire. El boqueras andaba pared por medio y podía habernos pillado. Que les había, boqueras, digo, que se asomaban por la mirilla a cada rato, que no nos dejaban ni orinar.

DR.— ¿Poníais siempre en la cama el rebujo y la caja para disimular?

P.P.— Siempre, a ver, sí señor.

DR.— Entonces, desde el momento que te uniste a ellos, ¿pasabas una noche de cada cinco en vigilia?

P.P.— A decir verdad, de cada cuatro, oiga.

DR.— ¿Es que no erais cinco en la Sala?

P.P.— Cinco, sí señor, pero don Santiago no topeaba. Él, don Santiago, digo, llevaba la dirección.

DR.— ¿Decía él eso, que llevaba la dirección?

P.P.— A ver, doctor, no se guasee, que así era. Don Santiago guardaba un plano y una hoja con los horarios, y decía cuándo había que parar y llamaba para los relevos, ¿se da cuenta? O sea, él llevaba la responsabilidad, que entre nosotros le decíamos el Cerebro.

DR.— ¿Cómo avisaba para el relevo?

P.P.— Con tres golpes. Daba tres golpes espaciados en la piedra. Dentro se sentían bien. Digo yo que sería por el eco.

DR.— No tendría agujetas don Santiago, ¿eh, Pacífico?

P.P.— ¡Qué cosas tiene, doctor! Don Santiago era el responsable, es lo que le quiero decir. Que, por un ejemplo, el boqueras andaba cerca, pues cuatro golpes rápidos en la piedra. Y el topo sobre aviso, a ver, no se impacientaba.

DR.— ¿Y de día? ¿Tampoco topeaba de día don Santiago?

P.P.— Tampoco, no señor. Él sólo decía lo que habíamos de hacer, ¿entiende?, si rascar de arriba, de abajo o de los lados. Lo que es una dirección.

DR.— Ya. Dime, Pacífico: ¿no había riesgo de que durante el día echasen en falta al que trabajaba en el túnel?

P.P.— Por mayor, era difícil, oiga. Los bacilíferos no formábamos más que en la retreta, de día no había recuento. Y como cada quien andaba por su lado, que si en el pilón, que si en el patio, que si en la biblioteca, pues no había de qué. Lo único, las comidas y la retreta. Lo único. Y para eso don Santiago andaba al quite. O sea, era muy difícil.

DR.— Te impresionaría entrar en el túnel la primera vez.

P.P.— Calcule. Creí que me ahogaba.

DR.— ¿Tan angosto era?

P.P.— Bueno, vamos, o sea, de primeras, no, doctor, que había un hueco grande para la piedra. Pero, luego, oiga, habíamos de andar como las culebras, a la rastra. Y conforme volvían a poner la piedra en su sitio, no vea las fatigas. Talmente como si a uno le hubieran enterrado vivo; una agonía.

DR.— ¿Y trabajabais a oscuras?

P.P.— Natural, oiga.

DR.— Pero, no sabríais lo que hacíais.

P.P.— A santo de qué, doctor. Para eso teníamos manos.

DR.— ¿Os guiabais por el tacto?

P.P.— A ver.

DR.— La primera vez que entraste, ¿fue de día o noche?

P.P.— De noche, ya ve. La completa.

DR.— ¿La llamabais la completa?

P.P.— Así la decíamos, sí señor. Calcule, doce horas sin parar.

DR.— ¿Y lo aguantaste bien?

P.P.— ¿Bien? Mire, lo aguanté que no es poco. Que así, de principio, conforme puse la piedra, pensé para entre mí que iba a vocear, oiga, que inclusive me tapé la boca con las manos y todo. Un postillón en lo alto del pecho que no vea.

DR.— ¿Te habituaste pronto?

P.P.— Al encierro, a ver. Lo peor, luego, eran el polvo y el frío.

DR.— ¿Es que trabajabais sin tabardo?

P.P.— ¿Tabardo, dice? ¡En elástica y gracias! Para eso don Santiago era muy estricto. Por una mota de polvo podemos echarlo todo a perder, nos decía. Que el Buque y Patita, en cueros vivos, hágase cuenta. Que yo, le digo, mi verdad, había días que salía del agujero esmorecido, temblando como una hoja.

DR.— ¿Y no podíais usar otra ropa de abrigo distinta del uniforme?

P.P.— Sí, o sea, no, doctor. El sábado, en la revista de taquillas, lo hubieran notado. Don Santiago era muy estricto, ya le digo, que estaba en todo, don Santiago. Ya ve, los días de completa, yo salía entumido, pero allí estaba él para darme unas friegas antes de bajar al patio. Estaba en todo, ya le digo. Sin él malamente se hubieran podido hacer las cosas como se hicieron.

DR.— ¿Y dónde metíais la tierra que rascabais?

P.P.— La sacábamos fuera, mire.

DR.— ¿Cómo?

P.P.— En las bolsas de plástico de los caramelos y los cacahuets. Que según las que sacábamos, sabía don Santiago si trabajábamos o nos tumbábamos a la bartola.

DR.— ¿Qué promedio de bolsas sacabais?

P.P.— Por mayor, cuatro en el turno de la mañana, cuatro en el de tarde y seis en la completa.

DR.— ¿Qué hacíais con ellas?

P.P.— Las repartíamos, ¿se da cuenta? O sea, nos las atábamos a la cintura, bajo el tabardo, y luego, en el patio, las vaciábamos. Vamos, la desparramábamos, la tierra, digo.

DR.— Pero el patio se llenaría de tierra, Pacífico,

P.P.— Mire, allí era todo tierra, de forma que un poco más tampoco crea que llamaba la atención.

DR.— ¿No estaba el patio enlosetado?

P.P.— Aguarde, doctor, no trabuque las cosas. El patio del castillo, el de la parte de adentro, sí estaba enlosetado, qué hacer. Pero ése no era el nuestro. Los bacilíferos andábamos de la parte de fuera, ¿entiende?, o sea, en el patio que quedaba bajo la galería de reposo, junto al depósito, orilla la enfermería.

DR.— Ya.

P.P.— O sea, una vez que salíamos al patio, dábamos vuelta a las bolsas y desparramábamos la tierra.

DR.— ¿No había riesgo de que os descubrieran?

P.P.— Qué hacer, eso siempre. Pero para eso poníamos cuidado, oiga. Que, por un ejemplo, el Buque, nunca bajaba bolsas.

DR.— ¿No vaciaba bolsas el Buque?

P.P.— NO señor, nunca. Don Santiago le decía que era el que mejor topeaba y por eso quedaba rebajado de servicio. Por no hacerle de menos delante de los demás, ¿entiende? No era cosa de decirle que era por ignorante.

DR.— ¿No perjudicaría a tu salud el trabajo en el túnel?

P.P.— Eso fijo, doctor, natural. Que allí dentro el polvo del mazacote se metía hasta las mismísimas entrañas. Que yo me colocaba un pañuelo tal que así, ¿comprende?, por la nariz y la boca. Pero, créame, con eso y con todo me venía la tos que era el no parar. Y que había que aguantarla, además, ¿se da cuenta?, que por las noches, en la completa, podían sentirse las toses desde los váteres. Fíjese usted si el oficio aquel sería perro que el médico me lo conoció un día. O sea, un día debió de ver algo raro en los pulmones, ¿comprende?, y me dijo: Tú has fumado. Que yo, no señor, se lo juro por mi madre. Pero él porfiaba, tú has fumado, y a la noche, a la hora de la retreta, se presentaron en la sala don Avelino y el Vegas con el médico de guardia. A hacer una inspección, ¿entiende?

DR.— ¿No encontraron nada?

P.P.— Del túnel, no señor.

DR.— ¿Y todos los planos y los papeles que guardaba don Santiago?

P.P.— ¿De qué, oiga? Eso quedaba en el almacén, o sea, detrás de la piedra. Lo peor, oiga, fue cuando don Avelino tentó el tapiz. Se me cortó el habla, se lo juro, ya ve usted qué me iba a mí y qué me venía.

DR.— ¿Se fueron sin más?

P.P.— Bueno, o sea, todavía echaron un párrafo sobre un libro que leía don Santiago. Don Alberto, el médico, era muy aficionado a esas cosas.

DR.— ¿No volvieron a encontrarte nada sospechoso en los pulmones?

P.P.— Mayormente, no señor. Don Santiago tomó sus medidas.

DR.— ¿Qué medidas tomó?

P.P.— Mire, el veintisiete de cada mes, o sea, tres días antes del reconocimiento, dejábamos de topear.

DR.— ¿Todos?

P.P.— Todos, sí señor. Fue una medida general. Que don Santiago hacía eso para que Patita, el Capullo y el Buque no se pensarán que yo llevaba trato de favor, ¿me entiende? Don Santiago veía crecer la hierba, menudo era.

DR.— ¿No le preocupaban los retrasos?

P.P.— No, ve ahí. Nunca le vi preocupado por las prisas. Es más, él siempre decía, don Santiago, digo, si queremos llegar a tiempo hay que ir despacio. Y no le faltaba razón, oiga, que el caso era hacerlo bien, o sea, no levantar sospechas.

DR.— ¿Os hablaba de lo que pensaba hacer una vez que llegaseis a la piedra de fuera, a la del torreón?

P.P.— A mayores, no se piense que don Santiago se fuese del pico, no señor. O sea, iba diciendo las cosas por sus pasos, ¿entiende? Que yo me malicio que él andaba con la escama por el Buque, que hablase de más o que interpretara mal las órdenes, que no vea hombre más ignorante.

DR.— Así que no decía nada.

P.P.— Aguarde, nos iba informando poco a poco. Por un decir, allá, promediado el mes de diciembre, estuvo la mujer a verle y le llevó la lía.

DR.— ¿La mujer del perfume?

P.P.— A ver, la de siempre, que cuando volvió a la sala, oiga, echaba un tufo que tiraba

para atrás, don Santiago, digo. Bueno, o sea, conforme subió, nos dijo: ya tenemos una cuerda. Que el Capullo, ¿dónde, don Santiago? Conque él entonces se fue al rincón, a cubierto de la mirilla, ¿entiende?, y se quedó en cueros vivos. ¡Qué cosas, oiga! Tal que así, enrollada en el cuerpo, traía una cuerda no muy gruesa, ¿sabe?, pero fuerte, de guita, vamos, buena para aguantar a un hombre. Que Patita, ¿con eso basta?, y don Santiago, para fin de mes tendremos el resto, ¿se da cuenta? O sea, hablar por hablar no le gustaba a don Santiago, es cierto, pero según iban saliendo las cosas, nos iba informando.

DR.— ¿Y es que quedaba muy alto el hueco por donde pensabais descolgaros?

P.P.— Entiéndame, era un piso, el segundo, pero usted ya sabe, de las alturas disformes de los castillos esos. Por mayor, abajo, estaba el talud, casi cortado a pico, sobre la roca viva, que el penal quedaba tal que así, en un alto, arriba un otero. Total, con unas cosas y otras, don Santiago echaba, por lo bajo, veinte metros. De cuerda, digo.

DR.— ¿Y cuántos le llevó la mujer?

P.P.— Por mayor, diez o doce. Más, no.

DR.— ¿Qué hicisteis con ella?

P.P.— Mire, enrollarla con cuidado y ponerla en el almacén.

DR.— ¿Qué almacén?

P.P.— Bueno, en el hueco de la piedra. Yo me entiendo.

DR.— Imagino yo, Pacífico, que según avanzaban los preparativos de la evasión, tus compañeros dejarían de hablar del pasado y se ocuparían del futuro, de lo que pensaban hacer una vez en libertad, ¿no es así?

P.P.— Ande, entre ellos debían hablarlo de atrás.

DR.— ¿Cómo de atrás?

P.P.— En realidad, oiga, desde que yo empecé a topear, ya hablaban menos de lo que habían hecho y más de lo que pensaban hacer, pero mucho antes de lo de la lía, dónde va.

DR.— ¿Qué proyectaban? Concretamente el Buque, ¿qué pensaba hacer el Buque si la evasión tenía éxito?

P.P.— ¡Madre, el Buque! Buscar al Francisco Rincón. Para ése no había duda.

DR.— ¿El que le quitó la mujer?

P.P.— El mismo. Le había jurado la vida, ¿comprende? Él decía que por culpa del

Francisco Rincón había espetado a su hijo y que mientras no le viera bajo tierra no dormiría tranquilo. Era muy testarrón el Buque ese, doctor, se lo digo yo.

DR.— ¿Y después? ¿Qué pensaba hacer después?

P.P.— Ande, qué cosas tiene. Para el Buque no había después. Ése no podía pensar dos cosas al mismo tiempo. Él con despachar al Francisco Rincón se daba por conforme.

DR.— ¿Y el Patita?

P.P.— Bueno, Patita seguía con la manía del dormido y del despierto. Para él lo más importante era sentir en qué momento se quedaba dormido, que rara era la noche que no nos daba la murga.

DR.— Pero ¿cuáles eran sus planes para el futuro?

P.P.— A saber, doctor. Patita siempre andaba pensando en la tierra, ¿comprende?, que no entendía la vida sin trabajar la tierra. Para él, arar, sembrar y recoger era vivir. De manera que eso, él hablaba de irse a algún lugar donde no hubiera un alma, ¿se da cuenta?, y vivir a solas con la tierra. Imaginaciones, ya ve, que hoy los hombres llegan a todas partes, no sé cómo se las arreglan.

DR.— Eso no, Pacífico, mira Prádanos.

P.P.— Pues sí que ha ido usted a mentar buen sitio, Prádanos. Solos y, de repente, todo el vecindario en las ventanas.

DR.— Con la mano en el corazón, Pacífico, ¿sigues creyendo que los vecinos de Prádanos volvieron para reírse de ti? ¿Piensas seriamente que estaban allí, asomados a las ventanas, con sus trajes de fiesta, sólo para veros?

P.P.— No empecemos, doctor. ¿A santo de qué cree usted que iba yo a inventarme una historia así?

DR.— Está bien, Pacífico. Sigamos con el Patita.

P.P.— ¿Qué más quiere usted saber?

DR.— Pues eso, todo ¿dónde esperaba encontrar, en estos tiempos, una tierra solitaria?

P.P.— Digo yo que en Extremadura. Pero no haga caso.

DR.— Pero anoche, o tal vez anteanoche, tú me dijiste que el Patita ese estaba para cumplir.

P.P.— Cierto, sí señor. En verano cumplía. Si no me informó mal, para finales de julio.

DR.— ¿Qué tiempo llevaba allí?

P.P.— ¿Patita? ¿Enchiquerado, dice? Para la Virgen, doce años, imagine. Doce años por matar a un maricón. Ya es condena, ¿no le parece?

DR.— No lo entiendo, Pacífico.

P.P.— ¿Qué es lo que no entiende?

DR.— Eso, lo que cuentas, hijo. Si el Patita llevaba doce años encerrado y le faltaban unos meses para cumplir, ¿cómo se embarcó en la aventura del túnel con los riesgos que eso implicaba?

P.P.— Bueno, doctor, Patita no era el Buque, pero tampoco inventó la pólvora, no se crea.

DR.— ¿Era distraído también el Patita?

P.P.— Bueno, vamos, o sea, por lo general, allá, en el penal, o sea, aparte don Santiago, no se piense usted que fueran ingenieros. Patita, prudente sí era, pero no quita.

DR.— ¿No sería don Santiago el que le embaucó?

P.P.— La ha cogido usted modorra con don Santiago.

DR.— No es eso, Pacífico. Pero por ésta y por otras razones, tengo la impresión de que don Santiago utilizaba su inteligencia en beneficio propio.

P.P.— ¿A qué ton? Él proponía una cosa y nosotros la aceptábamos o no la aceptábamos, según. O sea, por mayoría.

DR.— Mucha democracia, pero mira a ti cómo te enredó.

P.P.— No señor. Está usted pero que muy equivocado. Si yo empecé a topear, es porque se me puso, o sea, gustoso. Yo quería hacer algo por los demás.

DR.— Pero si tú no pensabas evadirte, ¿por qué razón ibas a reventar tus pulmones un día y otro dentro de un túnel?

P.P.— Ellos querían largarse, doctor, y yo, ve ahí, pues arrimé el hombro de voluntario. Por mayor, talmente como cuando catava colmenas en el pueblo, ¿entiende?, que si no es por Padre, yo ni una peseta, ya lo sabe. ¡Ande que si en la vida se fueran a cobrar también los favores, aviados estaríamos!

DR.— Bien, como quieras. ¿Y el Capullo? ¿Cuáles eran los planes del Capullo?

P.P.— Arrimarse a la Isabelita, mire.

DR.— ¿Después de matar a su marido?

P.P.— Ande, pues para eso le mató, ¿no? ¡También tiene usted cada cacho salida!

DR.— ¿Tan enamorado estaba?

P.P.— No se puede usted ni imaginar. El Capullo llevaba tal que así, en la faena, una foto de la Isabelita, y no se separaba de ella ni a sol ni a sombra. Y un día le dijo al Buque que le tatuara en lo alto del pecho la cara de ella, ¿se da cuenta?

DR.— ¿Y se la tatuó?

P.P.— Qué hacer. Vamos, o sea, le pintó una mujer allí.

DR.— ¿Cómo hacía los tatuajes el Buque?

P.P.— Fácil, oiga. Con un alfiler y un bote de tinta, mire. O sea, metía con la punta la tinta bajo la piel y ya no se marchaba, no, que no salía ni con jabón y estropajo. Se daba maña el Buque para eso, ya ve.

DR.— Dime. ¿Y don Santiago? ¿Hablaban don Santiago de sus proyectos para después de la fuga?

P.P.— Pues, no señor. A este respecto don Santiago no abría la boca.

DR.— ¿No mencionaba los treinta millones de Londres?

P.P.— Bueno, por mayor, ésas eran cosas de radio petate.

DR.— ¿Él no aludió jamás a ese dinero?

P.P.— No señor. Ni a ése ni a ninguno.

DR.— ¿Le preguntabais vosotros?

P.P.— De qué, oiga. Nadie le preguntaba nada a don Santiago. ¡Sólo faltaría!

DR.— ¿Y tú, Pacífico? ¿Qué decías tú cuando los demás hablaban de sus planes?

P.P.— Ande, mire, candar el pico y alargar la oreja.

DR.— ¿No les extrañaba a ellos tu silencio?

P.P.— A mayores, una vez, Patita. O sea, un día, según se explicaron todos, Patita va y me dice: ¿Qué piensas hacer tú, Seminarista? Que yo, la verdad, doctor, yo estoy a gusto aquí, le dije. Y Patita, ¿habéis oído? Y los otros, no vea, oiga, locos, natural, el Capullo y el Buque, digo, hasta que don Santiago terció: ¡Basta! Aquí no se le dice a nadie lo que tiene que hacer.

DR.— Pero luego te lo dijeron, ¿no es así?

P.P.— Cuando las cosas se enredaron, mire.

DR.— Ya.

P.P.— ¡Qué manía, oiga! Usted, si no le busca las vueltas a don Santiago, parece como que no quedara conforme.

DR.— Tú no quieres entenderme, Pacífico, pero confío en que algún día abrirás los ojos. Don Santiago jugó con vosotros como el gato con el ratón.

P.P.— Como quiera, mire, por mí...

DR.— Disculpa, Pacífico. A ratos pongo en esta charla excesiva pasión, yo mismo lo comprendo. Continúa: ¿cuándo os expuso don Santiago los pormenores de la fuga?

P.P.— Luego de alcanzar la piedra, o sea, el torreón.

DR.— ¿Quién llegó a ella?

P.P.— Un servidor. En una completa.

DR.— Te daría mucha emoción, ¿no?

P.P.— Calcule, tanto afanar. Pero, de primeras, no me lo creía, oiga, y seguí rascando, pero que nada. Que pensé para entre mí: ¿a ver si es la piedra ya? Y a la mañana, se lo conté a don Santiago. Pero ni por ésas perdió la flema, menuda. O sea, se llegó donde Patita y le dijo: Parece que el Seminarista ha alcanzado la piedra. Procura ensanchar el hueco y encontrar las juntas.

DR.— ¿Y lo hizo?

P.P.— ¡Calle usted! Si ese día no se escachó todo fue porque Dios nos tuvo de su mano.

DR.— ¿Qué sucedió?

P.P.— Patita, oiga. Se quedó privado dentro.

DR.— ¿Sin conocimiento?

P.P.— A ver. Como un tarugo.

DR.— Una lipotimia, ¿o qué?

P.P.— Eso él sabrá. Lo cierto es que se quedó privado y el corneta para tocar a fagina, imagine, el apuro. Que don Santiago pegaba tres golpes y el otro, nada, ni contestar, que, por lo general, respondíamos con el pie, a ver, por la postura. Pero Patita, nada, que don Santiago, asustado, algo ha pasado ahí dentro.

DR.— ¿Qué hicisteis?

P.P.— Allí vería a don Santiago, oiga, tomando disposiciones, como un general: Tú, Seminarista, al corredor y si llega el boqueras, entreténle, aunque sea echándole de cabeza al patio. Tú, Capullo, quédate a la puerta y que nadie se arrime, como en los relevos. O sea, el Buque, que era el más fuerte de todos y él, don Santiago, iban a hacer por sacarle, ¿comprende? A Patita, digo.

DR.— ¿Y lo sacaron?

P.P.— Al decir de don Santiago, no salía ni a la de tres, oiga. Que estaba como encasquillado y ni para atrás ni para adelante. O sea, como tampoco se podía hacer fuerza, ¿entiende?, porque el hueco era angosto, pues que nada, que no se meneaba. Que dice don Santiago que en la vida las ha pasado más putas, y que Dios Padre me perdone. Y el Buque, oiga, con medio cuerpo dentro, del agujero, digo, agarrando a Patita por los pies y tirando, a la desesperada. Que a mí, no vea, se me hacía una eternidad. Y, en éstas, el boqueras Vegas que sube, oiga, calcule, que yo pensé para entre mí, hay que pararle como sea, ¿se da cuenta? Conque con el plato como estaba, me arranqué escaleras abajo para tropezármele en la vuelta, ¿entiende la intención? Que le pegué un metido que le aculé en el rellano, oiga. Y allí vería cómo se puso. De todo me llamó. Que yo, usted disculpe, es la hora de fagina. Y fui y le ayudé a ponerse de pies. Y hasta le sacudí las perneras de los pantalones y todo. Pero él porfiaba que lo había hecho aposta y, quieras que no, donde el oficial de guardia. Y allí, la misma copla, yo que corría por la fagina, y él, el Vegas, digo, que había ido por él por lo derecho, o sea, lo había hecho aposta. Y dale. Y duro. Que yo, de propósito, lo alargaba, ¿se da cuenta?, a ver, pensando en Patita. Y, al cabo de qué sé yo el tiempo, que tres días a la celda, a la de castigo, vamos. O sea, que eso fue todo. A los tres días volví donde ellos y don Santiago, muy atento, me felicitó, ya ve, que si no es por mí todo se hubiera escachado, que, a su decir, el Buque demoró más de un cuarto de hora en sacar a Patita del agujero, hágase cuenta.

DR.— ¿Y qué me dices de tu nueva experiencia?

P.P.— ¿Cuál nueva?

DR.— La de la celda.

P.P.— ¿La de castigo, dice?

DR.— Claro.

P.P.— Bueno, o sea, bien. Angosta sí era. Y oscura, oiga. Pero, mire, hecho al túnel aquello se me hacía jauja.

DR.— ¿No te angustiaba la soledad?

P.P.— ¿De qué, oiga? Mejor.

DR.— ¿Te agradaba estar solo?

P.P.— Ande, ¿a quién no? O sea, yo me tumbaba en el petate y a imaginar, ¿se da cuenta? Que lo mismo daba en imaginar al Hibernizo florecido entre la nieve, o que miraba alentar las chimeneas del Humán desde el Crestón. Lo que fuera gustoso. Por lo demás, tranquilo, mire, que así descansé tres días de topear.

DR.— ¿Y una vez que volviste?

P.P.— Lo celebramos, mire.

DR.— ¿Tu regreso?

P.P.— ¡A qué ton mi regreso!, lo de la piedra, que el Capullo confirmó que era la piedra, o sea, que habíamos acabado el túnel, dese cuenta. Y don Santiago me felicitó por lo del Vegas, el haberle sentado, digo. Y luego mandó al Buque por chocolate, magdalenas y refrescos y lo celebramos.

DR.— ¿Recuerdas, Pacífico, qué día llegasteis a la piedra?

P.P.— Un veintiuno de noviembre, no se me olvida. O sea, ponga el veintidós porque fue de madrugada.

DR.— ¿No les entraron a tus compañeros prisas por escapar?

P.P.— Don Santiago nunca tenía prisas, doctor, ya se lo he dicho. Él quería hacer las cosas como es de ley, atar todos los cabos, como suele decirse. Ya ve, un veintidós de noviembre dimos con la piedra, y la fuga no fue hasta el seis de enero del año siguiente. Conque, eche cuentas. Casi dos meses aguardó todavía don Santiago. Pero esto, entre usted y yo.

DR.— Descuida, Pacífico.

P.P.— Además, todavía quedaba la piedra.

DR.— Pero eso sería cosa de poco.

P.P.— ¡Que se lo ha creído usted! Despegar la piedra nos llevó también más de dos semanas.

DR.— ¿Quitarla?

P.P.— Oiga, hágase usted cuenta que eso no podía hacerse de cualquier manera, que tampoco era cosa de echarla a rodar por el talud abajo, ¿entiende? O sea, había que despegarla y meterla para adentro con cuidado, talmente como la otra, girándola, como si fuera una puerta, ¿comprende?

DR.— ¿Y cómo lo conseguisteis?

P.P.— Con paciencia, mire, ésta es la derecha. De primeras, con la hoja de un cuchillo y, luego, con un alambre, royendo, como los ratones.

DR.— ¿Con un alambre?

P.P.— Un alambre, sí señor, que la hoja no pasaba del mango, natural, que la piedra era doble de gruesa, que la hoja del cuchillo, digo. O sea, meter la punta del alambre por la grieta y rascar, eso era todo. Pero que no vea, con el alambre ese se

aguantaba poco. No se piense usted que sacábamos más de una bolsa cada turno; de tierra, digo. Y para remate, Patita, después de la avería, se puso de baja.

DR.— ¿Quedó lastimado?

P.P.— Eso no, no señor, como quedar, quedó bien, como usted y como yo. Lo único, la tirria, que dio en aborrecer de ello, ya ve.

DR.— Aborrecer, ¿de qué?

P.P.— Del túnel, mire, del agujero. Que era arrimarle al tapiz y ya se ponía loco. No hacíamos vida de él, créame.

DR.— Quedasteis tres, entonces.

P.P.— Mire, el Buque, el Capullo y yo.

DR.— ¿Y proseguíais al mismo ritmo?

P.P.— Sí señor, o sea, no. Una noche de cada cuatro, librábamos. La que correspondía a Patita.

DR.— Se me ocurre, Pacífico, que si en la celda había una ventana con una reja, ¿no hubiera sido más corto limar los barrotes? La amiga de don Santiago, o lo que fuera, podía haberos proporcionado todas las limas que hubieran hecho falta, ¿no?

P.P.— La ventana de la sala, querrá usted decir.

DR.— Bueno, como tú quieras, de la celda o de la sala, me es igual.

P.P.— Pero hágase usted cargo que el boqueras quedaba a un paso, pared por medio.

DR.— Podíais haberlo hecho de día.

P.P.— ¡Que se cree usted eso! Mañana y tarde el boqueras echaba una ojeada a la reja, a ver qué se cree. A la de nuestra sala y a la de todas. Y, luego, los barrotes, oiga. Si no tenían el grueso de mi brazo no tenían ninguno. Don Santiago ya estaba enseñado, no se piense que no, y si él dijo el túnel es porque no había otra proporción.

DR.— Está bien, hijo. De modo que tardasteis dos semanas en despegar la piedra, ¿no es eso?

P.P.— Día más, día menos. Lo que sí puedo decirle es que el Capullo vio luz por primera vez metidos ya en diciembre, la víspera de la Virgen.

DR.— Sería para él un acontecimiento.

P.P.— Calcule, que dice que al verla, la luz, digo, apretó los puños y se arrancó a llorar

como un niño. Y así se estuvo hasta la hora del relevo.

DR.— ¿Fuiste tú detrás?

P.P.— A mí me tocó, sí señor.

DR.— ¿Y qué?

P.P.— ¿Que qué? Pues que daba gloria arrimar las narices a la rendija y respirar, oiga.

DR.— ¿Respirar el aire de la libertad?

P.P.— ¡A qué ton de la libertad! Respirar el aire, oiga. Que llevaba qué sé yo el tiempo encerrado en aquel agujero. O sea, uno afanaba con más brío viendo aquella raya de luz, ¿entiende? Pero ya había que poner más cuidado. No vea los últimos días.

DR.— ¿Qué pasó los últimos días, Pacífico?

P.P.— Como pasar, nada de particular, doctor. Pero eso, que había que poner más cuidado. O sea, don Santiago dijo: Que no caiga fuera un cascote más grande que una uña, ¿se da cuenta? A ver, todos los miramientos eran pocos.

DR.— ¿Y por qué razón tantas precauciones?

P.P.— Los centinelas, mire.

DR.— ¿Es que podían veros los centinelas? ¿No estaban los centinelas en las almenas y los cubos del castillo?

P.P.— En Góyar, ni hablar. Andaban todos de la parte de fuera.

DR.— Pues será un caso único.

P.P.— Lo será, no digo que no. Pero allá en Góyar las garitas de los centinelas quedaban por la parte de fuera, o sea, rodeando el penal, dándole cara, ¿entiende? Una cada sesenta o setenta metros. Que muchas tardes, desde la galería de reposo, a falta de mejor cosa que hacer, mirábamos el relevo, el cabo guardia iba con uno y se llevaba al otro, ¿sabe? Así, de garita en garita. Se pasaba el rato.

DR.— ¿Es decir que las garitas estaban enfrente del castillo, todo alrededor?

P.P.— Dándole cara, ya le digo. Arriba, en la torre, sólo había el proyector y la ametralladora.

DR.— La fuga así sería más difícil, ¿no?

P.P.— Usted dirá. Por eso don Santiago decía que lo mejor era aguardar a un día de niebla, escurrirse entre dos centinelas aprovechando la niebla.

DR.— Pero de esa forma podían darse de bruces con uno de ellos. La niebla es muy engañosa, Pacífico.

P.P.— Muy falsa es la niebla, sí señor, muy traicionera, eso es cierto. Digo yo que por eso cambiaría de parecer don Santiago.

DR.— ¿Cambió de parecer?

P.P.— A ver qué vida. O sea, como venía la Navidad, se pensó que lo más prudente sería aprovecharse de ella.

DR.— Y escapar un día de fiesta, claro.

P.P.— No señor, todo lo contrario. O sea, don Santiago decía que todos los presos aguardan a la Nochebuena o la Navidad para largarse, con el barullo, ¿entiende? Conque los guardianes andaban sobre aviso en esas fechas, que inclusive recibían instrucciones especiales. Así que don Santiago dijo que nos iríamos cuando menos lo esperasen. Por un ejemplo, luego de una fiesta, así que los centinelas anduvieran con la cabeza trascordada de comer y beber.

DR.— ¿De modo que una vez que despegasteis la piedra, don Santiago expuso sus planes?

P.P.— Aguarde. Luego de despegar la piedra, el Buque, el Capullo y yo nos tiramos otras dos semanas, que se dice pronto, ensanchando la salida del túnel, haciendo el «livin», ¿entiende?

DR.— ¿Al final del túnel?

P.P.— Talmente, sí señor, orilla la piedra del torreón.

DR.— ¿Con qué objeto?

P.P.— Mire, lo que don Santiago quería es que los cuatro cogieran en el «livin» el día de la fuga, y, a mayores, se salió con la suya. Pero no vea cómo trajinamos esos días. ¡Como yunques trabajamos, oiga!

DR.— Pero entraría ya algo de luz y de aire por las rendijas.

P.P.— Algo, dice. Mire usted, Góyar, para estas fechas, es peor que el Polo Norte, como yo digo. Menudas heladas, oiga. Así que yo, allí dentro, con la elástica por todo abrigo, esmorecido, natural. Era entrar allí y ya empezaba el vientre a darme guerra, que no lo dejaba. Y al día siguiente, tate, que ni tiempo de recobrar me tenía.

DR.— ¿Y el Patita? ¿Seguía sin poder ayudaros en nada el Patita?

P.P.— Patita ya le digo que dio en aborrecer de ello. O sea, Patita no volvió a entrar en el túnel hasta la noche de la fuga. Y para eso porque le empujamos. El que sí entró una vez fue don Santiago.

DR.— ¿Entró en el túnel don Santiago? ¿A trabajar?

P.P.— De inspección, no señor. Pero quedó complacido, ya ve. Y entonces mandó colocar allí las lías, las alpargatas, la ropa y todo lo que pudiera servirles, ¿se da cuenta? A raíz de eso, fuera del Capullo una mañana, nadie volvió a meterse dentro.

DR.— ¿Y para qué entró el Capullo?

P.P.— Para montar la piedra sobre un palo, de forma que pudieran girarla sin esfuerzo. El Capullo había hecho de barruco en su pueblo y conocía el oficio.

DR.— Y el resto de la cuerda, ¿no lo trajo la mujer de don Santiago?

P.P.— Ande, para esas fechas ya llevaba dos semanas en el «livin». La mujer de don Santiago, para que lo sepa, conforme se acercaban las fiestas, se vino un día con la lía y un ropero completo, oiga. No vea: tabardos, mantas, abrigos, alpargatas. De todo; no lo lloró, no señor.

DR.— ¿Qué queríais hacer con toda esa ropa?

P.P.— Pues los bultos de los petates, ¿no comprende? O sea, el plan era largarse después del toque de silencio. Y si el boqueras asomaba la gaita, lo prudente era que viese los petates ocupados, ¿no?

DR.— ¿No se escamó la guardia al ver ese ropero?

P.P.— ¿A cuento de qué, oiga? Por esas fechas, ya se sabe, el que más y el que menos, un paquete, ¿entiende?, el que no era de casa, de caridad, natural. Conque los mandos ya sabían que el Buque y los otros no tenían posibles, ¿no?, mientras que don Santiago y su señora, por lo que fuese, que yo en eso no me meto, eran gente de posición. O sea que ella dejó dicho que las ropas para los compañeros de don Santiago, que el boqueras, con cachearla, registrar la ropa, digo, se dio por conforme.

DR.— ¿Cuándo os comunicó don Santiago sus planes?

P.P.— Mire, tal día como hoy, el Capullo colocó el gozne, ¿no? Bueno, pues tal día como mañana don Santiago empezó con las instrucciones.

DR.— ¿Qué instrucciones os dio?

P.P.— Bueno, oiga, cada noche hablaba de ello. Una vez que el Capullo puso el gozne, no se hablaba de otra cosa en la sala. Y don Santiago, una vez y otra, repetía las cosas y miraba para el Buque, ¿entiende? Que, para mí, que no se fiaba de él, o sea, se las temblaba. Y con razón, oiga, no vea hombre más ignorante.

DR.— Concretando, Pacífico, ¿qué fecha fijó don Santiago para la evasión?

P.P.— De primeras, el dos de enero.

DR.— ¿Es que cambió luego?

P.P.— Cambió, sí señor. La definitiva la marcó para el seis, o sea, la noche de Reyes.

DR.— ¿No era fiesta esa noche?

P.P.— Por mayor, para los reclusos, no señor. Pero para los mandos y los boqueras, sí. O sea, ese día no era día de barullo en el penal, aunque los boqueras y la guardia sí lo celebraran por su cuenta, ¿entiende? Que, inclusive, al decir de don Santiago, ese día se reducía el servicio, que el que más y el que menos tenía familia en casa, a ver. Conque esa noche, con la resaca de las fiestas, el personal andaría abotargado y, además, no había luna. O sea, la cosa era bien sencilla, ¿no? Bueno, pues el Buque, dale, doctor, ¿hay niebla esa noche, don Santiago?, que don Santiago, no vea hombre más paciente, olvídate de la niebla, Buque, ya no importa la niebla, ¿se da cuenta?

DR.— Ya.

P.P.— Bueno, pues lo primero, al decir de don Santiago, conforme tocasen silencio, era armar los bultos en los petates, ¿entiende?, que, la piedra de abajo, la de la sala, digo, ya estaría corrida, o sea, luego de la retreta, la correría el Capullo, y el hueco quedaría tal que así, cubierto por el tapiz, ¿comprende? Conque, en un momento, todos adentro, del túnel, digo.

DR.— ¿Y el vigilante? ¿No quedaba el vigilante pared por medio?

P.P.— Aguarde. El boqueras, luego de tocar silencio, daba la ronda por la galería, todo alrededor del patio, que iba de una sala a otra llamando la atención del personal para que callaran la boca. Y había salas, como la de San Vicente pongo por caso, con más de veinte, donde nunca faltaba un patoso que alborotara, natural. Conque, entre unas cosas y otras, el boqueras demoraba un cuarto de hora o veinte minutos en llegar a nuestra sala, a la mirilla, digo, o sea, en hacer la ronda. Para entonces, al decir de don Santiago, todos andarían ya dentro del túnel. Pero, por un por si acaso, irían descalzos, que en el «livin» habían puesto las alpargatas, y don Santiago se arrancararía a toser y no lo dejaría mientras no acabaran, ¿se da cuenta?

DR.— ¿No te asignó a ti don Santiago algún papel especial?

P.P.— Ande, a ver; yo andaría en la mirilla mientras ellos armaban los muñecos en los petates. Para vigilar al boqueras, ¿comprende? Luego, así que el boqueras asomase, yo estaría de pies, aposta, en medio la sala, que por los bultos de los petates él se pensaría que los otros andaban ya acostados. Entonces él, el boqueras, digo, me reprendería, como de costumbre, a ver, venga, aviva, Seminarista, ya es hora, ¿se da cuenta? Conque, en éstas, yo, sin prisas, me metería en el petate delante suyo, y el boqueras se iría tranquilamente a

descabezar una siesta.

DR.— Y los del túnel, ¿qué?

P.P.— Bueno, ellos aguardarían en el «livin» hasta la hora del relevo.

DR.— ¿El relevo de la guardia?

P.P.— De la guardia, talmente, sí señor. La guardia relevaba a las horas pares, de forma que si el toque de silencio, por un ejemplo, era a las nueve, ellos aguardarían en el «livin» hasta las diez.

DR.— Y a esa hora, ¿qué harían?

P.P.— Correr la piedra, pinarla, para que no pasara por el hueco, amarrar la soga y a correr.

DR.— ¿Quién bajaría primero?

P.P.— Don Santiago, a ver.

DR.— ¿Y por qué don Santiago?

P.P.— Él dirigía, ¿no? A ver si me explico. Don Santiago bajaría primero y, una vez en el foso, pegaría tres tirones de la soga. Entonces Patita, que iba detrás, al sentirlos, los tirones, digo, bajaría. Y así que llegara al foso, don Santiago pegaría otros tres tirones y bajaría el Buque. Y detrás, pues, el Capullo.

DR.— Y tú, ¿mientras tanto?

P.P.— Tranquilo, mire, en el petate.

DR.— ¿No temía don Santiago que te hicieran cantar al día siguiente?

P.P.— Le traía sin cuidado. Vamos, eso me dijo. O sea, que cantara o no cantara, a cosa pasada, no le daba frío ni calor.

DR.— ¿Estás seguro?

P.P.— Ande, ¿y por qué había de engañarme?

DR.— Entonces, ¿por qué crees que luego hizo lo contrario de lo que pensaba o de lo que te había dicho?

P.P.— ¡Qué cosas, oiga! Porque todo se enredó. Que si el boqueras no asoma la gaita no hubiera pasado nada, ¡de qué! Pero no sé qué mala idea le dio que, contra costumbre, se vino primero donde nosotros y todo se escachó.

DR.— Está bien, Pacífico. Una vez los cuatro en el foso, abajo, ¿qué pensaban hacer?

P.P.— Empezarla a correr por él, por el foso, digo. Allí abajo malamente podían

verlos, ¿no? Así que darían vuelta al torreón y seguirían corriendo hasta llegar donde la enfermería, de la parte afuera. Don Santiago calculaba, así, a ojo, que a las diez y media podrían andar los cuatro allí, ¿sabe? De forma que todavía tenían hora y media por delante hasta el siguiente relevo.

DR.— ¿Y cómo pensaban franquear la línea de centinelas?

P.P.— Pues ahí estaba el chiste, oiga. O sea, desde la galería de reposo, ¿se da cuenta?, se veía la enfermería. Y, de la parte afuera, un arroyo seco, una escombrera y cuatro chaparros, que lo mismo podían ser pimpollos que enebros, que a esa distancia ni se podían distinguir. Bueno, pues para que se haga una idea, los árboles esos quedaban entre medias de dos garitas, que si había treinta metros de un lado, treinta había del otro. Promediados, a ver si me entiende. Bueno, pues don Santiago se agarraba al Buque y lo mismo se tiraba cuatro horas enseñándole, primero, el arroyo, luego la escombrera y, después, los pimpollos, ¿comprende? Y a la noche menuda juerga, oiga, le examinaba pero que no acertaba, el Buque, digo, que no era capaz de repetir las palabras por orden, hombre más ignorante.

DR.— ¿Y los demás?

P.P.— De carrerilla, imagine.

DR.— ¿Se enfadaba don Santiago?

P.P.— Ni por asomo, oiga. Como quien enseña a un niño. Papel y lápiz y a dibujárselo. Y así horas y horas, que no vea la paciencia que se gastaba.

DR.— Pero el arroyo y la escombrera quedarían a la vista de los centinelas, ¿no es así?

P.P.— Así es, sí señor. Por eso tenían que alcanzar los pimpollos andando con los codos y las rodillas, sin ponerse de pies. A la rastra, talmente como las culebras.

DR.— ¿Y eso sí lo entendía el Buque?

P.P.— Qué hacer, eso sí. Inclusive por las noches, sin meter ruido, yo me ponía a la mirilla y ellos se enseñaban a andar así. ¡Y no vea el Buque qué maña se daba! El que más aguantaba, oiga, pero con mucho.

DR.— ¿Es decir, que del foso a los pimpollos habían de ir reptando de uno en uno?

P.P.— De uno en uno, sí señor, tal como usted dice.

DR.— ¿Y pensaban reunirse de nuevo allí, en los pimpollos?

P.P.— Eso, no señor. O sea, de que salieran del foso, cada uno había de hacer por él, arrastrarse hasta la cerviguera, los primeros robles, para que me entienda. Una vez allí, a cosa de trescientos metros del penal, ya podían alzarse, subir la cuesta,

cruzar la vaguada, trepar la otra cerviguera, atravesar el camino y un bosquecillo de hayas hasta tropezar con la vía, ¿comprende? Que ya en la vía, no tenía pierde, que, al decir de don Santiago, bastaba echar a mano derecha, orilla de ella, hasta el túnel. Y allí, en la boca del túnel, es donde debían juntarse todos otra vez, ¿se da cuenta?

DR.— ¿Cómo era posible meter todo eso en la cabeza del Buque?

P.P.— Bueno, don Santiago lo dejaba un poco a su caer, ¿me entiende? Don Santiago se conformaba con que el Buque orillara a los centinelas. Por eso le decía todo el tiempo: el arroyo, la escombrera y los pimpollos, Buque, ¿te enteras? Y el Buque que sí, que se enteraba, pero hasta el día la víspera no fue capaz de repetirlo.

DR.— Esto significa que, una vez burlados los centinelas, don Santiago se desentendía del Buque.

P.P.— No señor, no la líe. El Capullo iba a su cuido. Que el Capullo iba cerrando marcha, de cabo chuletas como suele decirse. Y una vez en la cerviguera, orilla los robles, el Capullo se haría cargo. O sea, así que pudieran ponerse de pies, el Capullo y el Buque la emprenderían a correr juntos por el sardón hasta alcanzar el túnel.

DR.— ¿Cómo conocía don Santiago los accidentes que había en los alrededores del penal?

P.P.— Por el mapa, mire.

DR.— ¿Tenía un mapa?

P.P.— Ande, a ver, eso siempre, desde que yo ingresé. Un mapa de esos que usan los ingenieros, ¿sabe?

DR.— ¿Un plano cartográfico?

P.P.— Así creo que les dicen, sí señor.

DR.— Pero por un plano cartográfico difícilmente podía saber si en las laderas había roble o encina, o si detrás había un bosque de hayas, ¿no?

P.P.— Mire, la cerviguera bien claro la veíamos nosotros; desde la galería, digo. En cuanto a las hayas y esas cosas, digo yo que se lo explicaría ella.

DR.— ¿La mujer?

P.P.— Ya ve quién va a ser.

DR.— Dime, Pacífico. Y una vez en el túnel, ¿qué pensaban hacer?

P.P.— Agarrar el mixto de la una y cinco.

DR.— ¿Había un tren a esa hora?

P.P.— Atienda. Al decir de don Santiago, era un mixto de cercanías. O sea, cada noche, a la una y cinco, minuto más, minuto menos, le sentíamos resollar, ¿entiende? Que el mixto ese entraba en el túnel al paso, y ellos, don Santiago y toda la tropa, digo, treparían a un vagón de mercancías y allí, tan ricamente, hasta Madrid. ¿Se da cuenta?

DR.— ¿No temía don Santiago que descubrieran la evasión antes de esa hora?

P.P.— De qué, no señor, imposible. Hasta la diana no tenían por qué descubrirla.

DR.— Pero los vigilantes...

P.P.— Por mayor, el boqueras relevaba a la una. A esa hora, y luego a las cuatro, daba una vuelta por la galería, ¿entiende? Pero por rutina, no se piense, que muchas noches ni se molestaba.

DR.— ¿No entraba en las salas?

P.P.— De eso puede usted estar seguro. De no ser que alguno se pusiera enfermo, entiéndame. O sea, ellos hacían la ronda por rutina, como suele decirse. Entonces, don Santiago me encargó que, para la ronda de la una, yo cambiase de petate, metiera un rebuso de ropa en el mío y rebullera, ¿comprende? Que lo que don Santiago quería es que los boqueras no encontrasen siempre despierto al mismo, o sea, no recelaran.

DR.— Ya.

P.P.— La cosa estaba bien traída, no crea que no. Que estoy por apostar que don Santiago no se olvidó ni de la yerba donde debían poner los pies. Todo se lo tenía aquí, en la cabeza, que no había cosa que no se le alcanzase, oiga. Con decirle que cada noche, conforme daba la una, les zarandeaba a los tres, para que escucharan el pito del tren, está dicho todo.

DR.— ¿El del mixto?

P.P.— A ver. El que tenían que coger.

DR.— Y a ti ¿no te despertaba?

P.P.— A mí, no señor. Ya ve qué pintaba yo en eso.

DR.— ¿Cómo lo sabes, entonces? ¿Es que, para esas fechas ya no dormías bien?

P.P.— Pues, no señor, la verdad. Desde que me metieron en estos trajines yo no dormía como antes, dónde va, no paraba tranquilo, qué sé yo, los nervios, o lo que fuera, pero como un dominguillo. Y luego, con las fiestas, las Navidades, digo, no vea. Allí vería a don Santiago, hay que meter más bulla que nadie. Y para qué querían

más, calcule, de la mañana a la noche voceando, con las panderetas. Que el Capullo no paraba, que estaba en todas las salsas, como el ajo y el perejil. Y tenía buena voz, el condenado. O sea, los boqueras, que a dirigir el coro, ¿entiende? Pero ellos estaban a lo que estaban, los boqueras, digo, que no nos quitaban ojo, oiga, con disimulo, eso sí. Y don Santiago detrás del Buque, ni a sol ni a sombra, Buque, tenlo presente, el arroyo, la escombrera y los pimpollos, ¿entiendes? Que el otro, sí señor, pero ni cuenta se daba de lo que decía. Y para remate, de vísperas, se cae y se tronza un hueso. Lo que faltaba para el duro, vamos.

DR.— ¿Se cayó el Buque la víspera?

P.P.— Bueno, la víspera es un decir. Se cayó cinco días antes, el treinta y uno de diciembre, el cabo de año, ya ve qué ocurrencia. Y no vea cosa más tonta, escaleras abajo, como un fardo. Que para mí que andaba con dos copas, si no, no se explica. Ya ve, le tuvieron que agarrar entre cuatro y a la enfermería, que no vea las penalidades que pasamos.

DR.— ¿Por tener que aplazar la evasión?

P.P.— Eso era lo de menos, doctor. Don Santiago nunca tenía prisa. Lo que recelaba don Santiago, y con razón, era que el Buque soltara el mirlo, ¿entiende? Que era muy charlatán el Buque, oiga.

DR.— ¿Y tardó mucho en regresar?

P.P.— ¿El Buque a la sala?

DR.— Claro.

P.P.— A los tres días, ya ve. Pero que se nos hicieron como tres años. Que don Santiago no sabía qué inventar. Para tenernos entretenidos, digo. Imagine, los nervios. Que entonces fue cuando se le alcanzó hacer una baraja con una caja de zapatos, ¿se da cuenta? Que no vea qué arte se dio. Que al Capullo todo se le volvía decir: al caballo de oros le ha sacado usted talmente, con la misma cara de gilipollas. Por él, ¿entiende?, o sea, por el que va montado, que ya lo creo que estaba propio. Menuda juerga nos trajimos a cuenta de eso.

DR.— ¿Y jugabais a las cartas?

P.P.— ¡Ande, qué remedio! Menos a la tarde, que andábamos en la galería, al abrigo, todo el día de Dios dándole a las cartas. Que don Santiago decía: Al primero que haga cien tutes, le pagan una comida los demás, ¿se da cuenta? Para cuando se largaran, a ver.

DR.— Es decir, don Santiago ya contaba contigo.

P.P.— No señor, eso lo dice usted. Don Santiago quería entretener a Patita y al Capullo.

De mí se fiaba más.

DR.— ¿Quién ganó los cien tutes?

P.P.— Ni nos dio tiempo de terminar, oiga. Antes llegó el Buque.

DR.— ¿Qué le había ocurrido?

P.P.— Lo peor, mire. El peroné tronzado, el derecho.

DR.— ¿No andaba?

P.P.— Qué hacer. O sea, tal que así, de rodilla abajo, le pusieron un yeso duro como una piedra. Que lo mismo pesaba cinco kilos el yeso ese, oiga, no vea. Pero a los dos días, como si nada, con dos bastones corría por el patio como una liebre. Dios Padre me perdone, doctor, pero el Buque ese era más bruto que la pila un pozo.

DR.— ¿Así que se desenvolvía bien?

P.P.— Como usted y como yo, mire.

DR.— ¿Qué dijo don Santiago?

P.P.— Así, de primeras, le anduvo sonsacando. Por ver si se había ido del pico, ¿comprende?

DR.— ¿No había hablado?

P.P.— Al decir de él, del Buque, digo, en tres días no abrió la boca más que para comer. Que entonces don Santiago le propuso aplazar la fuga si no estaba en condiciones.

DR.— ¿Qué respondió el Buque?

P.P.— Que si ellos, o sea, los otros, no iban, él se largaba solo. Ya ve usted qué salida.

DR.— ¿Y don Santiago?

P.P.— Calcule, ni le dejaba parar quieto. O sea, desde que dijo eso, a cada rato detrás suyo, que lo que quería era enseñarle a valerse, ¿entiende? Y por las noches, en la sala, a andar a la rastra. Que usted no lo creerá, doctor, pero con el hueso tronzado y el yeso, aguantaba más que todos ellos.

DR.— ¿Confirmó entonces don Santiago la fecha del seis de enero?

P.P.— Qué hacer sino confirmarla.

DR.— Y a medida que se aproximaba el día, ¿no tomó alguna nueva disposición?

P.P.— Mayormente, que yo sepa, no señor. Lo único que como todos daban en pintarle en el yeso al Buque, él, don Santiago, digo, le dibujó allí el arroyo, la escombrera

y la pimpollada, ¿entiende?, para que se lo estudiara. Por lo demás, al decir de don Santiago, él bajaría uno de los bastones del Buque y el Capullo el otro. Fuera de eso, harían las cosas tal y como lo habían planeado.

DR.— Las vísperas serían muy inquietas, ¿no es así, Pacífico?

P.P.— No se piense, doctor. O sea, la noche antes, don Santiago les tuvo a todos despiertos hasta la una y, de que se oyó el pito del tren, les dijo: Mañana tomaremos ese tren, ¿habéis oído? Y no dijo más, oiga, aunque yo me sé que se las temblaba con el Buque.

DR.— ¿Y al día siguiente?

P.P.— Al día siguiente, como si tal cosa, oiga, como uno más. Lo único que don Santiago no se movió del petate. Pero esto no era raro en él, ¿entiende?

DR.— Está bien, Pacífico. Vamos con la fuga.

P.P.— Me parece que le llaman, doctor.

DR.— ¿A mí? ¿Que me llaman a mí? ¿Ahora?

P.P.— En la puerta, digo, sí señor. Han pegado con los nudillos.

DR.— ¿Qué hora es?

P.P.— A saber.

DR.— Pero si son más de las tres, Pacífico. ¿Te importa que dejemos la charla para mañana?

P.P.— Mire, por mí... Yo no tengo prisa.

## SÉPTIMA NOCHE

---

PACÍFICO PÉREZ.— ¿Era algo grave lo de ayer, doctor?

DR.— Lo de siempre, Pacífico. Gajes. ¿Qué tal has dormido?

P.P.— Así, así, ya ve. Como de costumbre.

DR.— ¿Tuviste pesadillas?

P.P.— No señor. ¿A cuento de qué?

DR.— De lo que hablamos, ¿no?

P.P.— Eso ya pasó, mire.

DR.— ¿Recuerdas dónde dejamos nuestra conversación?

P.P.— Qué hacer no recordarme.

DR.— Empezabas a hablarme de la fuga cuando nos interrumpieron, ¿no es eso?

P.P.— Así es, sí señor.

DR.— Está bien. Cuenta.

P.P.— ¿Y qué quiere que le cuente?

DR.— Todo, Pacífico. Desde el principio. Si no me equivoco habíais convenido poneros en movimiento con el toque de silencio, tan pronto el vigilante iniciara la ronda, ¿no es así?

P.P.— Así es, sí señor.

DR.— ¿Y lo hicisteis?

P.P.— Natural.

DR.— ¿Como lo habíais pensado?

P.P.— Tal cual, doctor.

DR.— Pero dime. Tu misión consistía en asomarte a la mirilla y vigilar al vigilante, ¿lo cumpliste?

P.P.— A ver, sí señor.

DR.— ¿Y qué?

P.P.— Pues eso, les avisé, doctor.

DR.— Pero les avisaste, ¿de qué?

P.P.— Pues eso, oiga, de que el boqueras empezaba la ronda.

DR.— ¿Cómo les avisaste?

P.P.— Levantando la mano derecha, tal como habíamos acordado.

DR.— ¿Había corrido la piedra ya el Capullo?

P.P.— Iba para rato, cuando la retreta.

DR.— Bueno, habla. Tú levantaste la mano. ¿Qué hicieron ellos?

P.P.— Descalzarse, eso lo primero.

DR.— ¿Y luego?

P.P.— Pusieron los zapatos en el petate y se fueron donde las taquillas.

DR.— ¿Para coger la ropa?

P.P.— Para eso, sí señor.

DR.— No estás muy explícito esta noche, Pacífico. ¿Te sucede algo?

P.P.— ¿A mí? No señor.

DR.— Bien, sigue. Metieron la ropa bajo las mantas simulando que dormían, ¿verdad?

P.P.— Eso hicieron, tal cual. Pero antes don Santiago decidió otra cosa. O sea, escaparse en camisa y calzoncillos.

DR.— ¿Sin ropa de abrigo?

P.P.— Ya ve, medio en pelotas.

DR.— Pero ¿por qué razón?

P.P.— Mire, a la atardecida del día cuatro se puso la nevisca y no lo dejó en dos días. Así que al amanecer del seis, estaba el campo más blanco que la pared.

DR.— Y don Santiago temería que resaltaran mucho sobre la nieve, ¿no es así?

P.P.— Talmente, sí señor.

DR.— ¿Y nadie objetó nada?

P.P.— ¿Cómo dice?

DR.— Quiero decir que si ninguno protestó,

P.P.— Lo que él mandaba, don Santiago, digo, iba a misa. Así que nadie rechistó.

DR.— Bien, continúa. Se pusieron a hacer los rebujos, ¿qué más?

P.P.— De más, nada, ya ve. Que ni tiempo de terminar tuvieron.

DR.— ¿Qué ocurrió?

P.P.— Eso quisiera saber yo, mire. O sea, el boqueras, yo no sé qué idea le dio que se volvió. Y en lugar de caminar galería arriba como cada noche, pegó media vuelta y se vino donde nosotros. El porqué no lo sé.

DR.— Pero ¿es que hicisteis ruido o algo que pudiera llamarle la atención?

P.P.— ¡Qué va, que no señor! De ruido, nada. Qué se yo, esas cosas, la corazonada.

DR.— Menuda situación. ¿Qué hiciste tú?

P.P.— Imagine, ¡que viene!, ¿comprende? Les chistaba, ¡ojo, que viene! Que inclusive levanté la voz y todo.

DR.— ¿Y ellos?

P.P.— Bueno, ellos. De cabeza al petate, a ver. Por la cuenta que les tenía.

DR.— ¿Todos?

P.P.— Esto ¿va a quedar entre usted y yo, doctor?

DR.— Por supuesto, Pacífico,

P.P.— ¿Seguro?

DR.— ¿No crees en mi palabra?

P.P.— Bueno, pues don Santiago, no señor, no se metió en el petate.

DR.— ¿Qué hizo don Santiago?

P.P.— Don Santiago agarró la barra y se puso arrimado a la pared, orilla la puerta.

DR.— ¿Quién era el vigilante?

P.P.— ¿Quién iba a ser? El Vegas.

DR.— ¿Por qué tenía que ser el Vegas?

P.P.— ¡Qué sé yo! Este hombre tenía la negra con nosotros, oiga. El día del plante de

los retretes, él de servicio. El día que se atascó Patita en el túnel, tal cual. Y lo chusco es que no era mal prójimo el Vegas ese, oiga, pero por pitos o por flautas siempre le tocaba la china.

DR.— Dime, Pacífico, la barra que enarbolaba don Santiago, ¿de dónde procedía?

P.P.— ¡Ah, no me diga! La barra esa estaba en la sala desde siempre, o sea, desde que yo ingresé. Pero me recuerdo que la noche esa, don Santiago le amarró un tapabocas en la punta.

DR.— ¿Para que no se oyeran los golpes?

P.P.— Eso me pienso yo, pero no me haga mucho caso.

DR.— Bien. ¿Qué hizo el vigilante?

P.P.— Se arrimó orilla la puerta y, de primeras, miró dos veces por la mirilla. Luego metió la llave y conforme la metió, don Santiago amagó con la barra, ¿entiende? Pero esto, entre usted y yo, doctor.

DR.— Descuida, Pacífico. ¿Y por qué crees tú que el vigilante se decidió a entrar? ¿Es que en el petate de don Santiago no hacía bulto la ropa?

P.P.— Dejaría de hacer, oiga. Pero digo yo que estaría mal hecho, o que el Buque con la ropa dentro abultaría de más. ¿Quién puede saberlo, doctor? Lo único que al boqueras le dio la escama, por lo que fuese, eso le perdió.

DR.— Cuenta.

P.P.— Pues eso, mire, fue él y dio vuelta a la llave, ¿entiende? Que no vea el postillón que se me armó arriba del pecho. O sea, en lo que demoró el entrar, el Vegas digo, ni respirar podía. Conque no había puesto el pie en la sala y don Santiago le atizó un porrazo que lo tumbó, así. Todo visto y no visto, oiga, en menos tiempo de lo que tardo en decirlo.

DR.— ¿Murió en el acto el vigilante?

P.P.— A saber, oiga. Yo, cuando le agarré del brazo para esconderle en mi petate, todavía le latían los pulsos, eso fijo. O sea, en lo que le movimos y le tapamos con las mantas debió de morir el hombre.

DR.— Cuando os metisteis en el túnel ya estaba muerto, ¿verdad?

P.P.— Sí señor, eso fijo, con toda seguridad. Que don Santiago le miró el ojo y le escuchó el corazón y dijo que nada, que las había doblado.

DR.— ¿Y me puedes decir, Pacífico, por qué razón le metisteis en tu petate y no en otro?

P.P.— Fácil, mire. Era el único libre, los demás tenían ropa.

DR.— ¿Y no podíais haberla cambiado?

P.P.— Qué hacer, por poder... Pero usted me dirá, en el alboroto que se armó, qué lo mismo daba un petate que otro.

DR.— ¿Es que don Santiago perdió la serenidad?

P.P.— No señor, él no. Don Santiago, tan terne. Usted no le conoce. Pero todo cambió, natural. Que el que más y el que menos se las temblaba en ese momento, a ver.

DR.— ¿Hizo mucho ruido el vigilante al caer?

P.P.— Ruido no, de qué. Ya ve usted qué ruido puede hacer un hombre al caer en unas losas, menudo como era, además, el Vegas. En cuanto al golpe, menos, mire, que don Santiago tuvo buen cuidado de atizarle con la parte del tapabocas. O sea, de eso que se piensa, nada, lo que pasa, para que usted me entienda, es que la cosa empezaba mal, que no contábamos con ello, vaya.

DR.— ¿Y dónde pensaba don Santiago que tú te metieras si habíais puesto el cadáver del vigilante en tu cama?

P.P.— Ya me lo dijo, oiga. Don Santiago, digo. O sea, conforme cargamos con el muerto, me dijo, dice: Apura, Seminarista, tú te vienes con nosotros.

DR.— Es decir, que automáticamente te incorporó a la fuga.

P.P.— A ver, sí señor.

DR.— ¿Y tú?

P.P.— Yo le dije que nones.

DR.— ¿Le dijiste que no ibas?

P.P.— Así se lo dije, sí señor. Que yo estaba a gusto allí y que no.

DR.— ¿Qué te respondió?

P.P.— ¿Don Santiago?

DR.— Naturalmente, hombre, don Santiago.

P.P.— Bueno, me dijo, dice: Lo siento, Seminarista, no hay opción. Así me dijo, ¿se da cuenta?

DR.— Pero tú insististe, ¿no es eso?

P.P.— Así es, sí señor, yo porfié que me quedaba.

DR.— ¿Se enfureció él, don Santiago?

P.P.— ¿Enfurecerse? No señor, tranquilo, con todo aplomo. Lo único que agarró la barra y me dijo: Rápido, Seminarista, decide. Si no vienes, tendré que golpearte.

DR.— ¿Con la barra? ¿Te amenazó con darte con la barra?

P.P.— Con la barra, natural.

DR.— ¿Es decir que te fugabas o te mataba?

P.P.— Él nunca habló de matarme, no la lée.

DR.— Tú me dirás.

P.P.— Bueno, oiga, ésas son cosas suyas. Él sólo dijo, don Santiago, digo, que me largaba o tendría que sacudirme.

DR.— ¿Y no te explicó? ¿No te dio una razón?

P.P.— La dio, sí señor.

DR.— ¿Qué te dijo?

P.P.— Pues eso, que ahora no le interesaba que cantase y si me quedaba me harían cantar.

DR.— ¿Qué decidiste, entonces?

P.P.— Por mayor, todavía porfié un poco, poca cosa, no crea, pero de que él amagó con la barra, don Santiago, digo, enseguida me determiné.

DR.— ¿Qué le dijiste?

P.P.— Que de acuerdo, que me largaba con ellos.

DR.— Y os fuisteis todos al túnel.

P.P.— Bueno, vamos, o sea, de primeras, don Santiago trancó la puerta de la sala y se colgó las llaves. Luego, sí, levantó el tapiz y se metió dentro. Del agujero, digo.

DR.— ¿Y tú? ¿En qué lugar ibas tú?

P.P.— Don Santiago ordenó que en el medio. Desconfiaba, a ver. O sea, yo debía entrar después de Patita y primero que el Buque.

DR.— ¿Dejabais la sala en orden?

P.P.— En orden, sí señor, curiosa, que el Vegas ni sangró ni nada. Lo malo fue al tocarle el turno a Patita, ya ve, que ninguno había pensado en ello.

DR.— ¿Qué ocurrió?

P.P.— Que gritó, ¿le parece poco?

DR.— ¿Gritó? Pero ¿gritó fuerte?

P.P.— Con toda su alma, mire.

DR.— ¿Para avisar a los vigilantes?

P.P.— De qué, no señor. Lo que pasa es que Patita, desde que se quedó privado, dio en aborrecer de ello, del túnel, digo. Que estas cosas son así, oiga. Que yo me recuerdo del Krim, el perro de casa, de que el Abue le construyó una perrera nueva, él que no, el Krim, digo, que dio en aborrecer de ella, por lo que sea, y que no entraba ni por cuanto hay. Y se pasaba las noches orilla de ella, aullando como un poseído, ¿entiende? Pues a Patita, tal cual.

DR.— ¿Le obligasteis?

P.P.— ¡Mire! O sea, el Capullo se llegó donde él y le sacudió dos moquetes. Pero bien dados, no crea usted que por broma. Luego, quieras que no, le agarró la cabeza y se la metió dentro, del túnel, digo. Total, que con unas cosas y otras demoramos más de la cuenta, que yo pensaba para entre mí, nos agarran antes de bajar.

DR.— ¿Es que subió alguien a la sala?

P.P.— Según parece, no señor, nadie.

DR.— ¿Cómo es posible, Pacífico, si el Patita dio el alarido que dices, que no cundiera la alarma?

P.P.— Por mayor, andaban acostumbrados, oiga, que allí el que no soñaba alto, roncaba o voceaba, ¿entiende? Ya ve usted Patita. Pues así todos. O sea, si el boqueras no daba razón, en el centro de vigilancia, ni caso, natural. Por un decir, ellos confiaban en el boqueras de cada galería, y mientras el boqueras no chistara, pues como si no.

DR.— Ya. Así que os encerrasteis y a aguardar.

P.P.— A ver, mire. Pero como el «livin» estaba hecho para cuatro, el último, o sea, el Capullo, se quedó dentro del túnel, que sólo asomaba la gaita, ¿se da cuenta?

DR.— ¿Qué os dijo don Santiago una vez reunidos?

P.P.— Que serenidad. Que las cosas se habían complicado un poco, pero que serenidad. Que con los nervios sueltos no íbamos a ninguna parte, ¿entiende? Y allí vería, como sardinas en banasta, a oscuras, las rodillas del uno contra las rodillas del otro, no cogíamos, oiga. Y luego, el yeso del Buque.

DR.— ¿No aludió don Santiago a tu incorporación?

P.P.— Qué hacer. Me preguntó si tenía alguna duda.

DR.— ¿Y qué?

P.P.— Pues que no, a ver. Después de repetírselo al Buque más de mil veces, ya ve usted qué duda iba a tener.

DR.— ¿Nada más?

P.P.— Por mayor, no señor, o sea, sí. Habló de la nieve, que la nieve es muy traicionera, ¿se da cuenta?, y que ojo con el arroyo, la escombrera y los pimpollos, que siguiéramos la huella que él dejaría. Y allí, en la oscuridad, yo ni veía al Buque, ¿entiende? Sólo le sentía gruñir. Conque, al cabo, don Santiago, así que nos sintió más tranquilos, que la novedad más importante era la muerte del boqueras. Que con el boqueras muerto, lo más tarde que descubrirían la fuga sería cuando el relevo, o sea, a la una. Y que a esa hora andaríamos en la vía cogiendo el tren, ¿se da cuenta? Así que don Santiago dijo que había que cambiar los planes, que lo mismo registraban el tren en cualquier estación o al llegar a Madrid. Así que debíamos dividirnos, cada quién hacer por él. Por un ejemplo, uno podía apearse en un pueblo, otro agarrar otro tren en cualquier apeadero, pero el que determinase llegar a la capital, debería tirarse en marcha antes de que el tren entrase en la estación. Que a mí el Buque no se me quitaba del pensamiento, oiga, cómo se las iba a apañar, pero allí todos que bien, que de acuerdo, que habían entendido, ¿se da cuenta?

DR.— Y el Patita, ¿no estaba nervioso?

P.P.— Una vez que se acomodó, no señor. El único el Buque, rutaba todo el tiempo. No podía parar quieto, no le dejaba el genio.

DR.— ¿Le tranquilizabais?

P.P.— Natural, ¿no?, por la cuenta que nos tenía. Allí vería a don Santiago, quieto, Buque; aguarda, Buque; calma, Buque. Como puede hablársele a un perro, tal cual. Pero a él, al Buque, digo, se le ponía blanco el ojo, el revirado, que le brillaba en lo oscuro como los de los gatos.

DR.— Ya.

P.P.— Pero lo peor, oiga, es cuando al Buque le dio por preguntar: ¿Qué es un pimpollo? Ya ve qué salida, un mes enseñándole para esto.

DR.— ¿Qué le dijo don Santiago?

P.P.— Que se olvidara de los pimpollos y se fuera a la rastra por la huella que dejáramos en la nieve él, Patita y un servidor.

DR.— ¿Y tú? ¿Qué pensabas tú en ese trance, Pacífico?

P.P.— Como pensar, nada. ¿Qué quiere usted que pensase?

DR.— Pero ¿cómo te sentías?

P.P.— Contrariado, ya ve.

DR.— ¿Por la fuga?

P.P.— A ver. Yo estaba asentado allí, ¿comprende? Y, de repente, ¡hala!, con la música a otra parte.

DR.— Te molestaba que te forzaran contra tu voluntad.

P.P.— Algo parecido a eso digo yo que sería.

DR.— Pero ¿estabas sereno?

P.P.— Ande, eso sí, doctor, ¿por qué no había de estarlo? Lo único el frío, ya ve. Que pasados los nervios de la sala, con lo del boqueras Vegas y todo eso, allí, en el «livin» ese, se quedaba uno esmorecido. Y el vientre, hágase cuenta, no hacía vida de él.

DR.— ¿Te habías quitado la faja?

P.P.— No señor, la faja estaba en su sitio, pero con todo. Era muy frío y muy húmedo aquello.

DR.— Pero duraría poco la espera, ¿no?

P.P.— Mire, como cosa de media hora. Al cabo de ella, don Santiago mandó volver la piedra y que calláramos la boca. Que entonces fue cuando le dio al Capullo por chascarse los huesos de los dedos. ¡Ya ve qué ocurrencia! Cosas de los nervios, ya se puede usted imaginar. Conque, al rato, sentimos al cabo con el relevo para la garita orilla la olma, frente por frente del torreón, o sea, que eran las diez. Así que don Santiago mandó pinar la piedra y amarrar la lía. Luego dijo que nos pusiéramos las alpargatas, ¿entiende?, que entonces me di yo cuenta de que para mí no había alpargatas, que el Buque se las puso inclusive en el pie lastimado. O sea, que tenía que largarme descalzo, hágase cuenta, con la nieve que caía, unas cimarras como platos. Conque aún aguardamos hasta que pasó el cabo con el relevo de la pimpollada, o sea, el último. Que volver el cabo y saltar fuera don Santiago fue todo uno. Y que «suerte», ¿se da cuenta? Que él se bajó un bastón del Buque, don Santiago, digo, y que aguardáramos a los tirones.

DR.— ¿No se le oía bajar a don Santiago?

P.P.— No señor, ni a él ni a nadie. Con las alpargatas, mire. Cuánto más a un servidor, descalzo.

DR.— ¿Esperasteis a los tirones?

P.P.— Natural. Desde que bajó. Pero demoraban más de la cuenta y el Buque se ponía

de malas, que era muy morugo el Buque, que todos, quieto, Buque, aguarda, Buque, y él, dale, rutando, que ni sé cómo le pudimos sujetar, que era un hombre que aburría a las ovejas, oiga, menos mal que, a poco, Patita sintió los tirones y se fue para abajo y yo me puse en el hueco y agarré la lía. Así hasta que sentí los tirones. Que no vea las calamidades, que el hueco era angosto, tal que así, ¿comprende?, y había que salir de culo, sin soltar la sogá. Que una vez que uno fijaba los pies en la piedra ya era otra cosa. Conque me bajé el torreón y, luego, el talud y, de repente, se me acabó la sogá y me quedé como un pelele, con los pies colgando, que ni sabía dónde me andaba. Entonces sentí la voz de don Santiago, muy bajito, ¿se da cuenta? ¡Salta, Seminarista! Y salté, ¿comprende? O sea, dentro del foso, que tenía medio metro de nieve y, nada, pero yo pensaba para entre mí, el Buque se desgracia, fijo. Imagine ese salto, oiga, un hombre de su envergadura, para más con un hueso tronzado.

DR.— ¿Y cómo lo resolvisteis?

P.P.— Verá, de primeras, don Santiago se quitó la camiseta y nos pidió las nuestras, las de Patita y un servidor, digo, ¿entiende? Luego trepó por el talud, aguantándole nosotros por el culo. Así que amarró las camisetas a la sogá, para que el Buque pudiera bajar un metro más, ¿se da cuenta? Luego nos hizo apilar nieve, bajo la lía, de forma que cuando el Buque brincó ni medio metro, así que ni lastimarse ni nada.

DR.— ¿Dejasteis colgadas las camisetas?

P.P.— Ni hablar, oiga. Y no por el frío, que si las cogimos fue por la nieve, por el centinela, para que no reparase, ¿comprende?

DR.— ¿Seguías con frío, Pacífico?

P.P.— Esmorecido, calcule, que los pies ni los sentía.

DR.— Continúa. ¿Qué hicisteis luego?

P.P.— Una vez juntos, en el foso, digo, don Santiago dijo que le siguiéramos sin decir nada, o sea, ni una palabra, que yo me las temblaba por el Buque, oiga, pero no. Conque agarramos foso adelante, rodeamos el torreón y nos llegamos orilla la enfermería, ¿entiende?, de la parte de fuera.

DR.— Ahí es donde debíais abandonar el foso y burlar a los centinelas, ¿no es cierto?

P.P.— Cierto, doctor.

DR.— ¿No dio nuevas instrucciones don Santiago?

P.P.— Por mayor, no señor. Aguarde, sólo repitió que yo iría detrás de Patita. Y que el Buque no tenía más que seguir la huella que nosotros dejáramos en la nieve. Eso

dijo.

DR.— ¿Nada más?

P.P.— Nada más. Bueno, vamos, nos saludó. O sea, nos dio la mano a todos, uno detrás de otro. Era muy atento el tal don Santiago.

DR.— Sigue.

P.P.— De manera que él salió del foso y, antes de asomar la gaita, ya se tumbó todo lo largo que era. Al cabo, dejamos de verle. Entonces subió Patita y tal cual, o sea, a la rastra.

DR.— ¿Qué tiempo dejabais entre uno y otro?

P.P.— ¿Para salir del foso?

DR.— Sí.

P.P.— Se hacía largo, ¿sabe? Pero ponga cinco minutos. Más, no.

DR.— Está bien. Subiste tú. ¿Cómo te las arreglaste?

P.P.— Aguarde, antes vino el perro.

DR.— ¿Un perro de la guardia?

P.P.— ¡A qué ton de la guardia!, no señor. Del pueblo digo yo que sería, que no acababa de largarse Patita y sentimos ruido arriba y un perro, ¿entiende? Un perro buscón, de esos que siempre andan a las basuras, ¿se da cuenta? Conque el Capullo, ¡largo, chito! Y el Buque no vea, empeñado en darle con la muleta en los hocicos, que el bicho, natural, a gruñir. Ya ve qué rato.

DR.— ¿Qué hiciste tú?

P.P.— Mire, lo que había aprendido de mi tío Paco. O sea, hacer como si me desatornillaba la cabeza y se la tiraba.

DR.— ¿Se la tirabas al perro?

P.P.— Qué hacer, al perro, sí señor.

DR.— Pero ¿la cabeza?

P.P.— Entiéndame, uno amaga, no hace más que amagar, pero no falla, oiga; el perro da la espantada y no vuelve; se acobarda.

DR.— ¿Y se marchó?

P.P.— Se fue, sí señor. Faltaría más.

DR.— ¿Sin ladrar?

P.P.— Un aullido sí dio, pero cosa de poco.

DR.— ¿Saliste del foso después?

P.P.— Natural, sin demorarme. Ya me había retrasado bastante.

DR.— ¿Y qué?

P.P.— ¿Que qué? Calcule. De que puse el vientre en la nieve bien creí que las palmaba. Y luego la torva. ¡Qué manera de nevar! Se congelaba uno, oiga. Y, por si fuera poco, la nieve desbarataba la huella de los otros. Que yo me las temblaba por el Buque, doctor, qué iba a ser de él. Pero, a ver, me eché al suelo, y hasta que di con los carrizos del arroyo.

DR.— ¿No se oía nada?

P.P.— Ni se oía, ni se veía, oiga, como un camposanto. Un silencio que imponía, la verdad.

DR.— ¿Encontraste pronto el arroyo?

P.P.— De seguida, al minuto, sí señor, allí estaba. Y entre los carrizos, al abrigo, se notaba mejor la huella de don Santiago y Patita; o sea, su paso.

DR.— ¿La seguiste?

P.P.— Seguí por ella lo que duró el arroyo. Luego anduve un rato buscando la escombrera. ¿Y qué dirá usted que me dio por pensar para entre mí todo el tiempo, desde que me eché por la cuerda abajo?

DR.— ¿Qué, Pacífico?

P.P.— En el Abue, ya ve, que no le mentaba hacía qué sé yo los meses. Pues en él, oiga, en lo de Igueriben, en el fuerte, cuando se echaron por una cuerda abajo para engañar al Abd-el-Krim. No se me quitaba del pensamiento, ya ve qué cosas.

DR.— En realidad era una situación semejante.

P.P.— Tal cual, doctor. Lo único nieve en lugar de arena.

DR.— Bueno, ¿y encontraste la escombrera?

P.P.— ¡Faltaría más! Allí andaba. Pero para no llevarme el pega metí la mano en los montones y saqué dos cascotes, ¿entiende?

DR.— Pero ¿es que no se advertían allí las huellas de don Santiago y el Patita?

P.P.— Mire usted, malamente. Así que pensé para entre mí que, una vez que alcanzase la pimpollada, aguardaría al Buque.

DR.— Pero eso no entraba en los planes.

P.P.— No entraba, no señor. Pero tampoco entraba la cellisca, ni entraba yo, ¿no?, lo de escaparme. Pero así, de repente, sentí lástima de él, ¿me comprende?

DR.— Perfectamente. Sigue, Pacífico.

P.P.— Pues mire usted, desde la escombrera, forzando un poco la vista, hasta veía los pimpollos, ¿sabe?, que la ventisca venía del norte y, como yo andaba de la parte de poniente, pues eso, los veía negrear. Que si me apura, le diría que inclusive veía la garita del centinela, calcule. Y yo no hacía más que decirme para entre mí: Ojo, Pacífico, no vayas a escachar la operación, ¿se da cuenta? O sea, que me hablaba a mí mismo, como los viejos, ¿entiende?, para tener prudencia.

DR.— Y del que te precedía y del que te seguía, es decir, del Patita y del Buque, ¿no sabías nada?

P.P.— Ni palabra, no señor. Ni se les veía, ni se les sentía. Talmente como si se los hubiera tragado la tierra. Pero así que alcancé la escombrera sí pensé que don Santiago se habría arrancado ya cerviguera arriba, y que el Buque andaría en la nieve y el Capullo se habría quedado solo en el foso. Me hacía mis componendas, pero verlos, lo que se dice verlos, no señor, no se los veía.

DR.— ¿Llegaste a la pimpollada sin dificultades?

P.P.— ¿Dificultades, dice? Todas las que quiera y más, que las manos y los pies los tenía congelados, un comezón por ellos que me abrasaba, oiga. Y el vientre no quiera saber. Lo que no sé es ni cómo tuve fuerzas para seguir.

DR.— Pero seguiste.

P.P.— A ver qué remedio, sí señor. Pero no había alcanzado la pimpollada cuando empezaron las voces. Que así, de primeras, me quedé quieto parado, oiga, que imponían.

DR.— Pero ¿qué voces?

P.P.— ¡Cuáles habían de ser! Las de los centinelas.

DR.— ¿Es que descubrieron a alguno?

P.P.— Qué van a descubrir, no señor. Hablo de las voces que se daban entre ellos, ¿entiende?, de ordinario, para no quedarse traspuestos. El de la garita de la olma voceaba, por un ejemplo, ¡centinela, alerta!, y el otro, el del camino, respondía: ¡alerta está! Que luego, el del camino, la misma copla y así hasta que daban vuelta al penal, ¿me comprende? Pero que así, de noche, en el silencio, entre la nieve, qué sé yo qué parecía aquello.

DR.— Ya.

P.P.— Así que me amoné como un conejo hasta que las voces se alejaron, o sea, dieron vuelta al torreón. Entonces me llegué a los pimpollos, que no eran tales pimpollos.

DR.— Pues ¿qué eran, Pacífico?

P.P.— Enebros, lo que yo había sostenido.

DR.— ¿Y no podía eso desorientar al Buque?

P.P.— ¡Ya ve usted que lo mismo le daba al Buque un pimpollo que un enebro! Un hombre que en el «livin», luego de un mes de andar mentándose, nos sale con que qué era un pimpollo. El Buque era un ignorante, para que lo sepa, que yo creo que ni quitarse los mocos sabía.

DR.— Está bien, Pacífico. Si no me equivoco, la pimpollada, perdona, quiero decir los enebros esos, estaban en línea con las garitas de los centinelas, ¿no es así como iba la cosa?

P.P.— Talmente, doctor, así era. De forma que, tirando por derecho, contra la cerviguera, estaba uno del otro lado.

DR.— Y tú ¿qué hiciste?

P.P.— Aguardé un rato para tomar resuello.

DR.— ¿Esperando al Buque?

P.P.— No señor, todavía no. Aguardaba por el comezón, que me ardía. Y, para más, el postillón arriba del pecho, dese cuenta, con el centinela orilla mía. ¡Si inclusive le sentía rebullir!

DR.— ¿Sentías rebullir al centinela?

P.P.— A ver. Y frotarse las manos y canturrear, que se conoce que tenía frío.

DR.— Pasarías un mal trago.

P.P.— Calcule. Así que, de que me recuperé un poco, tiré para adelante, que digo yo que andaría a la rastra cosa de cuarenta metros, más no. O sea, más o menos a mitad de camino entre los enebros y la cerviguera. Promediado, ¿entiende? Allí tropecé con una carrasca y me puse al abrigo de ella, que la torva arreciaba.

DR.— ¿Llegó el Buque?

P.P.— A eso aguardaba yo.

DR.— ¿Y no?

P.P.— Ni por pienso, oiga. Ni sombra de él, que yo pensaba para entre mí: este bruto es

capaz de pasarse la noche dándole vueltas al penal. O sea, desconfiaba.

DR.— ¿Y qué es lo que había pasado?

P.P.— Lo que me temía, oiga. Que a saber dónde se trabucaría el Buque, lo cierto es que al rato sentí ruido orilla la garita.

DR.— ¿Ruido? ¿Qué clase de ruido?

P.P.— Como bufidos y trompazos, ¡qué sé yo! Pero orilla la garita, ¿se da cuenta?

DR.— ¿Y luchaban efectivamente?

P.P.— Aguarde. Para mí que el Buque equivocó la garita con los pimpollos. O sea, él salió de la escombrera y se fue a topar con el centinela, ¿comprende? Que yo sentía los ahogos y los golpes, inclusive lo que se decían el uno al otro.

DR.— Pero ¿es que se hablaban?

P.P.— Entiéndame, oiga; cabrón, y Dios Padre me perdone, me cago en la leche que has mamado, esas cosas, ¿no? Hablar, lo que se dice hablar, ya ve usted qué iban a decirse el uno al otro.

DR.— Pon atención, Pacífico. Te agradecería que te esforzaras para darme una versión exacta de los hechos a partir de este momento. Y tanto como la exactitud, me interesa el orden como se desencadenaron los sucesos, ¿me comprendes?

P.P.— Qué hacer, doctor.

DR.— Entonces, dime: lo primero que oíste fue el rumor de la lucha, el forcejeo y cómo se insultaban entre sí el Buque y el centinela; ¿qué se oyó luego, quiero decir, inmediatamente después?

P.P.— El tiro.

DR.— ¿Qué tiro?

P.P.— ¡Ande, cuál ha de ser! El del centinela.

DR.— ¿Disparó el centinela que luchaba con el Buque?

P.P.— A ver, no podía ser otro, el fogonazo vino de ahí, orilla mía, que no vea la luz y el eco. ¡Menudo estampido!

DR.— Entraría en conmoción todo el penal.

P.P.— Calcule, el belén que se preparó en un momento. ¡Voces, timbres, la órdiga! Y mientras, el Buque dándose leña con el centinela, o sea, no le debió acertar, el tiro, digo. Y, al rato, sentí un crujido como si cascasen algo, ¿entiende? Que para mí que fue entonces cuando el Buque le quebró la cabeza al guardia con el yeso.

DR.— Perdona que te interrumpa, Pacífico. Este momento es crucial y te agradecería que te pronunciases con el mayor rigor. Cuéntame, punto por punto, la sucesión de los acontecimientos. Después del disparo del centinela, ¿qué fue lo primero que oíste?

P.P.— Cómo el Buque le tronzaba la cabeza con el yeso.

DR.— ¿Y luego?

P.P.— Esto quedará entre usted y yo, ¿no es cierto, doctor?

DR.— Por supuesto, Pacífico, no tengas reparo. Mientras no me autorices, lo que tú digas no saldrá de aquí.

P.P.— ¿No lo hablará el chisme ese?

DR.— Descuida, hijo. El chisme, como tú dices, no dirá una palabra mientras yo no lo ordene. Dime, ¿qué oíste después del golpe del Buque?

P.P.— La sirena en la torre y, al poco rato, un motor.

DR.— ¿Oíste poner en marcha un motor?

P.P.— Sí señor, arriba, en la cerviguera, o sea, del otro lado.

DR.— ¿Estás seguro?

P.P.— Ande, como que a estos ojos se los ha de comer la tierra.

DR.— ¿Y después?

P.P.— Bueno, vamos, o sea, el desbarajuste, ¿me entiende? Las voces, la alarma, los tiros. No vea la que se preparó en un momento.

DR.— Pero antes de toda esa conmoción, oíste el motor, ¿no es cierto?

P.P.— Cierto, sí señor, arriba, en la cerviguera.

DR.— ¿Y qué te pensaste que era?

P.P.— Una patrulla, mire. Yo pensé para entre mí que estábamos rodeados; vamos, que no había escape, ¿entiende? Que a mí, la verdad, no se me había alcanzado.

DR.— ¿Qué es lo que no se te había alcanzado, Pacífico?

P.P.— Que hubiera un coche arriba, ya ve. Que detrás de la línea de los centinelas, hubiera otra patrulla vigilando.

DR.— ¿Y no se te ocurrió por un momento que pudiera ser don Santiago?

P.P.— ¿Quién?

DR.— El del coche.

P.P.— ¿Don Santiago?

DR.— Naturalmente, Pacífico. La mujer le esperaba en el camino del alto con ropa y un automóvil para escapar. Está claro. Don Santiago nunca pensó coger el tren con vosotros.

P.P.— ¿Quién le ha dicho a usted eso?

DR.— Como decírmelo, nadie, Pacífico. Pero es algo que sale de ojo, es de sentido común.

P.P.— Pues eso no me lo creo yo ni loco, fíjese.

DR.— Como quieras, Pacífico. Pero ¿por qué no pruebas de pensar con la cabeza? ¿Dónde ibais a ir los cinco en paños menores? ¿Tú crees que es posible pasear por la Gran Vía en calzoncillos sin llamar la atención de nadie?

P.P.— Eso no, doctor. Por un ejemplo, para eso están los espantapájaros.

DR.— ¿Espantapájaros en enero?

P.P.— En enero, sí señor. En mi pueblo los poníamos orilla las colmenas por los picorelinchos, para que lo sepa.

DR.— Está bien, Pacífico. Sigamos. ¿Qué hiciste tú al oír los primeros disparos?

P.P.— ¡Ya ve qué iba a hacer! Agavillarme en la carrasca y aguardar. Y, al cabo de un rato, empecé a chistar al Buque, pero que no contestaba. Entonces le llamé.

DR.— ¿Qué dijiste?

P.P.— Buque. O sea, le llamé por su nombre.

DR.— ¿Y nada?

P.P.— Nada, como una tumba, oiga, que yo pensaba para mí: ¿dónde se habrá metido este zoquete?

DR.— ¿No insististe?

P.P.— No señor, si hubiera estado allí me hubiera oído. ¿A santo de qué iba a volver a llamarle?

DR.— ¿Te fuiste al monte, entonces?

P.P.— Atienda. Al rato, pararon los tiros pero prendieron el proyector arriba la torre, ¿comprende? Y empezó de izquierda a derecha, de derecha a izquierda, que no quedaba mato por registrar. Y allí vería, en la luz del foco, digo, ¡qué formas de nevar! Parecía que en la vida hubiera hecho otra cosa, ¡madre!

DR.— ¿Te quedaste quieto, entonces?

P.P.— A ver. En lo que vi lo que demoraba pasar por la carrasca.

DR.— ¿La luz del foco?

P.P.— Natural; la luz del foco. Que no paraba quieta, ¿sabe?, la luz, digo. Que iba de un lado a otro sin dejarlo. Y si tropezaba con algo sospechoso, un bulto o así, más, a ver, en lo que tiraba la ametralladora.

DR.— ¿Tiró también la ametralladora?

P.P.— Ande, claro, todo el tiempo.

DR.— Está bien, Pacífico. Y una vez que cogiste el ritmo del proyector, ¿te decidiste a abandonar la carrasca?

P.P.— Talmente, sí señor. Me levantaba y corría. Me volvía a tumbar y vuelta a correr. ¿Se da cuenta?

DR.— ¿Hacia dónde corrías?

P.P.— Hacia la cerviguera, mire, a escabullirme entre los robles.

DR.— ¿Qué idea tenías en esos momentos?

P.P.— ¿Ideas? Yo corría por correr, doctor, parigual a los conejos, o sea, para que no me cazaran.

DR.— ¿No pensabas ya en coger el tren?

P.P.— ¡Dale! Si le digo que no pensaba nada es porque no pensaba nada, oiga. Lo único que no me arrearan un tiro. Lo natural, digo yo, en esas circunstancias.

DR.— De modo que te movías a compás de la luz, ¿no es eso?

P.P.— Talmente, según venía la luz, yo, ¡pum!, al suelo, ¿se da cuenta? Pero sin duelo, oiga, que metía cabeza y todo bajo la nieve.

DR.— ¿Qué distancia calculas que había entre la carrasca y los robles?

P.P.— Ponga usted cincuenta metros. Más no.

DR.— ¿Y cuántas carreras te llevó?

P.P.— Cuatro creo que fueron, pero no me haga mucho caso, que en la última me descubrieron, la guardia, digo, y menudo tiroteo. ¡No quiera usted saber!

DR.— ¿Qué hiciste?

P.P.— Ya ve qué iba a hacer, correr todo lo que me daban las piernas. Pero no por derecho, no se crea, o sea, haciendo eses, regateando, ¿entiende? El caso es que

no hicieron puntería, de forma que en cuanto alcancé el primer roble, allí me ovillé.

DR.— ¿Y seguían tirando?

P.P.— Y de qué formas, oiga, por demás. Y yo detrás del tronco, aguantando, talmente como cuando la cantea en el Humán, ¿se recuerda?

DR.— Ya recuerdo, Pacífico. ¿Y permaneciste mucho tiempo allí?

P.P.— Un rato largo, que el ruido que hacían las astillas al saltar me tenía acobardado, oiga, que no era para menos. Pero, al cabo, pegué un brinco y me arranqué hasta el roble de delante, y así, saltando de uno a otro, me metí para dentro. Entonces los de la torre dejaron de tirar, y otra vez las voces, que yo, en lugar de subir, tal que así, al camino, tiré a mano izquierda, sin salir de los robles.

DR.— ¿Es que volviste a oír el motor en el camino?

P.P.— No señor, de qué, no volví a sentir ningún motor.

DR.— ¿Y por qué no saliste al camino, entonces?

P.P.— Por miedo, a ver. ¿Quién me decía a mí que no estaban los de la patrulla agazapados allí, aguardando a que yo asomara?

DR.— Es decir, que temías que los coches estuvieran estacionados en la carretera del alto.

P.P.— Talmente, sí señor, eso temía.

DR.— ¿Hacia dónde caminabas entonces?

P.P.— Como caminar, contra el pueblo, pero, entiéndame, no por derecho. O sea, dando un rodeo, sin salirme de la cerviguera.

DR.— ¿Habías desistido de escapar?

P.P.— ¿Escapar? Usted se sabe de sobras que yo nunca quise escapar.

DR.— ¿Ni cuando don Santiago te dijo que tendría que golpearte?

P.P.— Bueno, entonces sí, pero no por voluntario, sino para que no me lastimara don Santiago con la barra. Pero, ya ve, tal y como se habían puesto las cosas, la derecha era volver a casa.

DR.— ¿Al penal?

P.P.— Al penal quiero decir, sí señor. Lo que pasa es que si yo asomaba a destiempo lo mismo me espetaban de un balazo.

DR.— Está claro, Pacífico. Tú querías entregarte, ¿no es eso?

P.P.— Qué hacer, oiga. Una vez que se había escachado todo, ya me dirá usted qué pintaba yo allí en pelotas, entre la nieve.

DR.— ¿Corrías?

P.P.— Bueno, corría y me paraba, a ratos, ¿no? ¿Usted ha visto correr a las liebres una vez que se las levanta de la cama? Pues, tal cual.

DR.— ¿Temías que algún centinela pudiera estar emboscado en el monte, acechando?

P.P.— Ande, a ver. Yo veía a la guardia por todas partes. O sea, yo caminaba con tiento, y unas veces corría y otras me quedaba quieto parado, escuchando.

DR.— Y al detenerte, ¿oías alguna cosa?

P.P.— Usted no lo creerá, doctor, pero lo que mejor sentía era mi corazón.

DR.— ¿Con ruido?

P.P.— Ande, como un bombo hacía, oiga, como un tambor con repique y todo. Que yo me pienso que sería por el postillón, que ni respirar me dejaba.

DR.— ¿Y voces? ¿No oías voces?

P.P.— Ande, cantidad, como órdenes, a gritos. Si parecía aquello el fin del mundo.

DR.— ¿Y llegaste al pueblo por el robledal?

P.P.— Aguarde, antes me tropecé con el calvero, dese cuenta. Y allí me paré porque no acababa de determinarme. O sea, una de dos, o me volvía por donde había venido, o me arrancaba por la monda, ¿comprende?, que si malo era lo uno, yo creo que lo otro era peor.

DR.— ¿Qué decidiste?

P.P.— ¿Qué quiere? A mayores, me eché al suelo y lo atravesé a la rastra, talmente como al salir del foso para alcanzar los enebros.

DR.— Sigue.

P.P.— Bueno, o sea, una vez que alcancé la otra punta del sardón ya veía las luces del pueblo orilla mía, ¿sabe? El penal, no. El penal quedaba a trasmano, de la otra parte. Pero esto era lo de menos, que lo que yo quería ahora era entregarme antes de que me sacudieran un tiro.

DR.— ¿Y qué hiciste?

P.P.— De momento, aguardar, cerciorarme de que no había centinelas allí. Pero conforme estaba así, aguardando, al abrigo de un roble, ¿qué dirá usted que sentí?

DR.— ¿Qué, Pacífico?

P.P.— El pito del tren, ya ve.

DR.— ¿El del mixto?

P.P.— Talmente, doctor, el del mixto, nuestro tren.

DR.— ¿Y qué?

P.P.— Calcule. Di en pensar en los compañeros y me olvidé hasta de mi nombre.

DR.— ¿Te imaginabas dónde podían andar?

P.P.— Mire, por lo que respecta a don Santiago, inclusive a Patita, o sea, por tiempo, no pasaba cuidado, que bien podían andar cogiendo el tren. Lo malo eran el Buque y el Capullo, que venían detrás.

DR.— ¿Te temías lo peor?

P.P.— Mire, a decir verdad, por el Buque no daba ni dos reales.

DR.— ¿Y por qué ese temor, Pacífico?

P.P.— Usted dirá, a un individuo que le llama usted por su nombre, como quien dice a voces, después de los tiros, y no responde, ya me dirá dónde podía andar.

DR.— Eso no, Pacífico. Podía haber escapado en dirección contraria a la tuya.

P.P.— ¿Sin sentirle? ¿Cree usted que el Buque podía arrancarse a correr con los bastones, orilla la garita como estaba, sin que yo le sintiera?

DR.— Puede que tengas razón, Pacífico. Continúa.

P.P.— Poco queda por contar, mire. Así que sentí el pito del tren, como le digo, me quedé un momento reflexionando. Luego salí de detrás del roble, agarré un lindazo y me llegué a un palomar. Del palomar pasé al transformador y, después, por un callejón sin luz, como quien dice a tientas, entré en el pueblo.

DR.— ¿Y te entregaste?

P.P.— Bueno, oiga, me entregué. Eso se dice fácil.

DR.— ¿Qué ocurrió?

P.P.— Vamos, mi voluntad era ésa, ya usted lo sabe, que entre el cansancio y el frío no podía ni con mi alma. De modo que me saqué la elástica, por eso que dicen de la bandera blanca, y me asomé a la calle Mayor, moviéndola arriba y abajo, para que me vieran, ¿se da cuenta? Pero, ya, ya. ¡Mírale!, voceó uno, y no había terminado de decirlo y, ¡pum!, un tiro, pero a veinte pasos, ¿eh?, que sentí silbar la bala y todo, oiga, que ni a un dedo de la cabeza me pasó. Conque, visto lo

visto, agarré otra vez por el callejón y a galope, oiga, que ni debían vérseme las piernas, de la velocidad, digo, menuda. Y conforme doblé el callejón, eché a la derecha, luego a la izquierda, luego, otra vez a la derecha, un laberinto, que ni sabía dónde me andaba, ésta es la pura verdad.

DR.— ¿Dónde fuiste a parar?

P.P.— Eso quisiera saber yo, mire. El caso es que donde andaba, orilla la calle Mayor otra vez, había un cobertizo con un carro dentro. Conque, me metí entre las varas y, tal que así, de la parte atrás, había un montón de basura, ¿sabe? y ¿qué dirá que se me alcanzó?

DR.— ¿Qué?

P.P.— Meterme dentro, mire. Pero hasta las orejas, oiga.

DR.— ¿Del estiércol?

P.P.— Del estiércol, ya ve, con lo que siempre me ha repugnado a mí el olor ese. Pues hasta las orejas, oiga, como se lo digo.

DR.— ¿Y qué sentías?

P.P.— Alivio, oiga, que fue meterme dentro y un calorcito piernas arriba, que no vea. ¡La gloria bendita! Que si no es por eso, por la ocurrencia, lo mismo quedo tieso en una esquina.

DR.— De frío, claro.

P.P.— Usted dirá de qué, si no.

DR.— Y el cobertizo ese, ¿estaba a oscuras?

P.P.— Bueno, vamos, en la esquina había un farol, ¿entiende?, que es donde yo veía trapear. Pero, por mayor, el carro quedaba a la sombra. O sea, yo veía un cacho calle, la esquina por más señas, pero a mí era difícil, cuando más cubierto por la basura como estaba.

DR.— ¿Cuánto tiempo permaneciste allí?

P.P.— Ande, bien mirado, yo ya no tenía prisas. O sea yo pensé para entre mí, mientras no se pasen los nervios, tú quieto, Pacífico, ¿entiende?

DR.— ¿En qué notabas tú los nervios?

P.P.— ¡Concho!, ¿y todavía lo pregunta? Después del tiro, que le sentí silbar así a un dedo de la cabeza, y las carreras y las voces, todavía pregunta que en qué conocía los nervios. ¡Si aquello parecía la guerra, oiga!

DR.— ¿Les oías?

P.P.— ¡Pues no les iba a oír! Tal que así, orilla mía el oficial, o lo que fuese, daba órdenes, ¿no? Que debía de haber un ejército allí, el barullo. Y luego, al vecindario, ¡cierren las ventanas!, ¿se da cuenta?, la curiosidad, natural. Conque, el oficial, mandó una patrulla a la cerviguera, que yo le oí, y otra donde el transformador de la parte de los corrales y los cobertizos, donde yo asomé, ¿entiende? Ya ve, allí iba yo a andar, aguardándoles.

DR.— El tuyo ¿no lo registraron?

P.P.— ¿El qué?

DR.— El cobertizo.

P.P.— El mío, no señor, pero el oficial puso un número en cada esquina. Lo que mandó registrar, lo único, fue el callejón donde asomé, o sea, la manzana, para que me entienda. Pero yo andaba ya a una legua de allí.

DR.— ¿Quedó alguien en la esquina que tú veías?

P.P.— Qué hacer, un número.

DR.— ¿No se movía?

P.P.— Iba y venía, ¿no? De la luz a la sombra y de la sombra a la luz. Que entonces es cuando me daban a mí los brillos del tricornio.

DR.— ¿No le dijiste nada?

P.P.— De primeras, no señor, ni mus. Parecía muy joven el guardia ese, que yo pensaba, para entre mí, lo mismo es la primera vez que se ve en un lío de éstos, se acobarda y tenemos un disgusto. Total, que no me determiné.

DR.— Entonces, ¿no te moviste?

P.P.— No señor, por la cuenta que me tenía. Además, ¿quiere usted decirme adónde iba a ir? A mayores, yo estaba a gusto allí, ¿no? Que al cabo de media hora ni sentir el olor ni nada, o sea, tan ricamente. Con estas cosas de las repugnancias pasa lo mismo que con los miedos, oiga, que se mete uno dentro y, al rato, ya ni los siente.

DR.— ¿Qué hiciste en todo ese tiempo?

P.P.— Abrir el ojo y alargar la oreja, ya ve qué iba a hacer.

DR.— ¿Y qué?

P.P.— ¿Qué? Pues que a ratos se sentían carreras y tiros y a ratos, nada. Que en una de éstas, un guardia le voceó al mío: ¡otro!, ¿se da cuenta? O sea, que le habían cazado, que yo me pensaba, ¿quién será?

DR.— ¿No respondió nada tu guardia, el de tu esquina?

P.P.— Qué hacer, sí respondió.

DR.— ¿Qué dijo?

P.P.— Dijo, dice: Ya sólo faltan dos.

DR.— ¿Quiénes imaginaste que serían?

P.P.— ¡Qué cosas tiene usted!, uno, yo.

DR.— ¿Y el otro?

P.P.— Don Santiago, mire.

DR.— ¿Por lo del coche?

P.P.— ¡La ha cogido usted modorra con lo del coche!

DR.— ¿Pues por qué razón pensaste que el otro pudiera ser don Santiago?

P.P.— Natural, ¿no? Él salió primero y, a poco, tenía más cabeza que los demás, dónde va.

DR.— ¿Continuó el guardia en la esquina una vez que prendieron al que buscaban?

P.P.— Allí siguió, sí señor, aguantando la nieve.

DR.— ¿Más tranquilo?

P.P.— Eso de tranquilo vamos a dejarlo.

DR.— ¿De qué te ríes, Pacífico?

P.P.— Las cosas, oiga. Que ni en los peores tragos falta un detalle que le haga a uno reír.

DR.— ¿Qué sucedió?

P.P.— Un gato, ya ve.

DR.— ¿Un gato?

P.P.— Tal cual, un gato negro, grandote, oiga, que se le enredó entre las piernas, al guardia, digo, y a poco le esmorra. ¡Allí le vería usted! Se echó el mosquetón al hombro y no le fusiló de puro milagro, que todo se le volvía decir: ¡Cacho cabrón, qué susto me has dado! Se tiró un cuarto de hora con la misma copla.

DR.— Está bien, Pacífico. ¿Cómo terminó aquello?

P.P.— Pues como tenía que terminar, doctor. Ni más ni menos.

DR.— ¿Cómo fue?

P.P.— Pues eso, conforme empezó a amanecer, yo levanté los brazos y le chisté.

DR.— ¿Al guardia?

P.P.— Al guardia, natural.

DR.— ¿Qué hizo él?

P.P.— ¡Allí le vería!, se volvió, me apuntó y dale: ¡Quieto no te muevas o te acribillo!, pero a voces, oiga. Que yo: Pare, soy gente de paz. Y él: ¡No te muevas o te acribillo! Que yo: Ojo, guardia, no se le dispare el chisme ese y tengamos algo que lamentar, ¿se da cuenta? Pero que si quieres, él me apuntaba, que no me quitaba el caño de la barriga, y, de cuando en cuando, voceaba: ¡Sargento!

DR.— ¿No saliste del estiércol?

P.P.— ¿De qué, doctor? Como estaba cuando le chisté, tal que así, así me quedé; ni a respirar me atrevía.

DR.— ¿Y el guardia seguía apuntándote a pesar de tener los brazos en alto?

P.P.— Todo el tiempo, oiga. O sea, de vez en cuando voceaba al sargento y, a poco, vuelta: Quieto, no te muevas o te acribillo, ¿entiende? Ni por cuanto hay desviaba el mosquetón, que a saber quién se pensaba que era yo.

DR.— ¿Llegó el sargento?

P.P.— Llegó, a ver qué vida. Lo de pronto vamos a dejarlo.

DR.— ¿Qué dijo?

P.P.— Dijo, verá: Mírale dónde andaba el pájaro, sólo eso. Que entonces salí de entre la basura y me agarró una tiritona que para qué.

DR.— ¿Del miedo?

P.P.— Del miedo y del frío, todo junto.

DR.— ¿Y qué hicieron contigo?

P.P.— Pues ya ve, en cueros vivos, tal como estaba, me pusieron entre cuatro guardias y al penal, en procesión. Que ya era día y estaban los balcones y las calles del pueblo que no cabía un alfiler, parecía fiesta.

DR.— ¿Te miraban pasar?

P.P.— A ver, natural.

DR.— ¿Con compasión?

P.P.— ¿Compasión? De qué, no señor.

DR.— ¿Hostilmente, entonces?

P.P.— ¡Qué sé yo cómo me miraban, oiga! Pues como a un bicho raro, ¿se da cuenta? Como si no fuera uno de ellos.

DR.— ¿Te mortificaba que te mirasen así?

P.P.— ¡Ande! ¿Y cómo quería usted que me mirasen? Pero yo no penaba por ello, no se crea. De sobras sabía que en Góyar andaban de uñas con el penal.

DR.— ¿No les agradaba tenerlo allí?

P.P.— ¡Quia, no señor! Al decir de don Santiago, las autoridades llevaban años intentando que se lo llevaran. O sea, que por gusto suyo nos hubieran fusilado a todos, ¿se da cuenta? Bien mirado, a nadie le peta que le quiten la tranquilidad, doctor.

DR.— Bueno, vayamos al asunto. ¿Volviste a tu celda?

P.P.— ¿A la sala, quiere decir?

DR.— A la sala, claro, perdona.

P.P.— ¿Y cómo iban a meterme allí sin tapar antes el agujero?

DR.— Tienes razón, Pacífico. No sé lo que me digo. ¿Qué hicieron contigo, entonces?

P.P.— De primeras me encerraron en una celda de castigo.

DR.— ¿Solo?

P.P.— Solo, natural.

DR.— ¿No te interrogaron?

P.P.— Eso después. O sea, al salir del depósito.

DR.— ¿Para qué te llevaron al depósito?

P.P.— Para que reconociera los cadáveres, mire.

DR.— ¿Quiénes estaban allí?

P.P.— El centinela y el Vegas, claro.

DR.— ¿Y de los tuyos?

P.P.— El Buque y el Capullo, ya ve. Que éste me cogió de sorpresa, le digo mi verdad, que no me lo imaginaba.

DR.— ¿Qué impresión sentiste al verlos allí?

P.P.— Nada, bien. O sea, me recordé de la Catalina y del Francisco Rincón, eso sí. Y

que todo para nada, ¿se da cuenta? En lo que respecta al Capullo, pues eso, me recordé de la Isabelita y de sus proyectos, los del Capullo, digo. Y de los meses que se había tirado cavando el túnel con el mango una cuchara para terminar en éstas.

DR.— ¿Sentiste lástima de ellos?

P.P.— A mayores no pené por ellos, no señor. Me hice a la idea de que era ley de vida y en paz.

DR.— ¿Te parece ley de vida, Pacífico, morir achicharrado a balazos en un descampado?

P.P.— Entiéndame. Vivir para morir, ésa es la ley, doctor, el modo poco importa.

DR.— Dime, hijo, ¿y estaban muy desfigurados?

P.P.— No lo crea, doctor. El Buque tenía dos agujeros tal que así, orilla la tetilla izquierda. En cuanto al Capullo, sólo uno en el vientre, pero que le formaba un moratón sobre la parte que no vea. ¡De miedo!

DR.— ¿Y los guardianes?

P.P.— El Vegas, por mayor, como dormido, oiga, tal cual le dejamos en el petate, sólo que tieso. El otro, sí, el otro tenía la cabeza escachada, que se conoce que el Buque le arreó con el yeso en forma.

DR.— ¿Qué dijiste? ¿Que les reconocías?

P.P.— A ver. Ya ve qué iba a decir.

DR.— ¿Allí mismo?

P.P.— Bueno, de primeras, allí. Y, luego, en la dirección, o sea, lo repetí. Pero se conoce que a don Santiago no le habían pescado y todo se les volvía preguntarme por él.

DR.— Y tú, ¿qué decías?

P.P.— La verdad, mire. Que sabía lo mismo que ellos.

DR.— ¿Lo aceptaron?

P.P.— Eso pregúnteselo a ellos, pero por las formas de abanicarme, yo me pienso que no.

DR.— ¿Qué más te preguntaron?

P.P.— Ande, de todo. De quién fue la idea, cómo escapamos, qué pensábamos hacer, quién mató al Vegas...

DR.— ¿Qué respondías tú?

P.P.— Mire, la verdad. Con la verdad se va a todas partes.

DR.— ¿Les dijiste que don Santiago pensaba coger el tren?

P.P.— Eso, no señor. Pero tampoco les dije otra cosa. O sea, yo no mentí. En lo que pudiera comprometerle, a don Santiago, digo, yo callaba la boca.

DR.— ¿Tampoco les contaste que fue don Santiago el que mató al vigilante de un porrazo?

P.P.— ¿Lo del Vegas? No señor, eso tampoco.

DR.— Y ellos, ¿qué decían?

P.P.— Hacerme más preguntas y abanicarme.

DR.— ¿Dijeron algo por el hecho de que el cadáver del vigilante estuviera en tu cama?

P.P.— Eso lo primero, natural.

DR.— Y tú ¿qué alegaste?

P.P.— ¿Cómo dice?

DR.— Que qué les contestaste tú.

P.P.— Ya ve, la verdad. Que le pusimos ahí como pudimos ponerle en otra parte. O sea, lo más a mano.

DR.— ¿Y qué razón diste para justificar que tú no viste quien mató al vigilante?

P.P.— Ande, pues eso, que yo andaba en el petate con la ropa hasta los ojos y no me enteré de más.

DR.— ¿Aceptaron esa explicación?

P.P.— No señor, no les gustó, eso fijo.

DR.— ¿Insistieron?

P.P.— Bueno, porfiaron un rato, sí señor, pero como no sacaban nada en limpio volvieron a abanicarme.

DR.— ¿Y tú qué?

P.P.— Chitón, a ver.

DR.— ¿Y por qué estando el Buque y el Capullo muertos no les echaste las culpas?

P.P.— Ande, porque no era cierto.

DR.— ¿Y qué lo mismo daba ya?

P.P.— No le entiendo, doctor.

DR.— Digo que, puesto que al Capullo y al Buque nada podían hacerles, ¿cómo no les achacaste la muerte del vigilante y los demás quedabais a cubierto?

P.P.— ¡Está bueno eso! O sea, que para usted eso de mentir con los muertos no rige, ¿no?

DR.— Entiéndeme, Pacífico, era una salida.

P.P.— Pero no era cierto, oiga.

DR.— Puestos a ver tampoco era cierto, Pacífico, que tú estuvieras en la cama cuando don Santiago mató al vigilante... ¿eh? ¿Por qué callas?

P.P.— ¿Sabe que tiene usted razón, oiga? Ni me había dado cuenta.

DR.— ¿Entonces?

P.P.— Bien mirado, doctor, yo no perjudicaba a nadie con eso. Al contrario, si me apura. O sea, si yo digo que lo había visto pero que no quería decirlo, me hubieran puesto la cara como un pan, ¿entiende?

DR.— Es decir, que para ti el mentir o no mentir depende de las consecuencias que eso pueda tener.

P.P.— No señor, eso tampoco. O sea, ahora, en el juicio, diré la verdad entera, como me llamo Pacífico.

DR.— Supongo que no serás tan insensato.

P.P.— ¿De qué, oiga?

DR.— Escucha, Pacífico. Tu asunto está ya lo suficientemente embrollado como para que ahora lo compliques más. Desde que mataste al Teotista, no has hecho otra cosa que echarle tierra encima. Luego hablaremos de esto, si no te importa. Ahora dime cómo concluyó aquello. La muerte del centinela, ¿te creó también complicaciones?

P.P.— Eso, no señor. Desde un principio le cargaron las culpas al Buque. O sea, los cadáveres estaban uno orilla del otro, ¿entiende? Y, a mayores, entre los pelos del guardia había cachos de yeso, de la pierna del Buque, quiero decir. O sea, más claro, agua.

DR.— Dime, Pacífico, ¿cómo terminó el interrogatorio?

P.P.— Bueno, así que solté todo, va el director y me dice: Pues el otro no opina como tú, ¿se da cuenta? Que por eso se me alcanzó que a Patita no le habían apiolado, o sea, le habían agarrado vivo.

DR.— ¿Y qué dijeron que decía el Patita?

P.P.— Pues que al Vegas le había cascado yo, dese cuenta.

DR.— ¿Te lo creíste?

P.P.— No señor, de qué. Yo les veía venir de lejos. Que luego él, Patita, digo, me lo confirmó.

DR.— ¿Es que volviste a ver al Patita?

P.P.— Sí señor, la noche que nos trasladaron, en lo que aguardábamos a la furgoneta, cosa de un momento.

DR.— ¿Qué te dijo?

P.P.— Imagine, que también había sido mala suerte.

DR.— ¿Dónde le agarraron a él?

P.P.— En el hayedo, orilla la vía.

DR.— ¿Cambiasteis impresiones de lo que debíais de decir en el juicio?

P.P.— No señor, ni tiempo nos dio. Sólo me dijo si era cierto que yo había dicho que él había matado al Vegas, ¿se da cuenta la malicia que se gastaban? Unos contra otros, o sea, nos enviscaban. Patita andaba muy postrado, el hombre.

DR.— ¿Sabías ya dónde te mandaban?

P.P.— Sí señor, a Navafría, el boqueras me lo dijo. Me dijo: Ya verás, un sanatorio de postín.

DR.— Por broma, ¿no?

P.P.— Digo yo que sería por broma, a ver. Y ya ve usted, aquí estoy porque he venido.

DR.— Está bien, Pacífico. Ahora lo importante es el juicio. ¿Has hablado claro con el abogado?

P.P.— Qué hacer, él habla, sí señor; menudo pico se gasta.

DR.— Y tú, ¿qué dices?

P.P.— Por mayor, poca cosa, oiga. Él parla por los dos.

DR.— Escucha, Pacífico, yo no sé si te has dado cuenta de que tu situación es muy grave.

P.P.— Más o menos, doctor.

DR.— ¿Se te ha ocurrido pensar que de ésta puedes ir al patíbulo? ¿Sabes que te pueden

dar garrote?

P.P.— Tampoco creo yo que sea para tanto, doctor, que se pone usted de unas formas.

DR.— Mira, Pacífico, tú por mucho que digas no te has percatado de la gravedad del caso. Pero estoy por asegurarte que si te atribuyen la muerte del vigilante, nadie te salva de la última pena. ¿Y sabes tú, por casualidad, lo que es la muerte en garrote?

P.P.— Le ahorcan a uno, ¿no?

DR.— Peor que eso, Pacífico. Te trincan la garganta con un cepo de hierro y te aprietan un tornillo hasta que te ahoga; te asfixia, vamos. Pero esperar con plena lucidez, día tras día, que eso ocurra, es todavía mayor tormento, ¿me comprendes?

P.P.— ¡Concho, doctor, qué hacer sino comprenderle! Si me he arrancado a sudar y todo.

DR.— Pues esto es lo que hay que evitar, Pacífico. Y para evitarlo, lo único que se me ocurre es que declares que don Santiago mató al vigilante con la barra.

P.P.— Yo no quiero perjudicar a nadie, mire. Ni a don Santiago ni a nadie.

DR.— Pero de esta manera te perjudicas a ti, Pacífico, ¿no te das cuenta? A estas alturas, don Santiago llevará cinco meses en el extranjero tocándose la barriga. ¿Qué crees que puede importarle a él que tú digas aquí una cosa u otra?

P.P.— Eso tampoco, doctor. El mundo da muchas vueltas. Y si un día, por una de esas cosas que pasan, le echaran mano, tampoco iba a llevar frío.

DR.— Y por una probabilidad tan remota, digamos, una entre un millón, ¿vas a correr el riesgo de que te agarroten?

P.P.— En tal caso, ya se ocuparía don Santiago de que no paguen justos por pecadores.

DR.— ¿Crees de verdad lo que dices?

P.P.— Ande, doctor, no sería la primera. Ya lo hizo una vez.

DR.— Honradamente, Pacífico: ¿te crees tú todo ese cuento de que don Santiago se presentó para evitar que condenaran a un inocente?

P.P.— Mire, doctor, otra cosa no, pero radio petate andaba bien informada. O sea, usted puede decirme cualquier otra cosa, pero que no es cierto que don Santiago se presentó de voluntario, eso sí que no.

DR.— En el mejor de los casos, Pacífico, treinta años no te los quita nadie.

P.P.— ¿Y es malo eso, doctor?

DR.— Hombre, tú me dirás. Pasarte una vida a la sombra no parece un porvenir muy lisonjero.

P.P.— Tampoco es tan malo, oiga. Yo estoy bien aquí, o sea, tranquilo.

DR.— ¿No te importa nada de lo que pueda ocurrir fuera?

P.P.— Lo que ocurre fuera ya me lo sé, mire, los unos contra los otros.

DR.— ¿Lo dices por «tu guerra»?

P.P.— Ande, ¡qué cosas tiene! Y por los del Otero, y por la Candi, y por el Bisa y por todos. ¿Es que ya no se recuerda de lo que me dijo Padre una vez?

DR.— ¿Qué vez? ¿Qué te dijo?

P.P.— Cuándo va a ser, oiga, cuando cataba las colmenas sin interés, ¿se recuerda? Pues va y me dice: Pacífico, sangra o te sangrarán. En la vida no hay otra alternativa. ¿Qué le parece?

DR.— ¿Y piensas que aquí estás libre de eso? ¿Qué hizo don Santiago con vosotros más que sangraros hasta dejaros exangües?

P.P.— Usted si no deja tranquilo a don Santiago parece como que no quedara conforme, oiga.

DR.— Escucha, Pacífico, mientras no nos metan de nuevo en el vientre de nuestras madres para que nos paran distintos, allí donde alcance el hombre, el hombre estará amenazado.

P.P.— Eso es muy cierto, sí señor.

DR.— Entonces, hijo, si algo en la vida no nos gusta, lo que procede no es achicarse sino tratar de cambiarlo.

P.P.— ¿Como don Prócoro y mi tío Paco? Pues aviados andaríamos. Ya ve usted el pelo que han echado en el empeño. Por ahí fuera, para que usted se entere, no saben más que competir, y yo, de eso, nada, doctor.

DR.— Atiende, Pacífico, si no es por tu bien, hazlo al menos para que por una vez resplandezca la verdad. Y la verdad es que tú no querías evadirte, pero don Santiago mató al vigilante y entonces te obligó a ello. Incluso te amenazó con matarte a ti si no le secundabas.

P.P.— Eso no cuenta, doctor. Yo no quería pero me largué, ésa es la derecha.

DR.— No seas obstinado, Pacífico. Te largaste porque te amenazaron. Y la verdad es que tú no mataste al vigilante. De momento, esto es lo que mayor importancia tiene.

P.P.— Bien mirado, no lo hice, no señor. Pero en su pellejo, en el de don Santiago, digo, hubiera hecho otro tanto. Todos somos culpables, ¿no cree?

DR.— Nadie te pregunta eso.

P.P.— Pero yo lo sé, oiga. ¿Es que va a decirme qué no llevo la falta dentro?

DR.— Eres muy testarudo, Pacífico. El tribunal te juzga y te condena por lo que has hecho, no por lo que podrías haber hecho de estar en el lugar de otro.

P.P.— Mire, doctor, mejor es dejar las cosas quietas.

DR.— ¿Es que no quieres entenderme? La intención no es punible. En moral cristiana tal vez sea así, pero no es éste el caso.

P.P.— Yo sé lo que me digo, doctor.

DR.— Mira, Pacífico, sólo voy a pedirte un favor...

P.P.— Usted dirá.

DR.— Que tu abogado me señale para declarar ante el tribunal. Tu caso es un caso de médico.

P.P.— ¿También se va a salir usted ahora con lo de que estoy chalado? Pues no estoy chalado, para que lo sepa.

DR.— De acuerdo, hijo, pero te advierto una cosa: esto de la chaladura no es lo que tú te crees, hay matices. El hombre es una máquina muy complicada.

P.P.— Vaya una novedad que me saca usted ahora.

DR.— En ese caso, Pacífico, todo lo que hagamos para interpretar correctamente tu comportamiento será lícito, ¿no?

P.P.— No lo sé, oiga. Pero usted lo que busca es enredarme.

DR.— Escucha, Pacífico, y no te alteres, por favor. Tú te niegas a que yo intervenga. Bien, lo acepto. Pero ¿por qué no hablar con el abogado para que exija un examen pericial médico?

P.P.— ¿Otro? ¿Como el de antaño?

DR.— Exactamente. Como el de antaño.

P.P.— Y usted lo hace, ¿no es eso?

DR.— No, Pacífico. Yo quedo al margen, te lo prometo. Pero aparte los análisis y las pruebas directas, tú me autorizas a que ponga en manos de los peritos estas cintas con el magnetófono. ¿Entiendes?

P.P.— ¿El chisme este?

DR.— Eso es, hijo.

P.P.— ¡Me cago en diez! Antes lo escacho, fíjese.

DR.— ¡Quieto, Pacífico! ¡Suelta esa silla!

P.P.— Usted me prometió...

DR.— Calma, Pacífico, serénate. Yo te prometí que sin tu autorización no haría público nada de lo que hemos hablado. Y lo prometido es deuda, ¿me comprendes? Por eso te pedía autorización. Pero si tú no me la das, yo no moveré un dedo. ¿Qué te pasa? ¿Te pones malo?

P.P.— Deje, no es nada, doctor.

DR.— Siéntate un rato, anda. ¿Quieres un vaso de agua?

P.P.— Mejor me acuesto, oiga.

DR.— Espera un poco. ¿Estás mejor?

P.P.— Sí señor, ya se me pasa.

DR.— Antes de marcharte, Pacífico, yo quisiera hacerte una última pregunta, ¿te importa?

P.P.— De qué, no señor.

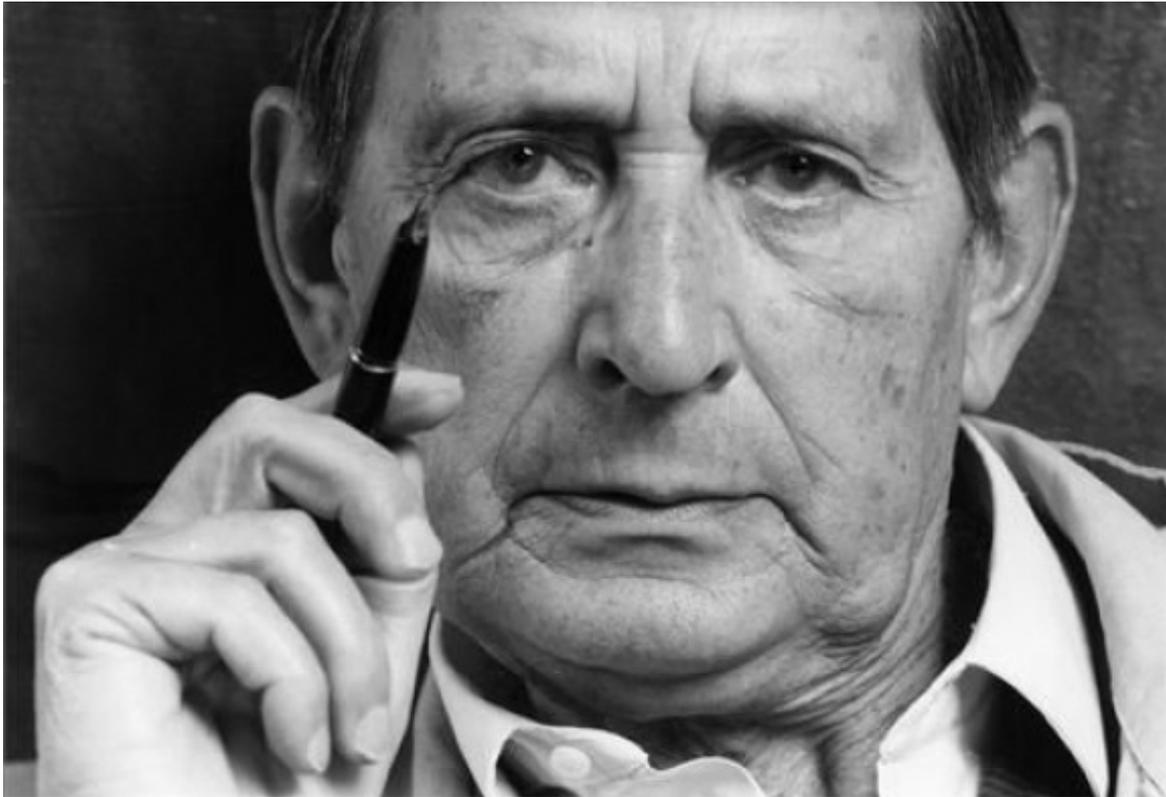
DR.— ¿Qué puedo hacer yo por ti en esta difícil situación en que me has colocado?

P.P.— Tenerse quieto, oiga. O sea, que me deje tranquilo, ¿entiende? Se lo agradezco igual.

*El recluso Pacífico Pérez falleció en el Sanatorio Penitenciario de Navafría, donde cumplía condena, el 13 de septiembre de 1969. Ocho años antes fue condenado a muerte en garrote por el Tribunal que le juzgó, pena que le fue conmutada por la de treinta años de reclusión por clemencia del Jefe del Estado.*

*El día 11 de septiembre del mencionado año, el recluso Pacífico Pérez sufrió, con brevísimas intermitencias, tres hemoptisis, por lo que fue internado en la enfermería del penal y sometido a tratamiento de urgencia. A requerimiento suyo, fueron avisados su padre, don Felicísimo Pérez, y su tío, don Francisco Pérez, entrevistas a las que asistió el que suscribe por voluntad expresa del finado. En presencia de sus familiares, el susodicho Pacífico Pérez manifestó al que suscribe que, dado el tiempo transcurrido, y si éste era su deseo, podía dar a la stampa las conversaciones sostenidas entre ambos ocho años atrás, actitud que ratificó rubricando la correspondiente autorización. Seguidamente, el finado se dirigió con voz muy débil a su tío, don Francisco Pérez, y le dijo con un leve matiz de reproche: «Estaba usted equivocado, tío; del suelo sí se puede pasar», a lo que el aludido asintió, asentimiento que el recluso Pacífico Pérez acogió con una lejana sonrisa. A continuación, se dirigió a su padre, don Felicísimo Pérez, expresando su deseo de contraer matrimonio con la señorita Cándida Morcillo, palabras que irritaron a don Felicísimo, quien manifestó textualmente que «si casarse con esa zorra», a lo que el recluso Pacífico Pérez replicó que «nada importaba ya lo de cabrón puesto que iba a morir y que lo único dar padre a su hijo». Acto seguido, a petición propia, el finado confesó y recibió la Comunión con plena lucidez, entrando una hora más tarde en estado de coma, pese a lo cual, don Anastasio Gómez, capellán de la prisión, tan pronto compareció la señorita Cándida Morcillo, les bendijo «in articulo mortis», asistiendo a la ceremonia como testigos, ante la negativa reiterada de don Felicísimo Pérez, el tío del finado don Francisco Pérez y el que estas líneas suscribe.*

FRANCISCO DE ASÍS BURGUEÑO  
Doctor en medicina



MIGUEL DELIBES SETIÉN. (Valladolid, 17 de octubre de 1920 - Valladolid, 12 de marzo de 2010). Novelista español. Doctor en Derecho y catedrático de Historia del Comercio; periodista y, durante años, director del diario *El Norte de Castilla*.

Su sostenida labor como novelista se inicia dentro de una concepción tradicional con *La sombra del ciprés es alargada*, que obtiene el Premio Nadal en 1948.

Publica posteriormente *Aún es de día* (1949), *El camino* (1950), *Mi idolatrado hijo Sisí* (1953), *La hoja roja* (1959) y *Las ratas* (1962), entre otras obras. En 1966 publica *Cinco horas con Mario* y en 1975 *Las guerras de nuestros antepasados*; ambas son adaptadas al teatro en 1979 y 1990, respectivamente. *Los santos inocentes* ve la luz en 1981 (y es posteriormente llevada al cine por Mario Camus); más adelante publica *Señora de rojo sobre fondo gris* (1991) y *Coto de caza* (1992), entre otras.

Su producción revela una clara fidelidad a su entorno, a Valladolid y al campo castellano, y entraña la observación directa de tipos y situaciones desde la óptica de un católico liberal. La visión crítica —que aumenta progresivamente a medida que avanza su carrera— alude sobre todo a los excesos y violencias de la vida urbana.

Entre los motivos de su obra destaca la perspectiva irónica frente a la pequeña burguesía, la denuncia de las injusticias sociales, la rememoración de la infancia (por ejemplo en *El príncipe destronado*, de 1973) y la representación de los hábitos y el habla propia del mundo rural, muchos de cuyos términos y expresiones recupera para la literatura.

Delibes es también autor de los cuentos de *La mortaja* (1970), de la novela corta *El tesoro* (1985) y de textos autobiográficos como *Un año de mi vida* (1972). En 1998 publica *El hereje*, una de sus obras más importantes de los últimos tiempos.

Considerado uno de los principales referentes de la literatura en lengua española, obtiene a lo largo de su carrera las más destacadas distinciones del ámbito literario: el Premio Nadal (1948), el Premio de la Crítica (1953), el Príncipe de Asturias (1982), el Premio Nacional de las Letras Españolas (1991) y el Premio Miguel de Cervantes (1993), entre otros.